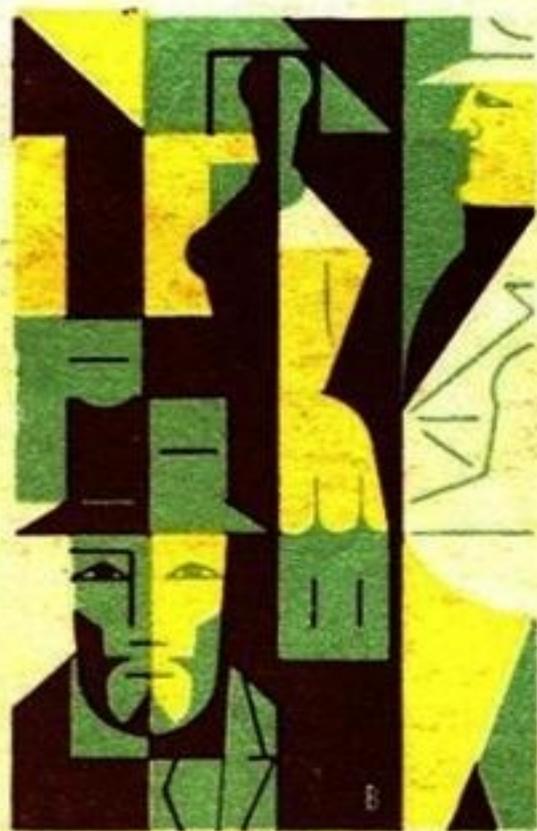


EL SÉPTIMO CÍRCULO

**PESE
AL TRUENO**

POR
JOHN DICKSON CARR



Lectulandia

Una muerte común se trueca, con el correr de los años, en una muerte extraña. Alguien ha cometido un crimen con un arma invisible. Ginebra, la tranquila ciudad de Calvino, pierde mucha de su tranquilidad cuando la amenaza se extiende desde un *nigth club* hasta una lujosa residencia.

El incansable y metódico doctor Gideon Fell resuelve el aparentemente insoluble problema, del cual se dan al lector todas las claves como un desafío para hallar la solución, que sólo aparece en la última página.

Lectulandia

John Dickson Carr

Pese al trueno

Gideon Fell - 20

El séptimo círculo - 170

ePub r1.0

Titivillus 12.12.15

Título original: *In Spite of Thunder*
John Dickson Carr, 1960
Traducción: Elena Torres Galarce
Diseño de cubierta: José Bonomi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Mandy

EL SÉPTIMO CÍRCULO



**COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES.**

PRIMER ACTO

Que no se puede confiar en el hombre.
¡Le digo, he encarnado a demasiados criminales!
Sé que no se puede confiar en el hombre.

SIR HENRY IRVING

I

Entiende, Brian, no tengo pruebas contra esa mujer. Ni siquiera la Cancillería tiene pruebas. Pero no quiero que mi hija tenga tratos con ella.

... Sí, pensó maliciosamente, era justo. Brian Innes no tenía necesidad de releer la carta que tenía en el bolsillo; la sabía de memoria.

Audrey llegará de Londres en un avión de B. E. A. el mismo día que tú regresas a Ginebra desde París. Pasará una noche en el Hotel Metropole, de Ginebra, antes de salir para la villa de esa mujer. Por nuestra vieja amistad, pues, confío en ti para que veas a Audrey y la disuadas de ir allá.

¿Nuestra vieja amistad, eh?

A mí me tenía que tocar el trabajo sucio. También eso podía considerarse característico.

Eran las siete de la tarde cuando Brian Innes salió del aeropuerto en Ginebra. La revisión aduanera no lo demoró; ahí era conocido y con un ademán le indicaron que siguiera de largo. Después, tras llamar un taxi, vaciló. No corría mayor prisa. Al menos podía pasar por su departamento a dejar la maleta antes de ir a ver a Audrey.

—¿Señor? —lo urgió el chofer del taxi.

—Número tres, Quai Turrettini —dijo Brian y metió dentro su maleta—. ¡No, espere! —añadió en su excelente francés.

—¿Señor?

—Cambiaré. Hotel Metropole, Grand Quai.

El conductor se encogió de hombros ostensiblemente, al estilo de un diplomático en las Naciones Unidas. La puerta se cerró con fuerza, la bandera metálica cayó.

En días claros, al salir de ese aeropuerto, se podía ver los picos de los Alpes más cercanos contorneados fantásticamente de blanco contra un cielo pálido. Esa tarde estaban invisibles. El aire espeso, una depresión de calor tormentoso oprimente y espíritu ese día de principios de agosto. Transcurrieron más de veinte minutos, y la oscuridad fue haciéndose cada vez mayor, antes de que viera tupirse los suburbios en una ciudad gris blancuzca alrededor de su lago.

Tranvías rumoreaban por el sector más moderno de Ginebra, siempre bullicioso. Pero del lago no llegaba ninguna brisa; el *jet d'eau*, solitario allí contra un vasto tramo de agua, parecía arrojar al aire espuma inmóvil. Y en la ribera sur, del otro lado de los puentes, los muelles al pie de la Ciudad Vieja se veían semidesiertos y hasta un poco siniestros.

Brian Innes meditaba repantigado en el taxi, su hongo negro sobre las rodillas. ¡Al diablo con estos escrúpulos! Pero allí estaban. Posiblemente tenía en Audrey Page más interés que el que jamás habría confesado.

A los cuarenta y seis años, su hirsuto cabello rojo todavía no mostraba mucho gris. Alto y delgado, de temperamento tranquilo, con abundante imaginación y un sentido del humor sardónico, el mismo semejava la imagen popular del diplomático.

El sentido del humor no le servía de mucho. En realidad, Brian era un pintor de éxito, representativo de lo que llamaban la escuela convencional, por poco que a él por su parte le agradaban esos términos. Irlandés del norte, pertenecía al grupo internacional que fija residencia en el exterior a la vez que conserva la ciudadanía británica.

¡Impacientes e inquietos, la mayoría! Ginebra era su meta y su foco. Sin Ginebra, suponía Brian, esa situación acaso no se habría planteado.

De Forrest Page, obligado a permanecer en Londres cuidando los restos de lo que otrora fuera una gran fortuna, lograba, habitualmente, retener también a su hija en Londres. De Forrest rara vez perdía el control y jamás la cabeza. Sin embargo, cada línea de esa última carta hablaba de su preocupación.

Lo cierto es, Brian, que tú sabes la verdad sobre Eve Eden y aquel novio que tuvo en Alemania justo antes de la guerra. Yo la ignoro. Por desagradable que sea.

¿Desagradable? Bueno, sí.

Confío en que habrás de decírsela a Audrey. Ya no es una niña; tiene cerca de treinta años; y es hora de que desarrolle un poco de sentido de la responsabilidad. Tú pareces ser el único que tiene influencia sobre ella.

«Haz el favor de perdonarme —pensó el destinatario de aquello— si prorrumpo en un fuerte ja-ja».

Entonces Brian volvió a la realidad.

Su taxi había recorrido velozmente el Grand Quai, aquietado y oscuro antes de que encendieran los faroles de la calle, con la formal extensión del Jardín Inglés a la izquierda. A la derecha había una hilera de edificios altos y formales, estilo francés en esa parte francesa de Suiza. Cerca de la intersección con la rue d'Italie se alzaba un edificio de aspecto aun más serio, fin de siglo, todo piedra maciza por fuera y triple rojo por dentro.

—Hotel Metropole —dijo el chofer con cierta grandilocuencia—. ¿Se supone que debo esperar?

—No, se supone que no —dijo Brian, apeándose—. ¡Santo Dios! —añadió conteniendo el aliento.

Lo inesperado de lo que ocurrió cuando apenas acababa de ponerse el sombrero y pagar al conductor, lo tomó desprevenido. Un pequeño remolino de frescura salió taconeando del hotel y corrió hacia él.

—¿Se puede saber qué significa esto? —gritó una voz conocida, suave y jadeante—. ¡Llegas demasiado temprano! ¡Echarás todo a perder! Y lo peor es...

—Buenas noches, Audrey —dijo él extremando la cortesía—. ¿Esperabas a otra persona?

—¡Vaya, vaya! —dijo Audrey, y se detuvo en seco.

Estaba demasiado arreglada para una comida, con un traje blanco escotado que dejaba ver la firme esbeltez de sus hombros. Aunque su cara permanecía en sombras, el débil resplandor del *foyer* del hotel jugaba en su pelo castaño oscuro, abundante y

sedoso. Como de costumbre, trasuntando emociones, parecía llena de cualidades contradictorias: solidez y, no obstante, fragilidad, equilibrio y a la vez indecisión.

Audrey se hizo a un lado. Ojos azules almendrados, de negras pestañas y algo alzados en el ángulo externo, lo contemplaron con una inocencia que no ocultaba ni la ira ni el desasosiego. La joven llevaba un bolso de mano y una estola, que sus manos empezaban a tironear.

—¡Bueno, bueno! —exclamó—. No esperaba tal honor. ¡Brian Innes, nada menos! ¿Puedo preguntar qué haces acá?

—Puedes. Vivo acá.

—¿Acá? —La mirada hacia la valija fue un relámpago—. ¿En este hotel?

—En el hotel no. Acá en Ginebra. ¿No lo habrás olvidado, espero?

—Lo haya olvidado o no —respondió Audrey en voz temblona—, creo que esto es demasiado y empiezo a hartarme. Vine a pasar unos días, nada más que unos días, a visitar a una amiga que tiene una villa de este lado de la frontera francesa en el camino a Chambéry.

—Sí; eso he oído.

—Oh. Comprendo. Entonces te mandó él.

—¿Quién?

—De Forrest. Mi padre. Te mandó a espiarme.

Brian se echó a reír.

—Mal podría ser así, jovencita. Cuando espío a alguien no llevo la maleta a cuestas. Y por favor no hagas tanta alharaca como si esto fuera una horrible tragedia —su tono cambió—. Pero es cierto que quiero hablarte de tu amiga Eve Eden, la ex estrella de cine del nombre improbable.

—Su nombre verdadero —gritó Audrey— es Eve Ferrier, Mrs. Eve Ferrier. De cualquier modo, también al otro nombre tiene derecho. Lo usaba en el cine. Mucha gente la llama así —luego Audrey taconeó con ambos pies—. ¡Uf, duende pelirrojo! ¡Soy capaz de arrancarte el corazón!

—Sería una lástima.

—Yo no estoy tan segura. Si alguna vez en el pasado hubieras querido tomarme en serio, nada más que una vez, tantas cosas podrían haber sido diferentes entre nosotros. Pero ¡oh, no! Me crees estúpida; quieres tratarme como a una niña, sin que te importe lo que diga o haga; me haces enojar tanto que quisiera matarte.

—Audrey. Escúchame.

Las voces de ambos subieron de tono en la calle en sombras. A la distancia, en la quietud de esa hora previa a la cena, las bocinas de los automóviles se oían por sobre el ruido de los tranvías.

—En primer lugar, Audrey, no te creo estúpida.

—¿No?

—Decididamente no. En segundo lugar, puesto que tu padre desea que yo impida que vayas a casa de esa señora...

—Tiene bastante descaro, ¿no?

—Quizá yo sea de la misma opinión. No imagines que me gusta estar acá; no es asunto mío. Sin embargo, puesto que al parecer me han echado encima la responsabilidad, te diré lo que él quiere que te diga y después podrás hacer tu voluntad. ¿Qué tal si nos sentamos cinco minutos y tomamos una copa?

—Aun cuando quisiera sentarme y tomar una copa, Mr. Brian Innes, has llegado tarde. Alguien me va a llevar a comer y estará aquí de un momento a otro.

—No se desencontrarán. Podemos aguardar en el bar.

—¡Oh, no, no podemos! Este hotel no tiene bar.

—Vamos, mujer. ¿Seguramente hay un salón de alguna especie?

—Aunque lo haya ¿de qué tenemos que hablar? Eve ¡tan luego ella! He oído esos viejos rumores, muchas gracias.

—¿Qué rumores en particular?

Audrey hizo un gesto con su bolso.

—Justo antes de la guerra, cuando Eve era una gran actriz, insistía en afirmar que era partidaria de Hitler y los nazis. Sea; otro tanto hizo mucha gente. Pero eso pasó hace diecisiete años, se equivocaron y reconocieron su error, como lo ha reconocido Eve. ¿No es eso lo que querías decirme?

—No. Sólo parte.

—¿Es sobre sus amoríos?

—No. Salvo indirectamente.

—¿Entonces se puede saber de qué la acusas?

—No la acuso de nada. La mujer puede ser absolutamente inocente. Por otra parte —y la duda, una indecisión creciente lo envolvió como la atracción que sentía por Audrey Page—, por otra parte si aquel asunto del treinta y nueve no fue en definitiva un accidente, es culpable de un bien planeado asesinato.

—¿Asesinato?

—Eso dije. Mató a Héctor Matthews por su dinero; ella es la única persona que pudo haberlo hecho; y como compañera de lecho esa rubia hechicera es tan tranquilizadora como una cobra real.

—No lo creo. ¡Estás bromeando!

—Está muy lejos de ser una broma, te aseguro. Ven conmigo.

En ese momento las luces de la calle se encendieron súbitamente.

Brillaron blancas contra los árboles del Jardín Inglés; hicieron un collar hacia el oeste siguiendo a lo largo del Grand Quai hasta la rotonda de la Place du Rhône.

Audrey, aferrando su bolso, había echado atrás la espesa, lustrosa cabellera castaño oscuro que le caía ensortijada casi hasta los hombros. Cuando lo miró, la boca entreabierta, la expresión de la joven llevaba tras su incredulidad cierta emoción que él debió haber observado más atentamente.

—¡Brian, no seas tonto! Nunca oí...

—No habrás oído nada. Ven.

El Batel Metropole era un establecimiento de lujo, aunque no el más lujoso y de ningún modo el más moderno. A la izquierda de la entrada, pasando por un pequeño *foyer* y un ascensor semejante a un ataúd de palo rosa, Brian condujo a su compañera a un salón de techo alto y grandes ventanas que dominaban el muelle y el lago.

La abrumadora sensación de opresión que irradiaba la estancia permaneció inmutable. Desde los rincones luces tenues iluminaban el mobiliario color verde arsénico, gran profusión de dorado, y diosas desnudas de yeso pintado y tallado. Audrey, dejando bolso y estola en una mesa, lo enfrentó con una mezcla de curiosidad y desafío.

—¿Audrey, cuándo y dónde conociste a esa mujer?

—Oh, santo cielo, ¿qué importa?

—Probablemente no, pero será mejor poner las cosas en claro. ¿Cuándo y dónde la conociste?

—La conocí en Londres el invierno pasado. Fue allá con su marido, iba a todos los teatros. Y su marido es Desmond Ferrier. ¿No sé si sabrás quien es *él*?

—Sí. Sé quién es, y sé que esos dos se casaron durante la guerra.

—Bueno, no digo que *yo* lo supiera al principio. En una época, parece, Mr. Ferrier era un actor tan famoso en el buen teatro como Eve lo era en la pantalla. Aunque temo no haber oído hablar nunca de él más que en forma vaga.

—No es de extrañar. Desmond Ferrier fue un gran actor; nunca hubo un Otelo o un Macbeth mejor. Tú eres demasiado joven para recordarlo.

—¡Joven! ¡Joven! ¡Joven!

(Y sin embargo es cierto, mi querida. Tienes veintisiete años y pareces mucho menor; yo tengo cuarenta y seis y parezco más viejo. Condenada e innegablemente cierto).

Afuera un automóvil pasó raudamente por la calle haciendo vibrar las tenues luces. Audrey corrió a mirar por una ventana; el auto no se detuvo y ella volvió a la mesa.

—No creo que Eve y Mr. Ferrier se lleven muy bien. Los dos están retirados, y no les gusta. De cualquier forma —Audrey alzó un hombro—, te estaba contando cómo la conocí. Eve simpatizó enormemente conmigo. Me invitó a visitarla cuando quisiera. Después empezó a escribirme, y hace tres semanas fijó una fecha definida. Eso es todo.

—¿Te invitó a su villa, y sin embargo estás parando acá en este hotel?

—¡Claro! ¡Naturalmente!

—No te sigo del todo.

—Es una especie de fiesta, van otros invitados, recién empieza mañana. ¡Bueno! Teniendo en cuenta la forma en que me espía mi padre, naturalmente, y yo aproveché la oportunidad de tener veinticuatro horas para mí sola. Pero Phil llamó y me invitó a comer, así que desde luego dije que sí.

—¿Phil?

—Philip Ferrier —la voz suave subió de tono—. Es hijo de un matrimonio anterior de Desmond Ferrier. También a él lo conocí en Londres, si insistes en saber. Es un muchacho serio, y no se ríe de mí; y es buen mozo y bastante excitante por añadidura.

—Bien por Phil —afuera pasó otro coche; Audrey volvió la cabeza—. ¿Lo esperas ansiosa, por lo que veo?

—¡Sí, ansiosa! Realmente, Brian, ¿a qué vienen todas estas preguntas?

—A nada. Estaba tratando de hallar alguna conexión, cuando aparentemente no la hay, entre una villa en las montañas camino de Chambéry y algo que sucedió en Berchtesgaden en julio del treinta y nueve.

—¿Berchtesgaden? —exclamó Audrey.

—Sí. En el famoso *Kehlsteinhaus*, el «Nido de Águilas» de Hitler, enclavado en lo alto de las estribaciones sudorientales de los Alpes de Baviera. Ahí alguien perdió la cabeza. Ahí murió Hector Matthews.

Ni él ni Audrey se habían sentado. Aunque Brian tocó el timbre para llamar a un mozo, no obtuvo respuesta; solamente las diosas desnudas suspiraban ansiosas desde el cielo raso como lamentando estar presas allá arriba.

Y Brian hizo un gesto de desconcierto.

—Te diré en pocas palabras lo que pasó —dijo—. Pero no significará mucho si no captas el ambiente, el marco, la atmósfera: tantos micrófonos como banderas y estandartes, y gentíos delirantes «*Sieg heil!*» todo el verano.

»Aun así no te dirá nada sin un cierto conocimiento de las razones humanas que guiaron a esa mujer. ¿Qué la indujo? ¿Qué creía estar haciendo? Y ahí me atasco.

»En ese entonces tu amiga Eve no puede haber sido mayor que tú ahora. Estaba en la cúspide de una carrera claramente exitosa en Hollywood. A principios de junio viajó a Alemania. De entrada empezó a ensalzar al Nuevo Régimen a diestro y siniestro.

»Al Nuevo Régimen eso le encantó. Aparte de ser una rubia curvilínea, hablaba muy buen alemán para ser inglesa. Nunca se habían soñado semejante propaganda y todo les fue poco para ella. Salía en todos los diarios, los noticiosos, las revistas. Rara vez daba un paso sin que la fotografiaran del brazo de un personaje nazi.

»¿Un golpe publicitario? Posiblemente. Pero hay quien lo duda.

»En primer lugar, a su carrera no le hacía ningún bien, fuera de Alemania. Segundo, entiendo que en su vida privada Eve se empeña en ser la clase de personalidad que suele interpretar en el escenario y la pantalla: voluptuosa, hastiada del mundo y demás. Excepto por alguna razón mucho más poderosa que un golpe publicitario, jamás habría andado por ahí diciendo que el lugar de la mujer está en su casa y que el hombre la debe retirar del primer plano.

Brian titubeó, desviando la mirada.

—Tú la conoces, Audrey. ¿Te suena eso a una apreciación justa?

—¡No, no es justa! La pintas como un cúmulo de fingimientos.

—¿Y no es un cúmulo de fingimientos?

—Bueno... puede ser. Pero dime, ¿por qué es tan importante?

Ahora le tocó a Audrey mirar a otro lado.

—La clave, si es una clave, debe estar en Hector Matthews. En medio de toda aquella agitación y aclamaciones y mientras Eve hacía una jira por la madre patria, Matthews la acompañaba.

»No puedo darte mucha información sobre él, fuera de lo que consta en el parte oficial. Un hombre que se hizo solo, oriundo de Yorkshire, tenaz. Soltero, de cincuenta y ocho años: maniático de la comida, que nunca tomaba desayuno y no hablaba de otra cosa.

»La gente cuyas casas frecuentaba se reía de él y le daba la bienvenida palmeándole la espalda. Su galera asomaba al borde en todas las fotografías. Cuando a ella le obsequiaban un ramo de flores o una bandera bendecida, él se la sostenía. Cuando un camisa parda o camisa negra extremaba sus atenciones con ella, también aparecían sus dientes.

»Era el más devoto de sus adoradores. También el más rico. Se sabía que la había seguido a Alemania accediendo a sus ruegos. En cambio, pocos sabían que antes de dejar Inglaterra él había hecho un testamento a su favor.

Audrey retrocedió un paso junto a la mesa.

—¿Un testamento? ¿Acaso estás insinuando...?

—No. Te digo lo que pasó. En Munich, donde terminó la jira, Miss Eden anunció que ella y Mr. Matthews estaban comprometidos en matrimonio.

»Aunque los anfitriones no estuvieran muy complacidos, le palmearon a ella la espalda y vocearon felicitaciones. ¿Podían hacerlo público? Todavía no, dijo Miss Eden: ella y Mr. Matthews se mostraban reticentes por el momento. Pues, ¡entonces! Ella había hecho un gran servicio al Nuevo Régimen: ¿no podían hacerle un regalo de compromiso o mostrar su gratitud de algún modo?

»¡Oh, sí, por favor! Miss Eden dijo que había uno, el mejor de los regalos. ¿Podían ella y Mr. Matthews presentar sus respetos al propio Führer? Estaban en Munich, no muy lejos. ¿Podían visitar al mismo Hitler en su reducto de las montañas de Berchtesgaden?

»Eso colmó la medida. El Führer, muy halagado, los invitó a almorzar.

»Catorce invitados, escoltados por el Scharführer Hans Johst, integraron el grupo de visitantes. Con excepción de la pareja comprometida y otros dos invitados (ambos ingleses y ninguno de los cuales fue de buen grado), los nombres de los otros diez no importan. Todos eran miembros de la policía de seguridad nazi que más tarde murieron de muerte violenta. Basta con que los imagines como uniformes elegantes y sonrisas que querían ser joviales.

»Pero podemos seguir en detalle cuanto aconteció. Una caravana de automóviles los llevó al *Gasthof zum Türken*, la casa de huéspedes de Hitler en la ladera de la montaña. Allí pasaron una noche. A la mañana siguiente treparon por un camino

sinuoso hasta el Wendeplatte. Ya en el Nido de Águilas, tomando el famoso ascensor que sube dentro de una montaña, vieron que en esa época no hacía frío. Clara luz solar, aire embriagador, un tapiz de árboles extendido abajo: ¿lo imaginas, no?

»Todos estaban de excelente humor excepto Rector Matthews, a quien el aire más liviano de la altura parecía haber afectado. La cámara (¡eternamente la cámara!) muestra un hombre muy alto de pelo ralo al viento, y una expresión desapacible en el semblante.

»¡No importa! Todo sea por la alegría.

»Mientras los invitados esperaban al Inimitable Adolfo en un gran salón que daba a un sector de la terraza, Miss Eden tomó a su novio de la mano y lo arrastró a la terraza para contemplar el paisaje. Ahí estuvieron completamente solos, unos dicen que fuera de la vista de los demás, y otros que no, al lado de un parapeto bastante bajo, al borde de un precipicio.

»Entonces alguien gritó. Puede haber sido la mujer, o puede haber sido el mismo Matthews al caer.

»Lo cierto es que cayó de cabeza desde varios cientos de metros y se destrozó contra un pino. Cuando corrieron a la terraza y miraron abajo pudieron ver lo que quedaba de él.

»El Scharführer Rans Johst sostuvo a Miss Eden, que estaba apoyada en el parapeto a punto de perder el sentido. Un testigo, que no era simpatizante nazi y tampoco precisamente devoto admirador de la dama, se inclina a creer que la impresión y espanto de ella eran genuinos. En ese momento había olvidado sus fingimientos, o parecía no tener ninguno.

»“No sabía”, repetía una y otra vez. “Santo Dios, no sabía. Fue la altura. Se puso blanco, parecía mareado. No pude ayudarlo. ¡Dios santo, fue la altura!”.

»El Scharführer Johst, portentosamente solemne y afectuoso, tomó la palabra y dijo que por supuesto había sido la altura. Que era un accidente de lo más lamentable; que él había visto lo ocurrido. Otras dos voces carearon que ellos también lo habían visto. Eve Eden se desmayó en los brazos del Scharführer Johst. Después todo quedó inmóvil menos una gran bandera, una svástica negra en campo rojo y blanco, que ondeaba sobre sus cabezas y arrojaba sombras sobre la terraza.

»Creo que eso es todo.

II

¿Todo? —Le hizo eco Audrey con un hilo de voz—. ¿*Todo*?

—Oficialmente, sí.

—Pero eso es lo que pasó ¿verdad? Quiero decir ¿es lo que realmente pasó?

—Por favor explica tu definición del suceso que realmente pasó.

—Brian Innes, deja de hacerte el cínico y de atormentarme. Sabes perfectamente bien de qué hablo. ¿Esos tres oficiales lo vieron caer al pobre?

—No. Mintieron. Ninguno estaba mirando siquiera en esa dirección.

—¡Pero...!

En la mente de Brian, la vívida imagen se desvaneció cuando sacudió la cabeza para despejarla.

Estaba de nuevo en un salón de mullida alfombra, falto de aire a pesar de los grandes ventanales abiertos tras cortinas de encaje y polvoriento terciopelo verde. Estaba otra vez en el presente de 1956, perturbado por la presencia física de Audrey Page como otrora Hector Matthews lo estuviera por la presencia de una Eve más joven.

Audrey aguardaba junto a la mesa, apoyando sus dedos en un cenicero de porcelana. Pese a todo conservaba el aire de inocencia, de inocencia excesiva que por contraste sugería de algún modo picardía. Al ver que él la miraba a la cara, bajó la vista.

—¡Escucha! —insistió Brian—. No digo que no fuera un accidente. Sólo que ellos no vieron lo que pasó. Nadie vio nada.

¿Entonces por qué razón iban a afirmar que...?

—No sé decirte. Hablando en términos de medicina, no es muy probable que un hombre pierda el sentido y se desplome sobre un parapeto que le llega a la cintura. No es probable, pero sin embargo posible. Por otra parte, si el individuo realmente se sintió desmayar, a ella le bastaba un empujón decidido...

El cenicero de porcelana sonó contra la mesa.

—De cualquier forma —continuó él—, más vale que oigas el epílogo.

—¿No la arrestaron, ni nada?

—No, ¿cómo iban a arrestarla? La prensa dio a conocer la versión oficial: Mr. Hector Matthews, turista inglés, había sufrido un accidente escalando una montaña en Baviera. Ni una mención de Eve Eden; ni, por supuesto, del Nido de Águilas. Sin embargo, como a él lo conocían como «amigo» de ella y no tenía parientes vivos, a Eve le permitieron embarcar sus restos de regreso. Qué menos podían hacer. ¡Al fin y al cabo, era su heredera!

Audrey abrió la boca, y volvió a cerrarla. Su compañero echó a andar por el salón.

»Después —dijo Brian—, la guerra absorbió a todos. Cualquier interés que hubiera en Hector Matthews murió, lo que acaso sea perfectamente justo. Eve no

volvió nunca a Hollywood; su contrato con la Radiant Pictures no fue renovado como ella seguramente sabía antes de ir a Alemania. Monetariamente no importaba. Una vez legalizado el testamento de Matthews, heredó todo con excepción de algunos legados para instituciones de beneficencia.

Audrey habló en tono repentinamente desolado.

—Sabes, es más que espantoso. Antes no lo quise admitir, pero es espantoso.

—Una curiosa coincidencia, al menos.

—¡No quiere decir nada, por supuesto...!

—No. A pesar de ello, hija mía, comprendo que tu padre no quiera que la visites.

—¿Tú no la visitarías?

—Claro que sí. Complacido: Pero es que a mí la gente virtuosa nunca me interesa, y la otra en cambio siempre.

Audrey se volvió a observarlo. Una expresión curiosa encendió sus ojos de forma extraña, para desvanecerse al instante: pudo haber sido simplemente un destello de luz reflejado en su homero desnudo.

—Brian, ¿cuánto de esto sabe De Forrest? Y, ya que estamos en esto, ¿cómo puedes tú repetir cada palabra que se pronunció? ¿Estabas presente? ¿Viste lo que ocurrió?

—Difícilmente habría podido estar presente. En el treinta y nueve yo era un pintor joven que trataba de abrirse paso, aun menos importante para el mundo de lo que soy ahora. Hasta cierto punto estoy traicionando una confidencia al contarte esto, pero me creí en la obligación de decírtelo. No, yo no estaba presente; pero si un gran amigo mío. Gerald Hathaway.

Audrey soltó una exclamación.

—¿Qué hay?

—¿Sir Gerald Hathaway? ¿El Director de No-Sé-Qué Galería?

—El mismo, sí. También es un pintor extraordinario. Lo conozco desde hace bastantes años, aunque ha pasado un tiempo desde la última vez que lo vi.

—Bueno, pues, puede que lo veas antes de lo que piensas. Está acá.

—¿Acá?

—¡Oh, acá en el hotel no, tampoco en Ginebra! Pero llega mañana. Eve también lo invitó.

Brian, sintiendo que el corazón le daba un vuelco, detuvo su paseo junto al alto ventanal y se volvió hacia ella.

—Audrey, no puede ser... ¡No; espera; escúchame! —El tono era de controlada desesperación—. La curiosidad de Hathaway lo perdió cuando lo invitaron a almorzar con Hitler en Berchtesgaden. Se avergüenza de haber ido; desde entonces lo viene ocultando. A mí me lo dijo simplemente porque solemos hablar mucho de crímenes e historias de detectives. Aun cuando tu amiga Eve hubiera tenido el descaro de invitarlo, no habría aceptado. Tienes que estar equivocada.

—Lo que t-te puedo decir —saltó Audrey, que en momentos de gran ansiedad

tenía cierta tendencia a tartamudear— es lo que me escribió Eve en su última carta. Sir Gerald Hathaway dijo que aceptaba encantado. ¿Imaginas que pudo escribir un nombre y querer referirse en cambio a otra persona?

—No, supongo que no.

—No creo que haya mayor misterio en eso, sabes. ¿Acaso no puede haber sentido tanta curiosidad por Eve como aquella vez por Hitler?

—Haces sugerencias terribles, ¿no te parece? —Bueno, ¿puede ser o no?

—Sí, puede ser. Probablemente así sea. Con todo, ojalá supiera algo más acerca del móvil de esa mujer —Brian, mirando por la ventana, apenas distinguía los faroles de la calle o la quietud ordenada del Grand Quai—. ¡Audrey, espera! ¿Cuántas personas van a asistir a esa reunión?

—En realidad no es una reunión. Solamente viene otra persona.

—¿Una sola, eh? ¿Quién es?

—No sé. Eve no me dijo.

—No; estoy sacando conclusiones falsas. Lo que se me había ocurrido no puede ser. Pero esta situación no me agrada en absoluto. ¿Por qué no obedeces a tu padre y tomas el próximo avión para Londres?

—¡Obedecer! ¡Obedecer! ¿Tratarías de detenerme si resolviera ir a lo de Eve?

—No, no te detendría —Brian habló formalmente, pero encendido de ira—. Tienes más de veintiún años; puedes hacer tu gusto.

—*Muchísimas* gracias por ser tan explícito. En ese caso, más valdrá que te diga...

Audrey no terminó lo que iba a decir, si es que en realidad su intención era decirlo.

Los faros de un coche, a gran velocidad, barrieron con su haz deslumbrante los cortinados de terciopelo y encaje instantes antes de que un Bentley de dos asientos estacionara frente al hotel. Audrey contuvo la respiración y corrió hacia la ventana, junto a Brian. Pero no miró a su compañero, era evidente que lo había olvidado.

Del automóvil bajó un hombre joven, de pelo oscuro, en cabeza y vistiendo smoking blanco. Audrey descorrió de par en par las cortinas de encaje.

—¡Phil! ¡Phil, querido!

El joven, que no podía ser otro que el hijo de Desmond Ferrier, se detuvo en seco.

—Acá estoy —dijo Audrey, aunque no hacía falta—. ¡Te estoy esperando! ¡Acá estoy!

—Sí. Ya veo. ¿Con quién estás?

La voz, aunque bastante agradable, denotó súbita hostilidad y sospecha. Audrey trató de reír. Seguía sin mirar a su compañero, pero Brian casi la sintió alzar las cejas.

—Oh, Phil, no volvamos a ésas. ¡No es nadie! ¡Absolutamente nadie!

Brian no dijo nada.

—Quiero decir —gritó Audrey tratando de hallar una salida elegante—, quiero decir, Phil, no es nadie que deba preocuparte. Sólo un viejo amigo de familia, Brian Innes, y no sé por qué...

Nuevamente se interrumpió. El nombre de Brian sonó con un efecto curioso en la calle silenciosa.

El nombre nada dijo a Philip Ferrier, que se limitó a saludar con la cabeza y entró en el hotel. Pero tuvo un significado muy definido para otra persona. En la acera de enfrente, a la sombra del Jardín Inglés, un individuo grueso, de corta estatura y aire resuelto había estado recorriendo bamboleante la calzada como hablando para sí. Al llegar allí se detuvo, miró alrededor, y en seguida cruzó jadeante la calle en dirección al Hotel Metropole.

Lo que hacía más llamativa su figura era la barba grisácea que usaba, bien recortada, y su sombrero de copa puntiaguda semejante a aquellos que solían aparecer en los muñecos que se quemaban en la celebración de Guy Fawkes. Ese sombrero oscuro hacía indecoroso contraste con su traje de vestir, sobrio y formal.

El destello de un relámpago palideció y zigzagueó en el cielo en dirección al lago. Audrey, con toda su preocupación, no pudo menos que quedarse mirando al recién llegado.

—¡Brian, mira! Ese hombre raro del sombrero. ¡Parece venir derecho acá!

—En efecto. Aunque tu hombre raro no tiene nada de raro; y nunca hace nada sin una buena razón que lo mueva... Es Gerald Hathaway.

—¿Sir Gerald Hathaway?

—En persona.

—Pero ¿qué hace acá? ¿Qué está haciendo en Ginebra tan pronto?

—No tengo la menor idea. De cualquier forma... ¿recuerdas que dije que había dos invitados ingleses en Berchtesgaden en aquella famosa ocasión? ¿Es decir, dos aparte de Eva Eden y Hector Matthews?

—¿Y bien?

—Uno era Hathaway. El otro una mujer periodista llamada Paula Catford. Desde el mismo momento que mencionaste a Hathaway, me estuve preguntando si la historia habría de repetirse y Paula Catford también aparecería.

Otro relámpago cruzó el cielo sobre los árboles inmóviles. Pero no tuvieron tiempo de reflexionar al respecto. Una voz llamó desde la puerta. En el salón, elegante con su smoking blanco, penetra Philip Ferrier.

No se parecía a su padre, notó Brian. El Desmond Ferrier de leyenda había sido tan alto y delgado como el propio Brian, con vozarrón de trueno y modales deplorablemente frívolos. El hijo, a los veinticuatro, era grave y vehemente hasta la pomposidad. Pero la apostura de Philip, desde el ondeado pelo oscuro hasta el perfil clásico y la nariz ancha, trasuntaba intensa vitalidad.

Audrey prácticamente corrió hacia él anhelante.

—Mr. F-Ferrier, te presento a Mr. Innes.

Una mirada, que barrió a Brian en intenso escrutinio, había demostrado a Philip que no había allí ningún rival que temer. Su hostilidad desapareció.

—¿Cómo está? —dijo—. Este... Aud y yo vamos a comer al Richmond y

después iremos a un club. ¿Le importa si nos ponemos en marcha?

—No, de ningún modo.

—Gracias. Se nos ha hecho muy tarde —las aletas de su nariz se agitaron de alivio—. Estoy atrasado. Aud, y te pido disculpas. Nuestros dos genios han vuelto a dejarse llevar por su temperamento.

—Phil, me gustaría que no hablaras así. ¡No es justo!

Philip se mordió el labio...

—Quizá no. No sé. Lo quiero al viejo, y también a Eve. Pero no es necesario que te erijas en su ángel guardián.

Y entonces algo nuevo, intensamente humano y muy agradable, brotó de esa personalidad aparentemente banal. La inquietud nimbó a Philip Ferrier como un aura.

—Lo que pasa —dijo— es que uno nunca sabe qué es verdadero y qué es falso. Ellos tampoco lo saben. ¡Gente de teatro! ¡Gente de cine! Usted no estará vinculado con el teatro o el cine ¿no, señor?

—No, en ningún sentido —Brian rió—. ¿Tengo aspecto de estarlo?

—Bueno, no —dijo Philip seriamente—. Pero hay algo en usted: ¿qué será? De cualquier forma —y esbozando un gesto se volvió hacia Audrey—, ahora que los dos están escribiendo sus memorias, y tratando de llegar cada uno antes que el otro hasta un editor, y sacando a relucir sus libros de recortes con cualquier pretexto, es un revuelo inaguantable.

—Ya lo creo —convino Audrey.

—Pues es seguro. ¿Ves lo que James Agate dijo de mí en el treinta y cuatro? Y me olvidaba: ¿no fue el viejo Tal y Cual quien hizo de Lord Porteus en la producción de *The Circle* de Binky Beaumont en el treinta y seis? Y el viejo Tal y Cuales un gran señor y una magnífica persona y lo queremos entrañablemente, pero acá entre nosotros, es el peor actor del mundo. ¡Gente de teatro!

Brian, prestando oídos a la aproximación de Sir Gerald Hathaway por el vestíbulo, volvió a concentrar su atención. Audrey se humedeció los labios.

—Phil, ¿quieres decir que no te gusta?

—Nunca estuve seguro de si me gustaba o no. Sé que me está deprimiendo.

—¿Por qué me dices esto? ¿No pasa nada malo, verdad?

—¡Mi querida niña, nunca pasa nada realmente *malo*!

—¿Entonces?

—Pero tú vas a visitarnos, Aud. Cuando el viejo te diga que Eve quiere envenenarlo, trata de no tomarlo demasiado en serio. Ahora vamos a comer algo.

Del vestíbulo de piso de mármol llegó el eco de pisadas; el ascensor zumbó. Pero una serie de pasos se había detenido cerca.

—¡Mr. Ferrier! ¡Espere un momento! —dijo Brian bruscamente.

—¿Qué hay?

Philip había tomado el abrigo de Audrey de la mesa y se lo tendía. Audrey, nunca más vívido su atractivo que con las mejillas encendidas, alzó el brazo como para

parar un golpe.

—¿Su padre dice en sentido literal que Miss Eden está tratando de envenenarlo? ¿Con arsénico, estriquina, algo así?

—No. No. No es eso en absoluto. Por eso digo: ¡líbreme Dios de la gente temperamental! Por eso estoy acá —Philip pugnaba por hallar palabras—. Quería prevenir a Aud...

—¿Contra qué?

—El viejo cree que es cómico; y también Eve, últimamente. Le da por explicar cómo a ella le encantaría envenenarlo o acercarse de puntillas y clavarle un puñal, y describe todo con aparente seriedad. De vez en cuando Eve le sigue el tren. Si uno no supiera que están bromeando, puede llegar a ser escalofriante. Una cronista del *Woman's Life* se asustó tanto cierta vez que después tuve que hablar con ella una hora en el aeropuerto. Y no tiene nada de cómico. O al menos para mí no es cómico. ¿Ustedes me entienden?

—Yo sí, Mr. Ferrier. Dudo que los demás lo entiendan.

—¿Qué quiere decir?

Las conjeturas que invadían la mente de Brian... Por el rabillo del ojo vio abrirse la puerta del salón que daba al pequeño pasillo que conducía al vestíbulo. Aunque en el pasillo no había luz, tenía piso de mármol y las paredes estaban revestidas de espejos. Reflejado vio Brian un puño, un hombro, el borde de un sombrero. Gerald Hathaway, el hombre distinguido, estaba franca aunque grotescamente escuchando.

En la calle sonó una bocina.

—Mr. Ferrier, ¿quiere contestarme una sola pregunta?

—Sí, si puedo.

—En su casa habrá dos invitados además de Audrey. Uno es Sir Gerald Hathaway. ¿Sabe quién es el otro?

—Sí, desde luego. No la conozco...

—¿La?

—Sí; ¿qué tiene de particular? Es otra periodista, muy conocida en el ambiente. Escribe libros sobre las celebridades que conoce, y le ha prometido a Eve ayudarla con sus memorias.

—¿Se llama Paula Catford?

—Sí. Ahora olvidémonos de Paula Catford. Estábamos hablando de Eve y del viejo. Son artistas; yo no entiendo a los artistas. Pero, por amor de Dios, son seres humanos. Aparte de lo que dicen o hacen para llamar la atención, en la intimidad no se comportan como actores en un escenario.

—¿Está seguro? Por ejemplo, ¿nunca estuvo Miss Eden envuelta en un caso de muerte violenta bajo circunstancias sospechosas?

—No. Claro que no. Nunca.

—Suponga que sí. Suponga que yo traigo un testigo para probárselo, ahora mismo. ¿Entonces qué diría?

—No creería una palabra —Philip emitió un sonido entrecortado—. Está hablando de mi padre y de una mujer decente con quien ha estado casado durante años.

—Nadie dice nada contra su padre. ¡Por el contrario! Para él podría ser muy desagradable que se repitiera la misma clase de «accidente». ¿Y qué me dice de Audrey?

—¿Audrey?

—Usted no lo ha considerado desde ese ángulo, ella tampoco. Le pido que lo piense ahora.

Brian habló pausadamente, la vista fija en el hombre más joven.

—Un antiguo novio de Eva Eden murió al caer desde un balcón terraza en los Alpes cuando ella estaba sola con él. En ese momento Miss Catford y Gerald Hathaway estaban en un cuarto contiguo. Años más tarde, muchos años después, los invita a ambos a una villa en las montañas al sudoeste de Ginebra. Ignoramos que motivó esa invitación; probablemente ellos tampoco lo sepan.

—Lo cierto es que también a Audrey, que apenas era una niña cuando Hector Matthews muere, también a *ella* la han traído acá. ¿Por qué? Puede que éstas sólo sean circunstancias sospechosas, como todos los demás hechos, pero piden a gritos una explicación. ¿Cómo encaja Audrey en el cuadro? ¿A usted lo hace tan feliz su presencia aquí?

—¡Oiga...! —principió Philip.

—¡Un momento!

El silencio era tal que oían el tictac del reloj pulsera de Philip.

—Eve Eden heredó una fortuna. Si aquello no fue un mero accidente, entonces fue parte de una campaña de asesinato. Hathaway y Miss Catford no *pueden* estar acá por pura casualidad. Tampoco Audrey. Si yo logro convencerlo de eso, ¿insistirá en que ella esté presente para ver lo que sucede? ¿Qué haría usted?

—¿Puedo decir algo? —exclamó Audrey.

—No, no puedes. ¿Mr. Ferrier, qué haría?

—La mandaré de vuelta a su casa —dijo Philip—, lo más pronto que pudiera.

—Entonces más valdrá que empiece a prepararla. El testigo que puedo presentar está justo en la puerta. ¡Hathaway!

Philip, en un exabrupto, arrojó el abrigo de Audrey sobre la mesa. Aquel joven demasiado solemne, demasiado serio, estaba, sentía Brian sin equivocarse, real, sinceramente enamorado de Audrey Page. Y Audrey (esa parte él, por lo menos, la creía a la sazón) accedería sin pensarlo dos veces al menor pedido de Philip Ferrier.

Y sin embargo, mientras pensaba eso, mientras llamaba incluso a su testigo, una expresión enigmática en los ojos azules de Audrey volvió a sobresaltarle como ocurriera ya una vez.

—¡Hathaway!

No hubo respuesta. Brian fue hasta la puerta del salón, y sólo encontró su propia

imagen reflejada en los espejos que revestían el pasillo. Un piso de mármol se extendía hasta el vestíbulo a la derecha. Su testigo no estaba allí.

III

Casi dos horas después, en el bar estilo moderno de un hotel muy distinto, en la ribera norte en lugar de la ribera sur, dos hombres estaban sentados a una mesa, frente a frente, junto a los ventanales que se abrían sobre la *terrasse*.

Habían comido ahí, en el Hotel du Rhône, y luego pasaron al bar. Sus copas de coñac estaban vacías desde hacía rato; restos de café frío se congelaban en las tazas. Pero una buena comida no había traído paz ni evitado una acalorada polémica.

—¿Dices que estabas escondido en una cabina telefónica? —preguntaba Brian Innes.

—En efecto —confesó Gerald Hathaway, quitándose el cigarro de la boca—, en efecto, sí.

—¡Bueno, bueno! ¿Cuánto tiempo?

—Hasta que los dos jovencitos dejaron de insultarte y se marcharon. Después, como acaso recuerdes, me levanté y abrí la puerta y dije buenas noches.

—Por curioso que parezca —le dijo Brian conteniéndose a duras penas—, lo recuerdo.

—¡Vamos, vamos! No hay necesidad...

—Hay necesidades de toda clase. Tener sentido de lo pintoresco —dijo Brian—, es algo excelente. Pero creo que esta vez te quedaste corto. ¿Si no querías ser mi testigo, no podrías haber adoptado una medida un poco más sutil? ¿No podías escabullirte del Metropole misteriosamente disfrazado con una nariz postiza y una peluca de papel crepe?

Hathaway, bajo y rechoncho, pareció rebotar en la silla.

—Haz el favor —dijo resentido— de suprimir ese sarcasmo infantil. No nos divierte.

—A nosotros tampoco.

—Cada vez —dijo Hathaway, apuntándole con el cigarro— te pareces más a tu amigo Gideon Fell. ¿Fell? ¡Bah! Ese individuo no es ningún campeón en resolver casos criminales. Todavía yo lo puedo vencer.

—¿Qué tiene que ver el doctor Fell con esto? ¿Quieres explicarme este galimatías?

El reloj de una iglesia distante dio las diez y cuarto. El Hotel du Rhône, alzando su elegante mole de metal cromado y vidrio en el Quai Turrettini sobre el Pont de la Tour de l'Île, parecía tan soñoliento como su austero bar.

—¡Mi querido amigo...! —empezó Hathaway.

Extrajo un enorme reloj y miró la hora. Paseó su mirada por el lugar, desierto con excepción de ellos mismo y el mozo de saco blanco que dormitaba contra una pared de botellas con etiquetas brillantes.

La luz indirecta daba un aire espectral a la calva de Hathaway, a su bigote y barba recortados. El sombrero de Guy Fawkes, junto a un viejo portafolios de cuero, estaba

a su lado. Frunciendo el entrecejo, apagó el cigarro en un cenicero. Después Sir Gerald Hathaway —retratista de moda, favorito de las damas, criminólogo aficionado— miró a Brian con un aire que al cinismo amable unía una frenética inquietud por su afición.

—Mi querido amigo, disculpa si te hice pasar un mal rato. Especialmente —añadió con una mueca ligeramente maliciosa— en presencia de Miss Audrey Page, Pero la culpa es tuya.

—¿Ah sí?

—Sí, tuya. No quisiste decirle que no fuera a esa condenada villa de Mrs. Ferrier. Tuviste demasiado orgullo para prohibírselo directamente; no querías reconocer tu interés. Si le pasa algo durante la próxima semana, tuya será la responsabilidad.

Brian golpeó la mesa con un puño. El camarero abrió los ojos cargados de sueño, pero no se movió.

—¡Escúchame! —dijo Hathaway, golpeando a su vez la mesa—. Estamos frente a un misterioso asesinato mucho más extraño de lo que crees. Y frente a una mujer mucho más astuta de lo que parece.

—¿Eve Eden?

—Prefiero llamarla Mrs. Ferrier.

—Llámala como quieras. ¿Te has decidido acerca de si mató o no a Hector Matthews en Berchtesgaden?

—Oh, lo mató. Pero no en la forma que pensábamos.

—No en la forma que pensábamos. ¿Si fue un crimen deliberado, tiene que haberle dado un empujón, o haberlo precipitado al vacío de algún modo, cuando él perdió el sentido?

—No. Ella lo hizo caer, y sin embargo no lo tocó.

—¿Qué diablos es todo esto? ¿Y quién habla ahora como Gideon Fell?

—¡Ah! —murmuró Hathaway—. Verás. ¡En cuanto a las razones de mi presencia aquí un día antes, y de que pare en este hotel en particular y esté elucubrando (¿si me perdonas?) un proyecto que en realidad me halaga...!

Nuevamente Hathaway consultó su reloj. Nuevamente miró hacia la puerta que daba a un vestíbulo tan amplio que allí las voces quedaban reducidas a murmullos.

—A propósito —añadió abruptamente—. Cierta vez me —dijiste que no conocías a Mrs. Ferrier, o que nunca la habías visto salvo en películas. ¿Alguna vez la viste en el escenario antes de que se dedicara a filmar?

—No. ¿Era buena en las tablas?

—Oh, la mujer era competente. Especialmente en papeles emotivos. Eso no quiere decir nada: toda joven que espera triunfar en el cine quiere probar con Ibsen o Chekhov. Profundizando más, si presentas a cualquier actriz como una trotacalles de exótica belleza con un centenar de amantes y un corazón incomprendido: ¡cielo, cómo les encanta! Y todas las mujeres del auditorio, sin excepción, hasta la más respetable, se ve potencialmente en el mismo papel.

—¿Bueno, y qué hay de malo en eso?

—No digo que haya nada de malo. Digo que Mrs. Ferrier, en el fondo, es una mujer perfectamente respetable que sin embargo no vacilaría en cometer un asesinato con tal de alcanzar sus fines. Y de todos ése es el tipo más peligroso.

—Oye, ¿no implica eso un cambio de opinión desde la última vez que hablamos del tema?

—De acuerdo. Lo es —Hathaway pareció reflexionar—. Hace apenas cuatro semanas, de buenas a primeras, me escribe una carta al Savage Club. No la traje conmigo; tal vez algún día resulte necesaria. Pero puedo darte un sus términos exactos.

»Toda la carta era un alarido de horror. Recientemente en Ginebra, decía, había llegado a sus oídos un rumor tan aterrador que no podía darle crédito. Al parecer algunas personas murmuraban que la muerte del pobre Mr. Matthews en Berchtesgaden, en el año treinta y nueve, no había sido accidental y se sospechaba que ella, tan luego *ella*, había tenido intervención. Jamás en diecisiete años había soñado con semejante posibilidad.

Brian lo contemplaba atónito.

—¿Ella dijo...?

—¡Sí!

—¡Pero no pudo creer ese rumor!

—¿Que no podía? Yo no estaría tan seguro. Ahora permite —y las manos regordetas se agitaron— que te repita la versión que me daba en la carta. Aquel aciago día en Berchtesgaden (cito sus propias palabras) ella estaba por lo menos a doce pasos de Mr. Matthews cuando él gritó y cayó al vacío. En seguida el Scharführer Johst y otras dos personas dijeron haber visto lo ocurrido. ¿Cómo prever que sospecharían de ella? Pero sospecharon.

»Todo aquello estaba pasado y pisado; puede haber sido ridículo. Pero para ella constituía una fuente de preocupación. Pensaba escribirle a “aquella simpática chica”, Miss Paula Catford, al periódico en que trabajaba. ¿Mientras tanto, no podía yo (estrictamente entre nosotros), no podía tranquilizarla y decir que *vi* lo sucedido? Y me saludaba, cordialmente y con un floreo nervioso de la pluma, Eve Ferrier.

Hubo una pausa. Hathaway hizo una mueca y abrió los brazos.

»Bueno, yo no estaba en condiciones de decir eso. Me inclino a creer que tampoco Miss Catford lo estaba. Así que escribí a Mrs. Ferrier comunicándoselo.

—Su respuesta, llegada por vía aérea, fue todavía más vehemente. ¿Por qué preguntaba, yo no lo había dicho en aquella oportunidad? Ella estaba en una posición espantosa; podía peligrar su buen nombre. ¿No me sería posible visitarla una semana a partir del viernes diez de agosto, para que conversáramos al respecto? Por su parte trataría de combinar también con Miss Catford.

»En mi carta aceptando (¿y quién no habría aceptado?), me abstuve de señalar algunos puntos evidentes. Cuando uno es huésped de un nazi fanático rodeado por

sus escuderos, y ese nazi declara que alguien cayó por accidente de una terraza, uno es capaz de guardar silencio. No dice: “Mi estimado Scharführer, se le va la mano; ése no es más que otro de sus increíbles embustes”. O por lo menos, yo no lo digo. También me abstuve de preguntar a Mrs. Ferrier qué debía decir. Pero tomé una medida lógica.

—¿Oh? ¿Y fue?

—Pues, maldita sea —replicó Hathaway—, traté de ponerme en contacto *contigo*, en cuanto recibí la primer carta. Y tú no estabas en Ginebra.

—Estaba en París.

—Sí; con el tiempo me enteré. La cuestión es ¿quién echó a correr ese rumor despertando la sospecha de que fue un crimen? Haber estado en Berchtesgaden no me halaga; no se lo he contado a nadie más que a ti. Y... y a otra persona. ¿Tú a cuántos se lo contaste?

—Sólo a Audrey Page. Esta noche, y a instancias de su padre.

—¿Estás bien seguro?

—Absolutamente. Y eso porque...

—Porque, debo deducir, ¿la muchacha te ha sorbido el seso?

Brian sonrió, aunque contrariando sus sentimientos y sus convicciones.

—Eso no viene al caso.

—¿No? ¡Qué coraje!

—Quiero decir que el punto no viene al caso aun cuando fuera cierto. Audrey está muy enamorada de otro.

—¿Del joven Philip? Hum —Hathaway golpeó la mesa con un dedo—. ¿Entonces su seguridad no es motivo de preocupación para ti?

—No hay una verdadera razón para estarlo. Las cartas que te envió Mrs. Ferrier pueden ser las de una mujer inocente que busca protegerse contra la maledicencia. La invitación a Audrey fue hecha el invierno pasado, una invitación casual a una amiga ocasional; y la concretó hará cosa de un mes, al mismo tiempo... —Brian calló bruscamente.

—Una invitación casual ¿eh? ¿Y Mrs. Ferrier la concretó hace un mes, cuando no podía pensar en otra cosa que en los rumores circulantes sobre un crimen? ¿Tampoco en esa circunstancia hay nada sospechoso? ¡No me hagas reír!

Hathaway, signo de interrogación jorobado con cabeza pelada, se levantó de un salto. Brian lo imitó. Y entonces, en un silencio pesado que el ruido del minuterio de un enorme reloj eléctrico apenas quebraba, intercambiaron una mirada dolorida. Hathaway tomó su sombrero y portafolios.

—Ven —dijo—. Ven, ¡vamos!

—¿Adónde?

—No hagas preguntas. Si tú no tienes interés en proteger a Miss Page, yo sí. Todavía me falta conseguir un dato. Y derrotaremos a Gideon Fell con sus propias armas.

—¿Me vas a decir —preguntó Brian, sueltas todas las trabas— por qué te empeñas en meter al doctor Fell en esto? ¿Él no tiene nada que ver con el asunto, cierto? ¿A él Eve Ferrier no lo invitó a pasar un agradable fin de semana en la villa?

—No —replicó Hathaway secamente—, pero lo invitó Desmond Ferrier.

Las patas de una silla rascaron el piso de linóleo.

—¡Sí! —continuó diciendo Hathaway, al tiempo que se encasquetaba el sombrero de Guy Fawkes en la cabeza para quitárselo en seguida de un manotón—. Eso dije: Desmond Ferrier. Él requirió los servicios de tu elefantino amigo; Fell está en Villa Rosalind desde ayer al mediodía. Ahora paga la cuenta y sígueme.

Brian dejó un billete sobre la mesa, moviéndose lentamente a fin de ganar tiempo para reflexionar. Del otro lado de los ventanales, más allá de la *terrasse* y del Quai Turretini, alcanzaba a oír el río Ródano burbujeando en la parte más angosta de su cauce junto al puente de la isla. Su rumor, imperceptible de día, crecía en las horas de silencio. Brian siguió las zancadas de Hathaway rumbo al vestíbulo.

Pocos de los huéspedes del hotel habían vuelto del teatro, el restaurante o el club. El comedor continuaba abierto. Manecillas cromadas sobre el mostrador de la recepción, en un vestíbulo resplandeciente de crema, naranja y negro, señalaban casi las diez y media. Hathaway arrastró a su compañero hacia los ascensores.

—Dentro de poco —anunció— sabremos si mi cuidadosa planificación es mejor que los rompecabezas de Gideon Fell. ¡A propósito! ¿Conoces a Paula Catford?

—No.

—¿Pero la habrás visto alguna vez en fotografía?

—No, que yo sepa.

—¡Eh! Entonces si miras hacia donde señalo (¡eso mismo!) puede que te lleves una sorpresa.

Uno de los ascensores había llegado a la planta baja y abría su puerta verde metálica. Brian se detuvo en seco. Hathaway había acertado: esperaba que una periodista trotamundos fuese una egomaniaca corpulenta y estridente, de gestos estudiados y demasiado arreglo facial. El asombro, cuando vio a Paula Catford, lo asaltó en más de un sentido.

Del ascensor salió una joven de apariencia suave y gentil, bien formada, alta y esbelta, de pelo negro y aspecto simpático. Uno pensaba «muchacha» y no «mujer», pese a que debía estar entre los treinta y cinco y los cuarenta. Aunque no exactamente bonita, su cutis fresco y sus ojos grandes la hacían parecerlo. Y de no ser por el hecho de que vestía a la última moda, cualquiera la habría tomado por hija de un pastor, en vacaciones.

La muchacha fue presurosa hacia Hathaway, al tiempo que introducía una llave en su bolso.

—¿Llego tarde, Sir Gerald?

—Por el contrario, querida señora, llega cinco minutos adelantada. Y ya mismo le presento mis excusas.

—Bueno, preferiría que no lo hiciera. Usted es una persona más que exagerada, y yo no estoy acostumbrada a ser centro de tanta atención.

La barba de Hathaway, toda galantería, vibró.

—Querida señora, bastante descortés fue hacerla venir desde Estocolmo sin una sola palabra de explicación. ¡Pero invitarla a comer, y después llamar por teléfono y dejarla plantada por causa de este malandrín de Innes...!

Paula, sonriente, extendió una mano tibia y amiga.

—¿Mr. Innes? Mucho gusto. Al parecer Sir Gerald no podía ubicarlo.

—En su departamento —y Hathaway siguió voceando su queja— dijeron que lo esperaban en el avión de las siete. A las ocho, viendo que todavía no había aparecido, yo no estaba en condiciones de tolerar ninguna compañía humana así que anduve por esas calles dando escape a la presión. Y después, cuando tropecé con él por pura casualidad en el Hotel Metropole, me demoró otra media hora yendo a su casa a cambiarse de traje.

Brian hizo una reverencia.

—Sir Gerald tiene toda la razón, Miss Catford. No hay que confiar en las personas temperamentales.

—Yo... yo ruego que me disculpe.

—Cuidado con los pintores, como dice Hathaway. Insisten en cambiarse de traje; se esconden en cabinas telefónicas; no se puede creer en nada de lo que dicen.

—Oh, todos ustedes son culpables de grandes enormidades. De eso estoy segura. Yo...

De pronto Paula despertó. También Brian.

Todo ese tiempo la había tenido tomada de la mano. Los grandes ojos de la joven, negros y luminosos, miraban fijamente los suyos como extasiada con cada una de sus palabras. Y sin embargo, ella no lo había oído, pensó Brian; tras aquella barrera frágil se ocultaba una emoción que Brian sintió sin que le fuera posible definirla. Hathaway también la sintió; una chispa recorrió al grupo; la galantería quedó descartada.

—¿Sí, mi querida? —preguntó el hombre de más edad. Parecía un tío severo pero a la vez indulgente—. ¿Qué? ¿De qué se trata?

—Nada, nada en absoluto. ¡Estaba pensando... bueno! En Berchtesgaden. ¿Es posible que hayan pasado diecisiete años?

—Poco más de diecisiete años. En aquella época la llamaban la Niña Prodigio de Fleet Street, ¿no es así?

—Sí; en eso estaba pensando. ¡Mi Dios!

Paula frunció los labios, se estremeció y retrocedió un paso.

—En el treinta y nueve —prosiguió— yo acababa de publicar mi primer libro de viajes. Escribía las descripciones más horriblemente inexactas, emitía opiniones políticas disparatadas, hasta el punto de que cuando lo pienso hoy en día, me dan escalofríos. ¿Y, sin embargo, me pregunto si en el fondo, alguno de nosotros está ahora un poco más crecido?

—Eso mismo me pregunto yo —dijo Hathaway, mordaz—. ¿Sabe por qué estoy acá?

—Por supuesto que lo sé.

—¡Pues bien! Se trata de Mrs. Ferrier. ¿No le pidió ella que viniera a proponerle una coartada para el asesinato de Hector Matthews?

—Acá no podemos hablar —dijo Paula después de contener el aliento—. Vengan conmigo, por favor.

—¿Si vamos al bar...?

—¡No! Al bar no, o tomaré demasiado. Por aquí.

Al frente del vestíbulo, sobre la explanada, las puertas de vidrio de la fachada, también de vidrio, se abrieron con un relumbrón para recibir a un grupo de huéspedes que volvían riendo al hotel. A la derecha de la entrada, bajando dos escalones y pasando el quiosco de periódicos, sobre el piso de mármol, habían distribuido unas reposeras simulando un pequeño salón. Paula los condujo allí.

—Verá, Sir Gerald, temo que la fama de su nombre no fue lo único que me trajo desde Estocolmo. Tenía que verlo antes de que usted viera a Eve.

—¿Sí, querida señora?

—La Niña Prodigio de Fleet Street era muy tonta. Pero en cierto sentido tuve mucha suerte. Debía tener un ángel de la guarda, o un sentido innato de la decencia, o algo que ahora no tengo —Paula se enderezó—. Cuando aquel hombre, Matthews, cayó de cabeza al vacío, y Eve gritó al verlo caer, no lo aproveché como tema para una crónica. No hice lo que temo quiera hacer usted ahora. No me atreví a herirla en esa forma. ¿Comprende? Yo vi lo que *pasó*?

—¿La vio empujarlo?

—Ella no lo empujó. Ni siquiera estaba cerca de él.

—¡Ah!

Estaban entre las sillas de cuero, frente a un sofá en el que Hathaway depositó suavemente sombrero y portafolios. Fuertes ecos llegaban y se alejaban.

—Yo lo vi por la ventana. Los demás, aquellos oficiales gordos que se la comían con los ojos hasta el punto de hacerme sentir celos: tal vez también ellos vieron, tal vez no. Lo ignoro. Pero yo estaba mirando la terraza por una ventana... ¿No comprenden lo que les estoy diciendo? ¡Yo vi lo que *pasó*!

—¿Y qué *pasó*?

—Eve no fue, simplemente. Ella estaba a no menos de doce o quince pasos del sitio en que él estaba. Lo llamó, creo. Había un poco de viento. Lo único que ella hizo fue inclinarse sobre el parapeto, y volverse hacia la izquierda, y señalar algo en la montaña, abajo.

—¡Ah! —dijo Hathaway.

Esa única sílaba, con tanta frecuencia repetida, podría haber sido cómica de no haber tenido esa repentina nota de esclarecimiento. Paula Catford permanecía inmóvil. Vitrinas iluminadas conteniendo objetos de valor, alineadas contra las

paredes, recortaban su armoniosa silueta delgada y hacían refulgir su cabellera oscura.

—La Niña Prodigio de Fleet Street, Sir Gerald, le está diciendo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. ¿No le cree?

—¡Querida señora! Claro que le creo. En su justo valor.

—¿En su justo valor?

—¡Querida señora! Si soy injusto con nuestra común amiga...

—¡Oh, basta!

—Mrs. Ferrier no tuvo necesidad de tocar a su víctima. Estaba acostumbrada a ser centro de todas las miradas; esperaba que la mirasen; nunca se habría atrevido a tocarlo. Él realmente perdió el sentido, les garantizo; pero no por efectos de la altura. Yo estoy convencido ahora de que ella lo había narcotizado o envenenado. Y creo saber de qué medios se valió.

IV

Mirando en derredor, entre victorioso y triunfante, Hathaway se inclinó a abrir el cierre de su portafolios.

—Acá tengo un álbum de fotografías —prosiguió—, que acaso los convenza a ambos. Hector Matthews era muy alto: medía un metro ochenta y cinco, para ser exactos. Cualquiera parapeto relativamente bajo podía ser una trampa mortal para él. Después de narcotizarlo o envenenarlo (¿eh?), uno hace que se agache señalando afuera y abajo... ¡No!

Brian, los pulmones estallándole, había estado a punto de hacer un comentario. El otro no quiso saber nada. Del portafolios del sofá extrajo un gran álbum de tarjetas, muy manoseado y ajado por el tiempo.

—¿Tú ya has visto esto, creo? —Y lo sostuvo en alto—. Formar un álbum de fotografías de cualquier clase es un hábito despreciable y provinciano. Yo no lo recomiendo, excepto para un estudio científico (¡puramente científico!) del crimen.

—¿Dijiste científico?

—Sí.

—¿Qué más?

—Todas las fotos aquí pegadas, con excepción de la primera, fueron tomadas por el Ministerio de Propaganda oficial de Alemania. La primera pásala por alto. No interesa.

Pero interesaba.

—Hathaway, ¿quieres que diga lo que pienso de ti?

El otro, como si lo hubieran abofeteado, abrió el álbum con tanta violencia que casi lo parte en dos. Cuando quedó abierto en la primer página, un gran primer plano de Eve Ferrier en blanco y negro resaltó con brillante nitidez como dotado de vida.

—¡Miren eso! —dijo Brian—. ¡Mírenla! Después quien te oye.

—¿Y bien?

—Cualquiera que no te conozca, diría que eres un sujeto odioso e inculto movido por un rencor personal contra Mrs. Ferrier. Pero no lo eres. Eres un tipo fundamentalmente bueno.

La voz de Hathaway subió de tono.

—«Sujeto odioso e inculto». Maldita sea tu pomposidad —respirando agitadamente, arrojó el álbum sobre el sofá—. Y no te quedes ahí parado, refunfuñando; esto es insoportable; no lo toleraré.

—Muy bien. Allá tú si me crees pomposo y malhumorado. Pero alguien tiene que serlo. Tú no eres la policía, y Mrs. Ferrier no es un caso prontuario en los anales de una cárcel. Estás olvidando eso; yo mismo corrí peligro de olvidarlo hasta que Miss Catford dijo lo que dijo.

—¡Gracias! —susurró Paula, que se había adelantado un paso—. ¡Gracias!

Hathaway se corrió por detrás del sofá, y desde allí enfrentó a la pareja como si

estuviera siendo objeto de un ataque físico.

—¿No hay cargos contra Mrs. Ferrier? ¿Eso es lo que aduces, Innes?

—Eso exactamente. Todo esto de narcóticos o...

—¡Oh, no! Permíteme recordar lo que tú mismo oíste esta noche en el Hotel Metropole. Desmond Ferrier dice que su esposa está tratando de envenenarlo.

Nuevamente volvieron a caer en el eterno; desagradable círculo.

—*Veneno*: ésa es la palabra operante. Alcancé a oírla desde la puerta, así que no lo niegues. De ahí que no interviniera. Me «escondí», como con tanta sorna dijiste, porque necesitaba tiempo para pensar. Y en una cabina telefónica, recuerda, porque debía aplazar el compromiso para comer con la dama aquí presente. Eso forma parte de los cargos; no creas que no. Y con mucho gusto se los haré a la propia Mrs. Ferrier.

—Sí, Sir Gerald, estoy segura de que sería capaz —dijo Paula—. Por eso creo que debe saber que no hay absolutamente nada de cierto en eso.

—¡Señora, el valor de su opinión...!

—No se trata de mi opinión. ¡Por favor! Puedo mostrarle pruebas, pero ni siquiera le pido que acepte mi palabra o la de un tercero.

—¿Ah, sí? ¿Y de quién es el testimonio que ofrece?

—De usted mismo. Usted estaba con nosotros. Integraba el grupo que pernoctó en la casa de huéspedes; y después, a la mañana siguiente, subimos todos al refugio de Hitler invitados a un almuerzo que no se realizó. Si Eve narcotizó o envenenó de algún modo a Mr. Matthews, ¿cómo lo hizo?

—¡Señora,-estamos acá, precisamente para *determinar* ese punto!

—Totalmente de acuerdo. ¿Cómo lo hizo? ¿Y cuándo? ¿Y dónde?

Acá Paula alzó una mano temblorosa como para protegerse la vista.

—No entiendo esa parte sobre Mr. Ferrier —dijo—. Ni creo que importe. Cualquiera cosa que haya dicho, pueden tomarlo como broma. ¡Qué estúpida es la gente! Siempre asocia a Mr. Ferrier con Shakespeare. Y no obstante, si alguna vez lo hubieran visto representar al César de Shaw en *César y Cleopatra* o a Higgins en *Pigmalión*, sabrían que donde más se luce es en la comedia satírica. Así es en la vida real. No, no, ya sé lo que me va a preguntar. Yo no lo conozco a fondo, pese a haberlo tratado bastante. Eve dice que es así; y todo el mundo.

—Prosiga, querida joven —dijo Hathaway con repentina suavidad—. Prosiga mi interesante conversación con usted.

—¡Aguarde, por favor! Estaba pensando...

Los ojos de Paula, de esa calidad luminosa e inquietante, miraban un punto detrás de Brian, como si hubiera visto algo en el vestíbulo. Pero ni siquiera veía el piso de mármol, la combinación de crema, anaranjado y negro, o las centelleantes puertas de calle de vidrio.

—¡*Gasthof zum Türken!* Así se llamaba la casa de huéspedes, o posada o lo que fuera, donde pasamos la noche. ¿Recuerda?

—Demasiado. Aquí tengo una fotografía...

—¡Despreocúpese de la fotografía! A la mañana siguiente los cuatro de nuestro grupo, usted, Eve, Mr. Matthews y yo, desayunamos en la misma mesa.

Estábamos los cuatro solos. Eran apenas las ocho.

¿No es así?

—¡Admitido! ¡Admitido!

—Mr. Matthews no quiso probar nada, ni líquido ni sólido. Dijo que jamás desayunaba. Usted lo llamó maniático de la comida; lo instó a beber al menos una taza de café, porque según dijo no almorzaríamos hasta la una y media. ¿Es cierto o no?

—No niego...

—A partir de ese momento los cuatro anduvimos siempre juntos en grupo muy compacto. Eso no tiene nada de extraño; es muy común; Eve era la única de todos nosotros que hablaba alemán. Nos sentamos juntos en la terraza. Juntos esperamos los coches. Fuimos hasta el Nido de Águilas en el mismo automóvil. Entre las ocho y por lo menos la una y cuarto, estuvimos tan juntos como nosotros ahora: ¿De acuerdo?

Hathaway permaneció inmóvil, con ojos esquivos.

—Sir Gerald, ¿está de acuerdo?

—Con todo candor y honradez: ¡Sí!

—¿A la una y cuarto, en cuanto llegamos al Nido de Águilas, Eve y Mr. Matthews salieron directamente a la terraza? ¿Y no pasaron más de unos segundos, treinta o cuarenta si la memoria no me falla, antes de que Eve gritara? ¿Está asintiendo, verdad? ¿Entonces cuándo y dónde y cómo lo envenenarán al pobre?

—¡Deje que le recuerde, querida amiga! La víctima empezó a dar síntomas de estar afectado por la «altura» a eso de la una. Si la dosis le fue administrada antes de las ocho de la mañana...

—¿Cinco horas? —Paula lanzó un suspiro—. Honestamente; ¿cinco horas? Conozco muchos detectives aficionados, créame; todo periódico tiene uno. ¿Puede nombrar algún veneno o droga, el más lento del mundo o en forma de cápsula, que tarde cinco horas en hacer efecto?

—No. No existe. Admitido.

Hathaway dio la vuelta al sillón.

—¡Basta! —añadió—. Acepto además que la víctima no comió ni bebió nada entre las ocho de la mañana y la una y quince. Más aún, estando todos siempre tan juntos, el asesino no pudo haber usado una aguja hipodérmica o cualquier otro tipo de inyección subcutánea. De la misma manera podemos descartar una esponja con cloroformo o su equivalente. En conjunto, reconozco que parece lisa y llanamente imposible. ¡Y sin embargo...!

—¿Sin embargo?

El álbum de fotografías seguía abierto donde cayera en el sofá, mostrando el

primer plano de Eve Ferrier. Hathaway lo señaló.

—Hace un minuto —dijo, mirando a Brian con malevolencia— me dijiste que mirara eso. Pues bien, mi excelente amigo. Míralo *tú*.

—¡Estoy mirando! ¿Qué tiene?

—Entre las ocho y la una y quince —anunció Hathaway—, ella mató a Hector Matthews.

—¿Cómo? ¿Te importaría decirme cómo?

—Por Dios —dijo Hathaway desde el fondo de la garganta—, claro que me importaría.

—¿Piensas decírselo a alguien?

—En el momento oportuno, sí.

No había dejado de señalar el retrato. Para entonces ni Brian ni Paula podían apartar de él los ojos.

Brian casi había olvidado la belleza extraordinaria de aquella mujer. La foto sugería el color sin mostrarlo. La abundante cabellera rubia de Eve Ferrier, peinada al estilo de la década del treinta, enmarcaba un rostro que una boca llena y ojos de párpados pesados salvaban de la regularidad clásica. Los ojos, bien separados, la nariz breve, uno hasta imaginaba un dejo de burla o crueldad en el rictus de aquella boca; pero no todo era imaginación. Tuviera o no Eve Ferrier una naturaleza sensual, pocas mujeres habrían sabido expresarla mejor con una mirada. Casi no sonreía.

—¿Ves? —preguntó Hathaway.

—¿Si veo qué? —empezó a decir Brian. Luego se contuvo y ya no fue posible sacarle palabra.

Porque Gerald Hathaway realmente había vencido. Y la cosa no paró ahí.

En el extremo opuesto del vestíbulo, del lado este, la orquesta empezó a tocar una melodía popular en el comedor. Ellos tres apenas la oían.

Durante unos diez segundos, mientras ciertas fuerzas se entrechocaban y contendían sobre la fotografía, Brian captó con sus aguzados sentidos, colores y formas visuales: Hathaway en traje de etiqueta y con la pechera de la camisa arrugada, mientras que ni él ni Paula se habían molestado en vestirse formalmente; los altos ventanales sobre el Quai Turrettini, y el sereno llamando un taxi afuera; pero, con un sentido impresionista superior a todo lo demás, captó el cambio operado en Paula Catford.

Paula, tan próxima a él que le rozaba un hombro, retrocedió de pronto. Había dejado de componer la figura «apacible» de hija de un pastor.

—Yo no soy quien para obligarlo a hablar, Sir Gerald. No soy más que una humilde representante de la prensa.

—Muy prudente de su parte, querida amiga, aceptar ese hecho.

Las voces subieron y chocaron.

—Pero creo que no tendrá inconveniente —replicó Paula— en decirme lo que cualquiera puede averiguar consultando los archivos. ¿No le hicieron la autopsia al

cadáver de Mr. Mathwes?

—Si se lo hicieron, Miss Catford...

—¿Sí? ¿Según la ley alemana, aun bajo el régimen nazi, no era obligatorio hacer una autopsia completa en todos los casos de muerte violenta? Y si Mathews fue envenenado ¿no lo habrían descubierto?

—A eso voy precisamente. Nunca se dieron a conocer los resultados. Ustedes saquen sus propias conclusiones.

—¿Entonces cuál fue el veneno? ¿O usted inventó todo esto? ¿Y por qué le tiene tanto odio a Eve?

Hathaway palideció visiblemente bajo la barba y bigote.

—No lo he inventado —respondió claramente—. Pueden llamarme entrometido, como dice Innes. Pero no soy ni bribón ni mentiroso, y no estafo a la gente. Si ésta es una estratagema de periodista para hacerme hablar...

—No. ¡Lo juro que no!

—¿Odiar a Mrs. Ferrier? No, no la odio. Al parecer ustedes piensan que ese personaje extraordinario, que cómodamente heredó una gran fortuna al morir Mathews, necesita ser tratada con guantes de seda o cuando menos con la mayor consideración.

—Justamente eso creo. Y ahora ella no tiene una «gran fortuna»; ella y Mr. Ferrier están en la ruina. Pero eso no viene al caso. ¿Hasta qué punto conoce usted a Eve? ¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—¿Hablar con ella?

—¡Sí! ¡Por favor, dígame!

—Mi estimada joven, hace diecisiete años que mis ojos no ven a Mrs. Ferrier. La última vez que hablé con ella fue en Berchtesgaden aquel día motivo de nuestra discusión.

Paula juró por lo bajo.

Pero no habló. Miraba por sobre el hombro de Hathaway, la entrada del hotel. Hathaway se volvió para seguir la dirección de su mirada, y otro tanto hizo Brian.

Afuera el portero, con una reverencia, abrió la enorme puerta de vidrio. En el vestíbulo, envuelta en un vaho de perfume, entró una mujer en deslumbrante traje de noche azul y plata de un corte destinado a sacar el mayor provecho de una figura magnífica.

La mujer se detuvo, la cabeza erguida; cada uno de sus gestos de una soltura y distinción innegables.

De haber vuelto la cabeza a la izquierda, habría visto a Paula y Hathaway y Brian. Pero no se volvió. En cambio miraba hacia el comedor; en el extremo opuesto. Aun sin distinguirle el rostro adivinaron la furia contenida o el miedo que la dominaba.

Incrédulo, Gerald Hathaway echó un rápido vistazo al álbum de fotos abierto en el sofá... y volvió a mirarlo.

—¿Ésa no es...?

—¡Calla! —dijo Brian por lo bajo.

La mujer dé azul y plata, moviendo los hombros y estrujando un bolso entre sus manos de uñas pintadas de rojo, marchó a buen paso hacia el comedor. Deteniéndose en la puerta, pareció preguntar algo a uno de los *maîtres*. Luego, con la misma gracia inconsciente aunque exagerada, desanduvo el camino recorrido y volvió en dirección a los tres que aguardaban. Ellos no supieron qué la hizo alzar la vista. Pero nuevamente la mujer se detuvo.

Las manecillas del reloj marcaban las once menos veinte.

—¿Y bien? —preguntó Paula Catford en tono de ventrílocuo—. Ahora no puede dejar de vernos. Qué piensa hacer, Sir Gerald. ¿La va a acusar de asesinato? .

Hathaway no respondió.

—¿Va a acusarla? —susurró Paula, tironeándole de la manga—. ¿O, como dice Mr. Innes, es asunto de la policía y no de usted?

Tampoco ahora hubo respuesta.

Eve Ferrier, tomada desprevenida, los miró a los tres con mal disimulado desconcierto. Pero ahora a ellos no les interesaba la misión que la había llevado allí. La luz le daba demasiado de lleno en la facciones.

Mal puede considerarse tragedia el hecho de que el rostro de quien otrora ha sido una belleza no sea ya la imagen sonriente de veinte, años atrás. Sólo los demasiado románticos esperarían lo contrario. Pero por otra parte, el rostro que los miraba no tendría que haber estado tan tenso y ajado. La impresión estaba hecha; Eve lo vio.

Le quedaba encanto, o le quedaría cuando se repusiera de la sorpresa; y un cuerpo todavía bello, aunque algo deformado; y más personalidad que hermosura. Algo más, pensaba Brian, algo indefinible, algo que los salones de belleza no podían contrarrestar, había disminuido su belleza y borroneado sus rasgos. La tragedia podía anidar en la mente de Eve Ferrier si no tenía la madurez emocional suficiente para aceptar los hechos.

Sólo un chispazo; después murió. Eve Ferrier rió, al parecer recobrado el autodomínio, y se adelantó con un aire de despreocupación casi convincente.

—¡Paula querida! Qué alegría verte y qué amabilidad de tu parte después de haber cometido la tontería de escribirte aquella carta.

—No fue ninguna tontera —Paula subió presurosa los dos escalones de mármol—. ¿A quién le gusta que la gente ande por ahí haciendo circular toda suerte de rumores ridículos y cosas desagradables para todos?

—Para mí, por cierto. Sí; eso no lo puedo negar. Qué remedio me queda. Puede que sea tonto —siguió diciendo la voz clara—, pero existe. ¿Qué alegría verte, o ya dije eso? ¿Y nada menos que Mr. Hathaway? ¡Le suplico me perdone!: Quiero decir Sir Gerald ahora, ¿no?

Hathaway alzó la vista.

—Como prefiera, señora —dijo.

Todavía estaba pálido. Eve prolongó su aparición en escena permaneciendo un

instante inmóvil en lo alto de los dos escalones.

—Puedo confiar en ti, ¿verdad? —preguntó de pronto a Paula.

—¡Por supuesto! ¡Tú lo sabes!

—Sí. Desde luego. Querido Sir Gerald —un halo refulgente nimbaba el cabello demasiado amarillo; luego su voz cobró sinceridad al tiempo que extendía la mano. La última vez que nos vimos fue en circunstancias muy desdichadas. Me resistía a molestarlo. Y no hablemos más de aquella época, ¿eh? Aunque espero que usted no irá a acusarme de envenenar a alguien; ¿verdad?

Otra vez Hathaway alzó la vista.

—Señora, ¿por qué habría de decir eso?

«¡Qué aplomo!», pensó Brian.

—Bueno, todos lo dicen —Eve rió. Fue como si en el fondo de sus ojos girara una rueda—. Yo... vine a buscar a Desmond. ¿Es absurdo seguir enamorada de mi marido al cabo de tantos años? Parece horriblemente incivilizado. Pero así es. ¿Lo comprendes, Paula?

—Sí, creo que lo comprendo.

—A eso me refiero. Y mi propósito serio es, Sir Gerald —declaró Eve—, como verá dentro de muy poco. Sólo que no deseo interrumpir esta conferencia, y creo que al caballero no lo conozco.

Al mirar a Brian, sus ojos resbalaron por el sofá donde estuviera abierto el álbum. Él vio con sorpresa que ahora estaba cerrado; Paula debió cerrarlo, aunque él no recordaba haber visto que lo hiciera. Y Brian se presentó.

—Soy amigo del padre de Audrey Page, Mrs. Ferrier.

—¿Audrey? Ah, sí. Supe que estaba acá. No me sorprende. Pero ustedes... —Realmente Eve tenía una sonrisa magnética. Todo lo demás estaba mal, de un modo sutil: el color de su ropa y maquillaje, la serie de contrastes feos, en una mujer que otrora se destacara por su buen gusto—. Ahora hablaré en serio. No voy a preguntarles qué están haciendo en este hotel. Pero sí otra cosa: ¿me están ignorando? ¿Será que todos me ignoran? ¿Han resuelto no venir en definitiva a Villa Rosalind?

—¿A mí me habla, señora? —preguntó Hathaway.

—Sí, por favor.

—La cuestión, Mrs. Ferrier, es si todavía desea nuestra presencia. Miss Catford está tratando de ayudarla. Yo no.

—¿Y por qué habrían de ayudarme? Mal puedo esperar eso. ¿Pero cada uno de nosotros quiere algo del otro, no es así?

—¡Si usted lo dice...! —Y Hathaway se encogió de hombros.

—Sí. Usted quiere jugar al detective. Yo matar esos viejos rumores. ¡Matarlos! —dijo Eve, y pareció sumirse en la contemplación del pasado—. He tenido muchas dificultades, créanme. Para mí puede abrirse una nueva vida, incluso un retorno a las tablas, y triunfal, cuando termine el libro que estoy escribiendo. Pensar en eso me produce un placer inenarrable. Pero no podrá ser si siguen diciendo que soy una

asesina medio loca. ¿Ustedes paran los tres en el Hotel du Rhône?

—Miss Catford y yo, sí, paramos acá.

—¿Hay alguna razón para que no vengan a ocupar las habitaciones que los esperan listas en mi villa? ¿Ahora? ¿Esta misma noche? ¿Es decir, a menos que tengan miedo?

—¿Miedo? Nada de eso, querida Mrs. Ferrier.

Eve asintió. Blandamente, con una fugaz mueca de desagrado, se dejó caer en el sofá de cuero junto al portafolios y al álbum.

—Esto es suyo, imagino —tomó el portafolios con las iniciales G. H. grabadas— Y esto también —tomando el álbum, lo hojeó—. Pero hombre de Dios —agregó en un tono asombrosamente distinto—, ¿de veras cree que yo narcoticé o envenené a Hector Matthews?

Las palabras, aunque dichas en voz baja, tuvieron una aspereza que sobresaltó a la propia Eve. La mujer se enderezó.

—Sir Gerald, le pido perdón. Fue una descortesía inexcusable de mi parte. Sabe, estoy desesperada; va en juego mi felicidad. ¿Realmente *cree* eso?

—Sí. Lo creo. ¿Pero qué la mueve a decir que lo creo?

—No es nada obvio. ¡No, no, no! La mayoría de la gente piensa que usted lo empujó intencionalmente cuando él se mareó. Puesto que me hace una pregunta directa, yo le contesto de la misma manera.

Eve cerró los ojos.

»Usted debía estar al tanto, Mrs. Ferrier. Lo indicaban sus cartas. ¿De dónde sacó esa idea del envenenamiento? A mí solamente se me ocurrió cuando recibí su carta, hace un mes.

—¿Solamente entonces?

—Así es. ¿Cuándo y cómo concibió *usted* la idea?

—Hace diecisiete años —respondió Eve claramente. Dejando el álbum se puso de pie—. Me la dio el médico alemán que le hizo la autopsia al pobre Hector.

Paula Catford desvió la vista, luego volvió a mirarlos.

—En esa época nunca soñé —dijo Eve— que aquellos oficiales nazis pudieran sospechar de mí ¡Jamás! Pero sospechaban de todos; estaban custodiando a su precioso Führer; allá tenían a la policía de seguridad. Cuando me dijeron en privado que habría una autopsia, y yo en mi ingenuidad pregunté por qué, el doctor Richter rió y dijo que era una simple formalidad. «Hay que buscar rastros de veneno; sabe».

A lo que, en una mímica breve como el relámpago pero vívida, ellos vieron el rostro del médico y oyeron su voz mientras Eve la imitaba.

—¡Diecisiete años! Nunca lo recordé, hasta que la gente empezó a murmurar. ¿Arrojé yo al pobre Hector al vacío? ¿O hubo algo más? ¡Dios! ¿Por qué son todos tan malignos? ¿Por qué no la dejan a una ser feliz?

—Eve —gritó Paula—, tienes que poner punto final a esto. La angustia te está matando. No puedes seguir así.

—Mucho me temo, Mrs. Ferrier —terció Hathaway—, que tendrá que seguir. ¿No dirá usted que *hubo* una autopsia?

—¡Oh, pero si es lo que acabo de decir!

—¿Pero no hecha por un cirujano de confianza?

—Oh, sí, de mucha confianza. El doctor Walter Richter. Tengo entendido que es amigo de usted. ¿O él lo dice?

—Es amigo mío, y un hombre integro. ¿Pero usted cómo sabe todo esto?

—Le escribí. En el cadáver del pobre Hector no encontraron rastros de droga o veneno.

Afuera, en la noche calurosa tras los ventanales, se levantó por primera vez una brisa. Del lago llegó arrastrándose el restallar débil de un trueno. Brian, único que alzó la mirada, vio el brillo de la puerta de vidrio al abrirse; eso fue, por el momento, todo cuanto notó aparte del grupo que ellos mismos formaban.

—¡Señora —gritaba Hathaway—, eso es imposible!

—Acá —dijo Eve, abriendo su bolso— tengo una carta del doctor Richter. Acá consta su dirección en Koenigstrasse 15, Stuttgart; también su número de teléfono.

—¿Y con eso?

—Por favor lea lo que dice el doctor Richter. Está escrita en inglés. Si sigue creyendo que hablo en broma, quiero que lo llame por teléfono; yo pagaré la comunicación.

Al sacar una carta del bolso, Eve encontró otro objeto que pareció sobresaltarla. Era, en apariencia, un perfumero de cristal de dos onzas, con, tapa del mismo material y una etiqueta dorada con el nombre *Spectre de la Rose* en letras rojas en relieve. Eve lo dio vueltas en su mano levemente temblorosa.

—¿Y esto? —agregó— Nunca lo llevo en el bolso. ¿Cómo vino a parar aquí? Verdaderamente debo estar perdiendo el juicio. ¡Pero, de todos modos...!

Y esbozó un gesto.

Detrás de ella, en lo alto de los dos escalones de mármol, apareció un hombre de elevada estatura que momentos antes traspusiera la entrada del hotel. De chambergo negro y descuidado traje oscuro, su silueta resaltaba contra las paredes de colores claros: Aunque de mediana edad, se habría destacado en cualquier parte por un cierto aire una presencia, una vivacidad imponderable como el acero de un resorte en tensión.

—Pero, de todos modos —siguió diciendo Eve—, aquella autopsia fue practicada tan pronto después de la muerte que hasta un narcótico administrado para atontarlo habría dejado rastros. Y no había dejado rastros. Y no había absolutamente nada. ¿Quiere leerla, Sir Gerald?

—Como guste, señora.

Ella le tendió la carta con la misma mano que sostenía el frasco de perfume, y Hathaway la tomó.

—¡Quiero hacerme de amigos! —dijo Eve—. ¡De veras! Quiero que ahora

vengan a casa, esta misma noche, y hablemos. ¡No existe ningún veneno! ¡Nunca lo hubo!

A su espalda, en lo alto de los dos escalones, el hombre de oscuro se detuvo.

De nuevo Brian alzó la mirada. Otro tanto hizo Paula, tan próxima a Brian que con el hombro casi le rozaba el antebrazo.

Brian vio el sombrero, los hombros, el porte del hombre que tenía delante; y de pronto una parte de su problema quedó explicada. Pero Brian no tuvo tiempo de considerar el punto, ni de pensar en lo que implicaba.

—¡Señora, esta carta...!

—¡*Tiene* que creerla! Muchas veces hice el papel de asesina. Es más bien divertido y excitante. Está no. Paula y yo no somos mentirosas; No podemos hacer que un hombre muera por accidente. Eso le pasó al pobre Hector. Seamos todos amigos, ¿quieren?

Y entonces, a su espalda, Desmond Ferrier habló.

—«¿Y ahora, vosotras, negras, secretas brujas de medianoche?».

Eve no gritó. Pero su rostro adquirió una tonalidad barroca bajo el maquillaje. El perfumero salió volando de su mano extendida y fue a estrellarse partido en tres pedazos en el piso de mármol, a los pies de Hathaway. Éste retrocedió de un salto al tiempo que soltaba un juramento. Con un fuerte siseo y despidiendo un olor acre, el contenido del frasco se esparció en manchones ardientes que adquirieron una coloración negra al tocar el suelo. Alzando en vilo a Paula, Brian la apartó antes de que el líquido hirviente llegara a tocar su zapato.

—Arroja encima unas revistas —dijo—, antes de que alguien lo vea. Es aceite de vitriolo. O también lo pueden llamar ácido sulfúrico.

V

En la penumbra empañada por el humo podía verse el vestido blanco de Audrey Page, no menos blanco que sus brazos y sus hombros. La joven ocupaba una mesa cerca del reflector. A Brian, la música de tango siempre le recordaba a París, aun cuando sonara a tambores sudafricanos, porque él asociaba a París con esa melodía en particular.

Brian seguía jurando por lo bajo.

No debería de haberse enojado tanto con Audrey por lo que ella dijera esa noche. A menos que se hubiera enamorado de una muchacha veinte años menor que él, no tenía derecho a enojarse.

Pero el impulso de retorcerle el pescuezo...

El club nocturno llamado *La Baule Naire*, no muy distante del *Ba-Ta-Clan* y muy semejante a éste, está situado en un primer piso, en una de esas callejuelas estrechas y empinadas que suben desde la Ciudad Vieja hacia la Catedral.

Los relojes dieron el cuarto para la medianoche, haciéndolo sobresaltar al comprobar que el vitriolo había lanzado su advertencia hacía apenas una hora, cuando Brian subió la escalera de *La Boule Noire*. Después no habría podido oír absolutamente ninguno de los relojes de Ginebra.

La música lo envolvió, acallando el rumor de las voces. Los rostros de los espectadores que semejaban fotografías levantadas en forma de pirámide por encima del largo mostrador del bar, miraban el escenario, frente al rectángulo de piso encerado.

—¡Señor, no hay mesa! ¡El segundo número ya empezó...!

Brian sacó a relucir un billete de cincuenta francos suizos. Había mesa.

En el piso encerado, algo abajo y delante de un escenario llamativo, el reflector seguía a una pareja de bailarines en medio de rugidos de júbilo. El calor y una humedad alcohólica bañaban a la multitud entre la cual mozos cargados con bandejas pululaban como conejos en su conejera.

—¡Por favor! ¡Por favor!

Sólo un billete de cien francos detuvo a uno de los que emitían esos «por favor».

—¿Ve aquel joven de pelo oscuro? ¿El que está con la joven de blanco? ¿En esa mesa del medio, junto a la pista de baile?

—¿Allá?

—Exactamente. Dígale que lo llaman por teléfono. Dígale que está acá, al lado del bar. Que es muy importante. Que es de la casa.

El mozo asintió a gritos y volvió a zambullirse en el mar de gente.

En la pista, una rubia alta y flexible que llevaba puesto muy poco además de una capa de polvo, estaba entregada a una parodia de baile apache con un individuo raquíptico ataviado con siniestras ropas de bajo fondo, desde la gorra y pañuelo al cuello hasta el traje a cuadros. Sólo que, en vez de revolcar el apache a su chica por el

suelo al son de los tambores, ella lo revolcaba a él.

De nuevo el apache tocó madera con un estrépito que sacudió los baldes de champaña y levantó tierra del piso. La multitud aulló. La muchacha, impertérrita, volvió a tomar a su compañero en un paso de baile. Esta vez el individuo aterrizó casi sobre la mesa de una pareja de edad, ambos robustos, vestidos de etiqueta.

Philip Ferrier, su smoking blanco algo ajado, se abrió paso entre el gentío.

—No hay tal llamada telefónica —dijo Brian, tomándolo de un brazo—. Tengo que hablar con usted sin testigos.

—¡Oiga! ¡Audrey está allá sola!

—¿Y qué? Este antro está muy de moda.

—Puede ser —replicó Philip, enderezándose la corbata—, pero no es lugar adecuado para llevar a una chica a menos que ella insista. Si alguien la toma por una de la casa y se ofrece a acompañarla...

—No nos preocupemos por eso, ¿quiere?

—Oiga, ¿de qué se trata? ¿Cuál es la situación?

—La situación —dijo Brian— no puede ser peor.

—¿Por qué?

—Asesinato.

Tuvo que pronunciar la palabra a gritos. El apache cayó boca abajo logrando derribar media docena de vasos. El calor, la duda, la incertidumbre, todo se entremezclaba como el ruido de la música.

—No, todavía no mataron a nadie —dijo Brian—. Pero el ambiente está preparado y no sé para quién. Paula Catford y Gerald Hathaway han sido persuadidos, o desafiados a abandonar el hotel e ir a Villa Rosalind esta misma noche. Necesito que me haga un gran favor. Quiero que invente la excusa de que lo llaman de alguna parte. Quiero que se marche en seguida, y me permita acompañar a Audrey al hotel.

—Es pedir bastante, ¿no cree?

—Sí. De cualquier modo, si esa chiquilina tonta le interesa tanto como creo, accederá.

—¡Vea, no podría dejada acá aunque quisiera! ¡Si se trata de algo importante, yo puedo ir con ustedes!

—No. Eso tampoco puede ser. Tengo que hablarla a solas.

Philip pugnó por conservar el equilibrio en el amontonamiento.

—Dios me asista —empezó—, si no supiera que usted tiene edad suficiente para ser padre de Aud...

—No soy tan viejo, ¿sabe? —Brian notó que había alzado innecesariamente la voz—. Por acá, ¿sabe?

Saliendo del centro del ruido quizá hubiera más tranquilidad. Brian arrastró a su compañero a lo largo del bar, donde los espectadores, parados en los travesaños de los taburetes, atisbaban por encima de las cabezas de los demás. Al fondo, en el

ángulo entre el mostrador y una ventana de tupido cortinado que daba a la calle, volvió a hablar.

—En cualquier otro momento, podría sentirme inclinado a hacerle la competencia. Ahora no. Tengo tanto interés en Audrey como en... en Paula Catford.

(Y ahora, ¿por qué había dicho eso?).

—¿Quiere que vaya a despedirme de Aud?

—No quiero que se despida siquiera. Deje que yo le lleve el mensaje: eso es todavía más importante. Cuando sepa mis motivos, tal vez dentro de muy poco, verá que es tan vital para usted como para Audrey. Si la quiere, se irá.

Brian calló. Miró en torno, vio algo, y volvió a mirar.

En un rincón oscuro detrás del bar estaba su amigo el doctor Gideon Fell.

Una montaña en el rincón, coronados sus múltiples mentones por un bigote de bandolero, los anteojos colgando de la ancha cinta negra, el doctor Fell se despejó la garganta con tal violencia que el ruido se oyó aun en medio de esa barahúnda. En el semblante tenía una expresión grave, y en la mano un gran vaso de cerveza.

—Señor —dijo cortésmente a Philip Ferrier—. ¿Puedo instarlo a hacer lo que dice Innes?

—¿Ah sí? —jadeó Philip, tironeándose el cuello—. ¿Puedo irme tranquilo?

—Puede —dijo Brian—, y usted lo sabe. ¿Cuándo termina este primer número?

—De un momento a otro. Nos íbamos después. La cuenta...

—Yo pagaré la cuenta. Trate de convencerse de que el futuro de Audrey tal vez dependa de que usted se marche ahora sin hacer preguntas. Puede llamarla por teléfono más tarde, o bien ella lo llamará a usted. ¿De acuerdo?

Una ligera histeria había invadido el lugar. Philip, ofuscado, queriendo convencerse de que su resolución era heroica, trató de echar una última mirada al sitio en que dejara a Audrey. Luego, inició una trabajosa retirada. El Dr. Fell, desde la cima de las cadenas de montañas de su humanidad, sostenía el vaso de cerveza como en un aviso televisado de gran fuerza de convicción.

—Señor —tronó impotente el doctor Fell—, yo puedo abstenerme de hacer preguntas en caso de necesidad. ¡Sin embargo! En una palabra, ¿qué explicación tiene todo esto?

—En una palabra: vitriolo.

—¡Oh, ah!

—No es la única, pero bastará. Uno no llena un perfumero de vitriolo para hacer una broma.

El doctor Fell desvió la mirada.

—Habitualmente no, de acuerdo. ¡Pero la palabra vitriolo me parece menos interesante que... ejem! ¡No importa! Vaya a ver a la joven.

Desde la pista de baile, ahora invisible, un estruendo y gritos airados sacudieron el recinto cuando el apache salió disparado de cabeza contra otro grupo. Brian, atropellando el gentío, emergió al borde de la pista de baile.

Momentáneamente lo cegó el haz de un segundo reflector al darle de lleno en la cara desde el escenario carmesí y oro. Se detuvo un instante, escudándose los ojos, envuelto en una bruma de polvo y humo de tabaco. Con sentimientos contradictorios observó a Audrey, en su mesa del «*ring-side*».

No había ninguna duda de que se divertía enormemente.

Aunque algo nerviosa quizá, además de extasiada y gozosa, la joven se enderezó cuando los bailarines retrocedieron en sus piruetas finales. Brian la miró. Bordeando la pista, llegó a su mesa, dio la vuelta y apareció frente a ella.

—¡Oh! —exclamó Audrey, casi como si hubiera visto a un fantasma.

—Nuevamente, buenas noches —dijo Brian, y tomó ubicación en la silla vacía.

—¡Vaya! ¿Qué haces aquí?

—Vine en tu busca.

—¿Cómo diste con nosotros?

—Philip dijo que iban a comer al Richmond, y después a un club nocturno. No hay muchos para elegir.

—Quiero decir —y dos parches de color ardieron en las mejillas de Audrey—, ¿qué haces acá? ¿Para qué me quieres?

—Vine a decirte algo.

—¡Oh!

—Sí. No irás a casa de Eve Ferrier, ni ahora ni nunca. Mañana a la mañana te embarco en un avión para Londres.

—¡Caramba! —dijo Audrey, y lo miró boquiabierta—. ¿Y si yo no voy, Mr. Brian Innes? ¿Qué pasa si decido no obedecerte? ¿Qué harás entonces?

Al fondo del escenario, donde el apache avanzaba a ciegas hacia su pareja de baile, la rubia alta lo recibió con una sonora bofetada haciéndolo caer al piso cuan largo era mientras la música llegaba a sus compases finales. Brian señaló con el dedo.

—*Eso* —contestó—. Que es muchísimo menos de lo que mereces.

Jadeantes, los bailarines saludaron al término de su número. Una salva de aplausos brotó de las mesas, ahogando lo que Audrey podía estar diciendo. Pero ella no dijo nada: inmóvil, muy erguida, lo miraba. Cuando los bailarines llegaron al fondo del escenario, entre reverencias, un cortinado se corrió ocultándolos. Todas las luces se apagaron, marcando el fin del primer número. Para entonces Audrey hablaba, pero Brian no alcanzó a oírla.

A un largo redoble de tambores siguió el arrastrar de sillas, ruido de gente en movimiento, el murmullo de conversaciones. Diez segundos después se encendían luces tenues en el cielo raso decorado. Audrey se había puesto de pie, y lo enfrentaba detrás del balde plateado con la botella de champaña.

—En cuanto Phil vuelva del teléfono —gritó Audrey—, nos vamos.

—¿Eso crees?

—¡Realmente...!

—Philip no volverá.

—No sé de qué hablas, pero no tiene la menor importancia. Me iré sola.

—Oh, no, no te irás. Siéntate.

Audrey se sentó.

—Tú y yo —prosiguió Brian, retirando la botella de champaña del hielo e inspeccionándola—, vamos a poner en claro ciertas cosas. Toma —faltaba bastante poco de la botella; Brian llenó la copa de Audrey—. Los enamorados no beben mucho, ¿eh?

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No sabes?

—¡No, claro que no! ¿Dijiste... dijiste que Philip no volverá? ¿Por qué, se puede saber?

—Porque yo lo convencí de que no te viera por el momento. Dije que estaba en juego tu futuro. Lo cual da la casualidad que es verdad. Philip está enamorado de ti.

—Y tú no, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Cómo se te ocurre que sería tan tonto?

—¡Oh! —dijo Audrey, y apretó los puños. Pero nunca había estado más atractiva o deseable—. Cuando conversamos esta noche, no me habrías prohibido ir a lo de Eve. ¿Por qué me lo prohíbes ahora?

—Te diré solamente uno solo de los motivos.

—¿Uno solo?

—Sí. Quédate quieta.

Breve y rápidamente, Brian narró el encuentro con Hathaway, el encuentro con Paula Catford, las poco satisfactorias razones por las cuales un hombre no pudo haber sido envenenado en Berchtesgaden, la entrada en escena de Eve Ferrier, la aparición de un frasco de perfume y una carta de un cirujano alemán.

—¿Aceite de vitriolo? —repitió Audrey—. ¿Eso que suelen tirar a la cara de la gente?

—Se han dado casos.

—Pero a Mr. Matthews no pudieron matarlo con eso, ¿verdad?

—Oh, no. Piensa en lo que te dije —Brian tamborileó con los dedos sobre la mesa y habló a la manera de un director de escena—. ¡Rayos y truenos! Entra Desmond Ferrier, algo bebido y con intenciones aviesas. Cuando declama esa línea de *Macbeth*, el frasco salta de la mano de su mujer y se hace añicos por accidente o a propósito.

—¿A propósito?

—Sí. Puede haber sido un efecto teatral; la misma Eve pudo planearlo. Por eso no sé a qué atenerme.

—¿No eres muy mal pensado?

—Posiblemente. Todos lo somos. Ahora piensa en la secuela. Ninguna otra persona vio lo ocurrido; sobornamos al sereno para que pasara por alto el incidente y destruyera la evidencia. Mrs. Ferrier lo esgrimió como argumento para que Hathaway y Miss Catford dejaran el hotel, con equipaje y todo, y se trasladaran a la villa.

Aparentemente ambos tenían las ideas muy confusas; accedieron. Lo que sugirió a continuación fue que te lleváramos a ti también.

Audrey, a punto de alzar su copa, la dejó sin probar el contenido.

—¡Pero Eve Ferrier no sabía que yo había llegado a Ginebra un día antes! ¡Recuerda! ¡Philip no les había dicho nada!

—Bueno, la cuestión es que lo sabía. Dijo haberlo oído decir, y que no le sorprendía. ¿Tú se lo dijiste a alguien aparte de Phil?

—No.

—¿Estás segura, Audrey?

—¡Claro que estoy segura!

Brian la observó. La concurrencia del gran salón se renovaba. Agudos y rasgueos de prueba sacudían la plataforma de la orquesta mientras los músicos afinaban sus instrumentos. En la mesa detrás de Audrey, solitario en su inmensidad, con una expresión ferozmente apologética en el semblante y frente a seis botellas de cerveza, estaba el doctor Fell. Contra la mesa había apoyado un bastón con empuñadura de muleta; varios mozos se apartaban lentamente de él.

—¡Claro que estoy segura! —repitió Audrey alzando la voz—. ¿Qué estaba haciendo Mrs. Ferrier en el Hotel du Rhône?

—Buscando a su marido.

—¿Y Mr. Ferrier?

—No dijo. ¡De cualquier forma! —Brian pareció descartar el punto—. Allá estábamos los cinco, en una especie de pandemonio. Mrs. Ferrier, repito, quiso en seguida llevarte con ellos. Cuando Hathaway comentó que parabas en el Metropole, tuve que intervenir. Dije que tú y Phil habían salido a comer, pero que no tenía la menor idea de dónde estarías después o a qué hora volverías.

—¿Oh?

—Y allá fueron, con cuatrocientas o quinientas libras de equipaje, en un automóvil particular y otro de alquiler. Mrs. Ferrier llamó al Metropole por lo menos dos veces antes de partir. Ahora ya habrán llegado; volverá a llamar al Metropole.

—Y bien, ¿por qué no?

Las luces del techo fueron debilitándose gradualmente. Brian llamó con la mano a un mozo que pasaba a la carrera.

—¡Más champaña! —dijo en francés—. ¿Entiendo —añadió cortésmente— que soportarás de nuevo el espectáculo? Por regla general hay ocho o diez números, algunos muy buenos.

—Si crees que me estás obligando a hacer algo en contra de mi voluntad —gritó Audrey—, será mejor que lo pienses dos veces. ¡Son buenos, sí! Aun cuando no sean muy correctos y mi padre no los aprueba. Sólo que uno no espera encontrar una cosa así acá. Yo siempre asocié a Ginebra con Calvino y la virtud.

—Estamos en la parte francesa de Suiza. La gente suele olvidarlo. Mira, Audrey: ¿seriamente sostienes estar enamorada del joven Philip Ferrier?

Hubo una pausa. Los ojos azules se abrieron.

—Claro que lo sostengo —protestó Audrey, con todos los visos de sinceridad—, porque es verdad. ¿Hay alguna razón que lo impida?

—Se me ocurren bastantes razones que hacen a tu conducta muy peculiar si lo estás.

—Nombra una, por favor.

—Encantado. Esta noche cuando llegué de París, tomé un taxi en el aeropuerto y fui derecho a tu hotel. Ni siquiera pasé por casa.

—¡Querido Brian! Fue una amabilidad de tu parte, sin duda. Pero, como dije entonces...

—¿Audrey, recuerdas lo que dijiste entonces? Calla y piensa. Yo estaba pagando el taxi cuando tú saliste del hotel como una tromba, furiosa y al borde del pánico. Sin darte cuenta de que me habías confundido con otra persona, me preguntaste qué estaba haciendo. Dijiste que yo había llegado antes de tiempo y que lo echaría todo a perder.

—¡Está bien! ¿Y qué hay con eso?

Brian respondió sin alzar la voz.

—Hay esto —dijo—. Aduces haber estado esperando que Philip Ferrier fuera a buscarte para cenar. Pero cualquier mujer que espera que la pasen a buscar, aunque sea el novio, se queda en el vestíbulo hasta que la otra persona entra. O bien espera arriba en su cuarto hasta que desde la portería le avisan por teléfono que la buscan. No hace lo que hiciste tú ni dice lo que tú dijiste.

—Yo solamente...

—Calla —y golpeó la mesa con los nudillos—. La conclusión era que me habías tomado por Philip, ¿no es así?

—¡Claro! ¡Así era!

—Oh, no. No podía ser. Yo mido más de un metro ochenta, pero nadie me puede considerar un peso pesado. A Philip le llevo media cabeza, y él es más bien grueso. Todo cuanto pudiste ver fue la silueta de un tipo flaco y alto de sombrero, despidiendo a un taxi en una calle semioscura. Pero bastó para causarte gran sobresalto.

Y entonces, frente a aquel rostro de palidez fantasmal bajo las luces veladas, toda la ira de Brian comenzó a dar paso a una angustia profunda, desesperada.

—¿No es cierto que me confundiste con alguien? ¿No me tomaste por Desmond Ferrier, que llegaba al hotel muchas horas antes de lo convenido? ¿Y, en ese caso, puedes sinceramente sostener que quieres al hijo?

VI

Todas las luces del salón se apagaron. Al redoble de un tambor se unieron otros, martillando con ritmo salvaje y creciendo hasta ser un trueno que ahogó la voz de Brian. En la oscuridad total pudo, empero, ver el traje blanco de Audrey.

Los haces de dos reflectores brotaron a cada lado de la pista, convergiendo en las cortinas cerradas del escenario. En la expresión de Audrey, cuando la luz difusa tocó su pelo oscuro y convirtió en máscara su rostro, él no leyó nada.

Fue quizá al cabo de diez segundos, mientras el tom-tom desgarraba los nervios, cuando Audrey comenzó a golpear la mesa como una mujer histérica o un niño en un arranque de petulancia.

—¡Oh, Dios nos asista a todos y a ti en particular! Piensas que tengo un idilio con Mr. Ferrier. ¿No es eso?

—Eso no importa.

—¡Claro que importa! ¡Importa muchísimo! ¿Eso pensaste?

—Sí.

—Y como tú llevabas una valija, imaginaste que...

—Si eludes cada una de mis preguntas no llegaremos a ninguna parte. ¿Esperabas a Desmond Ferrier en el hotel? ¿Se suponía que iba a ir a alguna hora de la noche?

—Sí, lo esperaba. Sí, iba a ir. Pero no por lo que tú crees. ¡Si llegas a decirle una sola palabra de esto a Phil, o de que yo quedé en verme con él...!

—No se lo diré a nadie. Pero te tengo demasiado cariño para verte envuelta en una situación que está llevando directamente a otro crimen, contigo en el centro de todo el asunto.

—Brian, sácame de acá. No quiero volver al hotel, si tú temes que me llamen y me hagan ir a esa casa; juro que no. ¡Ahora por favor, por favor, sácame de acá!

Brian se levantó, en tanto extraía su billetera. Al instante un mozo apareció a su lado y dijo algo que el retumbar de los tambores le impidió oír.

Las cortinas se apartaron. Media docena de coristas extraordinariamente desvestidas, tres de cada lado del escenario, descendieron ondulantes un par de escalones e iniciaron frente a los espectadores lo que los anuncios presentaban como pantomima de la jungla.

—¡Audrey! ¡Espera!

Pero Audrey, a quien ahora *La Boule Noire* parecía repugnarle tanto como antes le había encantado, sólo se detuvo al tomarla Brian del brazo. Ése fue el momento en que ambos vieron a Desmond Ferrier.

Él no los vio, o no pareció verlos. Acababa de abrirse paso entre la concurrencia hasta una mesa situada en el lado opuesto de la pista de baile, y prendía un fósforo para encender el cigarrillo.

Evidentemente había dejado el sombrero abajo, en el *vestiaire*, donde Brian dejara el suyo —un sombrero negro del mismo tipo—. El resplandor de la llama del

fósforo le iluminó la cara: facciones enérgicas, ojos de párpados cargados y pómulos salientes.

La nariz era delgada y aquilina, la boca una curva exageradamente burlona. Sacando las líneas de amargura o descontento estampadas en la frente o alrededor de la boca, que Brian había observado en el Hotel du Rhône, ese rostro denotaba tan poco el paso de los años como el ondulado pelo oscuro, apenas salpicado de gris.

Claros a la luz de la llama avivada un momento, los ojos de Desmond Ferrier siguieron de soslayo a la morena insinuante que encabezaba la fila de coristas.

Los tambores martilleaban, las luces enturbiadas por el humo cambiaron su color, de blanco a amarillo, luego a rojo. Desmond Ferrier apagó el fósforo.

—¡Brian! ¿Qué te demora?

—¿No ves?

—Sí, claro. ¿Importa?

—A lo mejor. La última vez que lo vi, iba camino de su casa con los demás del grupo. Quizá se impongan algunas preguntas.

—¡Brian, no! ¡No serías capaz!

—Vamos a ver, ¿por qué razón no sería capaz? ¿Qué privilegios especiales y particulares tiene ese hombre?

Voces airadas les gritaban que se sentasen o salieran del paso. Brian miró a Audrey a los ojos; comprendió que no tenía idea de cuánto había de cierto en su versión, o hasta qué punto podía confiar en ella. Cuando Audrey girando sobre sus talones se alejó, entre un grupo que le abrió paso, la siguió no tanto por indecisión como por un gesto que hizo Desmond Ferrier.

Ferrier, mucho más bebido que una hora antes, hacía señas a alguien situado del otro lado de la pista. Y ese alguien era el doctor Gideon Fell.

Mientras tanto, en cuanto a Audrey...

Salir del salón fue quitarse un peso de los pulmones y del cerebro. Brian recogió su sombrero en el *vestiaire*. Al bajar corriendo la escalera, mientras el ruido disminuía, notó que él también recobraba la calma. Al pie de la escalera una estancia larga y angosta, con sillas cromadas y mesas de patas cromadas y tapa negra, que hacía las veces de bar en el subsuelo, se extendía en la semipenumbra hasta la puerta de calle.

Audrey sonrojada pero con la mirada firme, lo esperaba junto a una mesa con su estola colgando del hombro. No había nadie más a la vista.

—Está bien —dijo Brian. Automáticamente empezó a gritar; luego bajó la voz—. ¿A dónde quieres ir? Tengo el coche a la vuelta, frente a la Place Neuve.

—¿Tu coche?

—¿Insistes en olvidar que vivo acá? ¿En un departamento a doscientos metros escasos del Hotel du Rhône? ¿Adónde quieres ir?

—No quiero ir a ninguna parte. Pero tenía que salir de ese sofocamiento espantoso antes de que me desmayara. ¿No podemos... no podemos sentarnos acá?

¿Esto no sirve?

De nuevo él dominó el impulso de gritar.

—Cualquier cosa sirve, Audrey, siempre que dejes de decir mentiras y me expliques por qué tu gran amigo Desmond Ferrier iba a verte al Metropole esta noche. ¿A propósito, la entrevista sigue pendiente?

—Mr. Ferrier no es mi gran amigo. Y en realidad yo no te dije ninguna mentira —lloriqueó Audrey—, aunque es cierto que no te conté todo porque hay de por medio una promesa —sus ojos brillaron con una extraña fijeza luminosa—. Brian, realmente creo...

—¿Crees qué?

Ella se alejó corriendo. Brian pensó que iba a cruzar la arcada y subir de nuevo la escalera; en cambio, Audrey se sentó en un rincón contra un medio tabique que ocultaba de un lado la arcada, frente a una masa de tapa negra y bajo un cartel de propaganda de Cinzano.

—¿Crees qué? —volvió a decir Brian—. ¿Y cuál, exactamente, es tu concepto de decir la verdad?

—¡Mr. Ferrier quería hablarme de Eve! Eso es todo.

—¿Todo?

—Todo lo que importa. Te dije en el hotel: mi padre me tiene bajo una vigilancia tan ridícula que a veces me entran ganas de gritar. Así que quise tener veinticuatro horas para mí acá. ¡Ser libre, si puedes comprenderlo! ¿O no?

—No interesa. ¿Qué pasó?

—Ni siquiera sabía con certeza si quería o no ver.

Es cierto que en una carta le dije que quizá negara un día antes. No le aseguré nada, simplemente dije que a lo mejor, y dónde pensaba parar en ese caso. Y entonces, cuando mi avión llegó al aeropuerto al promediar la tarde, encontré a Mr. Ferrier esperándome.

—¿Desmond Ferrier?

—Sí —Audrey pronunció cada palabra consumo cuidado—. Yo no le había dicho que llegaba; tampoco Phil. Pero allá estaba. Dijo que tenía que hablar conmigo acerca de algo terriblemente importante referente a Eve. Que, desgraciadamente, estaría ocupado hasta muy entrada la noche; pero que acá la gente no se acuesta tan temprano como en Londres. ¿Podía, si no era molesto, pasar a buscarme para tomar cualquier cosa a eso de medianoche?

—¿Medianoche?

—¡Brian, es la verdad!

—No lo niego.

—¡Bueno! —Audrey abrió los brazos—. Tiene un aspecto tan distinguido, y un modo de ser, y un poder de persuasión que convence a cualquiera. Como no sabía que decir, dije que sí.

—Un día, hija mía, eso puede ser tu epitafio.

—¿Por amor del cielo, Brian, me tomarás en serio alguna vez? ¿No tenía nada de malo, verdad? De cualquier manera, apenas hacía una hora que estaba en el hotel cuando llamó Phil para ver si yo estaba, y me invitó a comer. Mal podía rechazar una invitación de Phil, ¿no?

—No, no podías —dijo Brian con cierta reserva—. ¿Pero doy por sentado que le mencionaste el hecho de que verías a su padre más tarde?

—No, no se lo mencioné, y tú lo sabes. No había nada de malo. Mr. Ferrier no hizo nada indebido. Es decir... bueno, no hizo nada. ¿Pero, y si a Phil le hacía mala impresión? Entonces le pedí a Phil, por teléfono, que me llevara a un club o a alguna otra parte después de comer. Si me demoraba con él, entonces existía la posibilidad de que cambiara de idea y no viera en definitiva a Mr. Ferrier.

Brian arrimó una silla y se sentó a la mesa frente a ella. El ruido que llegaba del piso alto, apenas disminuido, sonaba como si el mismo edificio estuviera pataleando.

—Ahora, Audrey, dime: ¿qué hizo Mr. Desmond Ferrier que pudiera prestarse a una mala interpretación?

—¿Te importa? ¿Realmente te importa?

En la mesa había un cenicero, también de propaganda de Cinzano. Brian resistió el impulso de tomarlo y hacerla añicos contra el suelo.

—Tú eres como Mr. Desmond Ferrier —dijo ella—, en más de un sentido. Sólo que no lo sabes. Jamás aprenderás. ¡Naturalmente me asusté cuando creí verlo bajar del taxi!

—Pero no era el actor-héroe; era yo. ¿No fue una desilusión aparte de un alivio? Audrey contuvo el aliento.

—¿Desilusión? Decididamente Desmond Ferrier te enfurece, ¿no?

—Jamás dije...

—Pero lo digo yo. Y sin embargo Phil no le importa. Phil te agrada. ¿Te digo por qué?

Brian tomó el cenicero, pero volvió a dejarlo en su lugar.

—Phil es un encanto —siguió diciendo Audrey apasionadamente—. Es terriblemente buen mozo; sus intenciones son limpias y tiene buen carácter; y sin embargo, a tu criterio, es un poco tonto. Eso no te importa. Pero Mr. Ferrier es inteligente; y los hombres inteligentes te irritan porque tú también lo eres... ¡No te atrevas a pegarme!

—No te iba a pegar. No estábamos hablando de los defectos de mi carácter. Tú te apareces en el Metropole y me cuentas que a Eve la acusaron del crimen de Berchtesgaden. Después me entero de la «broma», si es una broma, de Mr. Ferrier, acerca de que Eve quiere envenenarlo. Mientras comíamos...

—¡Prosigue!

—Mientras comíamos —y había lágrimas en los ojos de Audrey—, Phil me habló de un huésped inesperado que llegó a su casa hoy al mediodía. Phil no sabía gran cosa de él. Pero yo lo había oído nombrar. Se llama doctor Fell.

—Entonces quizá estemos llegando a algo que tiene sentido. ¿Viste al doctor Fell, no?

—¿Verlo? ¿Cómo en nombre de Dios podría verlo?

—Bueno, recién estaba arriba. En una mesa cerca de la nuestra. Me inclino a creer que te observaba.

Hubo una pausa.

—¿No te referirás a ese hombre terrible, increíblemente grande, con un mechón de pelo caído sobre un ojo? ¿De aspecto tan distraído que no parece saber siquiera dónde está? ¿Ése es el doctor Fell?

—El mismo.

—¡Pero...!

—Realmente es distraído, Audrey. Quizá hayas oído comentar lo del telegrama que le mandó cierta vez a su mujer: «Estoy en el mercado Harborough; ¿dónde tendría que estar?». A diferencia de Gerald Hathaway, que nunca hace nada por azar, Gideon Fell rara vez hace algo deliberadamente. Por otra parte, es extraño encontrarlo en un *Night-club*, salvo que alguien le haya pedido que te vigile.

Fue como si toda la injusticia del mundo la ahogara.

—¿Pero por qué? ¡Yo... yo no tengo nada que ver con este odioso asunto, sea lo que fuere!

—No; no tienes nada que ver. Y nadie va a decir lo contrario. Por eso mañana tomas el primer avión para Londres —Brian se interrumpió, mirando hacia la derecha—. ¡Escucha!

Audrey empezó a hablar, pero lo pensó mejor.

Atronadoras salvas de aplausos provenientes del piso alto, al crecer. Y dar luego paso al silencio, sugirieron que el número de la jungla había terminado.

El bar de la planta baja, con su aspecto más bien siniestro y las fotografías enmarcadas que adornaban las paredes, estaba sumido en idéntico silencio.

Desde más allá de la arcada, por la escalera que conducía al piso alto, llegaban sonidos similares a los que podría emitir un elefante adulto que tratase de bajarla con ayuda de un bastón. Lo que oyeron a continuación fue la voz inconfundible de Desmond Ferrier, notable por su jocosidad y potencia lo mismo que por su clara dicción.

—¡No sería caballeresco, doctor, decir que mi amada esposa tiene un tornillo flojo! ¡No!

—¿Cómo? ¡Ah!

—Sin embargo, yo le digo sin rodeos que estamos entrando a un terreno muy peligroso —la voz calló—. Maldición, hombre, ¿por qué no mira por dónde camina? No tiene figura para trepar escaleras de *Night-clubs*.

—Señor —resopló el doctor Fell—, no tengo figura para *Night-club*, especialmente cuando no sé por qué estoy aquí.

—Para hacer un favor a un viejo amigo.

—¿En alguna forma especial? Si su hijo y Miss Page están comprometidos y van a casarse...

Desmond Ferrier habló con énfasis burlón, como Mefistófeles.

—Ah, pera no *sabemos* si están comprometidos. Un estudio atento de las cartas de Miss Page a mi hijo, que llegaron a mi poder sin su conocimiento, me lleva a la conclusión de que lo estarán dentro de poco.

De cualquier manera, yo confío en que lo estén.

—¿Por qué razón?

—Porque evitará algo desagradable —replicó Desmond Ferrier—. Evitará que mi amada esposa envenene a Miss Page, se envenene ella misma, o me envenene a mí.

—¿Señor, no estará...?

—¿Hablando en serio? ¡Usted también! ¡Mi querido doctor Fell! Quédese donde está. ¡Quédese justo donde está, acá al pie de la escalera!

Los pasos pesados se detuvieron. Una colilla de cigarrillo encendida, expelida con fuerza por dos dedos, salió disparada de la arcada y cayó al piso en mitad del bar.

—Mi amada esposa cree firmemente que yo he puesto los ojos en Audrey Page; y, lo que es peor todavía, que Audrey Page ha puesto los suyos en mí y no en Phil. Tal vez con vistas a un divorcio seguido de un nuevo casamiento.

A esta altura el actor reflexionó. Brian, atisbando desde atrás del tabique, alcanzó a verlo alzar las cejas y apuntar al doctor Fell con un largo índice.

—La primera parte, tenga en cuenta —añadió—, no es una idea tan endiabladamente sin fundamento como algunas de las que suele tener mi querida mujer. La chica vale la pena. Entre nosotros, con gusto le haría una insinuación. Pero entiendo que es necesario respetar a la novia de un hijo; la chica tiene dinero, y Phil lo necesita; por último, los celos de Eve de todas y cada una de las demás mujeres, han llegado a tal punto que lo único que pido es una relativa paz y tranquilidad.

—Hum —dijo el doctor Fell.

—¿No me cree?

—Señor, estoy esperando.

Una sonrisa blanda brilló en la semipenumbra del otro lado de la arcada.

—Entonces considere las tres posibilidades en orden inverso. Una: Eve me envenena a mí. Es posible y depende de Allah: yo sabré cuidarme. Dos: ella misma se envenena.

—Ajá. ¿Y esto es probable?

—Es posible; mi amada esposa ha amenazado con matarse bastante a menudo. Pero no la concibo haciéndolo a menos que encuentre la forma de echarle la culpa a Audrey Page.

Arriba la orquesta atacó los primeros compases de una alegre piezaailable. Audrey, blanca como un fantasma, se echó sobre la mesa y aferró a Brian de ambos brazos al ver que estaba a punto de levantarse. El cenicero resbaló, resbaló hasta el borde.

—¡Tres! —continuó Desmond Ferrier—. Tres: mata a Audrey Page. Con absoluta sinceridad, tampoco veo que eso vaya a ocurrir. Pero podría ser.

—Oh, ah. ¿Y mi papel en esto?

—Sea lo que fuere lo que trama mi mujer —dijo el otro con gran claridad—, averigüe qué es y evítelo. El otro día usted vio el estado patológico de Eve. Esta noche terminó llevando vitriolo en un perfumero, como acabo de contarle. O usted o Phil han estado cerca de Miss Page toda la noche; yo lo dispuse así. Pero esto no puede, seguir así indefinidamente.

—Mi buen amigo, ¿es realmente necesario que siga? ¿Sin duda sería más sencillo prevenir a Miss Page y enviarla a su casa?

—Eso pensaba hacer esta noche. Tenía la intención de prevenirla. ¿Pero, arruinar el casamiento de Phil cuando existe la posibilidad de que mi amada esposa esté fingiendo?

Del tono de Desmond Ferrier desapareció la nota burlona.

—Eve y yo estamos arruinados, doctor Fell. Mi amada esposa piensa que podrá retornar triunfante a las tablas. No puede; está acabada. Yo mismo no me encuentro en una situación nada envidiable; al cabo de años de retiro. El coraje lo abandona a uno y los huesos se ablandan. Tengo la mente llena de cosas en que, créame, a usted no le gustaría pensar.

—Señor —respondió el doctor Fell—, no lo dudo.

—¿Con eso qué quiere decir?

La colilla arrojada se había consumido en el piso. De la nariz del doctor Fell brotó un largo resoplido. De pronto su silueta inmensa emergió del tabique que hacía invisible a Brian y Audrey.

Con aire resuelto, murmurando para sí, el doctor Fell se alejó pesadamente hacia la puerta del frente del oblongo bar. Había tendido una mano hacia la manija, balanceando en la otra su bastón, cuando Desmond Ferrier marchó en su seguimiento.

—¿Si, maestro? —inquirió este último—. ¿Le molestaría dar su opinión?

El doctor Fell maniobraba para pasar por la puerta, debiendo dejar ambas hojas abiertas de par en par hacia la calle. Luego, giró en redondo; la cara roja y los mentones alzados.

—Mi mente, señor, se encuentra actualmente tan confundida por los hechos que resulta prácticamente inútil. Sin embargo, en lo tocante a Miss Page: ¿está su hijo al tanto de lo que ocurrió en Berchtesgaden hace diecisiete años?

—Hasta hoy no. Eve y yo hemos evitado decírselo. Pero ya le expliqué: con la llegada inesperada de toda esa gente, Gerald Hathaway y mi queridísima Catford y un tal Innes, por supuesto ahora lo sabe. No dudo de que también Miss Page está enterada.

—Oh, ah. Sí. De eso podemos estar seguros.

—¡Contestad, maestro! ¡No agitéis ante mi vuestros ensangrentados cabellos!

—¡Que le conteste qué!

De espalda a ellos, ajeno a la presencia de Audrey y Brian en el rincón, Ferrier esbozó un gesto cínico.

—Seamos francos, ¿quiere? Yo puedo representar un personaje pintoresco como característico sacándole el mejor partido. Felizmente la mayoría de la gente no sabe que esos papeles son fáciles. Pero no domino el arte de la oratoria, salvo cuando se trata de persuadir a una dama; soy un hombre de su casa, avinagrado; tengo una conciencia cargosa y me preocupa —la voz grave cambió—. ¿Cometí un error al no prevenir a la joven Page?

—Posiblemente, no.

—Posiblemente.

—En mi humilde opinión, al menos, Miss Page no corre peligro. ¡Pero, truenos! Tal vez sea muy necesario prevenir a otra persona.

—¿Oh? ¿Prevenir a quién?

El doctor Fell pronunció un nombre, y nadie lo oyó. Se perdió cuando el hombrón echó a andar hacia la Place Neuve, a la sombra de esos bastiones que otrora sostuvieran los muros de la fortaleza de Ginebra. Desmond Ferrier lo siguió. Las hojas de la puerta chirriaron al volver a su sitio impulsadas por el creciente viento.

Durante unos diez segundos después que se marcharon, Audrey permaneció inmóvil en la silla, con un brillo tan extraño en los ojos que Brian sintió desconcierto y a la vez inquietud.

De pronto Audrey se puso de pie y corrió hacia la puerta. Allí se detuvo mirando a la calle, como para ocultar deliberadamente el rostro. Brian fue presuroso tras ella.

—¡Bueno, bueno! —susurró Audrey—. ¿Quién era, mi querido? ¿A quién tienen que prevenir?

—Oí tanto como tú. ¿A ti lo mismo te da, verdad?

—Sí, pero...

—¿Qué hace falta para que te convenzas? ¿No seguirás con la idea de unirme al grupo, no? ¿O tendré que quedarme toda la noche montando guardia en tu hotel hasta que tomes el avión?

—No. No, ¡te juro! No será necesario.

—¡Si me estás mintiendo otra vez...!

Ella se volvió, pálida de angustia, y alzó los ojos.

—Oh, Brian, ¿me crees tan estúpida? No hay nada en el mundo que me haga ir. Haré lo que tú quieres. Me portaré bien. Te haré caso. Sacaré pasaje en el primer avión que consiga para Londres, sea mañana a la mañana o después. Te lo prometo.

Audrey no cumplió su promesa.

Estos acontecimientos tenían lugar en la noche del jueves, 9 de agosto. A las ocho de la mañana siguiente, cuando Brian llevaba menos de cuatro horas de sueño, sonó el teléfono en la sala de su departamento.

Lo que oyó, sacándolo sobresaltado del lecho, despejó la bruma de sus ojos y de su cerebro. Lo hizo correr abajo, subir al coche, salir a toda velocidad de Ginebra por

la calle de Lyons, camino de la frontera francesa. Solamente una hora después descubrió cuánto quería a Audrey, con sus mentiras, argucias y todo. Ni siquiera tuvo tiempo de maldecirla. Porque el terror había anidado en Villa Rosalind, y las fauces de una trampa asesina se cerraron por fin.

VII

El timbre de la puerta de calle no funcionaba, parecía no funcionar.

—¡Hola! —gritó Brian, y volvió a golpear en la parte de adentro de la puerta de calle abierta—. ¿No hay nadie? ¡Hola!

No hubo respuesta.

Volviendo la cabeza miró su coche, un baqueteado M. G., detenido en el sendero frente a la villa. El silencio le pesaba. Aunque sólo eran las nueve menos cuarto de la mañana, aquel cielo nublado, tormentoso, podría haber correspondido a cualquier hora del día de no ser por la quietud en que estaban sumidos los árboles de la colina.

Casi en seguida de dejar atrás los suburbios de Ginebra, doblando a la derecha para tomar la carretera principal a Annecy y Chambéry, el terreno empezó a cobrar altura hasta ser una cadena escarpada de piedra caliza que prácticamente hacía el efecto de montañas. Si mal no recordaba, la frontera francesa quedaba a seis u ocho kilómetros de distancia.

—¿La Villa Rosalind, señor? —había gritado su informante desde la bicicleta—. Pero claro que conozco la Villa Rosalind.

—¿Queda lejos?

—No, no queda lejos.

—¿Cómo doy con ella?

—Ella dará con usted. Es una casa blanca y solitaria, con un gablete al frente y un *creuser* al fondo.

Brian estaba relativamente seguro de que *creuser* significaba barranca u hondonada: fea imagen para esa soledad de árboles, y la realidad resultó aún más solitaria.

Apeándose frente a la villa, que era una construcción vulgar y sin pretensiones, de dos plantas y tal vez catorce habitaciones, Brian oyó levantarse viento entre los árboles. El gablete o remate triangular, resaltaba inconfundible sobre la puerta de calle; arriba había una ventana tipo ojo de buey, de vidrio de colores, como nota chillona rematando la puerta.

El viento arreció. A la izquierda de la villa había un cobertizo para dos coches, abierto y vacío. El recuerdo de la víspera, y especialmente de las dos horas pasadas con Audrey, volvió ahora con nitidez casi intolerable.

Era más de la una de la madrugada cuando la dejó en el Hotel Metropole. Audrey, vacilando en la entrada, había tendido su mano.

—Buenas noches, Brian.

—Buenas noches.

—Pareces... pareces deprimido.

—Lo estoy, un poco.

Porque bruscamente, mientras le estrechaba la mano, lo había asaltado un insospechado impulso de tomarla entre sus brazos; un impulso tan fuerte que lo

aterró. Tal vez Audrey, gracias a su intuición, lo percibió; tal vez no, pero la expresión de sus ojos sufrió un cambio.

—¿Qué hay? ¿No seguirás creyendo que Mr. Ferrier y yo...?

—No, no lo creo —casi ladró la respuesta—. Fue una idiotez.

—Si alguien me llama de Villa Rosalind, Brian, no hablaré. Directamente no atenderé ningún llamado.

—No; eso tampoco. Quiero que llames a Phil. Le prometí que lo llamarías.

—¿Que llame a Phil? —Ella quedó inmóvil en la semipenumbra del zaguán del hotel—. ¡Brian! ¿No le habrás contado lo que pensaste de Mr. Ferrier y de mí?

—¡¿Maldito sea, por quién me tomas?! No. Simplemente dile que tengo pájaros en la cabeza, como ese hatito de temperamentales; dile que te vas a Londres, y que de allá le escribirás. ¡Pero óyeme bien! No hables con nadie más de esa casa. Y, por sobre todo, no hables con Madame Eve. ¿De acuerdo?

—¿Brian, qué sucede?

—¿De acuerdo?

—Sí —sus labios temblaron—. ¡Sí, sí, sí! Buenas noches.

Él se había marchado con un chirriar de engranajes que hablaban a las claras de su humor. Después, en la salita de su departamento en el sexto piso de un edificio nuevo frente al Ródano, fumó un cigarrillo tras otro, mirando por la ventana.

Fue necesario tomar un somnífero. El ruido de la corriente de agua verde del río, subiendo hasta las ventanas abiertas en una ciudad no menos silenciosa que Pompeya, pobló su mente de imágenes de crímenes o intentos de asesinato antes de que la píldora surtiera efecto. Tampoco se trataba solamente de asesinatos. No debió pensar en Audrey; al menos (a qué negarlo) no de ese modo.

Un insistente alarido en sus sueños, convertido en la campanilla del teléfono a la luz del día, desvaneció malos pensamientos para dar origen a otros peores. Semidormido fue al otro cuarto; recién al cabo de veinte segundos de escuchar la voz frenética, entendió lo que estaba diciendo Audrey.

—¡Un minuto! Repite eso, ¿quieres?

—¡Brian, por amor del cielo no te enfades! Sólo digo que...

—¿*Dónde* dijiste que estás? ¿No habrás ido a la villa al fin de cuentas?

—¡Yo no quería! ¡Juro que no quería!

—¿Desde cuándo estás ahí?

—Desde anoche. Desde una hora más o menos después que me dejaste.

Un reloj en los estantes bajos, en la habitación de paredes estucadas color crema, señalaba apenas las ocho.

—¿Hablaste con tu novio? Y él te aconsejó...

—No. No hablé con Phil. Dijeron que era mejor no...

—¿Quiénes dijeron?

—¡Brian, lo siento! Hablé con Eve. Y... y Mr. Ferrier me vino a buscar en su Rolls.

Cuando las sospechas vuelven, más sombrías y punzantes que la primera vez, son tanto peor porque uno cree que lo están tomando por tonto.

—Perfectamente, jovencita —dijo Brian. Una ligera náusea le revolvió el estómago—. Ya elegiste. Ahora arréglate como puedas.

—¿Brian, me vas a dejar sola?

A punto de colgar el receptor, Brian vio agitarse las cortinas de las ventanas y trató de desalojar de su cabeza los vahos del barbitúrico.

—¿Audrey, tenías todo planeado anoche?

—¡No, no, no! ¡No te enojas; oh, por favor, no te enojas! Si me dejas sola...

—Nadie te deja sola. Tienes un novio perfectamente capaz en quien confiar. O deberías tenerlo.

—Se fue a la oficina. Trabaja en el Banco Dufresne en Ginebra. Y acá no hay nadie.

—¿Nadie? ¿A las ocho de la mañana?

—Quiero decir nadie en quien confiar. Tienes que venir y sacarme de acá. Hice una tontería. Pensé... pensé que no había ningún peligro, en el fondo. Pero Eve no está en sus cabales. Realmente ha perdido el juicio. ¡Por favor, por favor, no me dejes con ella!

Nubes de tormenta se congregaban al Este, arrojando sombras. Brian contempló el teléfono.

—¡Brian! ¡Por favor! ¡Estás ahí!

—Cuelga —dijo—. Llegaré lo antes posible.

Y así, a las nueve menos cuarto, en aquella colina donde la casa pintada de blanco alzaba su silueta solitaria con la ventana redonda de vidrio de colores, Brian retrocedió unos pasos para estudiar su fachada. Pero ésta no le dijo nada. En el alféizar de las ventanas había flores. Frente a la puerta abierta se extendía una pequeña terraza de piso de ladrillos. Aparte de eso...

—¡Hola!

Brian entró en el hall.

Dentro reinaba una cierta desprolijidad, pese a los pisos encerados y a las cortinas recién puestas. Del hall central partían dos anchas arcadas bajo las que se abrían sendas habitaciones, una a la izquierda, otra a la derecha, con una escalera contra la pared de la izquierda. Como respondiendo al deseo de poner un toque de ingenuidad deliberado en la decoración, en la pared había un reloj de colores brillantes cuyo péndulo tenía la forma de una muñequita en un columpio.

El reloj dejaba oír un fuerte tictac. La muñeca, inclinando un hombro, se mecía hacia adelante y hacia atrás. Y una voz dijo:

—¿Sí?

En el revestimiento de madera lustrada del fondo del vestíbulo se había abierto con cierta brusquedad una puerta, que evidentemente daba a un pasillo construido a lo ancho de la villa. La mujer que salió por ella era de mediana edad y tenía el

semblante atormentado; parecía suiza, pese a que le dirigió la palabra en un inglés excelente.

—¿Sí? ¿Qué desea, señor?

—Bueno día —Brian dominó sus nervios con esfuerzo—. No podía...

—¡Ay! Es difícil oír. La culpa es mía. ¿Deseaba?

—Miss Audrey Page. ¿Dónde está?

—Miss Page no está con nosotros.

Tic-tac dijo el reloj, y la muñequita suiza describió dos arcos de su balanceo antes de que Brian comprendiera que tal vez estaba dando una interpretación equivocada, siniestra, a las palabras.

—¡Lo siento tanto! —dijo la mujer con una sonrisa fugaz pero sin perder su expresión angustiada—. Miss Page, creo que salió. Fue a caminar.

—¿A caminar? ¿Cuándo salió? ¿Cómo estaba?

—Hace cosa de media hora. Estaba contenta. La oí cantar.

El péndulo fue y volvió varias veces mientras Brian trataba de mantener una expresión impávida. Si ese diablillo lo había hecho ir por una insensatez, por una mentira, o sin ningún motivo, sería la última vez que aceptaría ayudarla.

¡Fin! ¡Terminado! Que se...

Brian, recobrando sus modales suaves, frenó sus pensamientos.

—Soy amigo de Mr. y Mrs. Ferrier —dijo, modificando la verdad a su conveniencia. La mujer hizo algo intermedio entre una inclinación y una reverencia—. Pero tenía entendido... ¿dónde están?

—Sí. ¿Dónde están?

—Mrs. Ferrier está ocupada. Mr. Ferrier y Miss Catford todavía no se han levantado. El caballero del título pidió prestado el Rolls y se fue a Ginebra. Y el caballero grueso del bastón: ¡ah, sí!, creo que está en el sótano.

Fue innecesario que la mujer, que había sufrido un ligero sobresalto, explicase que su última frase no había sido una mera figura retórica. Por invisibles escalones se oían ascender pasos pesados.

La puerta del fondo del vestíbulo daba en realidad a un pasadizo transversal al que se abrían los cuartos internos. Brian lo notó cuando el doctor Gideon Fell, con traje de alpaca negra, corbata de lazo y restos de telarañas en el cuello, llenó el vano de la puerta detrás de la mujer.

Resoplando, tan falto de color su semblante como no lo estuviera durante años, el doctor Fell maniobró de costado para pasar por la puerta. Venía sumido en oscuras especulaciones; ni siquiera vio a Brian o a nadie.

—¡Botella! —dijo claramente—. ¡Arcontes de Atenas! ¡Botella!

—Me llamo Stephanie —gritó la mujer, captando una especie de atmósfera psíquica—. Voy a retirarme.

Y salió presurosa al pasillo cerrando la puerta tras de sí.

El doctor Fell, apoyado en su bastón en medio del hall, dio la vaga sensación de

haber oído un ruido o hablar a alguien. Alzó la enorme cabeza, bajo la mata de pelo cada vez más gris. Luego de un instante su expresión cambió al reconocer a Brian.

—¡Mi querido Innes! —protestó, viva imagen de la aflicción y lleno de disculpas—. ¿Cómo está usted? Es un placer inesperado en momentos dudosos. Este... ¿puedo servirle en algo?

—Posiblemente. ¿Quién es la mujer que acaba de irse?

—Disculpe; ¿acaba de irse una mujer? ¡Vaya, vaya! ¡Descríbala! —dijo el Dr. Fell, y despertó del todo mientras Brian le obedecía—. ¡Sí, con toda seguridad! Era Stephanie, la criada.

—¿El ama de llaves, quiere decir?

—No. Me han dado instrucciones de decir que es «la» criada. La única. ¿Qué hay? Parece que mi manifestación le incomoda.

Brian miró en torno.

—Sí, en cierta forma. Doctor Fell, usted vio los coches que hay en esta casa. Tener un Rolls y un Bentley es cosa corriente, pero ¿una sola criada para atender todo esto?

—Señor, no soy ninguna autoridad en cuestiones domésticas en Suiza.

—Yo tampoco; ¡pero...!

—¡Óigame! —tronó el doctor Fell, con una violencia que ocultaba temor—. Éste es un país de gran encanto y muy civilizado. Pero yo lo visito por primera vez. Entiendo que tiene el porcentaje de homicidios más bajo del mundo. Y sin embargo uno de los crímenes más famosos, el asesinato de cierta mujer, tuvo lugar en Ginebra en 1898. Aparte de esto, por desgracia, mis conocimientos se reducen principalmente a concepciones erróneas sacadas de la revista musical. Como no tengo figura para dedicarme al alpinismo ni me grada andar gritando «yo del» por la calle, hasta ahora he descuidado ese aspecto. Que yo sepa, el problema del servicio doméstico puede ser tan agudo acá como en Sunningdale o Hackney Wick. ¿He sido explícito? Punto final.

—No me refería al problema del servicio doméstico. Y usted tampoco.

Reinó el silencio.

—¡Oh, ah! —gruñó el doctor Fell, bajando de improviso la guardia—. ¡Oh, ah! Bueno. Sí, es elocuente. Venga conmigo.

Lo condujo a una sala de la derecha.

—Anoche, aquí —siguió diciendo—, el volumen de charla teórica e inconexa sobre el tema del crimen bastó para que se me erizara la piel. Pero estuvimos muy civilizados. ¡Rayos, cuán civilizados parecíamos!

—¿Incluyendo a Audrey Page?

—¡Oh, ah! Especialmente Audrey Page.

Audrey no era muy civilizada, había estado pensando Brian. Tampoco, sospechaba, lo era Eve Ferrier. Luego trató de sacarse la idea de la cabeza.

Después de esa habitación venía el comedor, donde restos de varios desayunos

colmaban aún una mesa. La sala en sí, estancia confortable de muebles recargados cubiertos con fundas blancas, tenía dos altas ventanas que daban al frente. Otras dos ventanas, en la pared que miraba al este, se abrían a un espacio donde habían talado los árboles para hacer un jardín formal que corría a un costado hasta el muro de piedra delimitante de la barranca del fondo.

Y entre esas dos ventanas, sobre la chimenea de piedra, colgaba un retrato de medio cuerpo de Desmond Ferrier caracterizado de Hamlet.

Sobre el cuadro estaba encendida una lucecita amarilla, única luz de la habitación. Sus ricos aceites resplandecían como los rasgos de Ferrier. Aunque la firma del artista no era más que un borrón, se alcanzaba a leer la fecha: 1926. Frente al hogar, sobre una mesa, veíase el sombrero tipo Guy Fawkes de Sir Gerald Hathaway junto al álbum de fotos y al portafolios abierto.

Toda la habitación parecía cargada de presencias explosivas que no estaban allí.

—¡Oh, sí! —dijo el doctor Fell, siguiendo la mirada de Brian—. Si está pensando en su amigo Hathaway.

—¿Dónde está?

—En Ginebra, presumo. Sacó uno de los coches. Pero anoche lo tuve encima todo el tiempo.

—¿Qué dijo? ¿Explicó cómo pudieron haber envenenado a Hector Matthews pese a que era imposible que le administraran veneno?

El doctor Fell se alzó en su colosal estatura al tiempo que martilleaba el piso con la virola de su bastón.

—A menos que nos internemos en un hospicio, señor, debemos aceptar la palabra de un afamado cirujano alemán que jura que NO había droga ni veneno. Incluso llamamos por teléfono a Stuttgart y lo sacamos de la cama.

—¡Muy bien: dígalo como quiera! ¿Explicó Hathaway cómo es posible hacer que cualquier hombre se caiga de un balcón mediante brujería o magia negra?

—No, no explicó nada de eso. Sencillamente planteó los elementos del problema; y aun así, me pareció que con uno se equivocaba.

—¿*Usted* cree que no pudo haber sido así?

—Eso creo, sí. Pero no sé. ¡Arcontes de Atenas, no sé!

A esta altura el doctor Fell alzó su bastón, pero se abstuvo de probar puntería en el sombrero de Hathaway.

—Permítame que le recomiende —añadió— la virtud de la humildad. Hasta eso de las dos de la mañana, por lo menos, estuve convencido de una cosa. Si en verdad existe un plan criminal dirigido contra alguien de esta casa, la presunta víctima no puede ser más que una persona.

—¿Oh? ¿Cuál persona?

—¡Eve Ferrier, por supuesto!

—¿Por qué «por supuesto»?

—No quiero aburrirlo —replicó con dignidad el doctor Fell— exponiendo ahora

mis motivos. Básicamente, y acaso erróneamente, sigo creyéndolos válidos —pareció fastidiado—. Sin embargo, cuando persuadieron de alguna manera a Miss Audrey Page para que se reuniera con nosotros a la una, o algo más, de la madrugada, sentí un escozor de inquietud en mi viejo cuero cabelludo. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que Mrs. Ferrier la odiaba.

Brian permanecía absolutamente inmóvil. Afuera, frente a los altos ventanales, en aquellas colinas escarpadas, sintió silbar el viento entre los árboles en muchos kilómetros a la redonda.

—Anoche... —empezó—. ¡Anoche usted juró que Audrey no corría peligro!

—No lo juré. Lo dije. ¿Y usted cómo hizo para enterarse?

—Audrey Y yo oímos su conversación con Ferrier. ¡Eso no importa! Hace aproximadamente una hora Audrey me llamó a casa...

—¿Oh, ah? ¿Y bien?

—Al principio pensé que era una broma. Después me asusté. Audrey me suplicó que viniera a sacarla de aquí; dijo que Mrs. Ferrier había perdido el juicio.

En la expresión del doctor Fell, en la boca, al abrirse lentamente bajo el bigote patibulario, había empezado a operarse un cambio. Para entonces Brian casi gritaba.

—Pero cuando llego acá, resulta que al fin y al cabo era una broma. O por lo menos eso creo. ¿Audrey salió a caminar, no?

—Supongo. Eso es lo que me dijo Stephanie.

—¿Usted la vio salir?

—No, no la vi.

—¿Dónde está Mrs. Ferrier?

El doctor Fell hizo una inclinación profunda.

—¡Señor, no se alarme! Mrs. Ferrier está en la habitación que llaman estudio, Y con toda seguridad está sola. La dama parece obsesionada por esas memorias que escribe; declara que su «nueva vida» no puede empezar hasta tanto termine el libro y haya dicho todo. Deje que le repita... —el doctor Fell calló bruscamente, como por imperio de una nueva idea.

—¿Dónde queda ese estudio?

—Arriba, en la parte de atrás de la villa.

—¿Doctor Fell, por casualidad tiene, balcón?

Cuidadosamente, con meticuloso e intenso cuidado, el doctor Fell depositó su bastón sobre la mesa junto al portafolios y el álbum.

—¡Escúcheme! —rogó—. Si piensa que la historia puede repetirse, sáquese la idea de la cabeza. Puede que yo tenga cierta noción de lo que se propone Hathaway. Aun en el caso improbable de que el esté en lo cierto, no hay que temer lo sucedido en el pasado.

—¿Hay un balcón?

—Hay. Arriba, al fondo, hay tres habitaciones, con un balcón que corre todo a lo largo. El estudio es la habitación del medio.

—Entonces creo que será mejor que suba.

—Vaya si quiere. Yo mismo he hecho papel desairado muchas veces. Pero el balcón no tiene nada que ver con esto. A mí se me había ocurrido la misma idea; es preciso rechazada; ¡no tiene fundamento!

—Es probable. De cualquier forma, voy arriba.

—¡Oh, Señor! ¡Oh, Baco! ¡Oh, mi viejo sombrero! «Decir todo». Mrs. Ferrier se esconde allá arriba; no dejará entrar a nadie...

Brian no oyó esto último. Con apariencia de despreocupado había pasado al hall del piso bajo, no queriendo exponerse al ridículo. Después echó a correr.

Había diecisiete escalones, sin alfombrar y lustrados de oscuro, en la escalera de la pared de la izquierda. Si los subió de dos en dos, hizo el menor ruido posible. En el hall alto, frente a las tres puertas cerradas de un corredor trasversal a la villa, sus pasos resonaron en tal forma en el piso de madera, que se detuvo.

¡Todo tenía una apariencia tan normal!

Apoyada en un armario para ropa blanca próximo al descanso de la escalera había una aspiradora.

También se veía un estropajo. Pero no perdería nada llamando a la puerta del estudio. Brian la ganó de un salto, y alzó la mano para golpear.

—No lo tendrás —dijo la voz de Eve Ferrier—. No después de todos estos años. No lo tendrás.

No eran gritos, tras la puerta cerrada, más el tono tampoco era normal.

—Yo *nunca me fijé en el* —esa era la voz de Audrey—. *¡Ni se me cruzó la idea por la cabeza!*

—*No me mientas. Estaba todo en un diario. Lo vi ayer a la tarde. Tú simulabas una cosa, cuando en realidad hacías otra.*

Brian accionó el picaporte. Pero la puerta estaba cerrada con llave o del otro lado habían echado el cerrojo. Gritó algo, que jamás recordó, segundos antes de golpear el panel con el puño.

No hubo respuesta. Luego se oyeron pasos en retirada, como hacia una ventana.

El reino de toda pesadilla, donde los sueños nos retienen impotentes, alzose como un muro frente a Brian Innes. Asestó otros dos puñetazos a la puerta, oyendo que adentro el rumor de voces continuaba.

Después, tras mirar a derecha e izquierda, corrió hacia la puerta de la derecha.

Estaba sin llave. La abrió de golpe y entró en un dormitorio, con dos ventanales en la pared del fondo que se abrían al balcón buscado. Mientras daba los cinco pasos que lo separaban de la ventana más próxima al estudio contiguo, vio una valija abierta —a medio desempacar, llena de ropa de mujer— en una silla cerca del pie de la cama.

Pero esta imagen pasó como una exhalación antes de que la brisa húmeda le diera en el rostro, y llegó a la ventana. Afuera estaba el balcón, muy ancho aunque no muy sólido, con su baranda y soportes de listones pintados de verde. Por una abertura en el

piso, escalones de madera conducían a una angosta terraza; y más abajo, detrás de un muro de piedra, la hondonada caía en pendiente pronunciada cubierta por el manto tupido de los árboles.

Eve y Audrey estaban en ese balcón. Una de ellas no se quedó mucho tiempo.

—¡Audrey!

No lo oyeron. Ambas le daban la espalda, recortada contra el vasto cielo oscuro. No daba la impresión de que Eve estuviera atacando a Audrey; era como si Audrey fuera la atacante, si es que, en efecto, alguien llegó a tocar a Eve.

De las dos, Audrey era la más próxima a Brian, tenía una mano alzada como en actitud de invocación.

Eve, de bata amarilla y pantalones negros, con zapatos de taco alto que le daban una estatura grotesca, se arrojó de pronto contra la baranda.

En el preciso instante en que Brian llegaba junto a Audrey, Eve extendió los brazos como para sujetarse de algo en el aire. Un relámpago desgarró el cielo en el horizonte. Y, simultáneamente, Eve cayó de cabeza con las manos en la garganta. Si gritó, Brian no oyó el grito, ahogado por la larga repercusión del trueno.

Tampoco oyó ningún ruido cuando su cuerpo, rozando el labio del bajo muro de piedra de la terraza inferior, fue tragado por la fronda al término de su caída desde veinte metros de altura. Sólo el trueno hizo rodar sus ecos por las colinas. Él y Audrey estaban solos.

SEGUNDO ACTO

Cualquier cómico joven y tonto puede embaucar al pueblo representando una tragedia, pero la comedia es cuestión seria. Tú aún no estás preparado para la comedia.

DAVID GARRICK

VIII

Unos veinte minutos más tarde, todavía bajo la impresión de lo ocurrido, Brian dejó el estudio.

Salió por la puerta que daba al vestíbulo superior, que resultó estar cerrada con llave y con el cerrojo echado. La mano le dolió al descorrerlo.

Se había desgarrado y ensuciado las manos y la ropa al descolgarse por la pendiente de la hondonada para ver lo que había que ver allá abajo, entre los árboles. El corazón y los pulmones le dolían del esfuerzo de volver a trepar. Pero el malestar físico contaba muy poco.

Las mentiras de la versión que iba a dar a la policía —es decir, si lo dejaban— ya estaban pensadas. En la puerta se volvió para echar un último vistazo.

«¿Hay algo contradictorio acá?, pensó desesperadamente. ¿Cualquier cosa? ¿Algo que me pueda vender?».

—¡No!

La tormenta aún no se había desencadenado. Por las dos ventanas abiertas, más allá del balcón envuelto en un resplandor verde, vio guiñar un relámpago. Un trueno conmovió con su fragor el cielo.

Pero nada en el estudio, con sus paredes color verde manzana y sus numerosos libros y cuadros, había sido alterado o tocado siquiera. Sobre el escritorio, entre un cenicero de cristal y un vaso con rosas, la lámpara cromada bañaba con su luz amarillenta la curiosa pila de hojas escritas en tinta azul oscuro. Junto a ellas, destapada, estaba la lapicera de Eve.

Una fuerte ráfaga se coló en la habitación, hinchando los cortinados blancos, al abrir Brian la puerta. Algunas hojas del manuscrito salieron volando hasta caer sobre la alfombra. Brian decidió que no importaba. Miró la repisa de la chimenea, donde un reloj señalaba las nueve y veinte.

Después cerró la puerta tras de sí y se encaminó a la escalera.

—¡Doctor Fell! —llamó claramente—. ¡Doctor Fell! Tenía la voz temblorosa; se aclaró la garganta. Pero de momento sólo el trueno respondió.

El vestíbulo del piso alto estaba en penumbra. Por lo que le habían dicho, por lo que ahora sabía, captó la distribución de las habitaciones en ese piso; trató de recordar quién dormía (o no dormía) en cada una.

Al frente de la villa había dos dormitorios separados por un gran baño al que pertenecía esa ventana de vidrio de colores en forma de ojo de buey. Uno de los dormitorios había sido de Eve Ferrier, el otro de su marido; su mente abotagada no le permitió situarlos o discriminar entre ambos.

Después el vestíbulo oblongo, con un dormitorio a la izquierda y otro a la derecha. Uno era de Philip Ferrier, el otro de Paula Catford. Luego el pasillo transversal que tenía un pequeño cuarto de baño en cada extremo; y al fondo las tres habitaciones, de las cuales la de Gerald Hathaway era la de la izquierda, el estudio la

del centro, y la de Audrey Page la de la derecha.

Y todo eso, reflexionó Brian, aparte del dormitorio que ocupaba el doctor Fell, en la planta baja. Ahí arriba el piso de madera, un lago pálido, vibró con la sorda repercusión del trueno.

—¡*Doctor Fell!*

—¿Eh?

—Suba, ¿quiere?

Brian se alejó de la escalera.

Entonces, muy cerca, una puerta se abrió casi en su cara.

Paula Catford, vistiendo un ajustado salto de cama, el pelo negro alborotado por el sueño, apareció como un fantasma con una toalla colgada del brazo y una esponja en la mano. La imagen que ella debió ver a su vez, un Brian de palidez mortal y mandíbulas apretadas, la hizo adelantar un puño y después retirarlo con un sobresalto.

—¡Usted no es Desmond! ¡Qué va a ser Desmond! ¿Quién es usted?

—Miss Catford, por favor, vuelva a su cuarto.

—¡Claro, ya sé! Usted es Brian Innes —sus pupilas se dilataron—. ¿Qué sucede? Tiene sangre en las manos.

—Alguien tiene sangre en las manos. No se meta en esto.

Brian vio su expresión desconcertada; ella no merecía ese tratamiento. Pero Paula, con sus modales suaves, tenía una femineidad casi tan subyugante como la de Audrey.

—No me meteré. No haré preguntas. Siempre y cuando se lave esos tajos y les ponga yodo.

—¡Miss Catford, por amor de Dios!

De ahí al cuarto de baño del fondo del corredor no había más que diez pasos. Corrió agua en la piletta. En el botiquín no había yodo, pero Paula encontró un frasco de desinfectante y le volcó casi la mitad en las manos. Toda una convulsión de crujidos dio vida a la escalera anunciando la llegada del doctor Fell al piso alto. Paula lo miró, después sus ojos volvieron a Brian.

—¡Ahora, por favor! ¿Qué pasa?

Dejó toalla y esponja en el borde de la bañera y se volvió a tiempo de ver que Brian salía cerrando con un portazo. En el corredor, Brian contuvo al doctor Fell el tiempo suficiente para sacar la llave puesta en la parte de adentro de la puerta del estudio, cerrarla por fuera, y guardarse la llave antes de arrastrar al corpulento doctor al cuarto de Hathaway, el que estaba a la izquierda del estudio mirando hacia el fondo.

Sonó otro portazo, confundiendo sus ecos con los de un trueno. Hasta un hombre menos observador que Gideon Fell habría sabido leer en el rostro de su compañero.

—Mrs. Ferrier ha muerto. Se cayó de ese balcón —Brian señaló—, y está tan deshecha como los cadáveres que vi en la Segunda Guerra Mundial. Voy a contarle lo que pasó; voy a confiar en usted. Después, le advierto, voy a decirle a la policía todas

las mentiras razonables que se me ocurran.

El doctor Fell, que había escuchado con la cabeza baja en una actitud en la que se mezclaban el asombro, la incredulidad y el espanto, abrió la boca para rugir. Brian se lo impidió.

—¡Espere! —dijo enérgicamente.

—Pero, mi querido señor...

—*Espere*. Fue un crimen. Ellos van a enterarse de que fue un crimen. Esa pobre desgraciada, y digo pobre desgraciada en más de un sentido, todavía respiraba cuando la encontré. Esas cosas no se olvidan.

—¿Entonces por qué mentir?

—Le diré lo que vi y oí al subir.

Se lo dijo, desde el primer grito de sonámbula, «No lo tendrás», hasta la caída de cabeza mientras Audrey tenía la mano tendida desde una distancia tal que podría haber la tocado. De nuevo vio la espalda y las manos de Eve al precipitarse al vacío.

La cama del cuarto de Hathaway todavía estaba sin hacer. Sobre la cabecera pendía un gran crucifijo de marfil. El doctor Fell, resollando pesadamente, se dejó caer en la cama.

—¿Entonces Miss Page no salió a caminar?

—Sí. Salió a caminar. Pero había vuelto apenas cinco minutos antes de mi llegada. Estaba demasiado asustada para no salir, y a la vez demasiado asustada para quedarse afuera después que hubo salido.

—Señor, ¿quién va a creer eso?

—Nadie. No le creerán una sola palabra. Por eso mismo... —Brian se interrumpió.

—¿Pero quién la vio volver? ¿La vio Stephanie?

—No la vio nadie. ¡Mire esto!

Fue hasta las ventanas, cerradas ambas y aseguradas. Accionando la falleba de una la abrió, de manera que una ráfaga de aire despejó la atmósfera llevándose también un olor ligeramente dulzón. El doctor Fell, al parecer recobrado de su atolondramiento anterior, pasó a una cierta actividad, abandonando la cama con esfuerzo y se acercó.

Brian señaló a lo largo del balcón hacia el dormitorio más lejano. También indicó la escalera de madera pintada de verde que bajaba desde el piso del balcón hasta la terraza inferior.

—A mi modo de ver, Audrey llegó acá por primera vez bien pasadas las dos de la madrugada. Desmond Ferrier la trajo en el Rolls. Mrs. Ferrier le dio aquella habitación.

—Estoy al tanto, señor.

La ira ardió en Brian Innes no menos que el dolor de sus manos lastimadas y su hombro dislocado.

—No son afirmaciones; son preguntas. También según yo veo las cosas, ustedes

cinco desayunaron a las siete y media. Usted y Audrey no tenían más sueño; Hathaway debía hacer una diligencia en Ginebra; Philip tenía que ir al trabajo; y a Eve la obsesionaba hasta la locura el libro que «decía todo». ¿Es así?

—Oh, ah. Absolutamente.

—¡Entonces oiga! —ladró Brian—. A las ocho Audrey me llamó desde una extensión de la línea en ese dormitorio. Estaba muerta de miedo desde que al llegar vio la forma extraña en que Mrs. Ferrier se comportaba con ella.

—Un momento —muy suavemente, etéreo como si estuviera suspendido en el aire y apenas respirara, el doctor Fell tocó a su compañero en el brazo—. ¿Entonces, antes de llegar aquí Miss Page no le tenía miedo a Mrs. Ferrier?

—Sí; le tenía miedo antes —Brian lo miró a los ojos—. Empezó en el *Night-club*, cuando oyó a Desmond Ferrier decirle a usted lo que le dijo.

Y volvió a narrar todo, junto con lo que Audrey le contara a él en *La Boule Noire*.

—¿Entonces por qué consintió en venir?

—No sé.

—¿Mis Page se negó a dar explicaciones?

—No, no se negó. Pero hace unos minutos estaba tan histérica que lo que dijo apenas tenía sentido —Brian hizo una pausa—. Claro, usted puede alegar que había algo entre ella y Desmond Ferrier. Que no pudo resistírsele. Que él no tuvo más que llamara para que acudiera corriendo, después de prometerme que no vendría. Eso dirán todos.

—¡Espacio! ¡Vaya espacio!

Brian apretó los puños, sintiendo correr la sangre entre sus dedos y en la nariz olor a antiséptico.

—Audrey niega —dijo— que hubiera algo, lo que fuese, entre ella y Desmond Ferrier o cualquier otro.

Lo niega de plano, aunque incoherentemente.

—¿Usted le cree?

—Sí. Le creo.

—Sin embargo, la razón que trajo tiene que haber sido poderosa.

—Sí. Tiene que haber sido poderosa, supongo.

Brian mantuvo firme la mirada. El doctor Fell, con feroz intensidad, hizo una ligero gesto, como de aliento. Y Brian prosiguió.

—A las ocho, repito, ella estaba allá, en esa habitación. Audrey sabía que Mrs. Ferrier estaba en el estudio, escribiendo sin parar este libro que «dice todo». Audrey sostiene que «la sentía». Dice que no toleraba su proximidad. ¿Ve esa escalera exterior?

—La veo.

—Audrey se puso unos zapatos pesados de suela crepe. Salió sigilosamente y bajó la escalera midiendo cada paso según dice, por temor de hacer ruido. Cuando llegó a la terraza inferior trató de asumir una actitud de desafío, pese a que iba

corriendo.

Se puso a tararear o contar; no sabe con seguridad que fue, de la misma manera que usted o yo podríamos ponernos a silbar en un cementerio. Ése habrá sido el canto de que habló Stephanie.

—De cualquier modo, echó a correr. Tomó la carretera, hacia el sudoeste, en dirección a la frontera francesa y la Alta Saboya. No podía quedarse afuera, porque me esperaba a mí. Al mismo tiempo, cuando volvió, no pudo resistir la aterradora fascinación de la presencia de Mrs. Ferrier. Sucumbió a la tentación de torturarse, como usted o yo nos tocamos una muela dolorida para sentir que duele. Audrey volvió por el balcón. Subió dispuesta a espiar por la ventana sin que la vieran. Y Mrs. Ferrier la pescó.

—La pescó —repitió el doctor Fell.

Nubes cargadas de humedad, como de humo, surcaban el horizonte gris sobre el agitar de los árboles. Brian miró el balcón. Con la imaginación vio ahí a Audrey: vio sus ojos y su boca, y el traje de tweed castaño y las medias tostadas y los zapatos de suela crepe.

Brian hizo una inspiración profunda.

—La pescó —masculló el doctor Fell, que parecía estar a kilómetros de distancia, perdido en un sueño tenso—. ¡Prosiga!

Mrs. Ferrier estaba escribiendo. Alzó la mirada y vio a Audrey. Le gritó, y la hizo entrar en el estudio a viva fuerza. Yo interrumpí esa escena de locura.

Cuando Audrey me oyó golpear la puerta y llamar, corrió al balcón. Mrs. Ferrier la siguió.

—¿Y después?

—Deje que cite textualmente las palabras de Audrey. «*Yo no la toqué. Fue como si la hubiera alcanzado un rayo, abrió los brazos y cayó*». Ése es el final. Así murió Eve Ferrier.

—¿Dónde está Miss Page ahora?

—Se fue. Dice que se fuera.

—¿Adónde?

—Oiga: Audrey no estaba en condiciones de hablar con nadie, menos aun con la policía. Dijo que no le creerían. Que tampoco me creerían a mí. Tenía toda la razón.

—Señor —y el regatón del bastón del doctor Fell golpeó el suelo—, *no* le creerían. Es cierto; pero eso no viene al caso ahora. ¿Adónde la mandó?

—A casa. Le di la llave. Y le dije que primero pasara por el Metropole.

—¿Por el Metropole?

—Sí. Por algún motivo, cuando Desmond Ferrier la pasó a buscar por el hotel, no dejó su habitación.

Todo su equipaje quedó allá: todo menos una maleta, que está acá en el dormitorio. Dijo que iba a volver...

—¿Volver? ¿Le explicó esa jovencita por qué dijo que iba a volver?

—No. ¡No rezongué! A mí me indicó cómo procurarle una coartada.

El doctor Fell esperó. Brian se alejó de la ventana, cerrando los ojos y volviéndolos a abrir.

—La actitud de Eve Ferrier hacia Audrey cambió desde el mismo momento de su llegada. Audrey estaba asustada; y todos lo notaron. ¿Correcto?

—¿Y si así fuera?

—De manera que ella va a decir lo siguiente: salió de acá poco después de las ocho esta mañana. La vieron salir; nadie la vio volver. O, al menos, esperemos que no la haya visto nadie. Oficialmente, jamás pisó ese estudio. No niega que Eve Ferrier tenía la cabeza llena de ideas estrafalarias, porque la interrogarán al respecto; su versión es que se marchó antes de que pasara nada. Y yo atestiguo que Mrs. Ferrier estaba sola en el estudio.

—¿Sola?

—Sí.

—Pero usted oyó que adentro discutían dos mujeres. Por esa razón golpeó la puerta y pasó por el otro dormitorio para salir al balcón. ¿Cómo explica su propio comportamiento?

—¿No entiende? Mi versión es que Mrs. Ferrier hablaba consigo misma, en forma un poco alocada —no alcancé a captar las palabras— y no contestó a mis llamadas. Entonces entré corriendo a tiempo de verla caer.

—¿Oh, ah? Suponga qué los de la policía preguntan, ¿cómo pudo alguien empujarla o tirarla por el balcón, estando completamente sola?

—Doctor Fell ¡*nadie* la empujó ni la tiró!

—No obstante, supongamos que lo preguntan. O que creen que usted tuvo que haberla atacado.

—Pues se quedarán con la idea, nada más. Pero eso no fue lo que pasó. ¡A esa mujer la envenenaron: igual que, en alguna forma misteriosa, envenenaron a Hector Matthwes en Berchtesgaden hace diecisiete años! Con una investigación justa, y en este país la habrá, averiguarán la verdad.

—Por puro gusto de polemizar, ¿qué pasa si no encuentran rastros de veneno o narcótico? ¿Entonces?

—Dios sabrá —dijo Brian al cabo de una pausa—. ¡Entienda esto! —añadió con amargura—. No voy a mentir por el simple deseo de asumir una actitud caballeresca. Estoy absolutamente seguro de que eso fue lo que en realidad pasó; pero no es la verdadera razón que me mueve. Ahora: ¡hable! Endílgue un sermón sobre moralidad; llámeme cerdo, egoísta, insensible. Si prefiere contárselo a los de la policía y descubrir el pastel, yo no puedo evitarlo y ni siquiera lo culparía. Pero la cosa es así.

El doctor Fell, que se había alejado con su expresión más alarmada, giró de pronto sobre sus talones y se irguió en toda su estatura.

—¿Contarle a la policía? ¿Descubrir el pastel?

—Sí.

El doctor Fell lo miró de arriba abajo.

—Señor —declaró con refinada urbanidad—, a usted se le podrían aplicar muchos calificativos, todos más temperamentales de lo que piensa. Pero no es ni egoísta ni insensible. ¿Y realmente me considera tan santurrón y piadoso?

—Sólo dije...

—¡Escuche! —lo interrumpió el doctor Fell—. ¿Es el cumplimiento formal de la ley un ritual tan poderoso y potente? ¿Pesa más en la balanza sostener la posición del Hermano Mayor frente a la protección del tonto o el amparo del inocente? Los fuertes de esta tierra, los Gerald Hathaway por ejemplo, pueden cuidarse solos. Pero los débiles, los Audrey Page y los Desmond Ferrier...

—¿Ferrier? ¿Lo está llamando débil?

—Por todos los Arcontes, ¡sí! Pero prometí ayudarlo. Ocultar la presencia de Miss Page es, en mi humilde opinión, la mejor forma de hacer lo. Ahora vale más que echemos un vistazo al estudio.

—Doctor Fell, no podemos dejarla allá abajo más tiempo. ¡Hay que llamar a la policía!

—Dentro de un momento, sí. Mientras tanto, ya que insistimos en cometer perjurio, no veo que haya tanta urgencia en cometerlo. ¿Va usted delante?

Al instante Brian salió por el ventanal abierto. El otro lo siguió con mayor cautela.

Aunque no había llovido una gota, truenos continuos seguían retumbando y rasgando con sus ecos el cielo. Los dos hombres sintieron las piernas flojas al asomarse al borde del abismo. El viento les dio en la cara, y agitó la cinta de los anteojos del doctor Fell cuando éste retrocedió pesadamente hacia las dos ventanas del estudio.

—¡Y ahora! ¿Dónde pasó todo eso? ¿Por dónde cayó Mrs. Ferrier?

—Por acá —y Brian se ubicó poco más de un metro a la izquierda de la ventana más alejada, frente a la baranda—. Exactamente donde estoy yo ahora. Cayó de espalda.

—¿Dándole la espalda a Miss Page?

—Sí.

—¿Usted le vio la cara?

—No. En ningún momento.

—¡Con cuidado! —dijo bruscamente el doctor Fell. Tocó la baranda—. Esta balaustrada es sumamente endeble. Con un golpe súbito cualquiera puede caer, y Mrs. Ferrier era alta. Pero, ¡que me cuelguen! Por lo menos debía llegarle a la cintura, ¿no?

—Como le dije, tenía zapatos de taco alto.

—¿Con pantalones? ¿Es eso costumbre entre las mujeres?

—No; a menos que atraviesen un estado de ánimo muy fuera de lo común. Y

sabemos que Mrs. Ferrier acusaba ese estado.

—¡Sabemos! ¡Sabemos! ¡Oh, ah! Ahora haga el favor de describir lo que pasó. Vuelva a describirlo.

Mientras Brian repetía lo ocurrido, el doctor Fell se asomó por la ventana abierta del estudio. Miró el gran escritorio contra la pared del este, la de la izquierda, donde una lámpara cromada iluminaba una pila de hojas escritas en tinta azul oscuro. Su mirada recorrió el cuarto hasta la pared oeste y la chimenea, donde un reloj de cuadrante blanco señalaba las diez menos veinte desde la repisa. Miró en dirección a la puerta cerrada frente a las ventanas.

Y entonces, en un instante aterrador, los valores se alteraron. Por el rostro del doctor Fell cruzó una expresión de desaliento tan hondo y total que Brian, que lo conocía desde hacía quince años, sintió frío en el corazón.

—¿Qué pasa? Y ahora, ¿qué se le ha metido en la cabeza?

—Señor, mucho me temo... —empezó a decir el doctor Fell. Pareció que se le cerraba la garganta—. ¿Hace un rato, creo —añadió con cierta violencia—, usted cerró esa puerta y se guardó la llave en el bolsillo? ¿Quiere abrir la puerta ahora? ¡Ábrala!

—¿Abrir la puerta? ¿Por qué?

—Porque temo —replicó el doctor Fell— haber cometido un error espantoso y que Hathaway estaba en lo cierto. Nos guste o no, Miss Audrey Page no puede permanecer ajena al asunto después de todo.

—¿Qué está diciendo?

—Digo lo que digo: ni más ni menos. Usted acaba de exponer un hecho que lo cambia todo. Es imposible que dé la versión que pensaba dar.

Entonces él, a su vez, con un torrente de emoción semejante al torrente de los truenos, vio el semblante de Brian.

—En nombre de Dios Todopoderoso —dijo el doctor Fell en un tono de voz que muy rara vez empleaba—, ¿quiere tratar de creerme, por el bien de Miss Page? No puede negar que ella estuvo acá, ni que vio caer a Mrs. Ferrier. Si lo niega, va a dejar que esa muchacha caiga precisamente en la trampa y estará haciendo lo que quiere evitar. ¿Acepta mi palabra de que es así?

—No, no la acepto. ¿Es tan objetable falsear...?

—¡Por el contrario! No es nada objetable. Pero no debe dar *esa* versión, que hará que la detengan, cuando yo puedo proporcionarle una mejor. ¡Escuche!

La ferocidad de su tono movió a Brian a guardar silencio.

—¿Cuál es el punto verdaderamente peligroso para Miss Page? La franca discusión que sostuvo con Eve Ferrier, la acusación de que le estaba robando el marido, la disputa que estuvo a punto de culminar en violencia. Esto es lo que no hay que decir; bajo ningún concepto debe salir a la luz, porque conduce a interpretaciones equívocas demasiado perjudiciales.

—¡Por última vez...!

—¿Me va a escuchar?

El regatón del bastón del doctor Fell golpeó el piso del balcón.

—Eve Ferrier —dijo— no formuló ninguna acusación en presencia de los demás. Miss Page estaba asustada, como todos sabían. Lo llamó a usted por teléfono a las ocho; usted admite esa parte. Ahora, ¿le digo el resto de lo que va a declarar?

—Siga.

—Usted vino a buscarla. Habló conmigo, y yo le dije donde quedaba su cuarto. Usted subió al piso alto. Golpeó a esa puerta; al no oír respuesta entró, Miss Page estaba frente a la ventana, mirando hacia la izquierda horrorizada. Usted corrió a su lado a tiempo de ver, los dos, caer a Mrs. Ferrier.

»Nada puede ser menos convincente que ese cuento de la mujer “que habla sola” en el estudio. En cambio, les proporciona a usted y a Miss Page una coartada que ningún interrogatorio puede mover si se atienen a esa versión. ¿Es o no mejor que la suya?

Pasaron diez lentos segundos, mientras un trueno invadía el balcón.

—Sí. Sí, es mejor —Brian volvió a caer en su habitual modalidad sarcástica—. Usted tiene más experiencia, desde luego. ¡Pero Audrey se fue! ¡Y yo le dije que se fuera!

—Oh, no, se lo dije yo.

—Usted...

—La joven estaba impresionada, al borde de la histeria; sólo causaría molestias. Yo le aconsejé que se fuera mientras nosotros nos hacíamos cargo de la situación. Tengo cierta relación con M. Aubertin, el Jefe de Policía; ha estado en Londres varias veces. ¡Confiará en mí en este asunto, como usted y otros han confiado en el pasado!

—¡No se trata de confiar en usted! ¿Doctor Fell, sabe la verdad de lo ocurrido?

—En parte, sí. Creo saberla.

—¿Me la dirá?

—¡Sí! En cuanto podamos salir: de acá sin despertar sospechas, voy a interrogar a Miss Page y entonces sabrá la verdad. Aunque quisiera no podría ocultarla; la sabrán todos en menos de veinticuatro horas. Si está de acuerdo, yo puedo proteger a la mujer de quien está tan a las claras enamorado —el doctor Fell resopló pesadamente, moviendo

—Dios santo, ¿cómo negarme? ¡Pero Audrey...!

—¡Oh, ah! También Miss Page debe estar de acuerdo —el doctor Fell resopló pesadamente, moviendo los hombros, haciendo trabajar activamente su cerebro—. Salió de acá, dice usted, a eso de las nueve menos veinte. Exactamente, ¿qué le dijo que hiciera?

—Audrey no maneja, de lo contrario podría haber usado mi coche. Pero hasta las afueras de Ginebra no hay más que tres kilómetros, menos de dos millas. Iba a caminar hasta ahí y después tomar un taxi.

—Tenemos que hablar con ella antes que la policía. ¿Entiende?

—Eso es sencillo. No debe estar lejos. Puedo alcanzarla con el auto y...

—¡No! Después van a estudiar en detalle hasta el menor de sus movimientos. Nunca hay que salir en pos de un testigo después de haberlo despedido por creerlo innecesario e inocente. Alguien lo pondrá en conocimiento de las autoridades y eso les dará que pensar. Por la misma razón no podemos dejarle un mensaje en el Hotel Metropole o hacer que llame a esta casa. ¿Le recomendó no hablar de esto con nadie hasta que usted la viera?

—Sí.

—Entonces eso debe bastar. O al menos confío en que baste. ¡Ojalá!

Y no obstante Brian, mientras el otro lo instaba a entrar en el estudio, se debatía en un mar de dudas.

—¡Oh, ah! —gruñó el doctor Fell—. Por poco que le agrade este asunto, el sabor que le deja a usted debe ser un placer comparado con el mío —habló con una especie de violencia enfermiza—. Pero fue un fracaso lamentable de mi parte, no evitar una tragedia. No tiene que haber otra. Ahora vaya a abrir esa puerta antes de que nos crean lo que somos, un par de conspiradores. Y si, por desgracia, tenemos que indagar en las relaciones entre Miss Page y cierto actor...

Conspiradores.

Otra tragedia.

Las relaciones entre Miss Page y cierto actor.

La mujer de quién tan a las claras está enamorado.

Bueno, era cierto que estaba enamorado de ella; no podía negarlo, ni ante sí mismo, ahora, aunque en cambio podía negarlo ante los demás. Y la imagen de Audrey jamás lo abandonaba.

En el escritorio una lámpara cromada vertía su luz sobre un manuscrito, dejando la mayor parte de la estancia en sombras. Brian fue hasta la puerta, sacando la llave del bolsillo. Un trueno de violencia inusitada que hizo sonar el cenicero de cristal y el florero con rosas y los marcos de todos los cuadros colgados de la pared, los alcanzó cuando él abría la puerta.

Afuera, los nudillos alzados como para llamar, estaba Desmond Ferrier.

IX

Desmond Ferrier. Estaba en pijama, con zapatillas y una bata de brocado. Alto, sin afeitar, el pelo revuelto a la luz de la mañana, representaba hasta el último minuto de sus cincuenta y ocho años. Pero la vitalidad intensa subsistía, aunque faltasen el aire fanfarrón y la sonrisa.

Era como si, detrás de aquella mano alzada, sus ojos aguardaran o esperasen algo que temía oír.

Los ecos del trueno murieron. El doctor Fell, que había estado de espalda a las ventanas, se adelantó con paso lento y expresión afligida.

—Señor —dijo gravemente—, tengo que darle una noticia que será un golpe para usted. Y sin embargo, en cierto sentido, puede que la noticia no sea tan inesperada. Su esposa, como ve, no está aquí.

La manzana de Adán se movió en el largo cuello de Ferrier. Una suerte de expresión fija, casi feroz, asomó a sus ojos antes de que atinara a velarla.

—Anoche —siguió diciendo el doctor Fell—, me dijo que Mrs. Ferrier podría tratar de matar a Audrey Page, de eliminarse ella misma, o de matarlo a usted. Yo creí, no sé si recuerda, que quien estaba en peligro era Mrs. Ferrier.

La voz famosa sonó un poco fuera de tono.

—Eve es una buena chica. Siempre lo fue. ¿De qué se trata?

—No obstante, pese a que le advertí, eso no justifica mi estupidez al no ver...

—¡Oh, basta! ¿Qué ha pasado?

—¡No! —dijo el doctor Fell cuando el otro dio un paso al frente—. Acá no. Bajemos a la sala, y se lo diré. ¡Mr. Innes!

—¿Qué?

Brian habló secamente sin apartar los ojos de Ferrier. Cuando pensaba en Audrey Page en brazos de aquel hombre, los celos envenenaban su mente del mismo modo que el remordimiento envenenara la del doctor Fell. Y en el fondo no podía odiar a ese hombre, y se preguntaba por qué. Entonces vio algo más.

Paula Catford, con una expresión mezcla de horror y compasión en el semblante, se había detenido a pocos pasos de distancia en el vestíbulo. Estaba completamente vestida, tenía las uñas barnizadas de rojo y las manos apretadas.

—Mr. Innes —rugió el doctor Fell—, en el cuarto de Miss Page hay un teléfono. Tenga la bondad de ponerse en contacto con la Policía de Ginebra. Pida hablar con M. Gustave Aubertin, y dígame que tiene un mensaje de mi parte. Aunque le cueste conseguir, no hable con ninguna otra persona. Cuando M. Aubertin atienda, dígame ni más ni menos lo que juzgue necesario.

—¡Santo cielo! —dijo Desmond Ferrier con voz que le salió del fondo de la garganta—. ¿Tiene que hacer eso?

—¡Sí! —replicó el doctor Fell—. Usted me pidió ayuda, y la tendrá. Pero esto hay que hacerlo como es debido —se dominó—. ¡Mr. Innes!

—Escucho, gracias.

—Llame a M. Aubertin, por favor, y después reúnanse con nosotros abajo.

En el grupo, las corrientes emocionales eran tan intensas como la presión del tiempo caprichoso. Brian se alejó, repentinamente consciente de su aspecto sucio y desgredado. Fue a la habitación de Audrey, y cerró la puerta.

Allí había sido donde ella le contara, tartamudeando y vacilante, la mayor parte de lo ocurrido. La única valija pequeña que había traído —abierta, pero no del todo desempacada— estaba donde él la viera por primera vez, sobre una silla cerca del pie de la cama.

Audrey no había cometido ningún crimen, por supuesto. Eso debería bastarle. Mas no era así.

El teléfono estaba en una mesita junto a la cabecera del lecho. Al tender la mano para alzar el tubo y discar el cero, titubeó.

Toda una multitud de imágenes extrañas pobló su cabeza. La presencia de Audrey subsistía tan vívida como los ojos de Paula Catford o el aire desencajado de Eve Ferrier. Era el recuerdo de la cama sin hacer en el cuarto de Hathaway y el crucifijo de marfil que la presidía lo que, por alguna razón extraña, le daba la mayor sensación de maldad emanando de una fuente que él solo podía sentir: no ver.

¡Basta!

El tiempo apremiaba. En su departamento, en el Quai Turrettini, Madame Duvallon habría llegado a las nueve y media para prepararle el desayuno.

Desayuno, Madame Duvallon. Madame Duvallon, esa mujer bonachona, leal como un perro, en quien uno podía confiar con los ojos cerrados.

Brian se dejó caer en la cama y discó el número de su casa. El tono de llamada apenas sonó antes de que oyera la voz de Madame Duvallon.

—¿Es usted, señor?

—Sí, soy yo. ¡No, no voy para allá! Pero escuche: va a llegar una señorita, no sé dentro de cuánto. ¿Quiere esperarla, de ser necesario? ¡¿Y darle un mensaje importante?!

No necesitó esperar la atención instantánea ni las seguridades estremecidas de la matrona.

—Dígale, «Mi querida, hay un cambio de planes». Dígale que no debe salir del departamento ni hablar con nadie hasta que yo llegue. Que ni siquiera conteste el teléfono ni abra la puerta si llaman. ¡Madame Duvallon! Cuando se vaya, deje su llave abajo, en el buzón. ¿Comprendido?

Aunque los nervios de Madame Duvallon debieron aullar de curiosidad, el tono calmo de su voz no dejaba adivinarlo.

—Perfectamente, señor. ¿Algo más?

—Sólo esto. Si llegan a interrogarla acerca de la señorita, usted nunca la vio ni oyó hablar de su existencia. Nada más, gracias.

Brian relajó los músculos.

Su llamado siguiente, a la policía, le llevó muy poco tiempo. Pese a la demora que esperaba, pronto estuvo hablando con una voz decididamente inteligente cuya suavidad dio paso a la preocupación. Luego se encaminó presuroso a la planta baja. Lo que oyó proveniente de la sala, antes de ver a nadie, lo detuvo en mitad de la escalera.

—... y ésa, señor —decía la voz del doctor Fell—, es una versión razonablemente completa del testimonio de Miss Page y Mr. Innes. Eso es lo que vieron por la ventana del dormitorio.

Desmond Ferrier, aunque conmovido, soltó un juramento.

—¡Conque es eso! ¿Como el pobre Héctor No-Sé-Cuanto en Berchtesgaden?

—Aparentemente, y recalco la palabra, así es.

—¿Eve estaba sola?

—En cierto sentido, sí.

—¿De manera que la pobrecita se suicidó? ¿Se tiró del balcón?

—A primera vista, y recalquemos también lo de primera vista, su esposa pudo haberse eliminado mediante ese procedimiento.

—¿Entonces por qué quiere interrogarme a mí? De todos modos, nada puedo decirle sobre lo ocurrido esta mañana. Dormí profundamente hasta que Paula llamó a mi puerta diciendo que creía que había pasado una desgracia.

—Es verdad —gritó la voz de Paula Catford.

—Señor —rugió el doctor Fell—, no me interesa mayormente esta mañana, tampoco nada que haya ocurrido anoche a última hora. Me interesan ciertos acontecimientos de la tarde de ayer. Por sobre todo me interesan ciertos esparcimientos (¡por urbanidad llamémoslos asuntos del corazón!) que ocuparon a algunas personas.

Silencio sepulcral.

La sala, en semipenumbra de no mediar la luz amarilla encima del cuadro de Desmond Ferrier como Hamlet, había adquirido un cierto aspecto sombrío, no menos que las nubes de tormenta congregadas al este que dejaban ver los ventanales.

Ferrier, nervioso y con el semblante contraído, se había ubicado bajo el cuadro de espalda a la chimenea. Paula permanecía a su lado. El doctor Fell, entronado en un mullido sillón cuya funda blanca resaltaba en la penumbra, estaba frente a ellos sosteniendo un álbum de fotografías. Sobre la repisa de la chimenea veíase el sombrero de Sir Gerald Hathaway.

Al entrar Brian, sus pasos resonaron claramente en el piso de madera. El doctor Fell le habló sin volverse.

—¿Consiguió con Aubertin?

—Sí. M. Aubertin ofrece sus sinceros respetos y dice que estará acá en media hora.

Ferrier sacó las manos de los bolsillos de su bata de brocado.

—¿Media hora? ¿Realmente van a...?

—¿Por qué no? —preguntó Brian—. También a *usted* le ofrece sus respetos más sinceros, y sus condolencias por la muerte... y todo lo demás.

—Soy un degenerado y lo admito —dijo Ferrier, mirando a Brian a la cara—. Pero no hay necesidad de exagerar tanto la nota.

—Nadie exagera la nota. Nadie dice siquiera nada.

—¿Quiere tomar algo?

—Ahora no, gracias.

Fue el doctor Fell quien intervino a esta altura.

—Volvamos —sugirió— a Mrs. Ferrier. Y a cierto apasionado romance. Y a lo que pasó ayer que por poco da lugar a una explosión. Tenemos apenas media hora para hablar con franqueza entre nosotros.

—Está bien, si insiste —Ferrier sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su bata—. ¿Es importante?

—¿Si es importante? ¡Oh, que me cuelguen! Usted es un hombre inteligente. Sabe que es importante.

—¿Pues bien?

—Lo que pasó ayer —dijo el doctor Fell—, yo he tratado de armarlo en base a distintas versiones que me dieron y a otras cosas que oí y a algunas cosas que vi. No necesito entrar en detalles. Pero en gran parte sigue oscuro y brumoso.

»¡Permitan que me explye! Yo llegué a esta casa a eso del mediodía. Usted y su esposa y yo, los tres solos, nos deleitamos con un almuerzo, excelente a la una y media. Entonces su esposa estaba de muy buen humor. Casi diría que radiante. ¿Recuerda?

Ferrier asintió. Sacó un cigarrillo, más no lo encendió.

»Al rato usted se disculpó, sin decir adónde iba, y salió en el auto grande. ¿Creo —el doctor Fell alzó las cejas—, creo que fue al aeropuerto a recibir a Miss Audrey Page?

—Sí.

—¿Y también preguntó si podía pasar por el hotel de Miss Page más tarde, a eso de la medianoche, para hablar a Miss Page acerca de su mujer?

—Sí.

Extrayendo del bolsillo un encendedor, Ferrier lo accionó y acercó al cigarrillo para en seguida aspirar una honda bocanada: todo en un solo movimiento veloz, iluminado su rostro bajo el cuadro iluminado.

—¿En realidad su propósito era advertir a Miss Page de que Mrs. Ferrier estaba sufriendo un peligroso ataque de celos?

—Sí.

Paula, contrastando su vestido amarillo verdoso con la curiosa expresión inflexible de su rostro, fue a tomar asiento en un sofá frente al doctor Fell. Ferrier no pareció verla siquiera.

—¿Pero usted no acudió a su cita de medianoche? ¿No advirtió a Miss Page?

—No. Sabe muy bien que no. A medianoche estaba con usted, y en definitiva le conté lo que pasaba.

—¡Bien! —dijo el doctor Fell.

»En cuanto al resto de la tarde —siguió diciendo suavemente—, yo por mi parte lo pasé acá, en la sala, con Mrs. Ferrier. Ella seguía de buen humor. Bajó su libro de recortes; uno está todavía en esta habitación.

»Usted volvió antes de las seis. Su hijo, Philip, ya había regresado del Banco Dufresne. Oficialmente, se suponía que ni usted ni su esposa estaban enterados del propósito de Philip de llevar a Miss Audrey Page a comer. Sólo que Mrs Ferrier estaba enterada; me lo confió a mí, con gran placer y cierta picardía, en el transcurso de la tarde. ¿Usted lo sabía?

—Mi querido señor —dijo Ferrier, con una ancha sonrisa—, no alcanzo a ver la importancia...

—Entonces deje que le refresque la memoria. Estoy llegando a la explosión.

La punta del cigarrillo de Ferrier se encendió y apagó.

—Imaginemos —dijo el doctor Fell sin pestañear—, que estamos ayer por la tarde poco antes de las siete. Philip ha subido a cambiarse. Usted y Mrs. Ferrier y yo no nos cambiamos: no, comemos en casa. Estamos acá en la sala, nuevamente los tres solos. Usted y Mrs. Ferrier toman un coctel, yo un vaso de jerez.

—Hablando de eso...

—¡No!

La mano alzada del doctor Fell detuvo a Ferrier cuando se encaminaba al aparador que había entre las dos ventanas de la calle. Ferrier se quedó donde estaba, siempre sonriente.

—Dejaré el tiempo presente —dijo el doctor Fell—. De buenas a primeras usted puso su vaso sobre esa mesita de allá. Le dijo a su esposa, «Mi querida, ahora que recuerdo tengo que salir». Ella gritó, «¿Antes de comer?». «Precisamente», dijo usted, «tengo que salir a comer».

»Luego siguió —continuó diciendo el doctor Fell—, lo que con el permiso de ustedes llamaré una violenta pelea familiar. A usted lo acusaron de no atender a su invitado. Yo protesté, sincera y vehementemente, que no importaba.

»Philip, de paso para el Metropole, trató de intervenir y lo sacaron con cajas destempladas de modo que se marchó en el Bentley. Su esposa le preguntó lisa y llanamente adónde iba. Usted sonrió, como sonrío ahora, y dijo que pensaba comer solo. En seguida salió en el Rolls-Royce. A propósito, ¿adónde fue?

Ferrier fumó ávidamente.

—Comí solo —replicó.

—¿Dónde?

—Temo que lo he olvidado. A propósito, Fell, ¿fue entonces cuando decidí asesinar a mi mujer?

—Oh, no —dijo el aludido.

Se repantigó en el sillón.

—Aunque adoptemos un tono jocosos, señor —añadió cortésmente—, los demás igual comprenderán que más en serio no podemos hablar. Usted y yo lo sabemos, ¿cierto?

—Cierto.

—Su esposa todavía no estaba enojada. No verdaderamente enojada. No enfurecida, casi trastornada. Todavía no. Cuando Mrs. Ferrier y yo nos sentamos a la mesa, para hacer los honores a otra comida admirable preparada por la criada, se hallaba bajo los efectos de una fuerte tensión nerviosa: nada más. Le ruego tome nota de que en realidad ella no odiaba a nadie, tampoco a Miss Audrey Page.

»Pero sacaba conjeturas. Estaba especulando. Ojalá yo hubiera podido leer en sus ojos. Mientras tomábamos el café acá después de comer, yo en este sillón y ella en ese sofá donde está ahora Miss Catford, le pasó algo más. Se levantó de un salto sin decir palabra y salió de la habitación.

»Yo no me inquieté. La vida entre artistas suele ser fascinante. Calcular cuánto tiempo estuve acá sentado, divagando mentalmente como acostumbro, es imposible. Puede que fuera una hora, o puede haber sido mucho más. Pero me sobresaltó oír que unos tacos altos bajaban la escalera, cuando rato antes habían subido un par de zapatos de entre casa, de taco bajo. Miré hacia el vestíbulo. ¿Tengo que decir que vi?

Dos voces hablaron.

Paula Catford, dijo:

—No; no tiene que decir nada.

Desmond Ferrier terció:

—Paula, tesoro, conviene que tengas un poco de cuidado. Quizá no sabes lo que dices.

—¡Oh, creo que sé lo que digo!

Paula, esbelta, sonrojada su tez clara bajo los ojos avellana de mirar firme, abandonó el sofá y enfrentó al doctor Fell.

—Usted vio a la pobre Eve hecha una furia, ¿no es verdad? Se había puesto un traje de noche azul y plata. Prácticamente destilaba perfume, con esa manía que le había dado de un tiempo a esta parte. Había pedido un taxi, probablemente, sin decirle nada a usted. El taxi acababa de llegar y ella salió y se fue. ¿No es así?

El doctor Fell se enderezó.

—¡Centro! —dijo—. Dio justo en el blanco. ¡Y ahora bien! ¿Saca alguna otra conclusión de los hechos?

—La hora —declaró Paula, con la expresión sorprendida de quien recuerda—, la hora era alrededor de las diez y media. ¿No? Eve tomó un taxi y fue directamente de acá al Hotel du Rhône, donde la vimos nosotros.

—¡Muy bien! Yo no estaba en el Hotel du Rhône, pero no me cabe la menor duda de que tiene razón. ¿Algo más?

—Eve hizo eso porque se le acababa de ocurrir una cosa o más probablemente,

acababa de descubrir algo o de encontrar una prueba de algo que provocó su furia. ¡Claro! ¡Todos tendríamos que habernos dado cuenta anoche, si no fuera porque estábamos demasiado enfrascados en la discusión sobre cómo podía haberse cometido un crimen en Berchtesgaden!

—Bueno, bueno, bueno —observó Desmond Ferrier. Arrojó su cigarrillo a la chimenea—. No te detengas ahora, tesoro. Ya estás encaminada. Sigue un poco más, Paula, y me pondrás en un aprieto tal que vaya a saber cómo podré zafarme.

Paula lo miró sobresaltada.

—¿Me quieres decir de qué estás hablando? ¿Aprieto? ¿Cómo?

—Pregúntale al doctor Fell.

—Señor —terció el doctor Fell, entre incómodo y enojado—, todo esto no me produce ningún placer.

—¡Pregúntale, Paula!

—¿Sí? ¡Hable!

—No bien Mrs. Ferrier se alejó en el taxi —dijo el doctor Fell—, su esposo llegó a toda velocidad en el Rolls-Royce. Por un, minuto no se encontraron.

Los dos coches tienen que haberse cruzado cerca de esta casa. Para mí fue una nueva sorpresa y me reveló otros aspectos del temperamento artístico.

—¿En qué sentido?

—Cuando conté a Mr. Ferrier lo ocurrido, también él perdió los estribos. Insistió en volver sin más a Ginebra, y llevarme consigo. Se negó a responder a mis preguntas o aceptar mis objeciones. Dijo que Miss Audrey Page estaba en un *Night-club* frente a la Place Neuve; me dejó a mí en el club, ostensiblemente para «vigilar» a Miss Page, en tanto él seguía a su esposa al Hotel du Rhône.

Paula abrió muy grandes los ojos, luego los entrecerró.

—¡Pero eso es absurdo!

—¿Qué tiene de absurdo? —inquirió Ferrier—. Hay algunas cosas tan obvias que ni siquiera las vi mientras las discutíamos. Hazte a ti misma algunas de las preguntas que los polizontes seguramente me harán a mí.

Después de representar el papel de esposo conmovido, era evidente que ahora empezaba a sentirse teatralmente complacido por la posición que ocupaba.

—¿Cómo sabía que Eve había ido al Hotel du Rhône? Ésa es una pregunta. ¿Qué había descubierto Eve, sin duda en mi cuarto, que la hizo salir a escape y seguirme a ese mismo hotel? Por sobre todo, ¿si realmente creía a Eve capaz de tratar de matar a Audrey Page porque Audrey y yo nos entendíamos, porque dejé que Audrey viniera a casa anoche?

Afuera, sobre el rosedal enmarcado por los ventanales de la sala, el cielo estaba tan oscuro que casi no alcanzaban a verse las caras a la lucecita amarilla del cuadro.

La atmósfera, cargada de truenos, aplastaba el calor y no parecía dispuesta a brindar el alivio de un chaparrón. Paula Catford se oprimió las mejillas con las manos.

—¿Audrey Page?

—No te hagas la obtusa, Paula.

—No me hago la obtusa, ni lo soy. Estoy preguntando...

—La respuesta de la policía —dijo brutalmente Ferrier— bien puede ser crimen. Eve creía, o me dijo a mí que creía —y sus ojos especularon— que yo estaba tratando de ganarle de mano a Phil y casarme con la chica. No se suponía que yo estuviera enamorado de ella, pero claro, yo nunca me enamoro, ¿verdad? Así que Audrey y yo nos pusimos de acuerdo y decidimos hacer picadillo a Eve. No sería la primera vez que el mundo es testigo de algo semejante, suele pasar. ¿No es ésa la situación, doctor Fell?

—¡Oh, ah! Sí. Mucho me temo que puedan formarse esa idea.

Paula sacó lentamente la lengua y se humedeció los labios.

—Pero tú... tú no fuiste, ¿verdad? Mi Dios, ¿tú no fuiste?

—No, yo no fui. Maldito si tuve algo que ver en el asunto. La cuestión es, ¿cómo respondo a la acusación cuando digan que fui yo?

—¿Tú... tú no tuviste nada que ver con ella? ¿Con Audrey Page? ¿Esa jovencita romántica y apasionada que está tan loca por Brian Innes que deja que la convenzan de venir acá en la esperanza de que él la siga y se la lleve?

Por espacio de diez segundos largos nadie habló. El doctor Fell, reclinado en su sillón, observaba absorto a Desmond Ferrier. La sonrisa de Ferrier se había hecho más amplia y cruel todavía. Pero Brian, que casi no veía a ninguno, avanzó hacia Paula. Y ella se volvió y le hizo frente.

—¡Vamos, Mr. Innes!

—¿Sí? ¿Decía?

—¿Tengo que repetirlo? ¿Ni es usted, que debería ser una persona razonablemente civilizada, quien se está haciendo el obtuso ahora? Eso es lo que hizo la chica, ¿sabe? Era evidente para todos en cada palabra que decía sobre usted, y me atrevo a afirmar que también en cada una de las palabras que le dijo a usted mismo. Cuando lo llamó esta mañana y llegó a pedirle que viniera a buscarla, ¿seguramente usted lo adivinó sin ayuda?

X

—Entonces, ¿no lo adivinó? —insistió Paula alzando la voz.

Fue como si en vez de hablarle a él hablara más bien consigo misma, figura esbelta y solitaria perfilada contra el alto ventanal. Pero sostuvo la mirada de Brian sin parpadear.

—Perdone si fui grosera —rogó—. Sucede que es cierto. Una mujer como Audrey Page sólo puede enamorarse de verdad de alguien mayor que ella, alguien a quien pueda deslumbrar. Como usted. O como ese hombre que está junto a la chimenea a quien todo le resulta tan divertido. ¿*Nunca* se le ocurrió que podía ser usted?

—Sí, se me ocurrió —admitió Brian—. Se me ocurrió más de una vez. Confiaba en que fuese verdad; sigo confiando. Pero me parece que quien sale mal parado de todo esto es Philip Ferrier.

El hombre que estaba junto a la chimenea rió.

—Nunca intente ser un caballero, viejo. No rinde. Tome lo que pueda y dé gracias por conseguirlo —su tono cambió—. Aunque el matrimonio es una cosa diferente. Tendremos que impedir que se case con ella.

—¿Cree que podrá?

—Creo que puedo intentarlo.

Paula, como convencida de que el hombre no tiene remedio cuando despiertan su vanidad o arrogancia, pasó a algo que parecía preocuparla más.

—¡Desmond, termina con eso! Si la pobre Eve creía que tú querías a Audrey Page, eso aclara muchas cosas que yo no entendía. No me explicaba por qué la chica estaba tan asustada. No entendía por qué Eve se mostró tan amable con ella hasta el momento en que Audrey puso los pies en esta casa. ¡Pero deja tu papel de actor, por favor! Esto no tiene nada de gracioso.

—Actor, ¿eh? ¿Imaginas que lo encuentro gracioso?

—Así parece.

—Entonces piensa de nuevo, carita de ángel. Me río, si quieres llamarlo así, porque mi explicación es estúpida y sin embargo es verdad, hasta la última palabra. He hecho papeles como éste; nunca esperé vivirlo en la realidad. Interrógame tú misma, ¿por qué no?

—Desmond, yo...

—¡Vamos, Paula! Esos ojazos tuyos no engañan a nadie. Has sonsacado cosas a gente que en ningún momento se dio cuenta de la indiscreción que cometía hasta que vieron sus declaraciones en primera plana.

—¡Desmond, no puedo! No es el momento.

—Entonces que lo haga otro, nada más que para ver cómo reacciono —Ferrier volvió su rostro desencajado hacia Brian—. ¿Y si prueba usted, viejo? ¿Quiere interrogarme?

—Nada me gustaría más.

—Entonces dispare. Es decir, ¿a menos que el doctor Fell...?

Pero el doctor Fell no decía nada. Absorto, ensimismado, como temeroso, su mirada fue de Ferrier a Paula y volvió a Ferrier. Aun cuando perturbó profundamente a Paula, a aquél en cambio no le causó la menor impresión. La personalidad de Ferrier, bata de brocado y todo, dominaba la habitación como un Otelo.

—El oráculo y agorero calla. No hablará. Los embadurna-pinceles y aficionados menores tienen el campo libre. Es decir, si sabe interrogar a un testigo.

—Trataré —a lo que Brian, llevado por la furia, erró de entrada—. ¿Había, o no, algo entre usted y Audrey?

—¡Oh! ¿Eso es todo lo que se le ocurre?

—¿Había, o no?

—No, no había. ¿Algo más?

—Sí. Mr. Ferrier, ¿usted lleva un diario?

Reinó el silencio, repentino como un tañido de gong. Paula alzó la vista rápidamente. Los ojos del doctor Fell fueron y vinieron.

—Sí, llevo un diario. Lo vengo llevando desde hace veinte años. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Está dispuesto a entregar ese diario a la policía?

—No, naturalmente que no. Como tampoco deseo que lo publique la edición continental del *Daily Mail*. ¿Quién se prestaría a eso?

—Anoche usted dejó esta casa minutos antes de las siete, y recién volvió a las diez y media. ¿Adónde fue?

—Como le dije al doctor Fell, comí solo. Si se lo puede llamar comida.

—¿Dónde comió?

—En la Cueva de las Brujas.

—¿La Cueva de las Brujas? ¿Qué es eso?

—¡Oh, no! Estoy contestando preguntas, viejo. No le estoy enseñando cosas que usted debería saber.

—¿A qué vino esa súbita decisión de comer solo?

—A que no podía seguir tolerando las rarezas de mi mujer. Ni sus sermones. Además, quería pensar en alguien.

Paula, crispadas las manos y soltando una exclamación ahogada como si sólo viera desesperanza en la actitud de Ferrier, se volvió y fue hacia el aparador que había entre las dos ventanas del frente. Ya allí, tendió una mano hacia el botellón de coñac, pero la bajó sin tocarlo. Ferrier observaba a Brian con una sonrisa fija, agradable.

—A las diez y media, al enterarse de que Mrs. Ferrier había salido en un taxi, fue derecho al Hotel du Rhône. Por favor conteste a una pregunta: ¿cómo sabía adónde había ido?

—No lo sabía.

—¿Ah, no?

—Pero era una deducción bastante natural —replicó al punto Ferrier—. Según me dijeron, Eve fue al comedor. Yo solía comer ahí con frecuencia; lo mismo que todos nosotros. Era lógico que me buscara en ese sitio.

—¿Y que usted la buscara a ella? ¿Cuando ya había comido acá, en su casa?

—¿Por qué no?

—¿Ésa es la única razón que lo llevó al hotel?

—¡Sí!

—Muy bien. Si creía que Audrey corría peligro, ¿por qué la dejó venir acá?

—Porque tenía la plena seguridad de que mi amada esposa nos estaba engañando. No creí que hubiera ningún peligro cierto. La propia Audrey pensaba que no había peligro; ¡pregúntele a ella!

—¿Usted cómo sabe lo que pensaba Audrey?

—¡Pregúntele, le digo! Bueno, los dos nos equivocamos; mi amada esposa se mató y trató de echarle la culpa a Audrey. Eve no tenía motivos de sospecha, pero creía lo contrario —la misma expresión fija, casi feroz, volvió a asomar a los ojos de Ferrier—. Eso que llaman asesinato fue suicidio; el único crimen que va a encontrar la policía.

Y Brian, debatiéndose entre los tentáculos de la duda, no supo a qué atenerse.

—Vaya, vaya —exclamó suavemente Ferrier, e hizo castañetear los dedos—, me estoy volviendo práctico en esto de dar explicaciones. Dejen a la policía por mi cuenta.

Junto al aparador, Paula giró sobre sus talones.

—¡Desmond, por amor del cielo, ten cuidado!

—¡Déjenlos por mi cuenta, les digo!

—Oiga —intervino el doctor Gideon Fell—, esto debe acabar.

La severidad de esa voz, la voz del sentido común, cayendo sobre nervios destemplados, trajo silencio pero no paz. Lentamente, con infinito trabajo, el doctor Fell se puso de pie.

—Señor —dijo con atronadora seriedad—, más vale que acepte el hecho de que la muerte de su esposa fue un asesinato. Ni yo ni nadie puede ayudarle, si es que me hizo venir de Londres para montar una farsa. Y ahora, ¿tiene algo que decir?

—No.

—Deje que le repita —dijo el doctor Fell, entre la cólera y una honda preocupación—, que la muerte de su esposa fue un asesinato.

—¡Cristo santo —jadeó Ferrier—, yo no quería que muriera! —Durante un fugaz instante perdió el control; lágrimas asomaron a los ojos de Paula Catford; después Ferrier recuperó su autodomínio y volvió a ser el hombre cortés de siempre.

—La muerte de su esposa fue un asesinato...

—¿Es preciso que siga repitiendo eso, maestro?

—Temo que sí. Para empezar, la policía en sí representa un peligro bastante grave, si en el fondo le tiene aprecio a su pellejo. Además usted anda rodeado de

peligros. Otra persona lo amenaza, aparte de la policía.

—¿Y es?

—Sir Gerald Hathaway. O, al menos, me está amenazando a mí. Tengo la casi seguridad de que él sabe cómo se perpetró este crimen. ¿Usted lo sabe?

—No, llegado el momento voy a elucubrarlo. Por otra parte, ¿qué tiene Hathaway en mi contra? Nunca en mi vida vi a ese individuo hasta anoche.

—No es forzoso que tenga algo en su contra. ¡Pero si se le llega a presentar una oportunidad de hacerme pasar por el tonto y estúpido que sin duda soy...!

—¿Maestro, está seguro de que no es una jugarreta de Hathaway?

Apartándose de la chimenea, Ferrier miró en torno y vio la mesa que había estado haciendo las veces de chispero cuando Brian entrara temprano en la habitación. Corriendo la mesa a su posición primitiva, tomó de manos del doctor Fell el álbum de fotografías y lo colocó sobre la mesa. En el piso junto a otra silla encontró un gran libro de recortes periodísticos, que depositó al lado del álbum. Tomando el sombrero de Hathaway de la repisa de la chimenea, lo dejó caer junto a lo demás.

—Hathaway es todo un ejemplar ¿eh? Hasta las tres de la mañana nos tuvo acá, oyéndolo discursar como un maestro ante su clase.

—No necesito que me lo recuerde —observó el doctor Fell.

—Con toda tranquilidad acusó a Eve de haber envenenado a su rico amigo, Hector Matthews, dando por sentado que ella no lo pondría de patitas en la calle por decir eso. Y, si hemos de hacerle justicia a la pobre, tenía razón —Ferrier se mordió el labio inferior—. ¿Usted dice que está de acuerdo con él?

—¿Acerca, de qué? —preguntó bruscamente el doctor Fell.

—Hathaway —repuso Ferrier— demostró todas las formas en que Matthews *no* pudo ser envenenado. Para empezar, Matthews no pudo ingerir veneno, porque no comió ni bebió nada. No se lo pudieron inyectar, porque todo el tiempo hubieron testigos presentes. No pudo haber inhalado veneno, porque también habría afectado a los demás. En resumen, no quedó camino sin explorar.

—Así parece.

—Y sin embargo, si vamos a considerar asesinato a la muerte de Matthews, ¿hay que cubrir y explicar cada uno de esos puntos en contra?

—¿Señor, es necesario que complique lo evidente?

—¡Sí! Eso justamente debemos hacer.

Ferrier apuntó con un dedo, como Mefistófeles a Fausto.

—Así que si piensa que seguramente me sindicarán como culpable del asesinato de mi esposa, no tema tanto por mi pellejo. No pueden pasarse de listos. Y ver lo que no existe. Yo no estaba en Berchtesgaden en mil novecientos treinta y nueve.

—¡Bah! Tampoco es forzoso que el asesino de su esposa haya estado en Berchtesgaden. Eso lo sabe tan bien como yo.

—¿Qué quiere decir con eso de que lo sé? —Las venas de la frente de Ferrier se hincharon—. Si maté a Eve, el motivo tuvo que ser Audrey Page. Yo mismo expuse

los cargos que me podían hacer. No se dejen engañar, ninguno de ustedes —y miró a Brian—, por una casa confortable o una vida fácil o dos coches caros en el garaje. La casa se mantiene a crédito; el Rolls fue comprado a plazos; el Bentley es mío, pero lo tengo desde que hice Hamlet en el viejo Royalty Theatre en el veintiséis. Por eso...

Ferrier calló de improviso.

El doctor Fell, con el aire de quien acaba de recibir un mazazo en la nuca, contemplaba un rincón del cielo raso.

—Los automóviles —jadeó en voz opaca—. ¡Los automóviles! Hora tras hora sumido en un abismo espiritual, registrando interminablemente un cuarto tras otro, incluso el sótano, y todo porque no pensé en los automóviles.

A esta altura, el doctor Fell, acomodándose los anteojos, se volvió hacia Briane hizo unos ruidos incoherentes, de agradecimiento y disculpa.

—Perdón —dijo—, por no haber captado su insinuación. Usted mismo me recordó los automóviles hace un rato. En una época, y aunque parezca increíble, yo también tuve coche. Cabía dentro; hasta lo manejaba. Tal vez no entendiese el mecanismo, pero al menos tuve un auto.

—¿Se supone que eso quiere decir algo? —preguntó Ferrier, que evidentemente no entendía—. Mas interesante sería ver el mecanismo que guarda en la cabeza.

El tono del doctor Fell cambió.

—Puede verlo cuando guste, en lo que a usted concierne. ¡Rayos y truenos, tiene que verlo! El tiempo vuela. No podemos esperar mucho más.

—¿Esperar qué?

—Un poco de franqueza de su parte. Primero, cuídese de Hathaway en más de un sentido. Es cierto que nos endilgó un discurso. ¿Usted también habrá observado, sin duda, que mantuvo una especie de conferencia con Mrs. Ferrier a puertas cerradas?

—¿Con Eve? ¿Cuándo fue eso?

—Al rato de retirarnos todos ad escansar. Estuvieron acá, en el comedor, conversando animada mente en términos muy cordiales. ¡Vamos! ¿No me diga que no se dio cuenta?

—Anoche no estaba en plena posesión de mis facultades, maestro. Había tomado mucho.

—La verdad sea dicha, yo también. Hathaway y Mrs. Ferrier, en cambio, no podían estar más sobrios. Abrigo la fuerte sospecha de que la diligencia que Hathaway fue a hacer a Ginebra esta mañana guarda relación con una oficina de telégrafos. Puede que trate de obtener la información que yo conseguí, antes de salir de Londres, en Scotland Yard.

Paula Catford, a todas luces intrigada y sin saber qué partido tomar, se enderezó junto al aparador. El efecto en Ferrier fue todavía más marcado.

—¡Señor de los infiernos! —dijo, como, en un rezo—. Hace un mes fui a Inglaterra especialmente para verlo. Le hice varias confidencias al invitarlo a venir acá. ¿Y usted se las pasó a la policía?

—No, no se las pasé. Nadie ha traicionado su confianza. Quizá habría sido preferible que alguien lo hiciera.

—¡Estoy preguntando...!

—Ya sé. En realidad, usted me dijo muy poco. Sacando la historia de lo ocurrido en Berchtesgaden y la sugerencia de que su esposa quizá tratara de envenenarlo. Entonces no fue franco conmigo. Tampoco ahora.

—¿Me dirá por qué?

—Ésa es mi intención. Usted, señor, en ningún momento temió que su esposa lo envenenara. Era demasiado infantil; todo el planteo era infantil. No había ninguna necesidad, de escudar a Mrs. Ferrier (¡sí; Escucharla!) tras lo que a primera vista parecía una acusación. Tampoco hay necesidad de ennegrecer su propio carácter para blanquear el de ella.

Ferrier alzó los ojos al techó.

—¿Paula, sabes de qué habla este chiflado?

—¡No! ¿Y tú?

—Creo que él lo sabe —terció el doctor Fell. Y miró a Ferrier—. Su declaración de hace un momento, en el sentido de que podría tener interés en Audrey Page por el dinero de su padre, es menos infantil que grotesco. Su reputación, Ferrier, hay que reconocer, es tan notoria como merecida. Usted sería capaz de cortarle el pescuezo al actor o actriz que le robara unas líneas o echara a perder una escena. Con gusto seduciría a cualquier mujer de más de quince y menos de cincuenta pensando que se ha ganado el día. Pero jamás se casaría por dinero.

—¿Terminó de acusarme de virtuoso? ¿Qué es todo esto?

El tono del doctor Fell fue de una severidad reñida con la aflicción y angustia que trasuntaba su actitud.

—Miss Catford tiene razón —dijo—. Deje de sentirse actor; baje de las alturas y quítese las botas de la tragedia; o pasará el resto de sus días entre rejas.

—¡Váyase al diablo! —masculló Ferrier, y echó a andar hacia la arcada del vestíbulo.

—¡Entonces, una última pregunta! La información que tiene la policía no se relaciona exclusivamente con asesinatos o asesinos. Hathaway acertó además en otro punto: la clave de este problema, está en el temperamento de su difunta esposa. ¿Por qué no me dijo que se había casado dos veces antes de casarse con usted en mil novecientos cuarenta y tres?

Una vez más, Brian tuvo la sensación de haber perdido el juicio, de que nada tenía sentido razonable.

Ésta, al parecer la más inofensiva y hasta improcedente de las preguntas, hizo que Ferrier se detuviera pajo la arcada.

—¿Por qué se lo iba a decir? —Giró sobre sus talones—. Esas cosas son del dominio público. No tiene nada que ver.

—Sin, embargo. Lo mantuvo en reserva.

—Tampoco di mi, opinión sobre el tiempo. Nunca pensé...

—Otros pensaron. El comandante Elliot hizo algunos comentarios sobre el tema.

—¿Como por ejemplo?

—Acerca de su primer marido, de quien se divorció en el treinta y seis, se ha averiguado muy poco hasta ahora. Pero había una buena razón para que ella no anunciara su «compromiso» con Hector Matthews tres años después.

—¿Cuál?

—Que su segundo marido, con quien se casó en el treinta y siete, estaba vivo todavía y seguía siendo su esposo. Cuando estalló la guerra ingresó en las Reales Fuerzas Aéreas como piloto de caza; lo mataron, durante la Batalla de Gran Bretaña, en mil novecientos cuarenta. Eso al parecer no era del dominio público. Por cierto no afectó al legado de Matthews.

Durante un breve lapso el silencio fue tal que el reloj del vestíbulo, su péndulo, la muñequita rubia con su alegre y tonto balanceo, marcó los segundos con fuertes golpes. Después Paula corrió hacia Ferrier; puso una mano en su brazo antes de volverse a hacer frente al doctor Fell.

—¿Insiste —gritó— en que la pobre Eve mató a Matthews? —pregúntele a Mr. Ferrier.

—¡No voy a creer...!

—Pregúntele a Mr. Ferrier. Pregúntele qué puede significar.

—Paula —dijo Ferrier, y añadió una palabra rara vez oída en círculos sociales cultos—, no te metas en esto.

—Miss Catford puede mantenerse al margen. ¡Oh, ah! Usted también. Si la cárcel no significa nada, y la sospecha injusta tampoco, ¿no hay absolutamente ninguna otra consideración que tener en cuenta?

Ferrier con un encogimiento de hombros, apartó la mano de Paula y se pasó sus largos dedos por los ojos.

—Dios sabe que no quiero más problemas. Pero no hay peligro de que...

—¿De qué? ¿Y está tan seguro? —rugió el doctor Fell—. Hasta ahora he tratado de ser discreto. Hathaway quizá no lo sea tanto.

—No sé —dijo Ferrier—. No sé. Necesito cinco minutos. ¡Sólo cinco minutos, para pensar!

El doctor Fell se le había acercado. También Brian. Los tres oyeron el ruido de automóviles aproximándose por el sendero de grava hasta detenerse frente a la villa, Stephanie, la criada, frustró cualquier reacción al entrar presurosa en la sala.

—Mr. Ferrier —anunció—, ha llegado la policía.

XI

Las ocho de la noche, otra vez oscurecía.

Y él había confiado en ver a Audrey horas antes.

Sin prestar atención a lo resbaladizo del pavimento mojado por la lluvia, Brian lanzó a su coche a toda velocidad en dirección a las afueras de Ginebra.

El deseo supremo de quienes pasan gran parte de la vida viajando, había reflexionado él con frecuencia, es ahorcar o fusilar o exterminar de algún modo a toda la gente que ocupa cualquier clase de cargo oficial.

Esto, desde luego, era injusto. Los funcionarios no tenían la culpa. Y, puesto que hoy por hoy es propósito de tantos gobiernos hacer la vida lo más complicada e irritante posible, él debía estar agradecido por el método suizo de dejarle hacer a uno su voluntad en tanto no interfiera con los demás.

Nada podría haber sido más amable y considerado que el interrogatorio a que los sometió la policía. Pero nada tampoco más cabal, como que se prolongó por espacio de casi diez horas. Brian ignoraba lo que habían dicho los demás testigos. Los tuvieron en distintos cuartos como compartimientos separados. La incansable Stephanie llevó a esos testigos un refrigerio a la una y media. La tormenta, desencadenada en lluvia torrencial poco después del arribo de la policía, compuso un marco apropiado para el estado de ánimo de Brian.

Esa sensación de frustración, él lo sabía, derivaba de otra fuente.

«Te las diste de listo —pensó amargamente—. Y, como de costumbre, terminaste con la soga al cuello».

Que él supiera, nadie ponía en duda su cuento —o, mejor dicho, el cuento del doctor Fell— de que él y Audrey habían estado juntos cuando vieron caer a Eve Ferrier. Nadie demostró sorpresa o cólera al saber que habían hecho que Audrey se marchase de la villa, para reponerse de la impresión.

M. Aubertin, aun cuando dominaba tres idiomas, francés, inglés (y también alemán, tenía entendido Brian), se había limitado a asentir.

—Pero es natural, Mr. Innes.

—¿Quiere interrogarla?

—Más adelante, puede ser. Por el momento tenemos bastante en qué ocuparnos.

—Le he dicho cuanto sé, y lo repetí dos veces. ¿Ahora me puedo ir?

—Dentro de un momento, Mr. Innes. Sin duda no se le escapa la necesidad de ir al fondo del asunto. Claro, ¿usted quiere... este... tranquilizarse acerca del estado de la señorita?

—Sí, por supuesto.

—¿Dónde está ella ahora?

—No estoy seguro. Puede haber ido a varios sitios.

—Bueno, es simple. Llame por teléfono al sitio o sitios en que cree que puede estar, y dígame que se va a demorar.

Pero eso justamente era lo que no podía hacer. Primera consideración: no se atrevía a correr el riesgo de hablar con Audrey hasta verla a solas y tener la oportunidad de ponerse de acuerdo acerca de lo que iban a declarar; esa invitación podía ser una amable trampa. Segunda dificultad: si Madame Duvallon le había transmitido su mensaje, Audrey no atendería el teléfono aunque él llamara.

Se le habían ocurrido toda clase de posibilidades poco reconfortantes; ciertas palabras que agregó el doctor Fell segundos antes de que entraran los policías, le daban vueltas en la cabeza sin contribuir a tranquilizarlo.

La necesidad de ver a Audrey, disimulada bajo una suavidad que no le iba en zaga a la del propio M. Aubertin, había crecido hasta ser algo así como manía cuando lo dejaron en libertad de marcharse.

También ansiaba oír la explicación prometida por el doctor dijo que acompañaría a Brian al departamento de éste y explicaría la técnica de un crimen en cuanto hubiera interrogado a Audrey.

Y a la larga el doctor Fell se negó a acompañarlo.

—¡Señor, es imposible! Todavía no me puedo ir.

—¿Por qué no?

—Créame que es imposible. Trataré de verlo más tarde.

—¿Se avecinan nuevos problemas?

—Por culpa de las autoridades no, espero. Confiemos en que tampoco surjan de otros sectores.

A las ocho, por un mundo recién lavado de follaje mojado y humedad, lanzó a su auto a toda velocidad hacia las luces de Ginebra.

Atrás, en los árboles, quedaban algunas brasas rojas de ocaso, prometiendo un día hermoso mañana.

Aunque esa promesa sólo se refería al tiempo. La gente no se comporta como es debido, o como piensa que debería. Al menos, se dijo Brian mientras aminoraba la marcha para demostrar un mínimo respeto por las señales del tránsito y tomaba finalmente por el Quai Turrettini, al menos encontraría a Audery.

¿O no?

La casa en que vivía, relativamente moderna, mostraba su habitual fachada de piedra, digna y soñolienta. Estirando el cuello vio desde la calle que había luz en las dos ventanas de su living, en el sexto piso.

Estacionó el coche en la callejuela lateral contigua al edificio, cerca de un cartel que decía que estaba terminantemente prohibido estacionar ahí. En la mal iluminada entrada a los departamentos, las superficies metálicas amarillas de los buzones despedían un pálido fulgor.

Le había dado su llave a Audrey. Dijo a Madame Duvallon que dejara su llavín en el buzón. Los dedos le temblaban al hurgar en su bolsillo en busca de la llave del buzón. Si el llavín no estaba... Estaba.

En el ascensor remontó pisos silenciosos como tumbas, donde lucecitas tenues en

los pasillos iluminaban paredes de estuco pintadas de color gris oscuro.

Y también Audrey estaba. Oyó su «¿Quién es?» casi como un alarido no bien abrió la puerta de calle. Audrey estaba en el pequeño hall de entrada, evidentemente dispuesta a salir, pero el ruido de la llave en la cerradura la hizo retroceder.

Se miraron.

Instintivamente Audrey hizo ademán de correr hacia él. Antes de dar un paso se contuvo; hizo una pausa, dominada por la misma contusión que él sentía. Sus ojos se comunicaron; ambos sabían y cada uno tenía conciencia de que el otro sabía.

Al punto, desde luego, ambos simularon no saber.

—Tranquila —dijo Brian—. No corres ningún peligro.

—Creía que sí.

—¿Peligro proveniente de quién?

—De ella.

—¿«Ella»?

—Ya sabes. Eve. O de...

Audrey calló, los ojos muy abiertos.

—¡Eh, un momento! Estás más nerviosa de lo que pensaba. Eve ha muerto.

—Lo sé. Pero cada vez que pasaba alguien yo la oía detrás de esa puerta. ¿Qué pasó? ¿Dónde has estado todo el día?

—No pude escaparme antes.

—¿Qué sucede en la villa? ¿Me creen culpable?

—No, nadie te cree culpable. Sácate esa idea de una vez por todas. Pero antes que nada, ¿viste a Madame Duvallon? ¿Y comiste algo?

—¡Sí, sí, sí! Había comida en abundancia en la heladera. Yo no podía comer mucho pero tu Madame Duvallon insistió tanto que no tuve más remedio.

—En ese caso, ahora tomarás una copa. Después, cuando te haya explicado lo que debes decir a la policía cuando te interroguen, saldremos los dos a dar una vuelta.

Aparte del pequeño hall de entrada, cocina y baño, el departamento sólo constaba de dos ambientes de reducidas dimensiones, living y dormitorio, uno junto al otro. Brian tenía un estudio en Vesénaz donde atendía su trabajo. Ahora ese departamento, símbolo de su vida sin raíces, sólo servía para acentuar la presencia de Audrey.

Ella le dio la espalda y se encaminó al pequeño living, donde paredes color crema reflejaban la luz de las lámparas. De nuevo Brian la observó mientras ella iba hacia el gabinete que contenía el bar portátil. Tenía el mismo traje de tweed, medias color tostado y zapatos de suela de goma.

—¿Por lo que veo llegaste a la ciudad antes de que te pescara la lluvia?

—Sí —Audrey lo miró a su vez—. Y tú... te lavaste y arreglaste después de bajar la barranca para ver... lo que había pasado.

—Sí. Por deferencia hacia la policía.

—¿Qué dicen? ¿Qué piensan?

—Ojalá lo supiera. Toma.

Sirvió un coñac con soda y se lo tendió. Entre las dos ventanas, sobre una estantería baja, había un boceto en blanco y negro de Audrey que él había hecho de memoria. Ella se abstuvo deliberadamente de mirarlo mientras él iba refiriendo lo ocurrido.

—... Así que las conclusiones del doctor Fell, sean las que fueren, parecen haber estado basadas desde un principio en datos que obtuvo en Scotland Yard antes de salir de Londres.

—Entonces —preguntó Audrey incrédula—. ¿Eve tuvo dos maridos antes de casarse con Mr. Ferrier?

—Parece que te sorprende.

—Sí, más bien. Yo... no sé por qué tiene que sorprenderme.

—¡No importa! ¿Recuerdas lo que se supone que dijiste e hiciste esta mañana? ¿Podrás repetirlo sin caer en contradicciones?

—Oh, sí. A esta altura debo estar acostumbrada a todo lo que sea mentira y fraude. Y no tengo nada de miedo ahora que tú estás acá.

Audrey tomó un sorbo de su bebida, en un estado de ánimo intermedio entre la amargura y algo que Brian no acertó a definir. Después dejó el vaso sobre un estante...

—En ningún momento hablé con Eve ni entré en el estudio. ¿No es eso?

—Sí.

—Cuando terminamos de desayunar a las siete y media, fui a mi cuarto. Eve me había asustado. Te llamé y después salí a caminar. Al volver subí derecho a mi habitación por esa escalera exterior. Estaba en mi cuarto, mirando por la ventana, cuando vi que Eve salía al balcón. Y tú estabas conmigo cuando ambos la vimos caer. ¡Dios santo! ¡Eso casi podría haber sido cierto, hasta la última palabra! Pero...

Audrey hizo un gesto de desconcierto.

—Bueno, no hago más que pensar en Eve. Brian, ¿por qué hacen tanto hincapié en ese segundo marido que tuvo?

—No sabría decirte.

—Pero con seguridad el doctor Fell dijo algo que indique... —calló.

—No. El doctor Fell no dio detalles sobre el segundo marido, salvo que el individuo murió en la guerra. Ni siquiera mencionó su nombre. Aunque, ¡espera un momento! Justo antes de que Aubertin entrara, agregó que el segundo marido parecía haber sido el gran amor de la vida de Eve Ferrier.

Audrey desvió la mirada, como si otra vez estuviera huyendo. Brian, dejando el llavín sobre el bar portátil, se sirvió un whisky, y al hacerlo vaciló.

—Audrey, tú tuviste una larga conversación con Eve que yo no alcancé a oír. ¿Hay algo que no me hayas dicho?

—¡No! ¡En serio, nada!

—¿Estás segura?

—Completamente. Pero pensaba... ¿es posible que ese segundo marido estuviera

vivo?

Brian contó hasta diez antes de hablar.

—No, no es posible. Como tampoco es posible que la misma Eve esté viva. Se estrelló de cabeza entre dos árboles; estaba muerta a los pocos segundos de llegar yo a su lado. No te estarás dejando sugestionar por alguna fantasía morbosa, ¿verdad? ¿Ni pensarás que Eve puede volver en tu busca y llamar a la puerta?

—¡No! ¡No! Brian, tienes que oírme.

Lo raro, decidió Brian, era que pese a los disparates que decía Audrey parecía haber crecido bastante desde esa mañana. Él no alcanzaba a definir esa sensación de madurez que, acertada o erróneamente, sentía emanar de ella. Pero habría jurado que era real.

—Solo pensaba —y Audrey pareció hurgar entre impresiones dispersas— si no habré interpretado mal lo que me dijo.

—¿Cómo?

—Hablaste de estar sugestionada por... por fantasmas o que se yo. ¿Sabes lo primero que pensé, cuando Eve empezó a recriminarme? Pensé que estaba hipnotizada. Su manera de hablar, su aspecto, daban esa impresión.

—¿Después de todo lo que hemos pasado, no irás a traer a colación el crimen por hipnosis?

—Vaya uno a saber.

—La atmósfera está bastante cargada de parcas, créeme, para que una más cuente. Dejemos eso, ¿quieres?

—¡Brian, escucha! Si te limitas a decir «crimen por hipnosis» y no agregas nada más, claro que suena ridículo. Pero eso no es todo.

Audrey se incorporó.

—Fui una tonta, sabes, y me he portado como una soberana estúpida. Te he creado infinidad de problemas porque trataba de demostrarme algo a mí misma y también a ti. Pero de cualquier modo, tienes que entender una cosa aparte de lo demás que piensas puesto que ambos estamos con vida. Nunca hubo nada, absolutamente nada, entre yo y Desmond Ferrier.

Su voz subió de tono.

—¡Oh, ya sé! —añadió antes de que él pudiera hablar—. Sé qué vas a decir. Antes dijiste que si hubo algo lo mismo daba. Lo dijiste tantas veces que no me costaría nada creer que realmente no te importa.

—Audrey, basta de coqueteos. Me importa más que nada en el mundo, y tú bien lo sabes. Estoy enamorado de ti desde hace años.

—No, no te acerques. No me toques. ¡Ahora no! *Algo* de orgullo, me queda, aunque todos opinen lo contrario.

—No pienso tocarte. No hasta que este asunto quede aclarado. Y entonces, maldito sea, voy ha tocarte y más que tocarte como en tu vida has imaginado que se pueda tocar.

—Bueno, ojalá. ¿Pero es que ni siquiera puedes d-decir que me quieres —gritó Audrey—, sin insultarme y ponerte como si fueras a estrangularme?

—No, no puedo. Tú afectas así a la gente.

—Está bien. No importa; me encanta. Pero dices «gente», y a eso también iba. Pienso demostrarte que no hay ningún otro y que nunca lo hubo. ¿Así que me vas a escuchar?

Un instante más, y la temperatura emocional habría escapado a todo control. Brian apuró su whisky y dejó el vaso sobre el bar.

—Señora, soy todo atención. Como diría Hathaway.

—¡Si te estás burlando de mí otra vez...!

—Querida, ¿quieres meterte en esa linda cabeza que nadie se está burlando de ti? ¿Y que nunca tuve esa intención? Eres un demonio con faldas, un súcubo de casi treinta años disfrazado de diecinueve.

—Eso que has dicho no es muy agradable, ¿no?

—¿A quien le importa que sea o no agradable? Hemos superado esa etapa; te quiero; toda mi vida te he estado buscando. ¿Y ahora qué es lo que quieres explicar sobre el asesinato de Eve Ferrier?

La palabra «asesinato» cayó entre ambos y quedó allí clavada.

Audrey, las mejillas encendidas, le dio la espalda; luego se volvió.

—Eve —dijo—, me acusaba de... de estar robándole a alguien. Naturalmente yo deduje que se refería a su actual marido. Pero en realidad ella no mencionó ningún nombre; gran parte de lo que dijo no tenía sentido. ¿Supón que se refiriera a un marido anterior?

—¿Un marido muerto?

—Presumiblemente muerto, entonces. Y según dices hubo un primer marido. El doctor Fell ¿qué averiguó sobre él?

—No gran cosa. Puedes preguntarle —Brian reflexionó—. Reconozco que todo es posible. Él cree que el asunto del segundo marido es el factor más importante. También Ferrier, aunque ninguno de los dos quiere decir por qué. Y puesto que el doctor Fell lo está ayudando a Ferrier y a la vez a ti...

—Brian, ¿por qué habría de ayudarme el doctor Fell?

—Porque no quiere ver que te arrestan por algo que no hiciste. Él es así. El punto débil de la teoría del primer o segundo marido, si buscamos un asesino, es que al parecer Eve perdió los estribos a raíz de algo que leyó en un diario.

—Y bien, ¿por qué no? Yo llevo un diario. Y todos en la casa. Lo que se escribe en un diario no es necesariamente una confesión sobre uno mismo. Mr. Ferrier pudo haber escrito información sobre otra persona.

—¿Te refieres a ti? La información aludía a ti, recuerda.

Audrey palideció.

—¿Conque al fin y al cabo crees que yo la maté?

—¡No creo nada de eso!

—¿Y, por supuesto, que Mr. Ferrier y yo...?

—Termina con eso, ¿quieres?

—Si no lo crees —dijo Audrey de improviso—, no queda más que una posibilidad —fue como si acabara de tener una súbita inspiración—. ¡Tal vez *pueda* ayudarte! ¡Tal vez *pueda* justificarme!

Brian la tomó de los hombros; después, prevenido por la expresión de histérica decisión de sus ojos, recordó otros estados de sobreexcitación y la soltó. El tictac del reloj de la estantería atrajo su mirada.

—No tienes necesidad de justificarte. Estás cansada; los dos estamos cansados. ¿Ves qué hora es?

—¿L-las nueve menos veinte? ¿Y con eso?

—Acá cerca, en la rue du Stand, hay un restaurante tranquilo donde se come muy bien. Ahí vamos a ir, a tratar de olvidarnos un rato de todo lo que sea asesinato.

—Sí. Tienes razón. Lo siento.

—Entonces arréglate. Después de una buena comida, que rociaremos con abundante vino, podremos pensar racionalmente en un problema que parece no tener ningún sentido. De paso dejaremos tu valija en el Metropole.

—¿Mi valija?

—¿No habrás olvidado que dejaste una valija, a medio desempacar, en la habitación que te dieron en la villa? Yo la traje. Está abajo en el auto.

—¡Pero, Brian...!

—¿Pasa algo malo?

—Malo exactamente, no. ¡Sólo que no puedo volver al Metropole! O al menos no quiero. Sería absurdo.

—¿Por qué? ¿No sigues teniendo tu cuarto allá?

—Ya no. Cuando me mandaste acá, esta mañana, y dijiste que primero pasase por el hotel, todavía estaba medio confundida. Pensé que querías que me escondiera hasta tanto pudiese salir del país. Entonces dejé mi cuarto del hotel y envié el resto de mi equipaje al aeropuerto. Ahora no quiero ir. ¿La policía pensará que he huido?

—No has huido, mi querida, puesto que todavía estás muy presente. Pero necesitarás esa valija. Será mejor que vaya y la traiga.

—¡Brian, querido, no puedo quedarme acá contigo! ¡Quiero decir...!

Brian no hizo ningún comentario sobre Miss Audrey Page, presunta mujer de mundo. Ella estaba demasiado seria, él también. Brian ni siquiera sonrió.

—Sí; sé lo que quieres decir. Y sin embargo tal vez fuese la mejor manera de evitar más complicaciones. De todos modos necesitas la valija. ¡En medio minuto estoy de vuelta!

Cerró con un portazo. Para bajar tomó el ascensor. Pero ni durante esos treinta segundos logró librarse de las fuerzas que habían empezado a congregarse para una última y malévolamente embestida.

La casa de departamentos estaba casi a la sombra del Pont de la Coulouvreniere,

una mole gris blancuzca entre los siete puentes del Ródano. En la noche clara, hermosa, no demasiado cálida, sus aguas reflejaban la luz de los faroles.

Pero la callejuela lateral estaba casi en tinieblas. Un poste de alumbrado del muelle le permitió ver que alguien, una mera sombra de aire furtivo, había abierto la puerta trasera de su coche y parecía estar tanteando en el asiento posterior.

Brian se lanzó a la carga. Aferró al intruso de la muñeca, de un tirón lo sacó del coche y lo hizo volver hacia el farol como quien hace restallar un látigo.

—¿Se puede saber —gritó una voz cascada y familiar— qué diablos estás haciendo?

Brian soltó la muñeca, maldiciendo de alivio al descubrir la identidad del intruso, en tanto la figura regordeta trastabillaba y parecía a punto de caer.

Gerald Hathaway, en cabeza al resplandor del farol, lo miraba exasperado.

—¿Sí, mi estimado amigo? ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué estás haciendo *tú*, ya que viene al caso?

—¿Ésa no es tu casa? ¿Y éste tu coche?

—Sí a las dos preguntas. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Sé que vives en esos departamentos —replicó Hathaway— porque vine acá anoche. Una tal Madame Duvallon o Duvallet, que dijo estar «abriendo» tu departamento, me explicó que regresabas de París. Y sé que es tu coche porque esta mañana, antes de que pudiera gritar y detenerte, vi que salías en él. ¿Pero mis ojos me engañan?

—¿Por qué?

—¿Éste es el pomposo y ultraconservador Mr. Brian Innes? ¿Comportándose como si viera un asaltante detrás de cada matorral? Es por la chica, imagino.

—Sí. Supongo que sí. En cuanto al espantadizo Sir Gerald Hathaway...

Sólo su dignidad innata impidió que Hathaway se entregara a una especie de danza en plena calle.

—Si serás idiota —exclamó furioso—, pensaba esperarte porque soy hombre pundonoroso. A ella la tienes arriba, sin duda.

Aunque las palabras tenían inflexión de interrogante, eran afirmación más que pregunta. Brian les hizo frente como a un ataque.

—¿Qué te hace creer que está allá?

—¡No me vengas con evasivas, amigo! No está en el Metropole; tampoco en Villa Rosalind. No puede estar en otra parte.

—¿Otra vez deduciendo? Hathaway, ¿quieres decirme por que me esperabas?

—Por una cosa, para ponerte sobre aviso. Si sientes afecto por esa joven, tendrás cuidado. ¿Viste los diarios de la tarde?

—No.

En el bolsillo Hathaway tenía un periódico doblado. Lo sacó y agitó en una mano, aunque Brian no podía ver otra cosa que los contornos de su cabeza calva y su barba hirsuta.

—No hablan de otra cosa. Acá —dijo amargamente; Hathaway— la prensa parece tener tan pocas inhibiciones como en Francia.

—Sigo sin entender...

—De Forrest Page también es mi amigo. A ti te pidieron que cuidaras de su hija, no que pusieras a la policía sobre su pista. Al padre leer esto no le va a ser nada agradable cuando la noticia llegue a Londres.

—¿Los diarios no mencionarán el nombre de Audrey?

—¿Ah, no? ¡Echa un vistazo! Y eso no es todo. No confíes demasiado en Gideon Fell. A juzgar por los informes que se leen en cualquier parte, todo lo que dice es un enigma y ésta callando mucha información vital.

—¿Y en cambio un tal Hathaway, no? Deja de lado lo que dicen los periódicos. ¿Qué dicen en Villa Rosalind?

—Ignoro lo que dicen en Villa Rosalind. No estuve allá.

—¿Desde cuando?

—Desde que salí muy temprano esta mañana.

—Hathaway, ¿ahora quién es el desaprensivo? ¿Quieres que también a ti te siga el rastro la policía?

El otro se enderezó, temblando de excitación. Su voz gruesa, potente, resonó triunfal.

—Derroté a Gideon Fell. Lo derroté en toda la línea. Parte de este caso se explica mediante una sustancia: aceite de vitriolo. La otra parte puede explicarse con otra sustancia: aceite de almendras amargas.

—¿Aceite de almendras amargas? ¿Y eso qué es?

—El veneno que mató a Mrs. Ferrier. ¡Ven conmigo!

XII

En forma imprevista, debatiéndose entre el triunfo y un oscuro temor, Hathaway cruzo corriendo la calzada en dirección al muelle junto al río. Brian lo siguió. Allí Hathaway se detuvo a la luz de un farol, alzando el periódico.

—Si lees esta descripción —empezó con cierta vehemencia.

—No leo nada. ¿Qué es el aceite de almendras amargas?

—También se llama nitrobenceno.

—Suena a derivado del ácido prúsico. ¿Es eso?

—¡Bah! ¡Qué ignorancia en materia de criminología! Lee el tratado de Murrell sobre venenos. Lo que me propongo aclarar —anunció Hathaway esgrimando el periódico como la Estatua de la Libertad su antorcha— es que Gideon Fell nos ha estado mintiendo.

—¿Acerca de qué?

—Si hubieras estado en la villa en las últimas horas de anoche —le espetó Hathaway—, le habrías oído decir (¡bueno!, le habrías oído decir en tono confidencial) que supo de la muerte de Hector Matthews por Mr. Desmond Ferrier hace relativamente poco, en Londres.

—¿Y no fue así?

—Lo supo por *mí*. Y en una reunión del Club del Crimen hace años.

—¿Quieres hablar claro?

—El Club del Crimen —Hathaway espació las palabras— es un grupo de polémica que se reúne en el restaurante Beltring del Soho. Cierta vez me invitaron. Cuando traté de interesar a tu elefantiásico amigo en la historia de Hector Matthews, fingió que no tenía nada de particular.

—¿Y eso hirió tu vanidad?

—Joven, me ofendes.

—Gracias por lo de «joven». Pero, ¿no *fue* eso lo que pasó?

—Me niego a seguir escuchando tus insultos. ¡Sin embargo! —Hathaway tragó con esfuerzo—. ¿Acaso yo podía prever que matarían a Mrs. Ferrier esta mañana? ¡Difícilmente! Ningún ser viviente, ni el más suspicaz, lo habría previsto. En consecuencia...

—Mira —lo interrumpió Brian, algo desesperado. Con la cabeza señaló la casa de departamentos de la otra acera—. Audrey está allá sola; tengo que volver. Pero viniste a mí en busca de seguridades, y yo trataré de dártelas. Dime simplemente lo que te traes entre manos.

—Esta mañana (¿me sigues?) despaché un cable desde el Hotel du Rhône.

—No; no te sigo.

—En el Savage Club —gritó Hathaway— era de público dominio que Ferrier había consultado a Gideon Fell. Si Fell quería más datos sobre Mrs. Ferrier o sobre cualquier otra persona, ¿a dónde habría ido? A Scotland Yard; cualquier tonto lo

habría adivinado. Su colega Hadley está jubilado. Casi con seguridad habría acudido al subcomandante Elliot. ¿De acuerdo?

—Bueno, eso precisamente hizo.

—¡Ah! ¿Fell lo admitió?

—Admitir no es la palabra. Él nos lo contó esta mañana.

—¡Ah! Pero *conmigo* no habrían sido tan complacientes. Así que me pareció mejor esperar que Fell estuviese acá, en Ginebra, y después mandarle a Elliot un cable de indagación firmado con el nombre de Fell.

—¡Santo Dios! Esto está cada vez mejor. ¿Dices que has estado mandando cables falsos a Scotland Yard?

—¡Un cable! ¡Un cable! En el hotel pude asegurarme de que cualquier respuesta me sería entregada a mí. Aunque reconozco que fue bastante arriesgado.

—Ya lo creo. Se supone que no tienen muy buen concepto de los falsificadores.

—¡Ese sarcasmo infantil...!

—Hathaway, no te culpo. Somos todos mentirosos remando en un mismo bote. ¿Pero si tenías miedo de las consecuencias...?

Hathaway, demostrando sincero asombró, lo miró indignado.

—¿Consecuencias? ¡Bah! ¿Piensas que me refería a esa clase de riesgos? ¡No, no, no! Me vi obligado a redactar el mensaje en términos por demás generales. «¿Tienen alguna otra información sobre el asunto de que hablamos?». Fell podía no haber visto a Elliot. O Elliot no haber contestado, aun con una respuesta paga de cien palabras. O podía contestar solamente por los conductos oficiales. ¡Riesgo!

—¿De manera que no contestó?

—Oh, sí, contestó —Hathaway estrujó el periódico entre sus dos manazas—. Él y Fell, evidentemente, habían investigado a los dos maridos anteriores de la dama. Cuando yo hice otro tanto, hace tiempo, no les presté mayor atención, porque ambos eran hombres pobres de quienes no podían haber heredado un centavo. Fue un error de mi parte.

—¿Entonces la contestación de Elliot versaba sobre su segundo marido? ¿El piloto de caza de la Real Fuerza Aérea?

Hathaway lo miró de arriba abajo.

—Pero, mi excelente amigo, ¿cómo sabes...?

—¡No importa! ¿Era sobre el segundo marido, verdad?

—No, no era. Se refería al primero. Yo ya sabía que era un químico analítico muy joven e inestable contratado por la Compañía de Anilinas Ferndale. Ella se divorció de él en marzo de mil novecientos treinta y seis. Al mes él se suicidó ingiriendo un veneno llamado nitrobenceno. Ésa era la información que contenía el cable. ¿Ahora puede alguien dudar de que esa mujer llevaba el suicidio o el crimen adónde fuese?

Brian volvió la cabeza.

Los edificios del Quai Turrettini aparecían de color gris oscuro al resplandor de los faroles de la calle y bajo la luna naciente. Brian alzó la mirada hacia las luces del

Hotel du Rhône; vaciló, y volvió a mirar el rostro que tenía delante.

—Ríete de mis deducciones. ¡Ríete! —dijo Hathaway— Eran acertadas en todo sentido.

—No me río. ¿Este nitrobenceno, o aceite de almendras amargas, es la misma sustancia que mató a Mrs. Ferrier?

—Sí. La autopsia demostrará que fue eso.

—Entonces ¿tú que haces acá?

Ahora fue Hathaway quien pareció desconcertado.

—No entiendo.

—Creo que entiendes. ¿Por qué no estás en la villa, abrumando con tu triunfo al doctor Fell y también a la policía? ¿Por qué estás acá temblando como si no quisieras, que te interrogasen?

—La verdad es, querido amigo...

—¿Y bien?

—La verdad es, querido amigo —respondió Hathaway alzando la voz—, que no quiero que me interroguen. Estoy en condiciones de demostrar hasta en sus menores detalles el ardid de que se valieron para matar a Mrs. Ferrier. Pero no puedo explicar cómo mataron a Hector Matthews.

—¿Matthews? ¿Matthews en Berchtesgaden? ¡Eso es justamente lo que has sostenido que *puedes* explicar! ¡Desde anoche lo vienes gritando a voz en cuello!

—Fui demasiado optimista: eso es todo. Puedo explicar todo menos un punto muy pequeño, relativamente trivial. Y no me agradan los desafíos ni que se burlen de mí. En suma...

—En suma, ¿tú fuiste quien mintió deliberadamente?

Hathaway hizo una bola del periódico y lo lanzó por encima del parapeto al río. Hasta su pelada había adquirido un aire de furiosa intensidad.

—¡No mentí! —dijo—, ¡y me ofende que afirmen lo contrario!

—¿Entonces cómo lo llamarías? ¿Presumiblemente, el nitrobenceno deja rastros en el cadáver de la víctima?

—Naturalmente.

—¿De modo que en el fondo la forma en que mataron a Mrs. Ferrier no encierra ningún misterio? ¿Fue un método diferente del empleado con Matthews?

—¿Ningún misterio? ¿Un método diferente? —Hathaway, a punto de ahogarse con su propia sinceridad, tuvo que tomar aliento—. Deja que te diga, mi amigo, que en ambos casos el método fue exactamente el mismo. Yo estaba con Mrs. Ferrier esta mañana, en el desayuno. No bebió ni comió nada, como tampoco Matthews en aquella otra ocasión. No le inyectaron veneno. Nadie se le acercó con veneno. El milagro, si lo quieres llamar así, no ha perdido sus características de tal.

—¿Entonces por qué no puedes explicar los dos muertes? ¡No te alteres, contéstame! ¿Por qué no puedes explicar las dos muertes?

—Porque...

Nuevamente Hathaway calló, pero por una causa distinta.

Había mirado en dirección del Hotel du Rhône en forma distraída. Luego clavó su mirada en un automóvil policial que a toda velocidad pasó de largo y se detuvo en la puerta del hotel. De su interior descendieron Philip Ferrier, M. Gustave Aubertin, y el doctor Gideon Fell.

Brian sabía que los dos últimos iban a interrogar a Hathaway, lo cual significaba que dentro de muy poco estarían interrogando a Audrey. Automáticamente miró la acera de enfrente, la casa de departamentos, y alzó la vista hacia las ventanas iluminadas del living de su departamento en el sexto piso.

Pero ahora las ventanas del living estaban a oscuras. Tampoco había luz en ninguna de las otras ventanas de su departamento.

Un pánico helado lo invadió. Después de contar las ventanas, a lo alto y a lo ancho, tuvo la seguridad de que no se había equivocado. Aquél era su departamento; ésas las ventanas. Una ceguera igualmente opaca nubló sus sentidos.

Hathaway, inclinándose para tocarle el brazo, había farfullado una pregunta brusca. Brian no la oyó. Sin vacilar, los ojos clavados en aquellas ventanas, cruzó a escape la calzada frente a un automóvil que pasaba cuyo conductor tocó un bocinazo estridente y frenó bruscamente para esquivarlo.

No miró atrás al entrar en el edificio. Había llegado al ascensor cuando recordó que había algo que quería preguntarle a Hathaway desde esa mañana; y, por supuesto, no se lo había preguntado.

Eso poco importaba ahora. La inquietud por Audrey, lo mismo que otra revelación aterradora, lo desalojó de su mente. Ya en el corredor del sexto piso, hurgó en sus bolsillos en busca de la llave de la puerta. Pero no encontró ninguna llave.

¡Tonto! ¡Imbécil!

Vívidamente recordó haber dejado el llavín de Madame Duvallon sobre el bar. No había vuelto a recogerlo. Cuando bajó en busca de la valija de Audrey —también olvidada, en el tumulto del encuentro con Hathaway—, el resorte de la puerta hizo que ésta se cerrara tras él. Si le había pasado algo a Audrey...

Brian se detuvo en seco. Estaba en un corredor familiar, asaltado por los fantasmas de tantos alimentos cocinados como departamentos había. Se sentía la presencia de gente en derredor, aunque nunca se viera a nadie. En algún departamento la vida palpitaba en un televisor; él supo que era un televisor, no una radio, por el sonido más ronco y pesado.

Si le había pasado algo a Audrey...

—¡Tonterías! —dijo en voz alta.

Pero tocó el timbre de la puerta, lo tocó durante largos segundos, y lo oyó sonar adentro. Llamó a Audrey por su nombre. No hubo respuesta ni ruido de pasos en respuesta.

Lo primero que pensó, que Eve Ferrier había vuelto para llevarse a Audrey al amparo de la oscuridad, fue morboso, impropio de él. Sin embargo, se prendió de la

perilla de la puerta, forcejeó y tironeó. Y la puerta cedió, arrojándolo casi de bruces al hall en tinieblas.

Había estado cerrada pero sin asegurar, el resorte en la posición de abierto. Eso debía ser obra de la propia Audrey, que bien pudo salir sin ser vista mientras él hablaba con Hathaway. Empezó a creerlo así en tanto corría de un cuarto al otro, encendiendo luces al pasar. Lo supo con certeza en el dormitorio, al ver el mensaje garabateado con lápiz labial en el espejo de la cómoda.

«Yo también te quiero», decía el mensaje de Audrey. «Por favor, perdona lo que voy a hacer».

Los ruidos de la noche en la ciudad, colándose por las ventanas abiertas, hacían aguda cacofonía contra el fondo rumoroso del río. Brian volvió al living.

Nada ahí parecía fuera de lugar, incluyendo los vasos en que estuvieran bebiendo él y Audrey, hasta que el ojo frenético de Brian estudió el teléfono. Aunque a primera vista tampoco parecía haber sido tocado, el pequeño anotador estaba algo ladeado.

En el anotador no había nada escrito. Tampoco se distinguía marca alguna hasta que uno lo inclinaba a la luz de la lámpara. Palabras escritas con un lápiz de punta fina, en la delgada hoja de papel de arriba, luego arrancada, habían dejado su huella impresa en la hoja siguiente.

De su escritorio Brian tomó un lápiz de mina blanda. Dejando el anotador sobre la mesa, empezó a ennegrecer suavemente la hoja de manera que lo escrito apareciera visible en la parte blanca de las marcas.

«Desmond Ferrier. Desmond Ferrier. Desmond Ferrier».

El nombre, escrito tres veces, apareció tal como Audrey debió garabatear lo junto al teléfono mientras dejaba correr libremente sus pensamientos. Casi la vio escribirlo esperando que en el número que acababa de discar contestasen.

La superficie gris negruzca fue creciendo en el papel. A continuación, enérgicamente escrita en mitad de la hoja, apareció una dirección que ella debió recibir por teléfono. Además las palabras estaban subrayadas.

Caverne des Sorcières,

16 rue Janvier

Veinte minutos.

No había más marcas.

Caverne des Sorcières. Cueva de las Brujas. Brian supo dónde había oído el nombre antes.

Cueva de las Brujas.

Brian arrancó la hoja y se la guardó en un bolsillo. Al alzar los ojos ver el dibujo en blanco y negro de Audrey Page, mirándolo lánguidamente desde la pared entre las ventanas, no maldijo la impetuosidad de la joven ni renegó de su tendencia a hacer frente al peligro aunque le inspirase terror mortal. Pensaba en la advertencia del

doctor Fell.

—Fracasé miserablemente al no impedir una tragedia —había dicho el doctor Fell—. No tiene que haber otra.

A esta altura el clamor del timbre de la puerta de calle, perforando sus ideas, lo hizo levantar de un salto de la silla de escritorio.

No podía ser nadie más que la policía.

Si el departamento hubiera tenido otra salida, Brian habría escapado sin pensarlo dos veces. Ellos no iban a impedir que corriera junto a Audrey. Por otra parte, tampoco se enterarían de esa dirección hasta que él mismo averiguara en qué andaba Audrey.

El sonido agudo de la campanilla persistía. No pararía jamás; no cesaría de traspasar sus nervios. Presumiblemente el doctor Fell y M. Aubertin lo habían visto, como él a ellos. Mal podía fingir que no estaba en casa, Y no había otra forma de salir del departamento salvo por aquella puerta clamorosa.

No era la policía, como comprobó al abrir la puerta. Paula Catford, su aspecto quizá no tan jovial y afable, vaciló un instante antes de hacerla a un lado y entrar sin que la invitaran.

—Me perdonará la intromisión, Mr. Innes —miró en torno en el hall de entrada, con el rostro arrebolado—. Lo siento, pero debo verla. ¿Dónde está?

—Si... se refiere a Audrey...

—¡Por favor, por favor! Claro que me refiero a Audrey. No me diga que no está acá. No puede haber ido a ningún otro lado.

—Eso —respondió amargamente Brian— dicen todos. Que sea como usted quiere: Audrey estuvo aquí, correcto, pero se fue.

—¿Adónde?

—Lo ignoro. Y lamento, pero yo también tengo que salir. Ya mismo. No quiero ser descortés, pero, ¿me disculpa?

—No. No lo disculpo. Un crimen no es broma; uno de nosotros tiene la mente enferma; la policía está a punto de hacer una detención.

—¿Cree que no lo sé? Y al fin y al cabo, ¿para qué quiere ver a Audrey?

—Mr. Innes ¿por qué llamó ella a Desmond Ferrier hace un rato?

Brian miró el reloj de la estantería. Eran casi las nueve y diez, mucho más tarde de lo que se figuraba.

—Por pura casualidad —dijo Paula— descolgué uno de los teléfonos internos y los oí hablar. Es fácil, con tantos aparatos como hay en la villa. Colgué en seguida, desde luego. Pero, ¿por qué llamó allá? Y, ¿por qué salió Desmond?

Paula, al menos, era inofensiva. El tictac del reloj se hizo más imperativo. Brian tomó una decisión.

—Puedo decirle lo que yo creo, al menos, si en cambio usted contesta una pregunta.

—¡Lo que sea, créame! ¡Oh, lo que sea!

—¿Qué, exactamente, es la Cueva de las Brujas? ¿Es cierto que Ferrier comió ahí anoche?

—No... no entiendo.

—Ferrier dijo que había comido ahí, aunque en seguida agregó, «Si se puede llamar comida». Ése no suena a nombre de un restaurante. También, por algún motivo, pareció creer que yo debía conocer al sitio.

—¡La Cueva de las Brujas! —Paula parecía presa de gran desasosiego—. ¿Él y Audrey fueron ahí ahora?

—Conteste mi pregunta, ¿quiere?

—¡La Cueva de las Brujas! Está en la calle Juan Javier, cerca de la calle del Hotel de Ville en la Ciudad Vieja. Por eso habrá dicho Desmond que usted tenía que conocerla; bromeaba.

—Crease o no, empiezo a cansarme de los comentarios que Desmond Ferrier parece considerar bromas.

—¡Por favor! —Paula habló en tono vivo—. Entre mil ochocientos ochenta y fin de siglo, acá en Ginebra, vivió un pintor que usaba el seudónimo de Jean Janvier. Yo escribí un artículo sobre él. ¿Nunca oyó hablar de Jean Janvier?

—No.

—Como pintor no era muy bueno, dicen. Pero era pintoresco. Se especializaba en brujería, vampirismo y toda clase de horrores sadistas. Su trabajo fascinaba a mucha gente. A principios del siglo veinte había un pequeño museo donde se exponían sus obras; pero algunos dijeron que eran indecentes. Y otros perdieron interés. Los cuadros de Janvier eran una droga en el mercado.

»Al cabo de un tiempo, después de la Segunda Guerra Mundial, alguien tuvo una idea inédita. Un hombre apellidado Cafargue compró un lote considerable de esas telas espeluznantes, y abrió una combinación de restaurante y *Night-club* en la calle en que había vivido Janvier. Principalmente es una especie extraña de *Night-club*, aunque de noche sirven algunos platos. Las... las atracciones vienen después.

—¿Qué clase de atracciones?

Paula hizo caso omiso de la pregunta.

—¡No importa! Mucha gente busca emociones en camareras y personal de servicio con buen figura y cráneos de papel *maché* en la cabeza. Es crudo, desde luego, pero a veces los efectos suelen ser terribles.

—¿Y se supone que eso es un entretenimiento?

—Sí. Como una versión muy sofisticada de los Trenes Fantasma y los Molinos Encantados de los parques de diversiones —a los expresivos ojos de Paula había asomado una emoción no reñida con el miedo—. ¡Por favor, dígame! —añadió—. ¿Desmond llevó ahí a Paula?

—No sé. Sinceramente no sabría decide. No estaba acá cuando ella lo llamó. ¿Por qué habría de llevarla allá?

—¡Eso es lo que yo no sé! Verá...

—¡Siga!

—Ese sitio era uno de los preferidos de Eve. Hasta modelaron una máscara con sus facciones. Mr. Innes ¿le contó esto a alguien?

—No; acabo de enterarme. Todo ha sucedido en el espacio de menos de media hora.

—¡Entonces no se lo diga a nadie! ¿Me lo promete?

—¿Por qué?

—No sé de qué humor estará Desmond. Su Audrey Page parece una persona bastante agradable; estoy segura de que lo es, y sé que usted la quiere mucho —Paula alzó la voz—. Pero la verdad es que ha creado bastantes complicaciones. Puede que Desmond quiera... quiera darle un escarmiento.

El tono de Brian cambió.

—¿Ah sí? ¿Y eso también forma parte de su idea de lo que es una broma?

Las palabras tuvieron una violencia reprimida, controlada; fue como si la hubiera golpeado en pleno rostro. Por una vez la lúcida y aparentemente frágil Paula, tan sensible a las reacciones de los demás, debió juzgar mal el efecto que quería producir. Fue evidente que lo había comprendido así.

—¡Espere! —dijo al tiempo que se adelantaba—. ¿Adónde va?

—Usted sabe adónde voy.

—No. No debe ir. No lo dejaré.

La puerta del departamento seguía abierta de par en par, dando paso a nuevas emanaciones de anteriores comidas. El televisor dejaba oír su voz ronca y distante. Paula corrió a la puerta, la cerró de un golpe y se apoyó de espalda en ella.

—¡Brian, le ruego, le suplico! ¡Hay algo que no comprende!

—No comprendo nada. Apártese de esa puerta.

—La policía...

—Deje en paz a la policía. Anoche, cuando el aceite de vitriolo regó el piso, tuve que alzarla en vilo para apartarla. ¿Deberé hacer lo mismo ahora? Salga de esa puerta.

—Odio tener que decir esto, por favor, créame que lo siento. Pero no puede dejar de lado a la policía, después de las descaradas mentiras (no hay otra palabra) que usted y el doctor Fell le han estado diciendo a M. Aubertin sobre Audrey Page.

—¿Qué quiere decir?

—¿Olvida que yo estaba arriba en la villa esta mañana, y bien viva y despierta, cuando se encerró con el doctor Fell en el cuarto de Sir Gerald Hathaway? ¿Y que usted le contó la verdad de lo sucedido en el estudio antes de que Eve cayera y se matara? Si la policía llega a enterarse de lo que pasó, y de lo que Eve le decía en esos momentos a Audrey ¿no cree que Audrey irá a parar a la cárcel que quizá sea el sitio que le corresponde?

XIII

Y detuvo a Brian en el acto. Era el único freno capaz de contenerlo.

Miró a Paula, estudiándola.

Como desafiándolo, ella había hecho girar el picaporte y abrió la puerta unas pulgadas: pero permaneció delante, custodiando la salida, en tanto él oía los ruidos familiares que llegaban del corredor.

La expresión de Paula se hizo más resuelta.

—Va a decir que esto es chantaje. Allá usted. ¡Sí! Escuché detrás de la puerta del cuarto de Sir Gerald esta mañana. ¡No! No dije nada a la policía, ni es ésa mi intención, a pesar de haber venido a la ciudad en el mismo coche con M. Aubertin, el doctor Fell y Phil Ferrier hace un rato. ¡Diga de mí lo que quiera! Estoy luchando por alguien que me es muy querido; haré lo que deba.

Brian no replicó.

—¿Qué? —preguntó ella de improviso—. ¿Qué hace?

Siempre sin hablar, Brian fue rápidamente al living. Ese cuarto tenía una puerta ancha y, además, una arcada por la que se alcanzaba a ver toda la habitación desde la entrada.

Brian tuvo la sensación de que el tiempo volaba en forma inexorable, de minutos que se perdían en la eternidad, mientras Audrey recibía un «escarmiento» y era amedrentada mediante algún truco en un sótano de la calle Jean Janvier. Saberlo no apaciguaba su ira.

Del bar portátil recogió el llavín de Madame Duvallan. Era como si, por el hecho de alejarse, hubiera cedido y perdido la partida. Paula sabía que no era así.

—¿Ahora qué hace?

Brian se guardó la llave en el bolsillo y regresó junto a ella...

—Hace un rato, al salir de acá, olvidé esta llave. Ahora saldré de nuevo.

—¡No!

—Mi único propósito —dijo él— es visitar un *Night-club* abierto al público en una calle pública. ¿Hay alguna razón para emplear amenazas tan graves a fin de impedírmelo?

—Sí; lamento decir que la hay. Su preciosa Miss Audrey Page, como si usted no lo supiera, ya ha causado demasiados trastornos. Tiene que haber amenazado y enloquecido tanto a Desmond Ferrier que no le quedó más remedio que verse con ella.

—¿En la Cueva de las Brujas? ¿Audrey le pidió eso?

—¿Y si no?

—Mi querida Paula, hable claro. Apuesto diez contra uno a que Audrey jamás oyó hablar siquiera de ese sitio.

—¡Bueno, ella lo llamó! Por su culpa él parecía un muerto cuando salió de la villa. ¡Le advierto, no voy a tolerar que siga siendo desgraciado! Bastante ha sufrido

el pobre.

—¿Sufrido? ¿Ese tipo?

El latigazo del desprecio hizo que momentáneamente Paula perdiera todo control.

—¡Mi Dios, que estúpido es usted! ¡Qué poco comprende! Con una perfecta ninfomaniaca como Eve...

—¿Ninfomaniaca? —Reinó un silencio sepulcral al que hacer Brian una pausa—. Cómo ha cambiado usted desde anoche; un cambio considerable, por tratarse de la amiga íntima y defensora de esa mujer.

—Soy amiga de Eve. Siempre lo fui. Eve nunca, *nunca* fue así en otros tiempos antes de perder su belleza —Paula echó atrás la cabeza, las manos apretadas—. ¿No ha notado que las mujeres realmente hermosas de este mundo, y con frecuencia aquéllas para quienes el sexo parece contar más, son justamente las que en el fondo no sienten ningún interés en él? No pueden; son demasiado vanidosas sólo les interesa su persona. ¿Oh, Dios, que estoy diciendo?

—Nada que venga al caso. ¿Quiere contestar a mi pregunta?

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué pretende mantenerme lejos de la Cueva de las Brujas? ¿Y también a la policía?

—Yo...

—¿No será porque puedo hacer preguntas? ¿Y porque la policía ciertamente las hará? ¿Y descubrirá que Ferrier no estuvo ni cerca de ese sitio anoche?

—Es por eso, sí. Pero sólo en parte. ¡Usted no entiende!

—Entonces dígame algo más. Tenía la intención de preguntárselo a Hathaway pero ya que estamos se suponía que usted iba a comer con Hathaway anoche, pero alguien canceló esa cita. Usted no vio a Hathaway hasta que lo encontró conmigo en el vestíbulo del Hotel du Rhône. ¿No es verdad?

—Claro que es verdad. No veo que...

—Ya verá. Hathaway dijo que la llamó a su hotel y canceló el compromiso para comer juntos. ¿Usted habló personalmente con él, o se limitó a dejarle un mensaje?

—Dejó un mensaje. Yo no estaba en mi habitación. Había bajado a comprar cigarrillos.

—No estaba en su habitación. ¿Estaba al menos en el hotel?

—¿En el...?

—¡Sí! ¿Cuando Desmond Ferrier no pudo dar cuenta del empleo de su tiempo ayer a la tarde, no era porque había pasado varias horas con usted?

Todo rastro de color abandonó el semblante de Paula, agrandando sus ojos vivaces. La puerta, entreabierta a su espalda, osciló al influjo de una suave corriente de aire.

—Mr. Innes, ¡esto es lo más repugnante e indigno que he oído! ¿Me ésta acusando a mí de haber tenido algo que ver con la muerte de la pobre Eve?

—No —rugió Brian.

—¿Entonces que ésta diciendo?

—Usted es una buena chica, con mayúscula, participa en la carrera de ratas que es el periodismo cuando en realidad lo único que ambiciona es un mando y un hogar.

Paula Catford palideció como si acabara de acusarla de algo mucho peor que un crimen. Permaneció muy tiesa, la boca abierta.

—Ha tenido remordimientos de conciencia por Eve —siguió diciendo Brian—. Es muy probable que Ferrier esté enamorado de usted, de otro modo no lo concibo diciendo mentiras tan galantemente acerca de un simple episodio de su alegre juventud. Ahora salga de esa puerta. Voy a buscarlo y ya sabré lo que debo hacer si ha estado asustando a Audrey.

—¡Oh, no me moveré! ¿Piensa que eso le servirá de algo?

—¿Por que no?

—¡Escuche! —Y Paula alzo una mano.

Apartándose de la puerta, la abrió de par en par. Por el corredor, a través de la puerta de vidrio del fondo, llegaba el rumor de los cables del ascensor que subía desde un piso bajo.

—Demasiado tarde —dijo Paula—. La policía.

Una zancada llevó a Brian al pasillo. Junto a la puerta del ascensor, a la derecha, distinguió otra puerta que daba a la escalera. El ascensor, lento y asmático, tardaría treinta segundos en llegar al sexto piso. Mucho antes él podía estar bajando, sin que nadie lo viera.

Las palabras siguientes de Paula, dichas en voz dolida y llena de rencor, volvieron a detenerlo brevemente.

—Si piensa que va a golpear a Desmond o a crearle más complicaciones, no creo que lo dejen. Por cierto no servirá de nada cuando arresten a Audrey.

—¿Arrestar a Audrey? ¿Está loca?

—¡Oh, yo no creo que haya sido ella! Pero Aubertin sí. Me consta.

—¿Porque anduvo otra vez escuchando detrás de las puertas?

Era todavía más brutal que su último ataque, pero Paula no cejó.

—¡Sí, ya que quiere saberlo! ¿Quién ha tenido más experiencia con los métodos que usa la policía para interrogar a la gente en cualquier país, usted o yo? El doctor Fell está encubriendo demasiado a Audrey. Le proporcionó una coartada; dice haber estado con ella esta mañana antes del desayuno.

—¿Esta mañana, antes del desayuno? ¿Y eso que tiene que ver?

—Lamento no tener la menor idea. Aunque suena a falso. Si quiere protegerla, más vale que se quede acá y lo haga ahora. Ya no puede eludir a Aubertin.

—Creo que sí —replicó Brian, y estaba camino de la escalera mientras el rumor del ascensor crecía hasta convertirse en sirena que ahogó hasta la ronquera del televisor.

La luz indicadora de la presencia del ascensor todavía no había aparecido tras el panel de vidrio cuando Brian llegó a la pesada puerta que había al lado.

Echando un último vistazo por sobre el hombro vio a Paula en la puerta de su departamento, oprimiendo el dorso de una mano contra los dientes. Habría dado mucho por recordar cuáles fueron sus palabras; la expresión dolorida, rencorosa, de su semblante era la de una mujer herida y desesperada. La imagen lo acompañó escaleras abajo.

También otros recuerdos: la de Hathaway en el muelle, su aire perplejo y sus hombros caídos cuando comprendió que un crimen en la vida real era distinto de un crimen académico.

Brian trató de ahuyentar las fantasías. No podía decirle a Audrey que el doctor Fell había estado haciendo tanto por proteger a Desmond Ferrier (¿por qué: maldita sea la estampa de Ferrier, por qué?) como a ella misma. El rostro de Ferrier, mefistofélico, pero afiebrado, desplazó a todas las demás imágenes menos la de Audrey.

¿Conque ese distinguido caballero estaba dando un «escarmiento» a Audrey, no? ¿Aplicándole un leve castigo, con mano suave y experta, de manera tal que se llevara un susto?

La escalera interior, un caracol de cemento erigido en torno a vigas de cemento con peldaños de metal reforzado, dejó oír un estrépito de ecos mientras Brian bajaba a escape. La cólera se había convertido en furia. Los ecos con sordo clamor lo aturdían a su paso, a medida que iba dejando atrás la ventanita de cada rellano.

No debía permitir que eso ofuscara su mente. No debía...

Calma.

Llegó al último escalón y más allá de ese descanso vio la puerta pesada con un cuadrado de vidrio a la altura de la cabeza que daba al corredor de la planta baja y por allí a la entrada. Empuñó el picaporte de esa puerta, empezó a abrirla... y casi se topó cara a cara con Gustave Aubertin, Jefe de Policía de Ginebra.

Algún otro inquilino debió estar usando el ascensor cuando él y Paula creyeron oír a la policía. Frente al hueco del ascensor, en la planta baja, estaban Sir Gerald Hathaway, Philip Ferrier, el doctor Gideon Fell y el propio Aubertin.

El hecho de que pudiera oír sus voces, y verlos a través del vidrio como peces en un acuario, se debía al dispositivo a aire comprimido que impedía que esas puertas se golpearan. El pistón del artefacto, encima de la puerta, no la mantenía cerrada del todo.

Aubertin, hombre canoso de rasgos afilados, vestido con un traje de corte impecable, estaba al fondo con los ojos clavados en el panel de vidrio como si pudiera ver a Brian. Pero estaba preocupado, comprendió éste; escuchaba a los demás, tranquilo y expectante.

—Señor —decía el doctor Fell a Hathaway con su voz de trueno—, confiemos en que no esté sufriendo más incomodidad que los demás.

—Menos —dijo suavemente Aubertin.

—El asunto —y el doctor Fell se irguió en toda su estatura— nos concierne

principalmente a los que estábamos presentes esta mañana a la hora del desayuno. ¿Sin duda eso no se le escapa?

—Por supuesto, y no se me escapa —dijo Hathaway en tono frío y amargo.

—¡Oh, ah! Ahora bien, el comedor de la villa está en el ala este de la casa, lo mismo que la sala. Las dos habitaciones dan al jardín. Usted está en condiciones de ayudarme. ¿Quién salió al jardín inmediatamente después de las siete de la mañana?

—Ya les dije. Mrs. Ferrier. Salió a dar un paseo.

—¿Fue la única persona que salió?

—La única que yo vi —replicó Hathaway, mirando a los costados—. ¿Eso no le dice nada?

—Señor, preferiríamos que *usted* nos dijera algo.

—¿Qué, por ejemplo?

Sobre el pequeño grupo, quieto y como acurrucado junto al pozo del ascensor, pendía la atmósfera tensa de hombres que esperan algo así como una explosión. En la puerta principal de la casa de departamentos montaba guardia un agente: Brian distinguió su silueta a la luz del farol de la calle.

Del pozo no llegaba ningún ruido, porque el ascensor estaba detenido en alguno de los pisos altos. El doctor Fell tendió una mano y oprimió el botón. Su chicharra repercutió por el pozo hasta terminar en zumbido cuando el ascensor inició el descenso; pero el doctor Fell, una montaña de preocupación coronada por su cara congestionada, siguió oprimiendo ferozmente el botón cuando ya no era necesario.

—¿Y? —lo urgió Hathaway.

—¡Ejem, ah! ¿Estoy en lo cierto al suponer, Sir Gerald, que usted mismo estaba un poco excitado cuando sacó el Rolls y partió hacia la ciudad después del desayuno?

—¿Excitado? ¿Yo? ¡Bah! ¿Quién dice eso?

Las palabras fueron ladridos, como los de un *terrier*. El doctor Fell lo miró parpadeando.

—Simplemente —dijo en tono cortés— aludía al hecho de que se marchó sin sombrero. Ahora tampoco lo tiene. Cuando alguien descuida una pertenencia tan preciosa como su sombrero, por el que lo felicito y envidio, se puede afirmar sin temor de equivocarse que está tan excitado como Mrs. Ferrier (por ejemplo) al llevar pantalones calzando zapatos de taco alto.

—¿Sí? ¡Explíquese!

—¡Buena recomendación; explíquese! —intervino Aubertin.

El doctor Fell, defendiéndose con acritud, se dirigió al Jefe de Policía.

—Señor, le pido perdón por todo esto. Me ha tenido amordazado todo el día, como por otra parte es justo. Pero yo no puedo interrogar a sus testigos. No puedo correr con la liebre y cazar con los lebreles, que es lo que he estado haciendo.

—Sí, amigo —dijo M. Aubertin—, creo que eso es precisamente lo que ha estado haciendo.

El zumbido del ascensor creció en intensidad.

Philip Ferrier, ojeroso y presa de una desesperación no menor que la de Brian, hizo el gesto de quien está dispuesto a detener a una máquina disparada.

—¡Vean! —empezó—. En lo que concierne a Audrey...

—Veremos a Miss Page —lo interrumpió bruscamente el Jefe de Policía— a su debido tiempo. Eso puede esperar. En cuanto a usted, amigo —dijo al doctor Fell en tono todavía más enérgico—, es evidente que ha tratado de guiar nuestros pasos. Pero también creo que quiere que la verdad salga a la luz. Haga sus preguntas.

El doctor Fell tuvo un momento de vacilación.

—En rigor de verdad, sólo hay dos preguntas. Todos los demás puntos son meras derivaciones de esas dos. Muy bien —miró a Hathaway—. La primer pregunta (¡y, truenos, vaya si tiene importancia!) es para usted.

—¡Ah! ¿Referente a esta mañana, sin duda?

—No —le dijo el doctor Fell con énfasis categórico—. Sobre el álbum de fotografías que llevaba encima, y sobre la muerte de Hector Matthews hace diecisiete años.

Cada mención de Hector Matthews tocaba a Hathaway como un latigazo.

—Cuando anoche nos endilgó ese discurso —dijo el doctor Fell—, acerca de todas las formas en que *no* mataron al individuo, esgrimió el álbum como talismán de la victoria. Si algo significaba, era que usted había encontrado su evidencia en alguna foto tomada en Berchtesgaden. Pero yo he estudiado ese álbum hasta el punto de sentir el cerebro embotado; en ninguna fotografía de escenas tomadas allá encuentro rastros de evidencia.

—Efectivamente —dijo Hathaway, impasible—. No hay ninguna.

El ascensor, zumbando al máximo, llegó a la planta baja. La luz interior iluminó todas las caras a través del panel de vidrio; el doctor Fell, que había hecho ademán de abrir la puerta del ascensor, volvió a cerrarla de un portazo.

—¡Oh, ah! ¿Entonces su famosa teoría, que aún no nos ha explicado, se basaba en una simple conjetura hecha al azar?

—Paso por alto —saltó Hathaway— lo que podría considerar un agravio. Mi teoría se basaba en otras fotografías (¡otras!) de la jira de Mrs. Ferrier por Alemania. Si hace años, en el Club del Crimen, usted me hubiera hecho caso, estaría al tanto de la clave esencial. También se la mencioné a Brian Innes.

M. Gustave Aubertin, con su inglés sin mácula, hablo empero con una súbita aspereza gutural, cuyo efecto fue como si hubiera mostrado los dientes.

—¿Sería demasiado pedir, Sir Gerald, que la mencione ahora?

—¡Cállese! —dijo el doctor Fell.

—Amigo —dijo M. Aubertin—, la paciencia tiene un límite.

—Cállese, le digo —rugió el doctor Fell, entrecerrando los ojos—. Ahora veo adónde quiere llegar. Y contribuye bastante a limpiarnos de maleza el camino —por un instante el doctor Fell permaneció con los ojos cerrados—. Ahora bien, la segunda pregunta, igualmente importante —y miró a Philip Ferrier— es para usted. Lo

conmino a pensar con suma atención, se lo suplico.

Philip, la cabeza baja, se limitó a asentir en silencio. Aquel joven demasiado formal, con su formal saco oscuro y formales pantalones a rayas y formal cuello duro, tenía una expresión casi de tragedia. Lo habían tratado mal, y él lo sabía. Había dado el máximo de sí, y no había sido suficiente. Ahora, con terca resolución, trataba de comprender.

—¡Oiga! —dijo—. ¿Usted sabe qué fue lo que mató a Eve?

—Sí —replicó el doctor Fell, tras un intercambio de miradas con M. Aubertin—. Tenemos fundadas razones para creer que lo sabemos.

—No estoy tratando de evadirme —dijo Philip, violento en su claridad—. Desde que llegué del banco no he hecho otra cosa que contestar preguntas en serie interminable. Lo que quiero decir es lo siguiente: ¿Al parecer no es ningún secreto, por lo que ustedes dos han dicho, que Eve se mató o bien la mataron con veneno?

—Sí, jovencito —respondió Aubertin—. Estamos casi seguros de que fue veneno.

—¡Ah! —exclamó Sir Gerald Hathaway.

—Así que todo este revuelo acerca de lo que pasó en el desayuno...

—O antes del desayuno —interrumpió el doctor Fell.

—¡Sea; o antes del desayuno! Cuando se trata de hablar con propiedad —gritó Philip—, ustedes dicen que la envenenaron durante o antes del desayuno.

—En cierto sentido —convino gravemente el doctor Fell—, eso es bastante exacto.

—Pero no puede ser. ¡Es una tontería! Eve ni siquiera desayunó. Vino a la mesa, y a veces tomaba café y bizcochos. Pero esta mañana no.

—En este caso en particular —replicó el doctor Fell—, no tenía necesidad de desayunar en la forma corriente. Ése es el tema de mi pregunta.

Un silencio breve y helado envolvió al grupo. Hathaway contemplaba fijamente el piso.

—Cinco de nosotros —continuó el doctor Fell—, bajamos a desayunar a horas distintas. «Bajar», en mi propio caso, no es la palabra que corresponde. Yo dormí en la planta baja, también en el lado este. Pero que la afirmación quede en pie.

Hizo una corta pausa.

—Cualquiera haya sido la hora en que bajamos todos nosotros: usted, la propia Mrs. Ferrier, Miss Page, Sir Gerald Hathaway y yo, nos habíamos levantado de la mesa a las siete y media. Según Sir Gerald Hathaway, Mrs. Ferrier salió a dar un paseo al jardín poco después de las siete. ¿Usted la vio ahí?

—No, no la vi. Pero estoy seguro de que salió.

—¿Por qué está seguro?

—Siempre salía. Sin falta, cada mañana, desde que se dedicaba a escribir ese libro.

—¿Cuándo y dónde la vio por primera vez esta mañana?

—Cuando bajé a eso de las siete y cuarto. Ella salía del estudio.

—¿Del estudio? —el doctor Fell alzó la voz—. ¿Del estudio? ¿Está bien seguro?

—Sí, claro que estoy seguro —gritó Philip con asombro y sinceridad tales que fue imposible dudar—. ¿Por qué no? Dijo que iba a hacernos un rato de compañía y a fumar un cigarrillo antes de ponerse a trabajar.

En medio de un silencio sepulcral, mientras Brian Innes permanecía rígido detrás de la puerta, la figura del agente avanzó hacia la entrada de la casa. Sus pasos resonaron primero sobre las baldosas, después sobre el piso de cemento del corredor. Yendo hasta donde estaba M. Aubertin, el agente saludó.

—Señor Jefe —dijo en francés—, *la señal está dada*.

—¡Bien! —anunció M. Aubertin, con una sonrisita mordaz—. Puede retirarse. Al ascensor, por favor, con los demás. Tenemos que ver a Miss Page.

—¡Pero, mire...! —empezó a decir Philip.

—¡Al ascensor, por favor! Cabemos todos, creo, aunque algo apretados. Miss Page está arriba; la señal está dada; tenemos muy poco tiempo.

El agente se alejó, dejando a Brian vía libre. Pero Brian no se movió, ni siquiera después que los demás hubieron subido en el ascensor. En realidad, no se movió hasta que una voz habló desde la escalera detrás de él.

Más tarde habría de recordar que la señal estaba dada, que habían alzado un bastón de mando, para desencadenar otras fuerzas que no cesarían de actuar hasta la mañana siguiente, cuando tuviese lugar una escena macabra.

En el ínterin, mientras su raciocinio gemía exasperado, oyó que Paula Catford hablaba en la escalera.

La joven estaba en mitad del último tramo de escalones de cemento, aferrada al pasamanos de hierro, bajo una lamparilla eléctrica cuya luz ponía sombras duras en su rostro de facciones suaves. Jamás la olvidaría tal como la vio entonces, alta y esbelta con su vestido amarillo, medias y zapatos, (notó de súbito) del mismo color tostado que lo de Audrey. Luego Paula bajó corriendo los escalones que faltaban.

—No tenía la seguridad de alcanzado... —hizo una pausa—. Por favor, perdóneme por lo que dije hace un rato. ¡No hablaba en serio! Si usted va a la Cueva de las Brujas, yo también voy.

La exasperación creció. Sin embargo no era fácil rehuir la súplica de aquella voz y aquellos ojos alzados.

—No quiero parecer descortés ¿pero tiene alguna razón especial?

—¡Sí! ¡Todas las razones!

—¿Es por Desmond Ferrier?

—Y también por usted. No fui del todo franca, pero la verdad es que no podía serlo. ¡No Podía! —Ahora la súplica de sus ojos era casi hipnosis—. ¿Puedo ir con usted?

—Si promete no interferir.

—Prometo no interferir en absoluto —dijo Paula— en la forma que está pensando. Pero usted no sabe lo que puede pasar allá sino voy. No sabe lo que puede

pasar —y tocó a Brian en la solapa— en la Cueva de las Brujas.

XIV

Contra el resplandor de la luna, sobre la calle Jean Janvier, una forma oscura que delineaba el contorno del Hotel de Ville emergía de los techos más bajos en las calles de la loma.

—¿Hablaban usted de crímenes imposibles —susurró la voz de Paula desde la penumbra—, y sin embargo no conoce el nombre de Aubertin?

—Me suena vagamente familiar. En algún lado lo he oído.

—Motivos no le faltan. Apuesto a que Sir Gerald lo conoce.

—Hathaway lo sabe todo. ¿Por qué tiene que conocer ese suceso en particular?

—Ocurrió en Ginebra —dijo Paula—. Una muerta caminó.

Brian; estacionando el coche en ángulo contra un paredón tenebroso en sitio indebido, oyó que las ruedas traseras chapoteaban en el barro; el auto corcoveó y su motor se detuvo. Paula, sentada a su lado, volvió la cabeza y lo miró a los ojos.

No se veían mucho los ojos, sólo su débil fulgor. El carillón llamado Clemency había dado las diez. Aparte del ladrido distante de un perro, el silencio de la calle era tal que parecía desierta. Brian inclinó cortésmente la cabeza.

—¿Tenía alguna particularidad la muerta?

—Hablo en serio.

—Yo, también. A propósito ¿dónde queda esa Cueva de las Brujas?

—Acá no más —Paula se acercó más todavía—. ¿Le indico el camino?

Brian bajó del automóvil. Fue al otro lado, abrió la portezuela, y casi sacó a Paula de un brazo.

—Está bien. Indíqueme donde vivía el viejo Jean Janvier. Sólo porque vamos a un *Night-club* con ese nombre, no hay necesidad de traer a colación fantasmas o cadáveres que caminan.

—No es donde vivió Jean Janvier. Es un sótano donde tienen acumulados muchos de sus cuadros más grandes. Y, créalo o no, le estoy diciendo la verdad sobre la muerta: Fue la emperatriz Isabel de Austria, esposa del emperador Francisco José, hace menos de sesenta años.

Bajo la mirada de la luna, en una calleja empinada con un foco débil al nivel del suelo, Brian se detuvo al oír aquel nombre.

»La Emperatriz de Austria —prosiguió Paula— había cruzado el lago en vapor desde Caux. Se hospedó de incógnito en un hotel que quedaba sobre el Quai de Mont Blanc. A la tarde siguiente; cuando volvía por el muelle al vapor un joven italiano de nombre Lucheni se levantó de un banco y corrió hacia ella.

»Nadie, incluyendo a la propia Emperatriz, vio ningún arma. Los testigos pensaron que Lucheni quiso arrebatarle el reloj que lucía en el pecho; su puño la golpeó; después huyó corriendo. La Emperatriz nada dijo y siguió andando hacia el vapor con la condesa Sztaray... ¿Recuerda el caso ahora, no?

—Sí.

—La Emperatriz no lo sabía, pero ya estaba muerta. Le habían atravesado los pulmones y el corazón con una hoja tan delgada que no sintió la hemorragia interna hasta que momentos después cayó desmayada y murió.

—¿Otra de sus reconstrucciones periodísticas? ¿Por qué mencionarla ahora?

—¿No se da cuenta? El Comisario de Policía se llamaba Aubertin. No es más que una coincidencia de nombres; y, de cualquier forma, nuestro actual Aubertin es el Jefe.

—¿Nada más? ¿Ése es el único motivo para traerlo a colación?

Estaban muy cerca el uno del otro. Paula volvió a alzar la vista. O se había olvidado de sí misma, presa de alguna oscura excitación que le hacía brillar los ojos, o bien tenía plena conciencia de sus atractivos y deliberadamente representaba el papel de sirena, hasta frente a un hombre cuyo ideal de mujer era Audrey Page.

De alguna parte, cerca, la música de un acordeón desgranó un rosario de sonidos apagados. También se oían voces: apenas algo más que un zumbido o susurro y, sin embargo, el sonido tenía profundidad y se hizo más grave a medida que las notas del acordeón cobraron estridencia.

—¿Es el único motivo? —insistió Brian.

—Usted sabe que no.

—¿Y bien?

—Casi hemos llegado. Esa escalinata lleva a la cueva.

—La veo. ¿Piensa que nos vamos a encontrar con una muerta?

—¡Oh, no sea absurdo! ¿Cuando veamos a Desmond y a su amiguita, si los vemos, me dejará hablar a mí primero? ¿Eh?

—No.

—No está colaborando mucho que digamos.

—¿Para que detengan a Audrey acusada de homicidio?

—No la van a detener. ¿Por lo menos, quiere no hablar —y Paula lo tomó de las solapas— hasta que yo le haya dicho una cosa a Desmond? ¿Una sola cosa? ¡No; no conteste! ¡No conteste! Por acá.

La música del acordeón, el coro de voces, los envolvió cuando bajaron a tientas la escalera, pasando por una puerta que Paula abrió, siguiendo por el corredor, y doblando por otra escalinata a la derecha.

—*Madame, monsieur* —chilló en francés una voz femenina—. Sean bienvenidos. Muy bienvenidos a esta casa.

El primer impulso de Brian, reír ante la incongruencia, no duró mucho tiempo.

En un sótano relativamente amplio, construido a semejanza de una cueva en la roca viva con nichos y gruesas columnas, seis o siete parejas de enamorados bailaban al son quejumbroso del acordeón.

Con excepción de contadas personas de mediana edad, podían haber sido jóvenes entusiastas de ambos sexos en algún salón de baile de Hammersmith o Tottenham Court Road.

Después Brian vio la decoración mural. También vio a la camarera.

Un compás sordo, morboso, acicateó el entusiasmo aun antes de que el acordeón se perdiera, ahogado por batería, trompeta y piano. Efectos grotescos, incluso ostentosos, se obtienen a través de las emociones de quienes los ven. Aquellos bailarines estaban cautivados.

A la luz muy tenue la camarera, cuya figura exhibida sin regateos ofrecía marcado contraste con el rostro lívido, la boca abierta y la cicatriz de una cuchillada en el cuello, se deslizó hacia ellos y los miró.

—¿Una mesa? ¿Una mesa para *monsieur* y *madame*? ¿Una mesa?

Uno no advertía que llevaba puesta una máscara hasta tener el rostro casi pegado al suyo. Paula, atemorizada pese a su actitud de aparente indiferencia, retrocedió un paso.

—No están —dijo Brian—. Audrey y su amiguito. No están.

—¡Tienen que estar!

Emitida por una máquina, una carcajada discordante, como la mayor parte de las risas del mundo civilizado, dominó la música. A Brian le dio la impresión, felizmente pasajera, de que tampoco la gente era humana.

—Bueno, fíjese usted misma —gritó para dominar la barahúnda—. Se ve todo...

—¡Allá! Bajo el cuadro de los tres vampiros con su víctima.

—¿Una mesa?

—Sí, una mesa —él iba a preguntar si les darían algo de comer, pero cambió de idea—. ¡Allá! La de allá.

Alguien, que había bebido en exceso, cayó sobre una de esas mesas. Estaban dispuestas alrededor de las columnas o contra la pared. Audrey Page y Desmond Ferrier estaban sentados frente a frente, las cabezas juntas, Audrey hablando rápidamente y su compañero negando al parecer cada palabra que ella pronunciaba.

—¡Espere! —dijo Paula.

Brian no esperó. Haciendo a un lado a la camarera llegó hasta esa mesa junto a la pared. No alcanzó a oír las últimas palabras de Audrey, ni la exclamación de Ferrier.

Pero vio el semblante atemorizado, sobrecogido, de Audrey cuando alzó la mirada. Vio la expresión de Ferrier, de culpa, consternación casi, demasiado espontánea para que atinara a disimularla. Levantándose con tal violencia que hizo caer la silla, Ferrier dijo una palabra sonora que se perdió en el crescendo de la música.

Y entonces la música cesó de improviso. Todas las camareras (había seis, con máscaras y atavíos de distinto estilo) desaparecieron como por encanto, como si jamás hubieran existido. La suave luz verdosa se hizo más intensa y brillante bajo los nichos.

Y también las ilusiones se desvanecieron. Sacando las curiosas telas de las paredes, la cueva pasó a ser un *Night-club* como cualquier otro, donde burgueses no muy elegantes aplaudían a la orquesta y cambiaban comentarios camino de regreso a

sus mesas, cubiertas con manteles blancos y rojos.

—Buenas noches, viejo —dijo amablemente, Desmond Ferrier—. Qué sorpresa, encontrarlo acá. ¿No quiere sentarse?

Brian, sintiendo que la cabeza le daba vueltas por el calor o por alguna otra causa, no contestó.

—¿No quiere sentarse? —volvió a invitar Ferrier—. Después de las diez no sirven comida, pero por su aspecto deduzco que no le vendría mal un sandwich. ¿Quiere uno?

—Gracias —dijo Brian, imitando el tono de Ferrier.

—¿Algo de tomar?

—Gracias.

Pero una superficie tan frágil debía quebrarse sometida a presión: la atmósfera no era la apropiada.

Pese a los frugales parroquianos que hacían durar su copa de coñac o su vaso de cerveza, pese a los ceniceros de metal que a la práctica usanza de Woolworth llevaban grabada la leyenda *La Caverne des Sorcières, 16 rue Jean Janvier*, nada podía desplazar a los grandes cuadros.

Estaban alineados contra la pared, suavemente iluminados. No obstante los defectos de diseño, a pesar de sus colores tan poco naturales y sus detalles demasiado intrincados, eran de una fuerza tosca que proyectaba imágenes a la mente. Jóvenes brujas y viejas llenas de arrugas adoraban a Satán. Había una tela, con el pseudo tema para cuento infantil de Barba Azul y sus esposas, que a Brian habría de depararle más de una pesadilla en el futuro.

—¿No quiere sentarse? —repitió Ferrier en voz demasiado alta.

—No. Creo que ninguno de los dos se sentará por hora —fue Paula quien intervino—. Desmond, esto no puede continuar. He hablado con Brian —hizo una pausa—. Él sabe.

—¿Sabe qué cosa?

—Esta mañana —replicó Paula en un hilo de voz— me dijiste que no me hiciera la obtusa. Querría que tú tampoco lo fueras. Si Brian ha adivinado, también puede adivinar la policía. ¿Por qué no les dices que ayer a: la noche, entre las siete y las diez más o menos, estabas conmigo en mi cuarto del Hotel du Rhône?

Podrían haber contado hasta diez antes de que alguno hablara.

Audrey Page se puso de pie lentamente. Paula, luego del esfuerzo de pronunciar aquellas palabras tratando de restarles importancia, se había sonrojado y permanecía rígida. Pero Ferrier, en vez de tomar el asunto a la ligera, hizo los gestos de quien se debate en medio de la niebla.

Su silueta delgada, de traje oscuro y corbata negra, con sus ojos encapotados, la nariz aquilina y la boca generosa que había perdido su rictus irónico, se recortaba contra la carne de los vampiros del cuadro que le servía de marco.

—¿Que por qué no les digo? —preguntó—. ¿Lo de ayer? ¿Por qué no les digo

que ayer a la tarde, entre las horas que quieras, estaba en el cuarto de Audrey en el Hotel Metropole?

—¡Desmond!—chilló Paula.

—No les digo eso —gritó Desmond—, porque no es verdad. Como tampoco tu cuento del Hotel du Rhône.

Paula lo miró fijamente.

—No hay necesidad de encubrir...

—¿Quién encubre a nadie? —preguntó Ferrier, con el rostro desfigurado y la frente traspirando a la tenue luz verdosa—. He representado muchos papeles en mis tiempos, pero nunca farsas de alcoba. ¿Es que ustedes dos no pueden pensar en otra cosa?

—Y sin embargo —intervino Brian, clavando una mirada dura en aquel semblante curiosamente distorsionado— de eso justamente se trata. Asesinato; el delito más grave del mundo; pero es una farsa de alcoba que depende de un marido desaparecido.

—¿De qué está hablando? ¿Y a usted qué le importa?

—No me importa nada. Por mí puede acostarse con cuanta mujer se le ocurra —sin previo aviso Brian tomó a Ferrier del cuello de la camisa, lo retorció, y de un empujón lo lanzó contra la pared—. ¿Pero qué es eso de que quería darle un escarmiento a Audrey?

Los anchos hombros de Ferrier rebotaron en el cuadro torciéndolo ligeramente. En la mesa se volcó una botella. Y entonces, tras aquel fugaz estallido de violencia, cuando varios de los espectadores aplaudieron pensando que era un número divertido fuera de programa, ambos recuperaron el control.

Ferrier, casi fuera de sí, se enderezó la corbata en un mundo también fuera de todo control.

—¿Darle un escarmiento a Audrey? ¿Está chiflado?

—Yo se lo dije —exclamó Paula—. Pero no hablaba en serio. Es decir, no sabía que era verdad. Quiero decir...

Paula calló, evidentemente sin saber lo que quería decir.

—Mr. Ferrier —dijo formalmente Brian, llevando una mano a su propio cuello—, le pido disculpas. Parece que nos estamos portando como gente civilizada.

Y de pronto Ferrier soltó su carcajada de siempre.

—Está bien, viejo. Pero me alegra que lo haya dicho. En salvaguardia de mi honor tendría que haberle devuelto el golpe; y ya no soy tan joven como antes.

Entonces, aunque sin perder el aire burlón, su voz, su actitud toda cambió. Asumió un aire imponente de realeza y majestad; hasta sus rasgos parecieron cambiar en la penumbra.

—¡Poco a poco!, una palabra o dos antes de que partáis. He rendido algunos servicios al Estado, y lo saben los senadores. Pero no hablemos de esto... Os lo suplico; cuando en vuestras cartas, narréis estos desgraciados acontecimientos, hablad

de mí tal como soy; no atenuéis nada, pero no añadáis nada por malicia. Si obráis así, trazaréis entonces el retrato de un hombre que no amó con cordura, sino demasiado bien;...

Y la voz de Ferrier reasumió su tono normal, haciendo trizas la ilusión con una mueca de sarcasmo.

—O, como no dijo Otelo, un pobre diablo que al parecer fue lo bastante insensato como para amar a cuantos se le ponían delante. Yo no estaba asustando a Audrey, tonto. En el mejor de los casos, ella me asustaba a mí.

—¿Cómo dice?

La exclamación de Audrey, «Esto no es gracioso», fue interrumpida al instante.

—Convengo en que no lo es, pequeña —Ferrier miró a Brian—. Ella me ha estado interrogando como Aubertin y el doctor Fell.

—Sí, le estuve haciendo preguntas —dijo Audrey en tono desesperado—. Pero no saqué nada en limpio, a pesar de haber sido total y absolutamente franca con tal de hacerla hablar. Y, Brian, fui franca respecto de lo de esta mañana.

De nuevo la amenaza del desastre desplegó sus alas. ¿O era directamente desastre?

—¿Le dijiste...?

—Le dije que yo estaba con Eve en el estudio. Le dije que Eve y yo tuvimos la pelea más espantosa. Le dije que Eve me acusó de robarle el marido, aunque ahora no estoy segura de que se refiriese a Mr. Ferrier. Le dije que Eve me corrió al balcón. Admití haber estado sola con ella cuando cayó.

Paula nada dijo; Paula se limitó a mirar. Al fin y al cabo, ella sabía la verdad.

En la mesa entre Audrey y Ferrier yacían los restos de una comida ligera junto a dos botellas de Borgoña. Una de esas botellas, vacía, estaba caída. Ferrier, tomando la otra y sin molestarse en usar un vaso, se la llevó a la boca y más pareció inhalar que ingerir el líquido.

—¡Tomen algo! —sugirió, y dejó la botella sobre la mesa—. ¿A propósito, Innes, qué le hacen a uno en este país si lo condenan por homicidio? ¿No hay pena de muerte, verdad?

—Todavía no.

—¿Qué quiere decir, todavía no? ¿Están invirtiendo el proceso inglés e introduciendo la pena capital en vez de abolirla?

—¡No importa! La cuestión es...

—La cuestión es —dijo Ferrier, ya bastante achispado— que yo no capté la inmensa magnitud de mi problema esta mañana. Si hubo un cargo hipotético contra Audrey y yo hace doce horas, se me pone la carne de gallina de sólo pensar qué habría pasado si Aubertin y el doctor Fell hubieran sabido el resto.

—El doctor Fell sabía.

—¿Cómo?

—Digo que el doctor Fell sabía. Él prometió ayudarlo, y a mí también me hizo

prometer que lo ayudaría. No se queje demasiado; hasta ahora ha tenido una suerte increíble.

—¿Conque he tenido una suerte increíble, eh? ¡He tenido una suerte increíble, dice el bromista! Cuando hace cinco minutos entra mi queridísima Paula, y descorre el velo sobre ciertas supuestas relaciones en el Hotel du Rhône. Que me condenen por asesinar a mi amada esposa por culpa de la dulce seductora que vive en el Hotel Metropole, o por culpa de la otra del Hotel du Rhône, será lo mismo cuando el jurado vuelva con el veredicto.

Paula, que apenas respiraba, empezó un discurso y terminó con otro.

—No piensas en nadie más que en ti ¿verdad? ¡Y yo que todo el tiempo, pobre tonta, romántica, ilusa, pensé...!

—¿Pensaste qué? —preguntó al punto Ferrier.

—En el fondo no interesa.

—Aclaremos esto, preciosa —Ferrier habló con expresión perversamente irónica—. Soy tu más devoto esclavo. Beso tus tobillos... y sigo la vertical.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

—Oh, no. Jamás te engañé. Nunca lo haré. Pero a este asunto no le veo salida. ¿Quién demonios puede ayudarnos ahora?

—Posiblemente yo —dijo Brian Innes.

—¿Ah, sí? Con todo el respeto debido, viejo...

«De manera que ahora —reflexionó Brian con un dejo de ironía—, acudo noblemente al rescate del hombre a quien quería aplastar con ambos pies, justo como en los melodramas que él solía representar».

Pero la actitud de Brian no dejó traslucir nada de eso.

—Escúchenme —dijo en voz alta—. Tal vez la situación no sea tan grave como creen. ¿Audrey le estuvo haciendo preguntas, no es así?

—¡Sí! ¿Y con eso?

—Correcto. Si nos dice la verdad sobre algunos puntos ahora mismo, y Audrey accede a contarnos lo que pasó esta mañana a la hora del desayuno...

—¿Del desayuno?

—Exacto. Si ustedes dos hacen eso, quizá podamos descubrir al asesino independientemente de la policía e incluso del doctor Fell.

Paula le disparó una rápida mirada. Audrey mantuvo la vista fija en la mesa. Ferrier, volviendo a alzar la botella y vaciándola de un trago monumental, lo miró con hastío y dureza antes de dejar la botella vacía.

—¿Los invité a tomar algo? —preguntó—. No; esperen. No nos atenderán hasta que apaguen las luces y las brujas vuelvan. Pero vea: si se está poniendo en el papel de Gran Detective, hasta hace poco interpretado por Sir Gerald Hathaway...

—No me estoy poniendo en el papel de gran detective. Mal podría tener esa pretensión.

—Sáquese el gusto, viejo. ¡Al fin y al cabo! ¿Cómo refuta el hecho de que pueden

detener a Audrey por tirar a Eve de ese balcón?

—Audrey no tiró a nadie de ningún balcón. A esta altura la policía lo sabe. Su esposa fue envenenada, Mr. Ferrier.

—¿Cómo?

—Su esposa fue envenenada, repito, a la hora del desayuno o poco antes esta mañana. Eso lo descarta a usted, porque no bajó a desayunar. Descarta a Paula; ella tampoco estaba presente. Por último, si realmente Audrey hubiera envenenado a Mrs. Ferrier, ¿se habría quedado para ver el resultado de su obra dejando así que las sospechas recayeran directamente sobre ella?

Bruscamente, en esa imitación de cueva, la máquina productora de risa dejó oír su desaforado alarido de ja-ja-ja en algún nicho. La concurrencia femenina lo saludó con chillidos y grititos de placer. Audrey se sentó a la mesa y ocultó el rostro entre las manos.

—¿Eve fue envenenada? —preguntó Ferrier, extrayendo su cigarrera de plata—. ¿Cómo sabe?

—Se lo oí decir a Aubertin y al doctor Fell.

—¿Ajá? ¿Y como la envenenaron?

—No me honraron con esa confidencia. Pero existe una posibilidad, al menos. ¿Qué me dicen del cigarrillo que estuvo fumando durante el desayuno?

XV

—¿Cigarrillo? —repitió Ferrier, incrédulo.

Su mirada tropezó con su propia cigarrera. En estado todavía más febril se la guardó en el bolsillo sin abrirla.

—Como acaba de señalar, viejo —agregó—, yo no estuve presente esta mañana a la hora del desayuno. No he oído una sola palabra acerca de ningún cigarrillo. ¿Qué le hace creer que fue eso?

—No lo creo, necesariamente. Quizá la policía tampoco lo crea. El veneno puede no haber sido administrado en el desayuno. El doctor Fell sólo hizo una insinuación; no lo dijo con esas palabras. Por otra parte, es lo que él señaló y dejó entrever, Y constituye nuestra única pista.

Si Brian hubiera tenido las uñas más largas, se las habría comido.

—También existe la posibilidad de que la policía se guarde los triunfos en la mano hasta que pueda barrer con todo.

—¿Y eso quiere decir?

—Que es posible que no la hayan envenenado.

—¡Eh, despacio!

—Mrs. Ferrier —dijo Brian—, puede haber sido apuñalada con una hoja tan fina que no salió ni una gota de sangre, y no encontraron ninguna herida hasta que el forense examinó el cadáver. Como en el caso de la Emperatriz de Austria. Esta mañana el doctor Fell dio su palabra de que todo el mundo sabría la verdad dentro de las próximas veinticuatro horas.

Ja-ja-ja seguía la risa demoníaca saliendo de la garganta de metal vibrando entre las mesas y botellas.

Paula Catford tuvo un estremecimiento demasiado controlado para ser de ira.

—Esto no nos lleva a ninguna parte, y hasta es un poco tonto, si se quiere. ¿Desmond, bailas conmigo? Quiero hablarte. ¿Bailas o no?

—No puedo bailar contigo, tesoro, hasta que la orquesta toque algo de música. Pero ese alegre ja-ja significa que los trucos y efectos decorativos están empezando; se apagarán las luces y la orquesta comenzará de un momento a otro. Mientras tanto, ¿quién es la Emperatriz de Austria? ¿Y qué tiene que ver con esto?

—Nada —admitió Brian—. No entraremos en eso ahora, porque podría apuntar otra vez hacia Audrey. Sigamos un hilo más razonable. ¿Mr. Ferrier, alguna vez oyó hablar de un veneno llamado nitrobenceno?

Por lo visto, así era.

Ferrier no trató de eludir la respuesta ni de negar. Agachándose para alzar la silla que había derribado al levantarse de un salto volvió a parada cuidadosamente sobre sus cuatro patas.

—Sí, he oído hablar de ese veneno. El primer marido de mi querida esposa se suicidó con eso. ¿Usted lo supo por Aubertin, no?

—¿Por Aubertin?

—Naturalmente —la voz de Ferrier tuvo un matiz de impaciencia—. Hoy cuando se pasaron gran parte del día interrogándonos en cuartos separados, Aubertin me dio la sorpresa de estar enterado.

—No; lo supe por...

A punto de mencionar el nombre de Hathaway, Brian se frenó. Aun después, cuando las verdades surgieron con claridad meridiana, habría de recordar a Paula Catford y a Audrey Page mientras él hacía esas preguntas: Paula, alta y morena, con su ajustado vestido amarillo, de pie a su lado; Audrey, de menor estatura y figura más llena, con su traje de *tweed* castaño y su *sweater* naranja, sentada a la mesa, alzando de pronto la vista. Hablaron casi al mismo tiempo.

Audrey dijo:

—¿Su *primer* marido?

Y Paula:

—Por lo visto no soy la única que escucha detrás de las puertas.

Ferrier se apoyó en el borde de su silla.

—Hace un minuto, viejo, usted decía no sé que disparate sobre una farsa de alcoba...

—Y un marido desaparecido. Sí.

—¿No pensará que uno de los maridos de mi difunta esposa tuvo algo que ver en esto?

—Pienso que ahí está la clave del secreto, si podemos descubrirla.

—Señor de los infiernos —entonó Ferrier, con un trino en la voz, como si volviera a recitar la parte de Otelo—, los pobres están muertos. M-u-e-r-t-o-s, muertos. No pueden haber vuelto del más allá como tampoco puede volver Eve.

—¡No hable así! —gritó Audrey.

—Deje que yo haga las preguntas, ¿quiere? —pidió Brian sin apartar los ojos de Ferrier—. ¿Su esposa fumaba, verdad?

—Sí. Bastante.

—Me parecía. En el estudio, justo a la izquierda del manuscrito que estaba escribiendo con tinta color púrpura, había un gran cenicero de vidrio.

—¿Qué pasa con el manuscrito? —preguntó bruscamente Ferrier.

—¡Un minuto! ¿Usted usaba ese estudio?

—No, Jamás. Era dominio exclusivo de Eve y nadie más.

—¿Pero tenía entendido que usted también escribía sus memorias?

—Traté —Ferrier movió el cuello—. Empecé. ¡Traté, pobre de mí! Me sentaba en la terraza y mordía el lápiz. Y sin embargo, al volver a repasar eso que llaman una gran carrera teatral, las únicas escenas que acudían a mi mente eran incidentes cómicos o incidentes impúdicos.

Paula puso los ojos en blanco.

—¡Por favor, Desmond! ¡No es momento para...!

—No puedo evitarlo, preciosa. Soy así. Sólo que el otro día un par de cronistas probaban conmigo sus baterías preguntándome mi impresión sobre el temperamento de Hamlet. Nos parece, Mr. Ferrier, que hemos resuelto todos los problemas de la obra menos uno. Mr. Ferrier, ¿sedujo Hamlet a Ofelia? «En mis tiempos, dije yo, invariablemente».

—¡Desmond!

—¡No te digo más que eso, preciosa: yo soy así! No me concebirías diferente. Pero no creo que esos episodios añadan gran cosa a los comentarios hechos sobre Shakespeare, o acrecienten mayormente mi reputación si los pongo por escrito.

—¿Desmond, no te has difamado demasiado?

—Posiblemente —terció Brian, y en la expresión de los ojos de Ferrier hubo un leve cambio—, porque vamos a volver al crimen. Acá se *trata* de un crimen.

—¿Por qué razón? Si mi amada esposa se suicidó, o de lo contrario... Oiga, Innes: ¿pudo haber estado el veneno en un cigarrillo?

—Creo que sí.

—¿Nitrobenceno?

—Sin los conocimientos enciclopédicos del doctor Fell o Hathaway, creo recordar uno o dos hechos acerca de ese veneno. Se lo emplea con fines comerciales para preparar tinturas y... otras cosas. Si usted empapa el tabaco del cigarrillo en una solución de esa sustancia, y se las ingenia para disimular el olor, creo que el humo podría resultar muy tóxico.

—¿Está seguro de eso?

—¡No! Pero tenemos que explorar esa senda. ¡Audrey!

Audrey se enderezó en la silla.

—¿Sí? ¿Qué?

La luz en la Cueva de las Brujas había comenzado a menguar y palidecer poco a poco entre las columnas. Desde las otras mesas, exclamaciones admirativas saludaron el advenimiento de la oscuridad. Los cuadros seguirían ligeramente visibles: como el que estaba detrás de Ferrier, el de las tres mujeres vampiro alimentándose con la sangre de una doncella aparentemente muerta en un cementerio. Y en consecuencia también los rostros que rodeaban la mesa siguieron visibles.

—Volvemos a las andadas —observó Ferrier—, otra vez buscando efectos fantasmales en la oscuridad —dio un golpe al respaldo de la silla—. ¿Alguien me puede decir qué le encontraba mi amada y difunta esposa a este sitio?

Audrey, con líneas de fatiga bajo los ojos, sacudió la cabeza y su sedoso pelo castaño le acarició las mejillas.

—¿Quiere decir que usted no lo sabe, Mr. Ferrier?

—¡Calma, pequeña!

—Aunque la gente me crea estúpida, yo se lo puedo decir sin ningún esfuerzo. A Eve le encantaba pensar en sí misma como una... como una *femme fatale*, una hechicera, o cualquiera de los personajes que solía encarnar en esas películas viejas

que no se cansaban de recordar.

—¡Vaya, vaya! —musitó Paula desde las sombras—. ¡Qué percepción; nunca pensé que usted pudiera notar!

—Noto muchas cosas, gracias —dijo Audrey—. ¿Significa eso que a *usted* no le agrada este sitio, Mr. Ferrier?

—Sí. Me agrada. En lenguaje más refinado ¿y qué? —de nuevo la voz de Ferrier se alzó en un alarido—. Ustedes actúan como los polizontes esta tarde, arrinconándome en la sala y asándome a la parrilla como si fuera un lenguado. ¿Anoche vine a comer acá, no? ¿Preferiría la Cueva de las Brujas cuando comía afuera? ¿Otros también la preferían?

—¿Qué dijiste? —preguntó Paula, alzando también ella la voz.

—Eve la prefería, sí. A mí me agradaba, no lo niego; pero me quedo con una buena cena en el Béarn. A Phil no le agrada; él prefiere el Globe o el Hotel du Rhône. A ti, Paula, te agradaba bastante más de lo que habrías admitido ante nadie en el mundo...

—¡Es absurdo!

—Está bien, vuelve a llamarme cerdo. Me atolondré; no es tan fácil como ser interrogado: acá por Innes, ¿qué cree que le puede decir Audrey?

—Lo que pasó esta mañana —dijo Brian—. Esto es, si Audrey está en condiciones de decírmelo.

—Querido, no soy tan frágil —protestó Audrey. Lo miró con intensidad y fuerza tales que el corazón de Brian le dio un vuelco—. Pero no sé que podría decirte. ¡No pasó nada!

—Quizá pasaron muchas cosas. Piensa. ¿En qué momento, antes del desayuno, salió Mrs. Ferrier al jardín?

—¿Eve? ¿Al jardín?

—«Ahora bien, la serpiente» —recitó Ferrier— «era la más sutil de las bestias puestas en los campos por la mano de Dios. Y dijo a la mujer...».

—Ferrier —saltó Brian—, por amor del cielo no interrumpa. Audrey, haz el favor de contestarme. ¿En qué momento salió Mrs. Ferrier al jardín?

Audrey, sus ojos azules muy abiertos, lo miró sin comprender.

—Brian, no sé de qué hablas. Eve no salió.

—¿No qué?

—No salió al jardín en ningún momento.

—¡Pero la vieron ahí!

—¿Quién la vio?

Al fondo del sótano, con una nota sostenida, el acordeón devanó su música para el comienzo de una piezaailable. De la penumbra llegó el ruido de sillas corridas. Los cuatro, en la mesa para cuatro junto a la pared, permanecieron inmóviles.

—¡Pongamos esto en claro! —insistió Brian—. ¿Según veo, ella tenía la costumbre de salir a dar un paseo antes del desayuno? —Miró a Ferrier—. ¿No es

así?

—Sí, siempre salía. Pero a mí no me pregunte acerca de esta mañana. Paula y yo no estábamos presentes. ¡En consecuencia, como usted mismo señaló...!

La mirada de Audrey fue de uno a otro del grupo.

—Q-querido —dijo a Brian, empezando a tartamudear y corrigiéndose en seguida—, lo único que te puedo decir es lo que pasó.

—¿Y bien?

—Yo fui la primera en bajar. No había pegado los ojos; ahora mismo me siento medio muerta. E-el doctor Fell llamó a mi puerta a eso de las siete menos cuarto. Yo ya estaba vestida, y bajamos juntos. La sirvienta ésa (Stephanie ¿no?) estaba poniendo la mesa.

—Sigue.

—Sir Gerald Hathaway apareció a eso de las siete y cinco; Eve vino con él. Sir Gerald pregunto si podía sacar el Rolls para ir a Ginebra. Ella dijo que sí. No quiso sentarse a la mesa; se quedó mirando el fuego. Cuando Sir Gerald le preguntó si iba a tomar, algo, dijo que no. Pero agregó que tenía cigarrillos en el estudio, y que fumaría uno. Subió al piso alto; yo pensé, «Oh; Dios ¿en qué andará?» y fui hasta el pie de la escalera a ver qué hacía. Eve sencillamente entró en el estudio, y después volvió a salir con un paquete de cigarrillos Player's comunes, y bajó al comedor. Fumó uno, sí. Pero...

A esta altura Audrey, frente al recuerdo, dejó que su voz muriera.

—Brian —añadió luego—, ¿por qué crees que es tan terriblemente importante? ¿Lo del jardín, quiero decir?

—Yo no lo creo. Es el doctor Fell.

—¿Por qué?

—Dios sabrá. ¡Oye! ¿Cuando Eve subió al estudio en busca de sus cigarrillos, no puede haber bajado al jardín por la escalera exterior? ¿Y vuelto a subir por ahí al estudio?

—No. No tuvo tiempo. Por otra parte, en el lado éste, entre la terraza del fondo y el jardín hay un muro alto de piedra. No la veo escalándolo; no una mujer como ella. Y lo que es más, hay otro detalle.

Audrey se aclaró la garganta.

—Yo... yo no sé nada de venenos y esas cosas. Pero estoy absolutamente segura de que con ese cigarrillo no pudieron envenenarla.

Paula Catford, que había estado esperando callada, habló ahora con gran claridad.

—¿Saben? Audrey tiene razón.

—¡Tranquila, pequeña! —terció Ferrier.

—Desmond, por favor, usa tu sentido común. ¿Cómo podía la pobre Eve haber fumado un cigarrillo envenenado en la mesa; frente a todos nosotros, sin que nadie aspirara el humo?, O bien ¿si lo fumó antes de las siete y media, habría tardado hasta cerca de las nueve en hacer efecto? ¿Lo que no pudo pasar con Mr. Matthews en

Berchtesgaden?

Silencio. Y jaque mate.

Más parejas salían a la pista. Batería, trompeta y piano se sumaron al acordeón. Coronaba sus notas la estridencia de la risa mecánica. Una calavera avanzó desde la oscuridad hacia la mesa que ellos ocupaban, sobre los hombros de un cuerpo de mujer envuelto en gasa roja semitransparente, haciendo que Paula se sobresaltara a su pesar, y que Audrey sofocara un grito cuando la calavera se inclinó y las miró.

Ferrier estaba dando una orden que Brian no alcanzó a oír. Paula se colgó de su brazo.

—Desmond, quiero bailar. Y seriamente debo hablarte.

—¡En seguida, en seguida! —dijo Ferrier a Brian que había bajado la cabeza decepcionado— casi me convenció. Tiene que haber *alguna* solución para este acertijo.

—Sí; tiene que haber una solución.

—¡Desmond! —rogó Paula.

No de muy buena gana, con expresión enfurruñada y hosca, Ferrier tomó a Paula de la mano; ambos se alejaron entre las sombras. Brian miró a Audrey.

—¿Supongo que tú no querrás bailar también?

—Me encantaría —Audrey se puso de pie al instante—. Quédate a mi lado; lo más cerca que puedas; no te alejes nunca.

—En ese caso, confío en que recuerdes tu propia receta. Si vuelves a hacerte humo, como pasó ya dos veces...

—¡Brian, no te enojés! No me haré humo. ¿Pero cómo diste conmigo? ¿Y te das cuenta de que ésta es la primera vez que bailas conmigo? La primera vez que me concedes ese honor.

—¿Honor? Los bailes modernos no son mi fuerte; yo soy partidario del foxtrot de hace veinte años. Pero éste es un vals de otras épocas y cualquiera puede bailarlo.

De otras épocas o no, la orquesta no lo tocaba exactamente como vals. Tampoco era de otras épocas el espíritu que prevalecía en la cueva donde ellos y otra media docena de parejas se mecían al compás de la música. Los ojos de Audrey, esos ojos azul intenso algo sesgados, estaban fijos en él. Con o sin proponérselo, describieron un círculo de derecha a izquierda alrededor de la cueva.

—¡Equivocada! —murmuró él—. ¡Mi solución era equivocada! Y con todo...

—No. ¡No lo creo! ¿Recuerdas que esta noche te dije que cuando Eve empezó con sus reproches parecía como hipnotizada?

—¿Si?

—La palabra más exacta —dijo Audrey— sería dopada o borracha. De ahí que lo que dijo no tuviera sentido. Ya entonces estaba envenenada; tiene que haber sido así.

—Sí; pensé en eso. Cuando la oí hablar del otro lado de la puerta, su voz parecía la de una sonámbula. Después, cuando echó a correr hacia la baranda, se llevó las manos a la garganta como si el veneno hubiera completado su obra.

Audrey tembló entre sus brazos. El ritmo de la música se hizo más acelerado. A la tenue luz verdosa, vista bajo las arcadas de los nichos con relativamente pocas parejas alrededor, la exposición de los cuadros de Jean Janvier denotaba locura o muerte en sus formas más exageradas.

—¡Brian!

La mirada fija en un punto detrás de Brian, Audrey perdió el compás; ambos estuvieron a punto de tropezar, recuperaron el equilibrio y siguieron bailando automáticamente en tanto Brian volvía la cabeza para seguir la mirada de Audrey.

Paula Catford salía de la Cueva de las Brujas.

No había duda de que era Paula.

A unos treinta pies de distancia, bajo otra arcada, Brian vio los cinco peldaños que daban al corredor por donde habían entrado. A pesar de la luz pobre distinguió a Paula con bastante claridad. No había nada de furtivo en su partida; subió de prisa la escalinata y se marchó.

—Claro —empezó a decir Brian—, puede ser...

—Si estás pensando en el *toilet*; no. Queda del otro lado.

—¿Dónde está Ferrier?

—No sé. No lo veo.

Tendría que haber sido fácil verlo, puesto que la cueva estaba llena sólo a medias. Mas no tuvieron tiempo para pensar, ni siquiera en eso. El arrastrar de los pies de los bailarines, la devoción impresa en los rostros que pasaban en torno, fue creciendo hasta ser algo así como un acto de adoración a medida que el ritmo de la orquesta cobraba celeridad. La poca luz que quedaba se desvaneció hasta dejar el lugar sumido en las tinieblas, con la sola excepción de una vaga fosforescencia alrededor de los cuadros.

La música creció y murió con un redoble triunfal de tambores. Sin embargo no hubo aplausos; sólo un murmullo excitado brotó de los bailarines y espectadores.

—Brian, esto no me gusta nada. ¿Qué sucede?

—Bueno, terminó la música. Parece que la gente vuelve a sus mesas. Mas vale que nosotros volvamos a la nuestra.

—¿Pero, qué pasa?

—Probablemente algún número. Casi todos estos sitios tienen uno. Dame el brazo.

En efecto, del otro lado de la orquesta una voz ronca de hombre había empezado a hablar en ese momento, aunque el redoble ininterrumpido de los tambores tapaba sus palabras. Además impedía oír lo que decía el rumor de murmullos sordos alzándose bajo el techo. Tomando a Audrey del brazo, Brian la guió en dirección opuesta: hacia un débil resplandor que marcaba el cuadro de los vampiros junto a la mesa de la pared que habían ocupado.

Ahora no tenía la menor duda de que se trataba de uno de los números del espectáculo. Formas vagas, espectadores que dejando sus sillas se adelantaban unos

pasos alrededor del círculo de las arcadas, parecían contemplar el sitio en que estaba el director de orquesta mientras Brian los apartaba para abrir paso a Audrey camino de lo que imaginaba el refugio de su mesa.

En la mesa, al llegar, vieron una botella de coñac descorchada y dos vasos sin usar. Pero Ferrier no estaba.

—Ya vendrá —aseguró Brian a Audrey—. O, al menos, eso espero. Donde vamos, aparentemente estamos predestinados a no terminar las bebidas que otros piden. No porque tenga interés en tomar una determinada bebida. Tengo demasiada hambre.

—¿Querido, en serio tienes hambre?

—No. A decir verdad, no tengo hambre. Queda un consuelo; pararon esa endiablada risa mecánica.

Habían parado la risa mecánica, en efecto. Él no había esperado otros dispositivos ingeniosos, y para Audrey aquélla era su primer experiencia.

Al brillo de un relámpago artificial, encendido en una serie blanca y deslumbrante de guiños, siguió una sucesión de estruendos que parecieron estallar encima de sus cabezas. La primera reacción de Brian fue de irritación, después de cólera ante tamaña tontería.

—Ferrier debería estar acá —dijo—. Disfrutaría en grande. Esto es como la caverna de las brujas en el cuarto acto de Macbeth. No alcancé a ver la famosa producción de Beerbohm Tree en el teatro de Su Majestad; no había nacido. Y por lo que veo falta el caldero con agua hirviente. Pero trae reminiscencias. «Por tres veces el gato moteado hubo maullado...».

—Brian, vámonos de acá.

—Pero si no pasa nada.

—Ya sé. Pero vámonos. Se parece demasiado a esta mañana, con los truenos en el balcón cuando Eve...

Estaban solos junto a la mesa, en una nave entre dos columnas con mesas vacías cubiertas con manteles rojos y blancos. Otra vez Brian insistió en que todo estaba en orden. Al mismo tiempo, por su mente cruzó la idea de que un simple efecto teatral no justificaba toda la cólera que sentía. Cuando uno se enfurece hasta tal punto, cuando maldice demasiado, es porque la cólera esconde los tentáculos rastreros del miedo.

Entonces Audrey gritó.

El relámpago se demoró largo rato, como deslumbrante estático, antes de que llegaran las repercusiones imponentes del trueno. Él y Audrey estaban muy juntos, cuando vieron simultáneamente que el rostro de Eve Ferrier los miraba desde el costado de una de las columnas.

Brian sabía, por supuesto, que no era más que una máscara. Al menos, lo supo pasada la primera impresión. Lo que no esperaba era ver una mano enguantada, alzarse y apuntarles.

Les hicieron tres disparos, con un arma de muy pequeño calibre, desde una distancia no mayor de diez pies. Ni siquiera Brian alcanzó a oír los disparos, chasquidos que se perdieron en el fragor de un trueno; ninguna otra persona los oyó.

Tampoco vio la silueta oculta tras la columna cuando la cueva quedó a oscuras. Pero vio, a la luminosidad maligna del cuadro de los vampiros, un efecto de esos disparos.

Audrey se tambaleó y cayó de bruces sobre la mesa. Una botella de vino vacía, sacudida por la caída, rodó y fue a estrellarse contra el piso.

TERCER ACTO

No vivirás, para decirle el temor
de corazón pálido que mintió
y dormir a despecho del trueno.

MACBETH

XVI

Brian Innes tuvo un sueño.

En vez de estar durmiendo en su casa en el Quai Turrettini, a primera hora de la mañana del sábado, 11 de agosto —que tal era el caso—, soñó que todavía estaba en la Cueva de las Brujas, cuando disparaban contra ellos.

Quizá fuera justo que el sueño tuviera tantos visos de realidad. Porque, en aquel sótano el viernes por la noche, la realidad había sido como un sueño.

En una pesadilla, independientemente de lo que sucede, nadie de cuantos nos rodean se sorprende de lo que nos pasa. Uno mismo puede sentir emociones de toda clase, desde cólera hasta terror; pero nadie más parece sentir ninguna emoción, ni advertir siquiera lo que está ocurriendo.

Uno está en medio de una multitud, junto a la mujer de quien está enamorado. Circunstancias comunes, un *Night-club* más bien vulgar que ofrece un espectáculo que uno reconoce como tal, se han disuelto en el horror por obra de un simple hecho fuera de lo común.

Un ser humano de carne y hueso, con el rostro cubierto por una máscara de goma o de papel *maché*, ha alterado ese cuadro al tratar de matarnos o de matar a la mujer que estaba a nuestro lado.

Nadie se vuelve a mirar. Y uno, aunque sienta el soplo del miedo, tampoco se sorprende sin embargo. ¿Será porque, en el subconsciente, ha reconocido a medias al asesino?

Brian sabía que estaba soñando. Pero eso de nada servía, en las horas misteriosas de la mañana cuando el sueño se torna frágil y el cuerpo empieza a cubrirse de sudor.

Despertando sobresaltado, se incorporó. Podía haber sido la mañana del día anterior. El teléfono sonaba.

—¿Sí? —dijo en voz alta, al aire.

No estaba en el dormitorio. Se hallaba tendido, con las piernas y el cuello entumecidos, de pijama y bata, en el sofá del pequeño living de paredes color crema. La clara luz solar inundaba el cuarto y las cortinas flameaban frente a las ventanas abiertas.

Brian descolgó el tubo como si fuese a estrangularlo; al menos consiguió que no sonara. A su «hola», dicho en voz no muy firme, alguien contestó aclarándose la garganta con ruidos que parecían denotar a la vez preocupación y funestos presagios.

—Señor... —empezó la voz del doctor Fell.

—¡Sh-h! —pidió Brian.

—¿Qué pasa?

—¡Sh-h!

—¿Confío —observó el doctor Fell— en que esté sobrio? —Brian imaginó la expresión del doctor, entre feroz y compasiva, en el otro extremo del hilo—. ¿Sí? ¿Entonces puedo preguntar que les pasó a ustedes y a Miss Page anoche? Aubertin y

yo fuimos a verlo.

—Ya sé.

—¿Ah sí? ¿Recordará, tal vez, que la puerta de su departamento estaba abierta de par en par? ¿Pero no había nadie, ni habían dejado ningún mensaje?

—Surgió un pequeño inconveniente.

—Debería ser algo más. ¿Dónde estaban?

—¡Sh-h! —Brian echó un vistazo por el cuarto, vio su ropa dispersa por los muebles—. No tengo tiempo para contarle todo por teléfono. En pocas palabras, Paula Catford y yo fuimos a un *Night-club* llamado la Cueva de las Brujas.

A medida que fue resumiendo el resto, la respiración del doctor le llegó más fatigada y ronca por el cable.

—No era el fantasma de Mrs. Ferrier ni su cadáver. Era una máscara de su rostro, desagradablemente vívida, con una peluca rubia, asomada detrás de la columna y mirándonos por los agujeros de los ojos. No alcancé a verle la figura, sobre todo con esa luz.

—¿A quién hirieron?

—A nadie. Tres balas fueron a incrustarse en un cuadro sobre nuestras cabezas. Las marcas eran muy pequeñas, como de un calibre veintidós.

—¿Y dice que Miss Page perdió el sentido?

—Audrey se desmayó. No tanto de miedo como de la impresión, además del agotamiento. En ningún momento creí que la habían alcanzado. En general parece existir la impresión, fomentada por el cine y la televisión —gruñó Brian—, de que basta apuntar un arma hacia alguien y apretar el gatillo, y ¡listo! Una especie de magia de las armas de fuego permite matar desde cualquier distancia, sin tomar puntería, con buena o mala luz. La cosa es un poquito más complicada.

—¿Dónde está Miss Page ahora?

—¡Sh-h! Está acá. Durmiendo en mi dormitorio. Un momento.

—Señor...

—¡Un momento, le digo!

Con sumo cuidado Brian dejó el tubo. Tanteando en busca de sus zapatillas, miró el reloj mientras iba de puntillas al pequeño hall. Al ver cerrada la puerta pintada de banco del dormitorio, donde Audrey dormía vencida por el cansancio, se tranquilizó. A las nueve y diez, en la mañana de un sábado radiante, fue como embriagarse con el aire.

Volvió al teléfono.

—Contestaré a su próxima pregunta, doctor Fell, incluso antes que la haga. No. No armé un escándalo y corrí en persecución del autor de los disparos. ¿Usted lo habría hecho, dadas las circunstancias? Alcé a Audrey y la saqué de allá.

El teléfono permaneció mudo, como reflexionando.

—¿Me oyó? —preguntó Brian.

—Señor, le oí.

—Nadie allá había visto lo sucedido. La única persona que se acercó fue una camarera que bastante alborozada dijo, «Ah, pobrecita», y comentó que la gente siempre se desmayaba al contemplar un espectáculo tan emocionante. En cuanto a Paula y Desmond Ferrier...

—¿Oh, ah? —la otra voz sonó casual, mesurada.

—Ya se habían marchado. Los dos. Solamente a Paula la vimos salir. Cuando Audrey y yo volvimos a la mesa, encontramos una botella de coñac abierta y dos vasos sin usar. Debajo de la botella había una nota de Ferrier, aunque yo recién la vi cuando Audrey cayó sobre la mesa.

—¿Una nota?

—Paula estaba más alterada de lo que parecía. La nota simplemente nos pedía que los disculpáramos; decía que el coñac estaba pago, y sugería que brindásemos por los ausentes.

—¿Está bien Miss Page ahora?

—Sí. Me alegra poder decirlo. Pero mal podía dejar que pasara la noche sola en cualquier hotel —la conciencia de Brian, siempre lista a hostigarlo, se interpuso como la visión del rostro detrás de la columna—. De todas formas, si hice bien o mal, lo hecho, hecho está. Y no hay vuelta que darle.

—Como usted dice, señor, no hay vuelta que darle. Ahora dígame: ¿por casualidad el arma que usó el enmascarado no sería una Brown automática calibre veintidós, de la clase que solían fabricar en Bélgica?

—Puede ser. No miré de cerca.

—Y la máscara —el doctor Fell habló en tono ahogado— ¿no era la que modeló para Mrs. Ferrier un tal Lafargue, el propietario del club? ¿Mostrando su rostro cuando estaba en la plenitud de su belleza?

—Paula dijo que existía una máscara semejante. Más no sé. ¿Y usted, de dónde sacó lo de la máscara y la pistola?

—Aubertin los encontró ayer a la mañana al registrar el estudio. Ambas, máscara y pistola, pertenecían a Mrs. Ferrier. El marido los identificó, ayer también —el doctor Fell dejó oír un gruñido—. Desde entonces, parecería que alguien los ha robado. Tendríamos que haber prestado más atención a esa Cueva de las Brujas. Un último punto. ¿Usted cómo supo que Miss Page había ido a ese club exótico?

Brian se lo dijo.

—¿Marcas? ¿En la hoja del anotador? —el doctor habló todavía más pesadamente—. Dice que se guardó la hoja de papel en el bolsillo. ¿La conserva?

—Creo que sí. No hay motivo...

—¿Quiere hacer el favor de ir y fijarse?

Nuevamente Brian dejó el receptor. El saco del traje que había usado la víspera colgaba del respaldo de una silla cercana. Después de hurgar en el bolsillo lateral, sin hallar nada, buscó con cuidado en los demás.

—Desapareció —informó volviendo a tomar el tubo—. Se me habrá caído. No

recuerdo cuándo ni dónde.

—Oh, ah. En el fondo era de prever. ¡Ahora óigame bien! —El doctor Fell se dirigió al teléfono con lucidez trabajosa—. Estoy en Villa Rosalind, como habrá adivinado. ¿Puede estar acá dentro de una hora, digamos, y traer a Miss Page?

—Si es necesario, sí.

—Puede ser muy necesario. Aubertin se propone hacer un arresto. Esta noticia del atentado de anoche puede precipitar las cosas, con justa razón. Mientras tanto, hay que evitar que Sir Gerald Hathaway interfiera, como temo sea su intención.

—¿Hathaway? ¿Ha vuelto a las andadas?

—Oh, sí. Y lleno de bríos. Cuide bien de Miss Page, y usted mismo extreme las precauciones. El día de hoy puede tenerle reservadas cosas más desagradables de lo que se imagina. Hasta luego, entonces:

La comunicación se cortó.

Brian colgó el tubo, y permaneció observándolo como si pudiera decirle lo que quería saber. Lo sacó de su ensimismamiento la chicharra de la puerta de calle, con una insistencia, de serpiente de cascabel semejante a la de la simple palabra desagradable.

Era Madame Duvallon, alegre y cordial como de costumbre: ahora sin su llavín, pero llegando puntualmente a las nueve, y media. Brian mantuvo la puerta abierta mientras la buena mujer le dirigía una ancha sonrisa desde el umbral.

—¿Y la señorita? ¿Todavía está acá? ¿Está bien, espero?

—No muy bien, señora. Pero más vale que le prepare una taza de té y la despierte.

—¿Y después, desayuno a la inglesa?

—Desayuno a la inglesa muy succulento, señora. Tengo un apetito que...

Brian calló. Había alguien en el corredor, detenido a pocos pasos de distancia, y lo observaba. Sabiendo que sus nervios podían jugarle una mala pasada; se dominó para no gritar, «¿Quién está ahí?», aunque veía perfectamente quien era.

Desmond Ferrier, de pantalón gris y saco de sport a cuadros, pero sin ningún otro detalle festivo en su apariencia, aguardaba con las manos hundidas en los bolsillos.

—Buenas, viejo. Y no es necesario que se muestre tan sorprendido —Ferrier sonrió—. Usted está en la guía ¿sabe?

—También en el departamento. Si quiere verme, no tiene más que tocar el timbre. Ahora si busca a alguna otra persona...

—Lo busco a usted. ¿Puedo entrar?

—El desayuno, madame Duvallon.

Brian esperó hasta que Madame Duvallon, despojándose del abrigo y el sombrero, hubo entrado en la pequeña cocina. Luego invitó a Ferrier a pasar con un gesto, y cerró la puerta. Ferrier, no muy firme en sus dos piernas, penetró en el living.

—¿Si? —lo apremió Brian—. ¿Su presencia obedece a algún motivo especial?

—Por lo pronto —respondió Ferrier, sacando las manos de los bolsillos—, me han echado de mi casa. O prácticamente me han echado. ¡Y pensar que yo fui quien pidió

al doctor Fell que viniera a aclarar este enredo!

Brian aguardó.

—Yo se lo pedí —repitió Ferrier, con amargura casi intolerable—. Les hablé a todos de él. Difundí la buena nueva. Pensé que su presencia sería una advertencia. Yo... —Ferrier calló—. Ahora está trabajando mano a mano con la policía. Aubertin. Parece tener muy buena opinión de él, que es más de la que yo estoy empezando a tener. Hasta ha llegado a condescender con ese cerdo de Hathaway; no hace otra cosa desde el jueves a la noche.

—Hathaway es una buena persona; un poco pedante nomás.

—Ah, sí. Olvidaba que también de usted es amigo.

Repentinamente furiosos, se miraron a la cara.

—¿Y qué si lo es? —preguntó Brian—. ¿Vino acá nada más que para decirme eso?

—No.

—¿Entonces?

—Vine a verlo —replicó Ferrier, al cabo de una pausa y después de esbozar un leve gesto de desaprobación—, a pedido de Paula.

Después bajó la guardia.

—Innes, mis intenciones con Paula son serias. Tan serias como las tuyas con Audrey.

—¿Serias?

—¿Por qué no decirlo sin rodeos? ¿Por qué todos nosotros (¡usted también!) fingimos que los buenos sentimientos están sepultados bajo tierra? En la década de mil novecientos veinte, cuando todavía era joven, mucha gente de teatro empezó a hacer mofa de las obras clásicas, diciendo que eran graciosas. Si uno ponía alma en una interpretación, si uno se liberaba y daba lo mejor de sí, decían que también era gracioso. ¿Y por qué? Porque ellos no sabían encarnar un personaje e infundirle vida, así que sabían que era mejor no intentarlo.

»El teatro también ha cambiado ahora, a Dios gracias. O al menos está cambiando. Aun entonces yo pensaba, “Al diablo con tanto melindre. Actúa a lo grande o no actúes en absoluto. Si un parlamento es difícil, demuestra que conoces tu oficio recitándolo como es debido”. Quiero decir...

Ferrier se interrumpió.

—Vea, Innes. Entiende a que me refiero, ¿o no?

—Sí. Entiendo.

Cada vez que uno trataba de ser hostil con aquel hombre, pensaba Brian, quedaba desarmado por su franqueza y su ingenuidad que no carecían de atractivos.

—Esto es la vida real, viejo; no el escenario. Lo que quiero decir...

—Lo que quiere decir —lo interrumpió Brian— es que en realidad pasó esas tres horas del jueves con Paula. Paula es derecha. Jamás lo engañó ni trató de separarlo de Eve. Pero cree que resultará incongruentemente gracioso si usted lo cuenta.

—¡Sí!

—¿Por qué habría de resultar gracioso?

—Bueno, así es. La verdad es que estoy enamorado de esa maldita mujer, aunque soy bastante mayor que ella. Usted no sabe de estas cosas, Innes...

—¿No, eh?

—Pero eso es al margen. Usted adivinó que yo había estado con ella. ¿Se lo dijo a la policía?

—No. Prometí a Paula que no lo diría, y cumplí mi promesa.

—¿Entonces qué le contó a Hathaway?

—¿A Hathaway? Ni una palabra. Hathaway no tiene nada que ver con esto.

—Así debería ser, pero él es quien mueve los hilos. Anoche, cuando los dejamos a usted y Audrey en la Cueva de las Brujas, fuimos derecho a casa. Hathaway apareció a la media hora, todo rebosante de «inspiración». Empezó por interrogar a Paula. Ella no me quiere decir que le confesó, pero no me gusta.

—Si está preocupado por usted...

—Por el amor de todos los santos —saltó Ferrier, con otro de esos complicados juramentos bíblicos que formaban parte tanto de su mente como de su vocabulario— ¿piensa que estoy preocupado por mí? ¿O que alguna vez lo estuve? Es por Paula.

En ese momento volvió a sonar el teléfono. El efecto del campanileo en los nervios de ambos no se mejoró con el ruido de la pava que había empezado a silbar en la cocina antes de que Madame Duvallon atinara a apagar el quemador. Tampoco la voz que Brian oyó al atender el llamado.

—Perdone la molestia —rogó esa voz familiar—. ¿Pero está Desmond ahí? Dijo que iba a verlo. ¿Podría...?

El sonido de la voz, ya que no las palabras exactas, llegó hasta Ferrier.

—¿Es Paula, verdad?

—Sí. Quiere hablar con usted...

Tendiendo el tubo a Ferrier, Brian fue a mirar por la ventana con el propósito deliberado de indicar claramente que no quería escuchar la conversación. Bajo los suaves rayos del sol Ginebra lucía sus habituales tonalidades pasteles, gris y castaño y blanco. Asomando la cabeza por la ventana y mirando a los lados, alcanzó a ver la extensión azul grisácea del lago, con el blanco de una vela ocasional.

—Pero eso pasó hace diecisiete años —oyó que Ferrier objetaba—. (¡Que diferencia puede establecer el hecho de que no se lo hayas dicho entonces!). No veo que ahora interés.

El murmullo apagado de la voz prosiguió. Menos de treinta segundos más tarde Brian dejó de simular desinterés.

—¿Acorralada? ¿Qué quieres decir, que te tiene acorralada?

Ferrier, con el semblante incrédulo y acongojado, prestó oídas a otras seis palabras.

—Oh, ahí voy —dijo—. Ésa es mi casa; no pueden impedir que vaya. Allá voy.

El tubo volvió a la horquilla con un ruido seco.

—¿Qué sucede? —quiso saber Brian—. ¿Alguna novedad?

—Perdón, muchacho. Tengo que irme volando.

Nadie habría creído que un hombre que se consideraba de edad madura pudiera moverse con tal agilidad. Sus zapatones resonaron en el piso del living y en el hall de entrada. La puerta se abrió y cerró con estrépito.

Brian, que tenía la sensación de una catástrofe inminente, debió coordinar sus ideas para recordar él idioma francés mientras iba a su vez presuroso al hall.

—¡Madame Duvallon! —llamó—. Sería mejor que despierte a Miss Page lo más pronto posible. Tal vez ni siquiera haya tiempo para el desayuno. Más vale...

Calló. La puerta del dormitorio estaba abierta de par en par. Madame Duvallon, portadora de una bandeja con el servicio de té y una taza con su plato, apareció en el umbral. La porcelana tintineó en la bandeja cuando ésta resbaló en su mano.

—Mr. Innes, no puedo despertarle. La señorita no está.

Por espacio de varios segundos, ninguno de los dos habló. De los muelles llegaba, cada vez más acentuado, el clamor del tráfico matutino.

—Mr. Innes —exclamó Madame Duvallon al ver la expresión de Brian—, la señorita ha salido. Yo no tengo la culpa de que haya salido. ¡Mire usted!

Brian miró.

Al pie de la cama revuelta estaba el camisón de Audrey, vaporoso y transparente. Su pequeña valija, traída la noche antes desde el coche, estaba abierta sobre una silla. En el espejo de la cómoda, haciéndole burla, estaban aún sin borrar las palabras que ella escribiera con lápiz labial al salir del departamento la noche pasada y no (presumiblemente) esa mañana temprano.

«Yo también te quiero», decían las palabras. «Por favor perdona lo que voy a hacer».

Brian no podría haber dicho si conservaban igual validez aplicadas a esa mañana, que a la víspera; o si sencillamente Audrey había olvidado borrarlas.

Pero lo cierto era que ella se había marchado.

La campanilla del teléfono, repicando en sus oídos al instante siguiente, debió traerle un principio de esperanza. En cambio, por ser la naturaleza humana como es, Brian maldijo incomprensiblemente aquel ruido súbito que lo hizo sobresaltar. Madame Duvallon, mujer práctica al fin, puso las cosas en su punto.

—Mr. Innes —proclamó con fría dignidad—, esto no tiene sentido. El teléfono; está sonando. Por favor atienda.

Brian atendió. Las primeras palabras dichas por la voz del doctor Fell, ronca y muy perturbada, fueron incomprensibles. Después cobró agudeza.

—Mucho me temo... —dijo el doctor Fell.

—¿Sí?

—Las cosas han escapado a todo control. ¡Arcontes de Atenas! No preví qué el hombre llevara esto tan lejos o nos pusiera en semejante atolladero. ¿Mr. Desmond

Ferrier todavía está con usted?

—No; tendría que haber adivinado que no está. Ferrier se fue hace un par de minutos. ¿Y dónde está Audrey? ¿Tiene alguna idea de lo que le ha pasado a Audrey?

—Oh, ah. Yo... este... acabo de enterarme. No sería justo, ni del todo exacto, decir que Miss Page está arrestada...

—¿Arrestada?

—Por favor acepte mi palabra —rugió el doctor Fell— de que no tiene por qué preocuparse. Le suplico que siga a Mr. Ferrier; alcáncelo y deténgalo si puede. De lo contrario, véngase a la villa. No me discuta; ¡deténgalo!

—¡Eh, espere un minuto!

Nuevamente la comunicación quedó cortada. Madame Duvallon, dejando la bandeja con el té, primero invocó a su Creador y luego prorrumpió en llanto.

XVII

Villa Rosalind, toda blancura sacando los brillantes arriates de flores y la ventanuca redonda de vidrio de colores, parecía todavía menos acogedora ala luz de ese sol pálido que en el crepúsculo de una tormenta inminente.

Sus ventanas, con todos los postigos cerrados, miraban con expresión hueca y vacía. Parecía desierta, pese al abarrotamiento de coches en el sendero de entrada. Su misma serenidad, como la de los bosques que la circundaban y la hondonada del fondo, le daban el aspecto de una casa poblada de fantasmas. Y quizá por la misma causa.

La emoción alcanza niveles excesivos. Culmina en asesinato. Cuando la vida se va y el cuerpo se descompone, otras fuerzas acuden y se congregan y murmuran sugerencias al cerebro.

Brian no pudo ahuyentar la fantasía. Era cierto, mientras aminoraba la marcha camino de la villa, que el corazón se le había subido a la garganta por otra causa. Frenó justo a tiempo para no estrellarse contra el paragolpes trasero de un Rolls Royce.

No se puede pasar a un Rolls en un decrepito M. G., aunque el tránsito les estorbe a ambos y uno maneje como poseído y el del Rolls no.

El otro coche estaba ahí, vacío, entre los demás autos vacíos. Era de presumir que Desmond Ferrier ya había entrado en la casa.

Y no obstante...

Aun en medio de la inquietud que le inspiraba la suerte de Audrey, Brian no pudo librarse del todo de la sensación de estar frente a una casa entregada a una muerta.

—¿Hola? —llamó en la puerta de calle, como la mañana anterior. Automáticamente hizo ademán de tocar el timbre que no andaba.

No hubo respuesta.

Abrió la puerta y penetró en el hall de la planta baja.

La oscuridad era casi completa; los postigos de madera de las habitaciones del piso bajo, en ambos costados lo mismo que al frente, estaban cerrados. Sólo el reloj, con el balanceo de su péndulo en forma de muñeca, se movía y pulsaba con sus latidos interminables. Luego alguien se movió cerca del pie de la escalera.

Un rayo de luz colado a través del diseño en forma de medialuna de un postigo iluminó el rostro anguloso, delgado, de Gustave Aubertin, Jefe de Policía.

—Buenos días, Mr. Innes. Suba, por favor. Arriba encontrará algunos amigos.

Las palabras, dichas en correcto inglés, no estaban tan desprovistas de emoción como el tictac del reloj. Brian fue hacia él.

—¿Dónde está Audrey Page?

—Suba, Mr. Innes.

—¿Dónde está Audrey Page?

—Está acá. Pero no la verá por el momento. Por su propio bien, está detenida.

—¿Arrestada quiere decir?

—¿Arrestada? ¡Tonterías!

M. Aubertin, la cabeza canosa y el rostro bien afeitado, hizo un gesto de impaciencia con los labios que el rayo de luz destacó.

—Fue detenida en el aeropuerto esta mañana temprano.

Al captar otro hecho, que debió haber captado mucho antes, Brian tuvo que hacer un alto y poner en orden sus recuerdos.

—El aeropuerto. ¡El aeropuerto! ¿No imaginará que intentaba salir del país, espero? Ayer —Brian trató de hablar con calma— hizo llevar todo su equipaje al aeropuerto menos una pequeña valija que dejó en casa. Si salió esta mañana y fue al aeropuerto, era solamente para recuperar su equipaje. *Nada más.*

—Eso dice ella.

—¿Pero usted no le cree?

—¡Suba, Mr. Innes! ¿Nos encuentra tan intratables o faltos de comprensión? Sin embargo, antes que suba...

M. Aubertin vaciló, la expresión de sus ojos duros volvióse fija.

—Ya nadie puede seguir ocultando nada —dijo—. Usted y mi amigo el doctor Fell aleccionaron a Miss Page para que dijese una sarta de mentiras. ¡Eso se acabó! Miss Page ha comprendido que es preferible confesar la verdad acerca de lo que vio y oyó en el estudio ayer a la mañana.

—Entiendo. ¿El doctor Fell también está detenido? ¿Y yo soy otro de los reos?

—Oh, no —serio y al mismo tiempo suave, enojado pero imparcial, el Jefe de Policía hizo un gesto amplio con la mano—. El doctor Fell estuvo muy acertado al obrar como lo hizo. Usted también, aunque por motivos de mucho menor alcance. De haber sabido de entrada la verdad sobre Miss Page, habríamos sacado conclusiones falsas. También Miss Paula Catford se ha convencido de que le conviene confesar.

—¿Confesar qué?

—Todas las conversaciones que sostuvo con usted, con Miss Page, con Mr. Desmond Ferrier, con todos. Tenemos *toda* la evidencia. El mismo Sir Gerald Hathaway está enterado.

—¡Pero...!

—Todo se justifica, creo, al tender una celada o entretejer un lazo. ¡Vaya arriba, Mr. Innes! Tengo otras cosas que hacer acá.

—¿Pero Desmond Ferrier, iba a decir: llegó antes que yo?

—También está detenido, quizá por un motivo distinto. A él tampoco lo verá. ¿Cuántas veces —gritó M. Aubertin— debo pedirle que suba?

Sí; la trampa empezaba a cerrarse.

En el vestíbulo del piso alto, tan lóbrego como la mañana de la víspera, la única luz llegaba por las puertas abiertas de los dos cuartos de baño: uno a cada extremo del corredor trasversal de la villa.

Al llegar a lo alto de la escalera Brian vio frente a sí tres puertas. Dos de éstas, las

de los dormitorios situados a cada lado del estudio, seguían cerradas. Un agente de policía, inmóvil, montaba guardia frente a cada una. Solamente la puerta del estudio estaba sin custodia, entreabierta, como invitando a entrar.

Dos voces hablaban en el interior del estudio. Una era la de Sir Gerald Hathaway. La otra, la del doctor Gideon Fell.

—... el método —decía Hathaway—, el método indiscutible, que se empleó para perpetrar estos dos crímenes.

—¿Qué crímenes? —preguntó el doctor Fell.

—Esto es una estupidez. ¡Vamos! Es estupidez llevada al peor y más fútil de los extremos. ¿Necesito explicarle qué crímenes?

Había tres personas en el estudio, la tercera era Paula Catford.

Hathaway y el doctor Fell, al menos, estaban tan absortos que ninguno pareció notar la aparición de Brian, a quien le estaba reservado otro feo sobresalto.

Aunque los altos ventanales que daban al fondo de la villa, al norte, sobre la barranca y el bosque, no tenían postigos, las cortinas blancas semitransparentes de las ventanas del estudio estaban corridas. El sol no entraba. No podía decirse que estuviera oscuro; sólo había una tenue penumbra, que esfumaba los contornos.

Contra la pared del este estaba el gran escritorio, con la lámpara cromada apagada pero en una posición tal que lanzaba un reflejo sobre la pila de hojas manuscritas amontonadas debajo. En la pared opuesta, sobre la repisa de la chimenea, el reloj de cuadrante blanco marcaba con su tictac la hora. Por las paredes color verde manzana, tapizadas de fotografías enmarcadas, donde el espacio no estaba ocupado por irregulares anaqueles con libros, la escasa luz que se filtraba iba y venía a cada temblor de las cortinas.

Pero en el aspecto del cuarto había una diferencia. El doctor Fell estaba sentado de espalda a las ventanas en un enorme sillón hamaca. Al medio de la estancia habían corrido una mesita redonda, junto a la cual estaba Hathaway. Paula Catford permanecía cerca de la chimenea, contemplando aterrada los dos objetos que había sobre la mesa: una pequeña pistola automática y una arrugada máscara de goma coloreada en un marco de cabello rubio natural.

—Alguien usó esto —dijo Hathaway—. Anoche. Usted dice eso.

—Sí —convino el doctor Fell.

Hathaway tomó la máscara y se la calzó en el dorso curvado de la mano derecha. Encima de la mesa cobró forma el rostro de Eve Ferrier.

—Alguien, se complace usted en agregar, siguió a Audrey Page a un sitio llamado la Cueva de las Brujas. Esta máscara...

—¡Déjela! —gimió Paula—. ¡Por favor, por amor del cielo, deje eso!

Hathaway giró sobre sus talones.

—Perdón, querida señora, por haberla alarmado.

Pero la sutil inocencia con que nos engañó, el jueves a la noche, no me deja otra alternativa. ¿Qué dijo, entonces, acerca de Mr. Desmond Ferrier? «Yo no lo conozco

a fondo». ¿Y ahora admite, ante el Jefe de Policía, que desde hace años es su más devota admiradora?

—Sí. Es cierto. ¡Ahora deje esa máscara!

—¡Ah! —murmuró Hathaway—. Alguien, entonces, la usó la noche del viernes para ir a la Cueva de las Brujas. Y la restituyó, esta mañana a primera hora, a ese armario junto a la chimenea. Yo le pregunto al doctor Gideon Fell: ¿es verdad todo eso?

—No —dijo el doctor Fell.

—¿No es verdad? Sin embargo usted me dijo...

—La máscara y la pistola, parecería, fueron sustraídas y devueltas. De acuerdo.

—¿Y el autor de la sustracción fue el asesino?

—¡Oh, ah! Tenemos que creerlo así. ¿Pero por qué está tan seguro de que el asesino seguía a Audrey Page?

La cabeza pelada de Hathaway dio un respingo al resplandor mortecino filtrado por las ventanas. Su bigote, su barba gris hirsuta, su cara incluso parecieron retorcerse en agonía intelectual.

—¿Otra vez me engañan? Me prometieron hechos.

—Cierto. Puesto que insiste en hacer cargos, sin cuidarse de si hiera o no sentimientos ajenos, Aubertin se lo ha permitido. Pero no lo autorizó para sacar conclusiones injustificadas de la evidencia.

—¿Herir sentimientos ajenos? ¡Qué! Yo sigo la verdad.

—¿Sin importarle adonde lo lleve?

—¡Si!

—Señor, Miss Page no fue asesinada. Ni siquiera está herida. Su intelecto jamás nos deslumbrará si se limita a forjar quimeras en base a los hechos ocurridos en la Cueva de las Brujas —el doctor Fell se enderezó apenas—. Usted dijo «crimen»; dijo «asesino». El único asesinato que nos ocupa es el de Mrs. Ferrier. Si para eso tiene alguna explicación incontestable, oigámosla.

—¿Me van a dar un tratamiento justo?

—¡Rayos y truenos, si!

Hathaway, encolerizado, lo apuntó con un índice regordete.

—Y sin embargo, no sé por qué —retrucó—, no me dejan ver a Audrey Page. Si voy a hacer una reconstrucción, que me precio en decir será mejor que cualquiera de las tuyas, debo contar con alguien que haya estado en el lugar del hecho y visto lo ocurrido con sus propios ojos. Debo tener a Brian Innes, al menos. ¿Dónde está Innes?

—Acá está —contestó Brian desde la puerta.

—¡Ah! —murmuró Hathaway con un zarpazo de triunfo.

Siempre sosteniendo en alto la máscara con su mano izquierda dentro y volviéndola para que quedara frente a Paula, disparó a Brian una mirada excitada y a la vez ligeramente burlona.

—¡Pasa, querido amigo! ¡Pasa!

—Pero —intervino el doctor Fell— le ruego que no cierre la puerta al entrar. Déjela entornada.

—Sí; así...

Los tres, Hathaway, el doctor Fell y Paula, se volvieron a mirarlo en la semipenumbra blanquecina.

—Mi estimado amigo —Hathaway se dirigió a Brian con afecto paternal—, tus pecados te han traicionado. Las autoridades *saben*. Saben lo que pasó en este cuarto cuando Mrs. Ferrier tuvo esa discusión con Audrey Page ayer a la mañana.

—Entonces saben más que yo.

—Hazme el obsequio —protestó Hathaway, agitando la máscara—, nada de sutilezas. ¿Estás dispuesto a ser franco por fin?

—Si quieres que conteste a alguna pregunta, estoy dispuesto.

Hathaway asintió con la cabeza. Dejó la máscara sobre la mesita, junto a la pequeña forma metálica brillante de la pistola automática. Luego, con pasitos cortos y rápidos, fue hacia el escritorio. Pero no se detuvo ahí. Después de echar lo que pareció un vistazo al manuscrito prolijamente apilado bajo la lámpara, alzó una mano y sacó dos libros de un estante alto de la derecha.

Nadie más se movió. El doctor Fell, repantigado como dormitando en el gran sillón, no podía estar más despierto. Observaba.

Hathaway volvió a la mesa central con los dos libros, uno pequeño y delgado, el otro voluminoso y encuadernado en rojo.

—Tratado de Murrell sobre venenos —anunció, alzando el tomo pequeño—. El segundo —lo alzó—, otra de las admirables obras del doctor Thompson^[1]. Ambos de propiedad de la difunta Eve Ferrier, como vemos por el nombre escrito en la primera página de cada uno. En realidad no esperaba encontrarlos acá. Pero no me sorprende que estén. ¿Eh, Miss Catford?

Paula nada dijo.

Los hombros caídos y sacando el mentón al tiempo que dejaba ambos libros sobre la mesa, Hathaway miró a Brian.

—¡Querido joven! Ayer a la mañana, a eso de las nueve, tú subiste corriendo a esta habitación. Si en algún momento antes de esta mañana me hubieran dicho lo que sabías (¡nada más que lo que tú sabías!), este asunto podría haber sido todavía más fácil de aclarar. El asesino, todos estamos de acuerdo, elucubró un plan para deshacerse de Mrs. Ferrier. El propósito era crear un «crimen mágico», una situación real imposible...

—No —dijo el doctor Fell con voz que sonó como un pistoletazo.

Hathaway se volvió en la dirección opuesta.

—¿Usted lo niega, querido doctor? ¿Niega que el criminal trató de reproducir exactamente lo sucedido en Berchtesgaden hace diecisiete años?

—Lo niego.

—¿En serio? ¡Explíquese!

—Señor, creo que no —el doctor Fell alzó la voz—. Hace un tiempo usted señaló el método empleado para asesinar a Mrs. Ferrier, anticipándose a mis inferiores dotes de imaginación.

—¡Ah! ¿Confiesa entonces que me anticipé y lo vencí?

—Holgadamente.

—Es una satisfacción. Ya lo creo, ¡una gran satisfacción! Usted cometió una torpeza de entrada, querido doctor; la confesión hace bien al alma. Otros estuvieron más acertados.

Hathaway, temblando, señaló a Brian.

—Innes, acá presente, pese a sus malos modales y a su desaprensión, no carece de una que otra chispa de percepción cuando quiere. Su teoría de un cigarrillo envenenado, que nos refiriera Miss Catford, era errónea e infundada. Pero se acercaba más a la verdad que cualquiera de los otros esfuerzos que han llegado a mis oídos.

»Por Murrell —y Hathaway sostuvo el libro en alto— sabemos muchas de las características del nitrobenzeno, también conocido con los nombres diversos de aceite de almendras amargas y benzoaldehído. Si se aspiran emanaciones de este veneno durante un rato, aun estando al aire libre, los efectos son tan mortales como cuando se ingiere el líquido. Esto se le ocurrió hasta a Innes. ¿No, jovencito?

Brian depuso su cólera.

—Frente a la puerta de este estudio —dijo—, comprendí que a Mrs. Ferrier le pasaba algo raro. Eso es bastante exacto, sí.

—¿Raro? ¡Sé más explícito!

—Hablaba sin ton ni son. A mí me sonó como una sonámbula. A Audrey le dio la impresión de estar hipnotizada. Salió corriendo al balcón y se llevó las manos a la garganta antes de caer. ¿Pero cómo pudieron haberla envenenado durante el desayuno?

—No la envenenaron durante el desayuno. Tu estupidez...

—Hathaway, acaba con tus fanfarronadas.

—No son fanfarronadas, sino verdades —nuevamente el otro alzó un dedo—. De ahora en adelante vas a ser franco conmigo. No quiero tus opiniones; tampoco tus comentarios. Simplemente quiero una respuesta, sí o no, a lo que voy a preguntar. ¿Listo?

—Adelante.

—¿Tenía o no Mrs. Ferrier la costumbre de trabajar en esta habitación todas las mañanas, antes del desayuno?

—¡Sí!

—¿Y nadie más usaba este cuarto? ¿Era de su exclusivo dominio?

—Eso, al menos, me han dicho.

—¿Tenía o no la costumbre de cerrar con llave esa puerta que da al vestíbulo para que nadie la molestara? ¿Mrs. Ferrier se sentaba a trabajar en el escritorio (¡ahí;

míralo!) y escribía con tinta con su letra de rasgos grandes?

—Bueno, acá estaba ayer por la mañana cuando Audrey miró por la ventana.

—¡Ah! ¡Cuando Audrey Page miró por la ventana!

—No quiero tus comentarios dije; pero a éste lo dejaré pasar. ¿Y, cuando Audrey Page miró por la ventana, no hacía cerca de hora y media que Mrs. Ferrier estaba sentada ante el escritorio?

—Sí. Pero...

—¡Sin comentarios, te digo! ¿Qué otra cosa sabemos sobre esa señora? ¿No usaba invariablemente (¡invariablemente!) demasiado perfume? ¿No lo notamos nosotros mismos desde cuatro metros de distancia la noche antes, en el Hotel du Rhône? ¿No se llamaba ese perfume *Spectre de la Rose*, una destilación fuerte y pesada capaz de confundirse con cualquier otra fragancia a rosas y de borrar cualquier otro olor extraño más débil? ¿Sí o no?

—¡Sí!

—Por otra parte —dijo Hathaway— ¿no corría bastante brisa ayer a la mañana? ¿En este mismo cuarto? ¿Estando las dos ventanas abiertas? ¿Disipando cualquier olor a rosas excepto para la persona que estuviera inclinada directamente sobre la fuente del olor o muy cerca?

—¿Inclinada directamente sobre o muy cerca de qué?

—¡Tonto!

—No es respuesta...

—¡Tonto! —repitió Hathaway, los ojos relampagueantes—. Recuerda lo que te dije (yo mismo) de la jira de Eve Ferrier por Alemania en mil novecientos treinta y nueve. Mientras viajaba con Hector Matthews al lado, no hacían más que ofrecerle cierto presente. ¿Recuerdas?

—Sí. Dijiste...

—Y, cuando le ofrecían ese presente, Mrs. Ferrier nunca lo llevaba ella misma. Se lo daba a Matthews. Él se lo llevaba. Ahora volvamos a este cuarto, diecisiete años después. Mira alrededor y dime si ves la trampa que preparó el asesino. ¿No comprendes, mi insensato bufón, que el secreto del asesinato de Mrs. Ferrier puede expresarse con sólo dos palabras?

—¿Qué dos palabras?

—Te voy a mostrar.

Paula Catford gritó una protesta angustiada. Pero no contuvo a Hathaway.

Brincando fue hasta el gran escritorio. Estiró una mano y encendió la lámpara cromada de mesa.

En la penumbra blanquecina la luz amarillenta ardió con brillo intenso. Aunque dejaba gran parte de la habitación en sombras, mostró vívidamente algo que Brian había observado la víspera. Exactamente a la izquierda del secante y del manuscrito había un cenicero de vidrio y precisamente a la derecha del secante y del manuscrito, todavía más a la vista, había un florero con rosas.

—¿Qué dos palabras, preguntas?

La respiración de Hathaway le salía sibilante por las fosas nasales. Delicadamente, con manos temblorosas, tomó el florero de porcelana con sus rosas encarnadas. Con la misma delicadeza, encendido de triunfo, marcó de vuelta hasta la mesa central y depositó allí el florero.

—Flores envenenadas —dijo.

XVIII

—¿Esas flores? —inquirió Brian.

—Oh, no. Éstas son rosas inofensivas, también del rosal que hay en el lado este de la casa. La policía, desde luego, se llevó las que estaban acá ayer. Las necesitaban para un análisis químico... ¿No es así, Gideon Fell?

—Sí. Así es.

—¿Esas flores, según creo, tenían nitrobenceno en cantidad suficiente para matar a una persona? Siempre que la víctima se quedase al lado, respirando las emanaciones tanto tiempo como estuvo ella. ¿No es así?

—Así es.

—¿A Mrs. Ferrier la mataron haciéndole inhalar emanaciones de nitrobenceno, disimuladas por el olor de las rosas y el perfume a rosa que ella misma usaba? ¿No es así?

—Así es.

—¡Ah! —jadeó Hathaway.

Y a continuación, como Próspero invocando a todos los espíritus, alzó su grueso brazo e hizo castañetear los dedos.

—¿Me preguntas estimado amigo —dijo con ponzoña a Brian— si este método de eliminación es práctico? ¿Si puede ocurrir? Mi querido amigo, *ha* ocurrido.

—Thompson, en la página ciento veinticuatro, cita el caso de un buhonero de Stockwell, hecho acaecido unos años atrás. Ese individuo, que empujaba su carrito lleno de lilas, flores de espliego, o lo que vendiera por flores, un buen día empezó a actuar como si estuviera loco o ebrio. Primero empezó a hablar sin ton ni son. Después empujó el carrito cada vez más rápido; en seguida trató de echar a correr con su carga; por último se tambaleó y cayó.

»Al principio nadie prestó atención al carrito; contenía ramos de flores de espliego que olían como huele toda lavanda o tal vez más fuerte. Fue una suerte que la policía no examinara ese carrito mucho rato antes de que descubrieran el secreto. Cuando llevaron el infeliz al Lambeth Hospital, donde murió, el médico que lo atendió le encontró en el bolsillo un frasquito de nitrobenceno.

»Nuestro buhonero no había estado satisfecho con la fragancia natural de sus flores de lavanda. Quiso hacerla más penetrante, como cebo para la clientela. De manera que roció los pimpollos con nitrobenceno, que se emplea en perfumería justamente con ese fin. Pero usó una cantidad excesiva, estuvo detrás del carrito demasiado tiempo, inclinado sobre él y aspirando su contenido; y las emanaciones lo mataron.

»Ése fue un accidente, concedido. La muerte de Mrs. Ferrier no. Acá, en este libro, está el molde completo para el crimen perfecto. ¿Gideon Fell, puede negar lo que digo?

El doctor Fell, que había sacado a relucir una enorme pipa de espuma de mar y

una abultada tabaquera, alzó la cabeza.

—Señor, no lo niego. En la Edad Media esas leyendas sobre flores envenenadas, que los victorianos suponían pura fábula, no tenían nada de fábula. Eran endiabladamente prácticas. ¿Qué fecha está escrita ahí?

—¿La fecha de la muerte del buhonero? ¿Cómo diablos voy a saber?

—Señor, no me refería a la muerte del vendedor.

—¿Entonces de qué habla?

—Como usted dijo, Sir Gerald, Mrs. Ferrier escribió su nombre en la primera página del libro. También anotó, como hace tanta gente, la fecha en que lo compró. ¿Cuál es la fecha?

—La fecha es catorce de enero de mil novecientos cincuenta y seis. Al parecer el libro fue comprado en Londres. ¿Por qué?

—Prosiga —dijo inexpresivamente el doctor Fell. Hathaway, pálido de concentración, apuntó una vez más a Brian.

—Te recuerdo, Brian, mi pregunta de hace un rato. ¿Cuándo Eve Ferrier, a la sazón Eve Eden, hizo su jira por Alemania en mil novecientos treinta y nueve, qué era lo que siempre le obsequiaban?

Brian se humedeció los labios.

—¡No eludas la pregunta, Brian! ¡Contesta!

—Un ramo de flores —respondió Brian—, o una bandera consagrada. Matthews era el encargado de llevarlas.

—¿Te lo dije yo la primera vez que hablamos del tema? ¿Con esas mismas palabras?

—Sí. Yo se las repetí a Audrey el jueves a la noche.

—Y yo mismo —dijo Hathaway— se lo dije a Gideon Fell en el Club del Crimen. Tú, Brian, has visto el álbum de fotografías de la jira por Alemania de la dama. En media docena de retratos aparece recibiendo un ramo de flores y dándoselas a Matthews. Solamente un ciego no vería que el asesinato de Eve Ferrier en mil novecientos cincuenta y seis, y el asesinato de Hector Matthews en mil novecientos treinta y nueve fueron ambos perpetrados por el mismo método.

—¿Flores envenenadas en Berchtesgaden? Pero si ahí ella no tenía ningún ramo de flores. Al menos, no consta en ninguna fotografía.

—¡Ah!

—Juro —estalló Brian— que va a haber otro crimen si no dejas de decir «¡Ah!» como si fueras la lechuza de Minerva.

—Hazme el obsequio —ladró Hathaway— de abstenerte de esos chistes burdos. La idea de las flores envenenadas se me ocurrió hace mucho, mucho tiempo. Pero la evidencia estaba oculta. Se me ocultó evidencia vital, y protesto. Y me la ocultaste tú. Y todos. Si hace diecisiete años hubiera sabido lo que anoche, mediante un ardid y a pesar de su mala gana, obligué a decirme a un cierto testigo, nunca habría habido tal misterio.

—¿Anoche? ¿Qué averiguaste?

—Pregúntale a Miss Catford.

Los cortinados blancos susurraron en las ventanas. Paula abrió la boca, pero no habló.

—Yo tenía la solución en mi mano, todo el tiempo —anunció Hathaway—. Pero parecía imposible, fuera de la cuestión. A Mrs. Ferrier no le habían obsequiado ningún ramo de flores en Berchtesgaden, al menos en mi presencia.

—Razón por la cual...

—Ayer a la mañana, mi excelente amigo, fui a Ginebra a despachar un cable. No estaba acá cuando Mrs. Ferrier halló la muerte por un método de su propia invención. Los periódicos de la noche, que en realidad salen a la tarde, traían la asombrosa noticia de su muerte. Yo seguí perplejo hasta que, anoche, el doctor Fell y M. Aubertin vinieron a verme, me interrogaron, e inadvertidamente revelaron que había habido un florero con rosas sobre el escritorio mientras Eve Ferrier trabajaba.

»Debía ser nitrobenzeno en las rosas. ¡Tenía que ser, tenía que ser! Y Hector Matthews debía haber muerto mediante el mismo método.

»¿Pero cómo? ¿Cómo probarlo? Miss Catford era la única sobreviviente de aquel almuerzo en el Nido de Águilas de Hitler. Miss Catford, según ella misma reconoce, estaba mirando por la ventana la terraza del Nido de Águilas cuando Matthews cayó. Y conforme descubrí al interrogada, Miss Catford había visto algo que a mí, en el tumulto de los catorce invitados y la media docena de criados que pululaban por el comedor, me había pasado inadvertido. Momentos antes de que Eve Ferrier sacara a su prometido a la terraza, alguien le tendió un ramo de azucenas. Sin alboroto, sin cámara, sin pose.

»Quién se lo dio? ¿Importa? ¡Bah! Ustedes saben que no. Pero Miss Catford vio. El ramo estaba en la mano de Matthews cuando éste cayó y se mató. Ya antes *estaba* genuinamente afectado por la altura. El veneno de las flores que tenía en la mano remató la faena. ¡Miss Catford, contésteme! ¿Existió ese ramo?

—¡Sí! —replicó Paula.

—¿Por qué nunca lo mencionó?

—¿Por qué no lo mencionaron los demás? Porque ni por un momento imaginé que fuera importante. ¿Pero ahora usted dice... qué?

—Que Eve Ferrier envenenó el ramo. Como siempre pensé.

Paula, junto a la chimenea, le dirigió una mirada en la que a la incredulidad se sumaba ahora el horror.

—¿Eve hizo eso —exclamó— en los escasos segundos antes de salir a la terraza? ¿Y nadie la vio volcar el veneno? ¿Y trascurridos otros pocos segundos el veneno surtió efecto?

—Por supuesto.

—¿Cómo puede ser?

—Me decepciona, querida señora. Matthews no tenía más que aspirar un ligero

vaho de las emanaciones para que su mareo aumentara. Por eso el cirujano no encontró rastros de veneno en su cadáver. El ramo cayó con él; por otra parte nunca fue hallado. Habían creado un crimen perfecto e imposible, como el que intentaron cometer en la persona de la propia Eve.

—¿Pero quién mató a Eve? ¿A quién acusa de eso?

—Querida señora —dijo Hathaway con voz de seda— la acuso a *usted*.

Nuevamente los cortinados blancos susurraron en las ventanas, cuando una suave brisa las agitó lanzando destellos movedizos de luz solar. La lámpara cromada iluminaba el escritorio. Y Paula soltó un alarido.

Dominándose al instante, se oprimió la cara con las manos.

—Querida señora —la voz de Hathaway también fue casi un alarido—, Desmond Ferrier se casaría con usted sin pensarlo dos veces si su mujer no fuera un obstáculo en su camino. Su mujer no es un obstáculo. Usted hizo esto sola, o bien con la complicidad de él. Usted se puso anoche esta máscara —y recogió la máscara de goma—, porque estaba mortalmente celosa de Audrey Page. La clave del asesinato de Mrs. Ferrier es una vinculación sentimental entre usted y su marido.

Calzando en su mano la máscara, de modo que la mímica y el rostro sin ojos mirara a Paula, Hathaway permaneció trémulo, con la palidez del triunfo.

—Yo soy humano, querida señora. No me agrada acusarla. Pero la verdad es la verdad; los hechos son los hechos. Usted mató a Mrs. Ferrier. Yo juré dar con la solución y la he hallado. Prometí desentrañar el misterio de la muerte de Matthews y lo he hecho. Juré alcanzar un propósito particular, y me he salido con la mía.

—¡Oh, no, no se ha salido con la suya! —dijo el doctor Gideon Fell.

Y entonces, en medio de un silencio que hizo el efecto del restallar de un trueno, sucedieron varias cosas a la vez.

El doctor Fell, que había cargado y encendido la gran pipa de espuma de mar, se la arranca bruscamente de los labios. Incorporándose con ayuda de su bastón en forma de muleta, su inmensidad pareció llenar el cuarto. Ira, bochorno, remordimiento, una compasión profunda para la que no cabían las palabras, todo eso exudaba su persona con la vehemencia con que sale el calor de un horno.

—No se alarme, Miss Catford —dijo—. Nosotros cuidaremos, créame, de que no le pase nada. Que Sir Gerald Hathaway crea o no que usted mató a Mrs. Ferrier, a nadie le... ¡Aubertin!

La puerta del estudio se había abierto.

Gustave Aubertin, una sonrisita extraña encendiéndole el semblante, cruzó la estancia en dirección a los ventanales. Tirando del cordel que había al costado de cada ventana, descorrió los cortinados que se abrieron como fauces. La clara luz del día invadió el estudio iluminando los rostros de sus ocupantes y dejando al descubierto la terraza con su balaustrada verde y la fronda debajo.

—¡Sí, rayos y truenos! —dijo el doctor Fell—. Es hora de que se haga la luz.

—Casi es hora —agregó el Jefe de Policía— de algo más —miró a Hathaway—.

Tiene usted una mente muy lista, Sir Gerald. Mis felicitaciones.

El puño de Hathaway fue a estrellarse contra la mesa central.

—No toleraré que se me trat... —empezó.

—¿Señor —lo interrumpió el doctor Fell—, no tolerará que se le trate cómo?
¿Como usted trató a Miss Catford?

—¡Basta! ¡Miss Ferrier murió como yo dije!

—Por última vez —le informó con toda claridad el doctor Fell—, eso es cierto. De gracias por haber logrado tal hazaña —miró a Aubertin—. ¿Según creo, discutimos con el médico forense la posibilidad de que Hector Matthews también hubiera sido envenenado así?

—En efecto.

—¿Y el forense —inquirió cortésmente el doctor Fell— lo consideró posible?

—Descontando la honestidad del médico alemán, no era posible. La inhalación de cualquier emanación de nitrobenzeno, u otro veneno similar, habría producido la inflamación de los conductos nasales y también de la garganta. Por fuerza habría aparecido en la autopsia.

El doctor Fell golpeó el piso con el regatón de su bastón.

—¿Entonces, la muerte de Matthews no fue más que un desdichado y horrible accidente, como siempre sostuvo Mrs. Ferrier? ¿A la postre, resulta que, por irónica circunstancia, los funcionarios nazis, aunque sin saberlo, decían la verdad? ¿Y alguien, diecisiete años después, se valió de aquel accidente para matar a la propia Mrs. Ferrier?

—Así lo veo yo —convino el Jefe de Policía.

La mirada de Paula, aferrada al borde de la repisa de la chimenea, iba de Hathaway al doctor Fell.

—«¿Se valió del accidente?» —repitió—. ¿Doctor Fell, quien mató a Eve?

—A eso vamos —replicó el aludido.

—¿Me perdonan? —dijo Aubertin. Con gran formalidad, después de mirar en torno como el invitado que se asegura de que la mesa está lista para la cena, salió al hall.

«Cuidado», pensó Brian, presa de oscuro temor. «¡Cuidado!».

Paula, dilatadas las pupilas, miró hacia el balcón.

—Eve —declaró—, era absolutamente inocente. No era culpable de *nada*.

—Oh, pero sí, lo era —dijo el doctor Fell.

—¿Se puede saber en qué quedamos? Acaba de afirmar...

—La señora —y el doctor Fell alzó la voz—, no era culpable de un crimen. Jamás en su vida pensó en cometer un crimen, por mucho que le agradara soñar (como creo les dijo a ustedes) con representar el papel de una asesina en una película. Había perdido contacto con la realidad. Si no fue un asesinato, pregúntense a ustedes mismos qué falta pudo cometer.

—¡Nada! ¡Nada en absoluto!

—¿*Usted* qué dice, Sir Gerald?

La claridad de la luz diurna bañaba el traje de última moda de Hathaway, su barba y bigote cuidadosamente recortados.

—Yo ya di mi opinión —retrucó— y aparentemente (aparentemente) me equivoqué. Más no puedo hacer.

—Puede hacer algo más, señor. Por ejemplo, decirnos por qué mintió.

—¿Qué yo mentí? ¿Acerca de qué?

—Eso también se verá.

El cuello de Hathaway, con mentón, barba y todo, pareció emerger de entre sus hombros como el de una tortuga.

—¡Diga lo que se trae entre ceja y ceja! ¡No toleraré esto; es una ofensa! Mi reconstrucción era correcta en todos los puntos esenciales: incluyendo el hecho de que el asesino se valió de la muerte de Matthews para crear un milagro aparente en el caso de Mrs. Ferrier.

—Señor —dijo suavemente el doctor Fell—, no sea burro.

—¿Qué dijo?

—Algo para parafrasear su propio y resonante grito de batalla: no sea burro. El asesino se valió de esa otra muerte, pero NO para crear un milagro aparente. Ha habido palabrería acerca de «reproducir situaciones imposibles», y «obligar a la gente a saltar desde balcones», y demás. Nada de eso ocurrió ni se trató jamás de que ocurriera. A menos, por supuesto, que crea que la culpable es Audrey Page.

Brian inició una violenta protesta. El doctor Fell, cuya pipa se había apagado, la dejó caer dentro de su bolsillo y se volvió hacia Hathaway.

»A menos que crea eso, no existe paralelo auténtico entre la muerte de Hector Matthews y el asesinato de Eve Ferrier. Deje que le lea unas palabras dichas por el doctor Boutet, el médico forense que practicó la autopsia ayer por la tarde y presentó su informe anoche a primera hora.

Hurgando en el bolsillo interior de su saco, el doctor Fell extrajo una libreta tan ajada y raída como su viejo traje de alpaca.

»El nitrobenceno, estoy citando palabras del doctor Boutet, es un líquido aceitoso claro, fácil de obtener en Francia del otro lado de la frontera porque se lo emplea para muchos usos comerciales. Diluido y aplicado a las flores de fragancia característica con fines dolosos, ni la víctima ni nadie que no se acerque demasiado o aspire el aire mucho tiempo lo puede notar.

Hathaway se llevó las manos al cuello.

—¡Pero todo eso lo dije yo!

—En efecto. «Cuando la víctima aspira esas emanaciones, sigo citando al doctor Boutet, es muy poco probable que note lo que está pasando. Las emanaciones actúan lentamente, y con el tiempo producen un efecto comparable a la excitación alcohólica...».

—¡También eso se lo dije!

—Las emanaciones actúan lentamente, no en pocos segundos. ¿Con toda seguridad, no hay paralelo, en la muerte accidental de Hector Matthews?

—Bueno...

—Observe otras diferencias. Ningún asesino, que hubiera envenenado el florero de rosas ayer a la mañana, temprano, podía prever la entrada de Audrey Page y lo que siguió. Mrs. Ferrier, bajo los efectos de las emanaciones como el buhonero de Stockwell, se comportó aproximadamente de la misma manera. Peleó con Miss Page, la amenazó, la corrió al balcón; y, en el espasmo final del veneno, se lanzó sin freno contra la barandilla endeble que la precipitó al vacío y a la muerte. Si no hubiera sucedido nada de eso, no habría habido absolutamente ningún problema con el balcón. ¿Eso está claro, espero?

—Por supuesto —dijo Paula—. ¿Pero que sé proponía el asesino?

—Matar, con nitrobenzeno, en la forma más obvia posible, para que él fuera el único de quien nadie sospechara. Ese veneno estaba asociado con la vida de Eve Ferrier, no con la suya. A ella la encontrarían tendida en el suelo sin vida. La evidencia, de la muerte por inhalación de emanaciones de nitrobenzeno saldría a la luz a las veinticuatro horas; y en efecto así fue. Se daría por sentado que alguien la había envenenado en la misma forma en que ella *pudo* haber envenenado a Matthews. Y nadie descubriría jamás...

—¿Descubriría qué?

—El motivo del criminal —replicó el doctor Fell—. Tenía que matarla, y muy pronto, porque de lo contrario ella lo habría traicionado.

—Ella lo habría... —Paula calló—. ¡No entiendo!

—¿Usted entiende, Sir Gerald?

—¡No, no entiendo!

El doctor Fell cerró los ojos.

—Mi amigo Aubertin —dijo— me ha encomendado una de las misiones más difíciles que me han tocado en suerte. Hay que hacer algo Pero ojalá se me dispensara de esa tarea. Ojalá no fuera necesario quitar otra máscara para descubrir el rostro más repulsivo que hayan visto nunca. Usted, Miss Catford, me preguntó qué quería el asesino. ¿No se le ocurrió pensar que quería Mrs. Ferrier?

—¡No claro que no! O, al menos...

Y nuevamente Paula se contuvo, al tiempo que un temor nuevo aparecía en sus ojos. Fue Brian quien contestó, repeliendo a los fantasmas.

—Quería una vida nueva. Al menos, no se cansaba de repetirlo. «*He tenido muchas dificultades, créanme. Para mí se puede abrir una nueva vida, incluso un retorno triunfal a las tablas*». Es probable que ninguno de nosotros olvide jamás lo excitada que estaba, el estado de ánimo en que se nos apareció en el Hotel du Rhône.

El doctor Fell, que había estado de pie, inmóvil, junto a la mesa central, abrió los ojos y alzó su bastón.

—¡Exacto! —dijo con cierta violencia—, ¡rayos y truenos, se está acercando!

Tenga bien presente el Hotel du Rhône y el estado de ánimo de Mrs. Ferrier en esa ocasión. Cuando lo haya recordado, siga adelante. Eve Ferrier podía alcanzar esa nueva vida, retornar triunfalmente y feliz a las tablas (o eso creía ella, equivocadamente). ¿Cuándo sería eso?

—Cuando terminara el libro, nos dijo y quedase libre de toda sospecha en el asunto de la muerte de Matthews.

—¿Y eso era todo lo que quería? ¿Era toda lo que para Eve Ferrier constituía su sueño, su más cara ambición?

El doctor Fell alzó una mano, adelantándose a la pregunta de Brian.

—Antes de contestar, le suplico piense en esa mujer como era en realidad: no como algunos han tratado de pintarla. Le pido que piense en ella en el Hotel du Rhône: despojada de su belleza, los nervios destrozados, viviendo sólo en un mundo de fantasías.

»Recuerde lo que le terminaba de suceder. Acababa de salir hecha una furia de su propia casa, esta casa, después de pedir un taxi. Había concluido de leer el diario de alguien; eso destruyó su universo de pompas de jabón y dio por tierra con la ilusión. Ha salido de esta villa presa del miedo y la cólera. ¿Por qué?

»Ustedes tres la vieron, a las once menos cuarto de la noche del jueves, cuando irrumpió en el hotel. Nada, para mí al menos, ha sido más vívido que las diversas descripciones que ustedes dieron a la policía. Vestida con sus mejores galas, que dicho sea de paso en nada la favorecían, vestida para la conquista. Hasta se perfumó más que de costumbre. Entra directamente en el comedor. ¿Por qué?

El doctor Fell mantenía la mano en alto.

»Ahora también antes de responder —dijo en tono amargo y desesperado—, piense en otro indicio. Hasta el momento en que vio a Audrey Page, más entrada esa misma noche, *después* de leer el diario, no ha demostrado sentir rencor hacia ella. Todo está centrado y arde en torno a ese diario, dondequiera esté o quienquiera lo tenga ahora. Y así, habiendo leído el diario, va derecho al comedor del Hotel du Rhône.

»Quizá no todo esté perdido, piensa. Vive de ilusiones, aun cuando su mente y su corazón sepan la verdad. “¡Quiero hacerme de amigos!”, óiganla gritar eso, cuando se lo dijo a todos ustedes; y recuerden que Eve Ferrier, como la mayoría de las mujeres que viven como ella entre las ruinas de un sueño, no había perdido las esperanzas. Después de recordar todo eso...

Hathaway echó atrás la cabeza, poniendo en evidencia su barba.

—¿Después de recordarlo —dijo de mal modo— se supone que debemos sacar alguna conclusión?

—¡Truenos, sí! —dijo el doctor Fell, hinchando los carrillos—. Eve Ferrier no cometió ningún crimen, pero había cometido lo que la gente anticuada sigue considerando un delito. ¿A la luz de estos hechos, pregúntese qué delito había cometido Eve Ferrier? ¿Y qué era lo que más ansiaba?

—¿Y bien?

—Había cometido adulterio, situación que se venía prolongando desde hacía un tiempo —dijo el doctor Fell—. Estaba firmemente decidida a divorciarse de su marido. Y casarse con el hombre de quien estaba enamorada.

La voz de Hathaway se alzó en un graznido.

—¿Qué clase de tontería es ésta? Mrs. Ferrier estaba enamorada de su marido.

—Señor —dijo el doctor Fell— ¿está seguro?

—Nos dijo...

—Oh, sí. Para seguir adelante con la farsa que ella y su amante venían viviendo desde hacía un tiempo, estaba obligada a decir eso. ¿Pero todos ustedes han comentado, creo, su expresión de absoluta consternación cuando volvió del comedor del hotel —donde había preguntado por determinada persona— y los vio a los tres ahí parados?

—¡Había estado preguntando por su marido!

—Oh, no —lo corrigió el doctor Fell.

Si Hathaway no comprendía, era evidente que Paula Catford comprendía demasiado bien. Pálida como un cadáver, Paula se volvió y ocultó el rostro entre las manos.

—Con todo respeto sostengo —prosiguió el doctor Fell echando una mirada hacia la puerta entreabierta— que eso no podía ser. Si realmente hubiera buscado a su marido, nunca había ido directamente al Hotel du Rhône. Lo sostengo en base a una evidencia que por cierto Brian Innes conoce.

Después su voz resonó en la quietud del estudio.

—No es fácil confundir a Desmond Ferrier. Yo lo intenté, con resultados deplorables. Desmond Ferrier sólo se ofuscó ayer a la tarde, cuando Aubertin lo acosó demasiado. Desmond Ferrier saltó diciendo que su lugar preferido —para comer— era el Béarn, y que siempre prefiere ir ahí. Cometió otro desliz al añadir el nombre de la persona que siempre prefiere el Hotel du Rhône. Mala suerte, después de sus frenéticos esfuerzos por encubrir al verdadero criminal.

Ahora el doctor Fell hablaba como dirigiéndose a alguien que estuviera en el piso bajo.

—No es necesario seguir adelante. La policía tiene en su poder el diario del asesino. Puesto que evidentemente no se trataba del diario de Desmond Ferrier, y puesto que en la villa no vive más que otro hombre, no se necesita mucha imaginación para ver...

Afuera, en el vestíbulo, alguien gritó una orden en francés.

La puerta que daba al vestíbulo se abrió de golpe. Alguien entró a todo correr en dirección al ventanal de la izquierda, apartando de un empujón al doctor Fell. La mesa central, y todo su contenido, cayó al suelo con gran estrépito.

Desde el umbral, Gustave Aubertin gritó otra orden. Dos agentes, apareciendo uno de cada lado del balcón, capturaron al hombre que había corrido al balcón en

intento de saltar al vacío en busca de la misma muerte que tuviera Eve Ferrier. A Brian Innes no le agrada recordar el forcejeo y los gritos que siguieron.

—Nuestra estrategia —comentó el Jefe de Policía— estuvo bien aplicada al parecer.

—No la llame nuestra estrategia —dijo el doctor Fell—. Por amor de Dios, nunca la llame *nuestra* estrategia.

Y estuvo un momento respirando hondo en medio de los restos de una máscara de goma, una pistola automática, dos libros, y un florero con rosas hecho añicos.

—Oh, sí —añadió, dirigiéndose a los demás—. El asesino es Philip Ferrier.

XIX

Dos noches después, en el restaurante llamado *L'Or du Rhône* en la rue du Stand, cuatro personas habían terminado de cenar. Estaban en esa trastienda donde preparan el pollo en forma tan admirable al fuego de una chimenea; y, si uno es cliente de la casa y la noche es tibia, lo ubicarán tan cerca del fuego que la cabeza le dará vueltas.

La noche del lunes trece de agosto, no obstante, hacía fresco. El doctor Fell, Audrey Page, Brian Innes y Sir Gerald Hathaway estaban tan quietos como la noche cuando trajeron el café y los licores.

—¿Sigue creyendo, Sir Gerald —inquirió el doctor Fell—, que resolver homicidios es realmente un pasatiempo agradable?

—Con franqueza —replicó Hathaway, que había encendido un cigarro pero no tenía muy buen semblante—, con franqueza, no.

No sin cierta vacilación Brian miró a Audrey de soslayo.

—¿Pero Philip Ferrier? —habló en tono incrédulo—. ¿*Philip Ferrier*?

—¿Usted creía que no sabía actuar? —preguntó el doctor Fell—. Es digno hijo de Desmond Ferrier. En más de un sentido *ese* joven que pretendía no entender a los artistas es, créanme, mejor comediante que cualquiera de ustedes.

Audrey habló con los ojos bajos.

—¿Qué será de él?

—Cadena perpetua —respondió Brian—. Como le dije a su padre, en el Cantón de Ginebra no hay pena capital por homicidio, por ahora.^[2]

—¡Basta! —dijo Hathaway, irascible—. Me humillo ante ustedes, si insisten. Pero quiero poner algo en claro. ¿Sabía su padre que él era el culpable?

El doctor Fell alzó su imponente cabeza detrás de la pipa de espuma de mar que estaba encendiendo.

—¡Por Dios, no! Pero su padre abrigaba el horrendo temor de que lo fuera, y desde el principio temió que hubiese alguna relación entre su hijo y su mujer. Cuando por fin comprendió que el hijo debía ser un criminal nato, era demasiado tarde. El crimen ya estaba cometido. El asunto había pasado de manos de un aficionado (las mías) donde Desmond Ferrier podía controlarlo, a manos de la policía: donde apenas podía tratar de acallarlo. Para ello, habrán notado ustedes, el destino quiso que tuviera que representar el papel de más fina ironía de cuantos ha hecho en escena. Y al padre eso mal podía resultarle agradable.

—En realidad, decir que no le podía resultar agradable es quedarnos muy cortos. Hubo veces en que llegó al borde del delirio. Si tuviera que explicar...

Hathaway tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¡Por favor, hágalo! —dijo—. Explíquenos. Desde el principio.

Reflejos del fuego del hogar danzaban en el techo de la trastienda. El doctor Fell, con su melena enmarañada, tenía una expresión bizca, casi boba, mientras encendía

por fin a satisfacción su pipa. Largó una bocanada de humo y rezongó entre dientes.

—Bueno —admitió—. Desde el principio.

—Hace un mes, entonces, Desmond Ferrier fue a Londres expresamente para verme y rogarme que viniese a pasar unos días a Ginebra. Dijo estar muy preocupado. Me contó la historia de su mujer en Berchtesgaden hace diecisiete años; añadió (siempre en son de broma, para poder retractarse en caso necesario) una indirecta acerca de su temor de que Mrs. Ferrier tratara de envenenarlo.

—¿Pero la verdad era que Ferrier no creía en eso, no? —preguntó Brian—. Recuerdo que usted le dijo lisa y llanamente que no lo creía.

—¡Espere! —ordenó el doctor Fell—. Si me deja continuar, la secuencia de acontecimientos aparecerá por sí sola.

De nuevo el doctor Fell contempló su pipa con aire meditativo.

—Hasta yo, corto de vista y duro de oído, vi que estaba nervioso por *cierto* conflicto familiar. No creía toda la verdad; estaba encubriendo a alguien, por algún motivo. Varios años atrás, como saben, yo me había enterado del episodio de Berchtesgaden por Sir Gerald, aquí presente...

—¡Bah! —dijo Hathaway.

—Como habríamos de saber más tarde, al mismo tiempo que Desmond Ferrier me visitaba, Mrs. Ferrier desataba todo ese revuelo para demostrar su inocencia en el asunto de Berchtesgaden, llamando a Miss Catford y a Sir Gerald. (Pero también la había invitado a usted, Miss Page; ¿por qué?). En el ínterin, yo me veía frente a aquella inquietante historia de Desmond Ferrier. ¿Qué conflicto había en su casa que lo perturbaba hasta ese extremo? Cualquiera fuese la identidad de la persona a quien deseaba proteger, su mujer no era. Muy por el contrario, él hacía esos comentarios sobre un posible envenenamiento. Acerca de ella no se mostró en modo alguno reticente; salvo en un punto. No me dijo que había estado casada dos veces antes. Y cuando descubrí ciertos hechos vinculados con esos dos maridos...

El doctor Fell calló, incómodo. Audrey aprovechó la pausa.

—¿Quiere explicar por favor —dijo—, por qué les atribuye tanta importancia a esos dos maridos? ¿Porque ambos tuvieron fines trágicos?

—No —dijo el doctor Fell—. Eso era importante, admitido. Pero sólo en la medida en que ilustraba un encadenamiento de hechos. Mujeres hermosas, seductoras profesionales, y especialmente mujeres de tipo más que neurótico, suelen atraer a los hombres de su misma clase. Tienden a desplazarse en una atmósfera de desasosiego y a veces de violencia.

»Por otra parte, eso no puede esgrimirse contra ellas como asesinas en potencia. No se puede culpar a Eve Ferrier de que su primer marido, el químico de mente inestable, decidiera suicidarse cuando ella se divorció de él. La muerte del segundo marido, piloto de caza durante la Batalla de Gran Bretaña, fue un riesgo de guerra del montón. Otra cosa fue lo que me dio que pensar...

—¿Otra cosa? —insistió Audrey—. ¿Y en qué le hizo pensar?

—Sus dos maridos anteriores —replicó el doctor Fell— eran menores que ella.

—¿Menores?

—Oh, ah. Y el segundo, a quien oí describir como el gran amor de su vida, había sido bastante menor.

»Con ese segundo marido contrajo matrimonio en mil novecientos treinta y siete. En esa época, aunque se quitara la edad, ella habrá tenido sus veinticinco o veintiséis años. Dos años después, cuando estalla la guerra, el marido ingresa en las Reales Fuerzas Aéreas y al poco tiempo lo hacen piloto de cazas.

»¿A los dos años; piensen! Yo lo habría ahondado en la investigación si las mismas fechas no fueran tan reveladoras. ¿Si ése su gran amor tenía la misma edad que ella o era mayor, lo habrían aceptado y adiestrado como piloto de cazas en una fuerza en la que los novatos son “viejos” a los veintiocho?

»Para ser exactos, supe que cuando se casaron él tenía diecinueve años. Si hubo un cierto engaño de mi parte al no revelar todo lo que sabía —y miró a Brian— fue porque me vi obligado a interrogar a Desmond Ferrier, discretamente, estando como estaba al alcance de oídos extraños.

—¿También sabía lo del primer marido? —preguntó Brian.

—Sí, lo siento. Pero usted también estaba enterado —el doctor Fell sacudió su abundante cabellera—. Sir Gerald, tengo entendido, envió un cable al comandante Elliot en mi nombre. A Elliot no le habrá sorprendido recibir un pedido urgente de información que ya me había dado. Al fin de cuentas, sabido es que cierta vez yo mismo mandé un telegrama anunciando que estaba en el Mercado Harborough y preguntando dónde se suponía que debía estar. Así que Elliot contestó de muy buena fe, dando los datos solicitados sobre el joven que había sido el primer marido de Mrs. Ferrier.

»Y entonces, cuando llegué a Ginebra el jueves a mediodía, empecé a enterarme de cosa que la mayoría de ustedes, averiguaron tarde o temprano. Desmond Ferrier, muy perturbado por algún motivo, tiene un hijo de veinticuatro años. Este hijo dice a las claras, con cada palabra que pronuncia, que se trae algo entre manos. Mantiene una actitud muy curiosa hacia su padre y su madrastra; por cierto ellos mantienen una actitud curiosa hacia él. ¡Por ejemplo!

Aunque sus palabras iban dirigidas a Brian, la mirada incierta del doctor Fell iba de aquél a Audrey.

»¿Por ejemplo, le dijo Philip que nunca se imaginó que Eve Ferrier hubiera estado envuelta en un accidente raro en Berchtesgaden en mil novecientos treinta y nueve?

—Sí —replicó Brian. En el Hotel Metropole, cuando lo conocí.

—Ajá, sí. A mí me dijo otro tanto. ¿Ahora bien, era posible que así fuese? ¡Arcontes de Atenas! Puesto que Desmond Ferrier y la otrora Eve Eden estaban casados desde mil novecientos cuarenta y tres ¿era posible que jamás hubiera oído hablar de ese asunto?

»Hay más. Desmond Ferrier me juró que durante esos años habían tomado toda clase de precauciones para ocultar le ese hecho al hijo. *Habían*, dijo; casi insistió demasiado en el plural, cuando se lo pregunté abiertamente. La verdad sea dicha, el padre reaccionó en forma extraña ante el posible matrimonio de su hijo con Audrey Page. El padre nos hace creer, de modo demasiado evidente, que él mismo podría enamorarse de Miss Page. ¿Está encubriendo otra cosa, al atraer el fuego hacia sí? ¿Contra qué quiere prevenir en realidad a Miss Page?

»Les pido que reflexionen acerca de cada una de las palabras de Desmond Ferrier. Den a esas palabras otra interpretación distinta de su significado aparente o superficial. Philip Ferrier —como salta a la vista— está sincera, profundamente enamorado de Miss Page. Como si eso fuera poco, ella es rica; es un buen partido.

Audrey habló en voz baja.

—No vaya demasiado lejos —pidió—. ¡Si habla de Phil, no vaya demasiado lejos!

El doctor Fell la contempló con semblante grave.

—Por mi parte no es necesario que vaya más lejos —dijo—. Pero debo llamarles la atención hacia ciertos incidentes que tuvieron lugar en presencia de uno u otro de ustedes. Y mencionar una posibilidad que se me ocurrió en cuanto llegué acá.

»Los enredos amorosos de Desmond Ferrier, en el pasado, han sido muchos y notorios. Incluso ahora está casi dispuesto a acusarse de haber puesto los ojos en una jovencita, Audrey Page, mucho menor que él. ¿Estaría en la naturaleza humana, pensé, que la cosa sea al revés; esto es, que su otrora hermosa mujer hubiera puesto sus ojos en un hijastro mucho menor que *ella*?

»Y, como sabemos ahora en base a numerosos detalles de la confesión de Philip Ferrier, eso es precisamente lo que había pasado. Con un carácter como el de esa mujer, y un carácter como el de ese muchacho, el desastre era inevitable.

»Sus relaciones empezaron hace cerca de dos años. Eve Ferrier perdió todo control moral. En ese joven apolíneo, encantador por fuera pero de una dureza interior que acaso sólo su padre sospechara, creyó haber encontrado la reencarnación de su gran amor, el joven piloto de caza muerto en la Batalla de Gran Bretaña.

»Philip le siguió el juego. Halagaba su vanidad, como suele ocurrir tan a menudo. Con el tiempo él se aburría, a la vez que la vehemencia de ella aumentaba. En enero de este año, mil novecientos cincuenta y seis, Desmond Ferrier y su esposa fueron a Londres; el hijo viajó con ellos, y allá conoció a Audrey Page. Siento tener que referirme a esta parte —y el doctor Fell miró a Audrey— porque saldrá a relucir en el juicio.

»Pero sucede que Philip tiene mucho amor propio. Si en algún momento lo notaron...

—Yo lo noté —interrumpió secamente Brian—. Pero no dejé que la impresión se registrara con suficiente firmeza.

El doctor Fell lo miró parpadeando.

—¿Usted lo notó? ¿Cuándo?

—El mismo jueves a la noche, en el Metropole, cuando Philip fue en busca de Audrey para salir a comer. La forma en que el muchacho pronunció esas tres palabras, «¿Con quién estás?», debía sugerir algo más. Él me vio frente a una ventana con Audrey; no sabía quién era yo. Pero ese momento fue muy elocuente. De todos modos, continúe acerca de la confesión.

—¿Continúo, Miss Page?

—¡Sí! ¡Sí! Lamento haber dicho eso —Audrey clavó la mirada en la mesa—. Porque yo también tendré que hacer una confesión.

—Oh, ah. En Londres, en enero pasado —resumió el doctor Fell—, Philip Ferrier conoció a esta jovencita. La quiso, ardientemente, y creyó que ella lo quería a él. Su posición no era nada envidiable, con la mujer mayor a su lado, delirando por él. De momento pudo salir del apuro, según dijo al Jefe de Policía, con una idea fruto de una inspiración como sólo puede tener un criminal en potencia de primera jerarquía.

»Eve, que en ese momento vive en su mundo de ensueños, ha ido más lejos en sus especulaciones. “¿Será posible reconocer algún día nuestro amor?” le pregunta a un muchacho impaciente y desesperado. “Si lo admitimos y nos casamos, ¿el mundo que dirá? ¿Seríamos capaces?”.

»Y entonces vino la inspiración. Claro que sí, sugiere Philip. En el fondo él no está interesado en Miss Page, le dice a Eve Ferrier, pero *salta a la vista que su padre sí*. Si el hijo deja que el padre tome la delantera con Audrey Page, entonces tendrán el campo libre. El padre se casa con una mujer más joven, y el hijo a su vez buscará feliz consuelo en la propia Eve.

»Era justo el planteo de las intrigas teatrales, de que esta gente vivía, y por la que uno de ellos murió. Eve Ferrier, que no era una criminal, sino una intrigante nata, no le vio nada de particular. Quedó deslumbrada. Sobrecogida de dicha. Philip fingiría interesarse en la chica, y ella le daría alas. En el momento oportuno, cuándo se pudieran quitar la careta; Philip anunciaría que Eve era su verdadero amor.

»Desde luego Philip no tenía la menor intención de hacer eso. Para conseguir su verdadero propósito, sabía que el único camino era deshacerse de su madrastra.

»Y el padre, que no es ningún tonto, adivinó en parte lo que podía pasar. No todo, ni qué forma adoptaría la explosión. Sólo podía presenciar espantado los acontecimientos, preguntándose qué debía hacer:

»Si en algún momento a ustedes les ha costado sentir piedad por Desmond Ferrier, les pido que sean caritativos con él ahora. Sus muchos y públicos amoríos se habían vuelto contra él de la peor manera posible... si estaba equivocado, y su sospecha era producto de su propia mente enfermiza, pasaría por un infierno en caso de que se decidiera a acusar a su mujer o a su hijo. Si callaba, y resultaba que sus sospechas eran fundadas ¿qué clase de catástrofe les aguardaba?

El doctor Fell hizo una pausa. La pipa se había apagado; su rostro sanguíneo lucía una expresión triste, atribulada.

»¡Bueno...! —añadió con entonación reflexiva.

»Los acontecimientos, en los primeros meses de este año, empezaron a marchar hacia un fin predestinado. ¡Pero otra vez mi deplorable costumbre de anticiparme a la evidencia! Consideremos la situación tal como se me presentó cuando Ferrier fue a Londres a verme, y yo vine acá a enterarme de lo que pudiera.

»Mrs. Ferrier hablaba extasiada de una nueva vida. Había decidido, o alguien la había convencido, de que podía volver triunfante a las tablas. Que primero debía festejar ese retorno escribiendo sus memorias, trabajando en ese cuarto, el estudio, que nadie usaba. Mientras tanto alguien había hecho circular rumores sobre su persona, rumores acerca del presunto envenenamiento de Hedor Matthews. Ella entonces decidió demostrar su inocencia, serena como la de un lirio, congregado a un grupito heterogéneo de personas en Villa Rosalind, o bien alguien la convenció para que lo hiciera.

»No era razonable suponer que ella misma fuese a propalar esos rumores, y por otra parte ninguno de sus actos parecía el anticipo de su intención de matar a alguien. Si bajo ese techo se urdía un plan criminal, Mrs. Ferrier parecería figurar no como posible asesina, sino como víctima probable.

»Del mismo modo, a primera vista, el asesino en potencia parecía ser el propio Desmond Ferrier. Él había dejado escapar indirectas acerca de venenos. Y sin embargo, aunque yo no brille por mi inteligencia, tampoco podía aceptar eso.

»Aun aparte del hecho de que lo sabía fundamentalmente decente y de temperamento tranquilo, a menudo débil como somos todos, *él* no podía abrirle a Eve una vida nueva pese a las palabras de ella, la evidencia indicaba que en el fondo su marido le importaba tan poco como ella a él. Ferrier jamás habría sugerido un retorno a las tablas, y de haber sido así ella tampoco se habría mostrado tan complacida con la idea. Por lo demás, si él habla demasiado acerca de venenos y resulta que su mujer muere envenenada, el principal sospechoso será él. Ése no es el plan de un asesino. Mas bien parecería que lo que dice Ferrier fuese una advertencia dirigida a otra persona, no a Mrs. Ferrier. ¡No hagas eso; cuidado; cambia de idea; no seas tonto!

»Si yo los descartara a ambos como asesinos en potencia, sólo quedaba otra persona (por lo menos, de la casa). Siempre sobre la base de que eso era una mera posibilidad, observé los acontecimientos de la tarde del jueves y la noche del jueves.

»Arriba, en la villa, Mrs. Ferrier descubre algo que trastrueca su universo y la lleva derecho al Hotel du Rhône. ¿Conociendo la fama de su marido, se habría conmovido tanto al enterarse de que había de por medio otra mujer?

»Bueno, ustedes saben lo que pasó en el hotel. Alguien le había introducido en el bolso un frasco de su perfume. Ella no advertiría nada anormal hasta encontrar el frasco, y sacarlo del bolso, y ver que su contenido era de otro color. Cuando menos era posible que hiciera el descubrimiento en público. ¿Pero por qué ácido sulfúrico? ¿Y de dónde había salido? ¿Y, sobre todo, por qué un frasco de perfume?

»Desmond Ferrier, que me había dejado en un club nocturno frente a Place

Neuve, volvió corriendo con la noticia, muy afligido. Cada una de sus palabras trasuntaba su estado de ánimo. El nombre de Audrey Page salió a relucir no una, sino muchas veces. Estaba preocupado por su hijo, se veía a las claras. Pero ahora simulaba creer que Miss Page corría peligro: lo cual en cierto sentido era verdad, pero no porque Eve Ferrier se propusiese envenenarla.

»Yo entonces lo enteré de la dirección que seguían mis sospechas, y le dije lisa y llanamente que creía que quien podía estar en peligro era su mujer. Eso no le gustó, como dos de ustedes vieron. Habiendo llegado hasta ese punto procedí entonces a cometer uno de los errores más garrafales de mi vida.

Hathaway, sin ocultar su satisfacción, hizo una aspiración profunda.

—Sí —dijo—, soy lo bastante impenitente como para creer que en efecto se equivocó.

—¿En qué? —quiso saber Brian.

Hathaway bramaba, pero no se decidió a calificar a alguien de loco o idiota.

—Hace años, en el Club del Crimen, como he repetido hasta el cansancio —anunció—, expuse el caso de Berchtesgaden. Di amplios indicios de que Matthews podía haber sido asesinado mediante un ramo de flores envenenadas.

—¡Pero Matthews no fue envenenado! Su muerte fue accidental. ¡Ni siquiera usted puede probar nada, porque nadie dijo palabra sobre ninguna flor en Berchtesgaden, y nadie dijo palabra sobre las rosas que había en el estudio en la villa hasta que las vimos ahí con nuestros propios ojos!

El doctor Fell acalló un rugido incipiente.

—Debimos considerar la posibilidad —dijo—. Si Philip Ferrier se proponía atentar contra la vida de Mrs. Ferrier, yo esperaba verme frente a algo drástico, como el ácido sulfúrico.

»El ácido sulfúrico, es cierto, tuvo el significado de amenaza y advertencia. Pero su verdadero propósito fue atraer la atención hacia el frasco de perfume. Cuando Eve apareciera muerta, se suponía que en el acto debíamos pensar en rosas y perfumes a rosas. La idea cruzó por mi mente, pero la rechacé. Puesto que Matthews no había sido envenenado, rechacé firmemente la visión de flores envenenadas.

»¿Recuerda? El viernes por la mañana usted llegó a la villa presa del pánico. Yo le dije que no había nada que temer. Dije que tenía una vaga noción de lo que sospechaba Hathaway; pero, puesto que no alcanzaba a ver ninguna evidencia, simplemente me reí de la idea.

—¿Y después?

—Mrs. Ferrier se cayó del balcón. Audrey Page había aparecido por casualidad en mitad de la escena; a no dudarlo se vería complicada, a menos que inventáramos un cuento para protegerla. Salimos al balcón. Una mirada al estudio me dijo que el florero con rosas estaba junto al sitio en que había estado sentada Mrs. Ferrier. Todas las pruebas —que Hathaway expondría luego— indicaban que el envenenamiento se había llevado a cabo por medio de las flores. Y así, al proteger a Miss Page, teníamos

que seguir otro temperamento.

Acá, como recalcando lo perverso de las circunstancias humanas, se dirigió a Audrey.

»Usted me entiende, ¿verdad? Innes quería negar que usted hubiera estado con Mrs. Ferrier cuando él la empujó a la muerte. Pretendía decir que usted estaba muy lejos de ahí. Si sospechaban que usted la había arrojado de aquel balcón, habría sido una idea admirable. Por otra parte, puesto que la trampa del veneno estaba tendida, eso podría haber sido fatal.

»Si sospechaban de usted y de Desmond Ferrier como autores de la trampa, usted no se habría quedado ahí a ver el resultado. Se habría ido bien lejos. De ahí que yo no pudiera dejar que Innes prestara ese testimonio, ni que usted misma declarara eso.

»Lo mejor que se me ocurrió fue insistir en la verdad; la presencia del veneno — para ser exactos, del nitrobenceno— debía descubrirse en veinticuatro horas. Dicho sea de paso, una pregunta: ¿cuando Mrs. Ferrier le hizo esas recriminaciones, no se le ocurrió pensar que podía no estar hablando de su marido?

Audrey se estremeció.

—Se me ocurrió después —admitió— y entonces se lo dije a Brian. Pero en ese momento: ¡no! Hablábamos de cosas diferentes. Ella se refería a Philip. Y yo pensé que hablaba de su marido; le dije que no lo había mirado siquiera. Pero ella en ningún momento mencionó nombres.

—¿Sospechó usted —después que podía ser Philip?

—¡No! Ni siquiera cuando supe que debía ser otra persona, y traté de sacarle algún dato a Mr. Ferrier en la Cueva de las Brujas. Pero antes...

—Antes —gruñó el doctor Fell— podemos decir sin exageración que una serie de circunstancias contradictorias nos había envuelto en una maraña que yo desesperaba de desenredar algún día.

»Era inevitable. Cada uno, desde el principio, actuó de acuerdo con su temperamento particular; y entre ustedes hay algunos temperamentos bastante traviosos. Decir que Eve Ferrier estaba dominada por una pasión patológica por el sexo opuesto, como Innes asegura que alguien insinuó, sería injusto; como también decir que Philip Ferrier es un asesino por naturaleza. Los dos llevan la responsabilidad muy adentro, están demasiado pendientes del qué dirán.

»Es cierto que a Mrs. Ferrier le apasionaban los hombres menores que ella. Trató de dominar esa pasión: primero comprometiéndose con un hombre mucho mayor (Hector Matthews), después casándose con otro (Desmond Ferrier). Si uno tenía dinero, y el otro era famoso, eso era simple sentido práctico. Pero con uno no habría dado resultado; y con el otro no resultó.

»Philip Ferrier habría protestado, y sigue protestando con lágrimas en los ojos, que no quiso matarla. Pero su propio sentido práctico no habría soportado la situación; su vida, su futuro, su ilusión, estaban amenazados; le tenía demasiado miedo a Eve; ella no debía vivir, y entonces Philip aprovechó la oportunidad.

»En Londres, el invierno pasado, Mrs. Ferrier compró un libro titulado Venenos y Envenenadores. Aubertin y yo encontramos ese libro en el estudio el viernes a la tarde; me ayudó a convencer a Aubertin. Hathaway lo encontró después. Como usted dijo, Sir Gerald, contenía un molde para el crimen perfecto.

»Eve Ferrier, genuinamente horrorizada, vio cómo *podría* haber matado a Matthews en Berchtesgaden. En realidad no había hecho nada de eso; los hombres de la edad de Matthews son tan susceptibles a la altura como a las grandes pasiones. Pero pudo haberlo hecho, puesto que a la sazón el médico forense alemán habló de veneno. De ahí su ansia desenfrenada por demostrar su inocencia. Especialmente teniendo en cuenta que Philip, inspirado por el mismo libro, había hecho circular rumores (y se proponía emplear el sistema) contra *ella*.

Hathaway reclamó atención golpeando en la mesa con la insistencia de un fantasma.

—¿Dice usted —inquirió— que pudieron sorprenderla y matarla mediante un sistema contra el cual ella estaba prevenida?

—Por supuesto. Vean la evidencia médica del doctor Boutet.

—¿En qué sentido?

—La víctima, sabemos, sucumbe a la acción de un veneno que —destruye el raciocinio lo mismo que la intoxicación alcohólica. El daño está hecho antes de que el sujeto se dé cuenta de lo que está pasando. ¿Con seguridad, Sir Gerald, dada la mentira flagrante que usted dijo el viernes a la noche, puede aceptar esto?

—Audrey, a quien Hathaway inspiraba cierto temor reverente, lo miró azorada.

—¿Sir Gerald tampoco dijo la verdad?

—Con crueles resultados para mi cordura —replicó el doctor Fell—, nadie dijo la verdad. Incluyendo a este humilde servidor. El viernes por la noche, con el deseo de interrogarla, Aubertin y yo fuimos a casa de Innes en el Quai Turrettini; Sir Gerald y Philip nos acompañaban. (Recuérdenlo; más tarde se verá que es importante).

—¿Pero qué...?

—Para entonces Sir Gerald, por lo que hablábamos Aubertin y yo, estaba completamente convencido de que quien había utilizado el veneno era Mrs. Ferrier en persona. No se explicaba cómo era posible que hubiese caído en su propia trampa. Sólo sabía que habían contaminado con veneno unas rosas cortadas del jardín. Entonces trató de dar peso a sus argumentos asegurando que Mrs. Ferrier había salido al jardín antes del desayuno.

»Ella no había salido. Otras personas, incluyéndome a mí, eran testigos. Sir Gerald trató de reforzar demasiado sus cargos; y por poco se ve en un aprieto. Más tarde, con gran alboroto, logró que Paula Catford admitiera ciertos hechos, y la sindicó como culpable. Si está de acuerdo con Emerson en que una coincidencia casual es el espectro de las mentes estrechas, no pudo demostrarlo mejor.

—Yo creí... —empezó a decir Hathaway con apasionamiento.

—¿Creyó que hacía un bien? Oh, ah. Como todos. En realidad, nadie salió al

jardín el viernes por la mañana. El florero con rosas estaba en el estudio desde el día anterior. Philip Ferrier, el último en bajar a desayunar, las roció con el veneno antes de reunirse con nosotros en el comedor.

Acá el doctor Fell, tratando en vano de volver a encender su pipa, hizo grandes aspavientos.

—¡Caramba! Otra vez me adelanto a los acontecimientos. Volvamos al viernes por la mañana inmediatamente después que se descubrió el crimen, cuando interrogué a Desmond Ferrier en la sala en Villa Rosalind. Fue en presencia de Paula Catford y Brian Innes, antes de que llegara la policía.

»Nunca fracasé de modo tan rotundo. ¡Todo lo que averigüé fue la respuesta a un interrogante que ya no tenía ninguna importancia: es decir, de dónde había sacado el asesino ácido sulfúrico!

»Por paradoja, como escribió Boutet, adquirir nitrobenzeno es relativamente fácil. Bajo sus diversas denominaciones, benzoaldehído o aceite artificial de almendras amargas, tiene múltiples usos comerciales. Pero no podemos entrar en una droguería y pedir seis peniques de aceite de vitriolo, sin despertar cierta curiosidad. De hecho, yo había explorado la villa en busca de algún frasco o recipiente que pudiera haber contenido esa sustancia: hasta que, en la sala, reparé en un comentario de Innes...

—¿Mío? —intervino Brian—. ¿Sobre qué?

—Sobre automóviles —respondió el doctor Fell.

—Quiere decir que Philip lo sacó...

—Lo sacó de la batería de un viejo modelo de automóvil de la década del veinte, cuidadosamente conservado: un auto que, dicho sea de paso, no usaba nadie más que Philip. En las baterías modernas el ácido sulfúrico está mejor protegido. Sin embargo, cuando yo tuve uno de esos coches en los días oscuros de mi delgadez, recuerdo haber tropezado sin querer con la batería y haber visto que el ácido sulfúrico salía de ella como cerveza de una botella.

»¿Pero de qué servía esa información? ¡De nada! En la sala, entonces, traté de hacerle soltar prenda a Desmond Ferrier y de que me dijera lo que sabía. Le hice ver cuánto sabía yo. Por algunos comentarios que hizo Paula Catford, vi con una claridad que casi me avergonzó lo incómodo de la posición de Ferrier (y también de Audrey Page).

»Y a pesar de todo se negó a hablar...

El doctor Fell exhaló un suspiro descomunal.

—Mal podía esperar que denunciara a su propio hijo. ¿A eso se refiere? Sea, pero incluso había algo más. El temperamento había entrado otra vez en juego. Ferrier ha encontrado (como confío y creo), ha encontrado *su* gran amor en Paula Catford. Un exceso de franqueza de su parte bien puede arrojar sospechas sobre Miss Catford como, más adelante, Sir Gerald la hizo objeto de sus sospechas. Además no resistió la tentación de hacer el noble papel de héroe acusado injustamente.

»Paula Catford sabía que él no había estado en la Cueva de las Brujas la noche

pasada, como él afirmaba. Sabía que había estado con ella en su cuarto del hotel desde poco después de las siete hasta algo más de las diez. Paula le rogó que pusiera punto final a la farsa.

»Y él siguió negándose.

»¡Rayos, eso colmó la medida! No tuve más remedio que hacer causa común con la policía.

»Siempre podía proteger a Audrey Page, complicada siendo inocente. Pero ya no podía continuar protegiendo a Desmond Ferrier. Ni siquiera de mí, conocido por circunvalar y dar rodeos a la ley cuando mis sentimientos personales están de por medio —como bien sabía Ferrier, cuando al principio corrió a pedirme consejo—, podía esperarse que encubriera a Philip. Por cierto no iba a correr el riesgo de que hubiese otra tragedia.

—No es la primera vez que habla de otra tragedia —dijo Brian—. ¿Qué otra tragedia? ¿Y para quién?

—Para usted —replicó el doctor Fell— o bien para Audrey Page. La verdad sea dicha, usted se salvó por milagro, y la gracia de Dios.

Hecho un mar de disculpas, el hombre que todo lo toleraba, el enemigo de los sermones, Gideon Fell, meneó empero la cabeza al mirar a Audrey.

—¡Vamos! —la instó—. La posibilidad de que el asesino hiciera otra de las suyas existía desde el jueves a la noche. Después de prometer a Innes que no se acercaría a Villa Rosalind, jovencita, usted dejó que la trajeran acá en la esperanza de que Innes la siguiera. Quienquiera la hubiese visto el jueves por la noche se habría dado cuenta de que ni Philip Ferrier ni su padre le importaban un ardite. ¿Quien le importaba era Innes, si no me equivoco?

—Bueno, no lo niego —declaró Audrey, devolviendo su mirada—. Él... él quiere casarse conmigo.

—Mi querida niña, no es necesario que se disculpe. Pero yo lo vi en Villa Rosalind la noche del jueves. Paula Catford lo vio, e hizo un comentario al respecto al día siguiente. La cuestión es: ¿lo había visto Philip? En ese caso, podía acarrear dificultades de toda índole.

—¿Y Philip lo *había* visto?

—Ejem. Bueno. Que lo viera o no, tenía sobrados motivos para estar al tanto el viernes a la noche. ¡Oh, Baco, lo sabía!

—¿Cómo? ¿Y, si hace el favor de decirme, cuánto sabía o adivinaba Paula Catford?

El doctor Fell bajó la mirada al piso pasando por su serie de mentones, y volvió a suspirar.

—Contestando en seguida a esas dos preguntas, podemos resumir todo el caso.

Por espacio de unos segundos permaneció concentrado, poniendo en orden sus ideas.

»Por lo que Innes me dijo ayer domingo —prosiguió—, es posible seguir sin

dificultad los pasos de Paula Catford. El viernes a la mañana estaba arriba en la villa, escuchando detrás de la puerta del cuarto de Sir Gerald Hathaway, cuando Innes y yo discutíamos acerca de la mejor manera de protegerla a *usted*. En el fondo no creía que usted y Desmond Ferrier vivieran un apasionado romance; bien sabía que la elegida era ella. Por otra parte, ese conocimiento nunca convence totalmente a ninguna mujer, cuando la pica el bichito de la duda.

»A continuación, durante la famosa entrevista en la sala, Ferrier acumuló cargos contra sí mismo y contra usted —como amantes y criminales— de manera tal que las dudas de Paula crecieron. Finalmente, esa noche, usted llama por teléfono a Desmond Ferrier a Villa Rosalind; y Miss Catford descuelga el tubo de una extensión y oye lo que hablan. Inmediatamente Ferrier abandona la casa.

»Ella sabía que ustedes dos iban a verse, pero no tenía idea del lugar. Así que pidió permiso para acompañarnos a Aubertin y a mí (junto con Philip Ferrier) cuando vinimos a Ginebra con el propósito de interrogar primero a Hathaway, después a usted. Adivinando dónde se había ocultado, como informó a Innes, se nos adelantó, llegó primero al piso de Innes y averiguó que la cita sería en la Cueva de las Brujas.

»¡Noten una cosa! En el fondo de su corazón, o eso al menos creo firmemente, Paula seguía convencida de que entre usted y Desmond Ferrier no había ninguna intriga, ningún plan criminal. No como supe después, ella oyó los cuchicheos de Aubertin y este humilde servidor en la villa. Ya fuera por algo que dejó escapar Philip, o bien por lo que ella misma dedujo con su mente despierta, Miss Catford había empezado a sospechar de Philip.

»No podía revelado, desde luego; era demasiado leal a Desmond Ferrier. Simplemente tenía sus dudas acerca de usted y Ferrier; decía disiparlas. Y la forma de disiparlas, sentía, era obligando a Ferrier a admitir abiertamente su amor por ella diciendo sin ambages que había estado en su habitación el jueves a la noche. Ése, y no otro, debió ser su propósito al ir con Innes a la Cueva de las Brujas.

Ahora fue Brian quien se incorporó, acallando las preguntas de Audrey y atrayendo la atención del doctor Fell.

—¡Un momento! ¿Ya entonces usted y Aubertin andaban en conciliábulos? ¿Habían llegado a...?

—Habíamos llegado a una conclusión acerca del asesino; y también del método. Lo único que hice, en cuanto a pasar por sospechoso, fue proporcionar a Miss Page una coartada para el lapso crucial antes del desayuno, cuando envenenaron las flores. Aubertin lo pasó por alto.

—¿Y después?

—¡Bueno! Lo que admitió Desmond Ferrier, que su hijo siempre prefería comer en el Restaurante Globe o en el Hotel du Rhône, se vio confirmado por una llamada telefónica al comedor del hotel. Eve Ferrier había estado preguntando por Philip; aunque en realidad Philip, la noche del jueves, llevó a Miss Page al Richmond. Descubrir el diario de Philip fue el argumento decisivo.

—En consecuencia, cuando Aubertin y yo vinimos a Ginebra con Paula Catford, instamos a Philip a ser de la partida. Aubertin quería hacerlo seguir a partir de ese instante.

—¿Seguir?

—Claro. Si podíamos impedirlo, no habría más intentos criminales.

Brian volvió a recordar.

—¿Hicieron seguir a Philip desde que usted y Aubertin entraron en casa? ¿No es eso? ¿Cuándo el policía informó: «Señor jefe, la señal ha sido dada», quería decir que ya tenía «cola»?

—Sí. Philip, de por sí predispuesto contra usted y contra la joven que no había vacilado en pasar la noche en su departamento, subió con nosotros en el ascensor. Ni usted ni Miss Page estaban ahí, descontado. Pero la puerta de calle estaba abierta, como usted sabe. Entonces nuestro grupo se dispersó; y Philip, que acababa de hacer un descubrimiento que en nada contribuyó a tranquilizarlo...

—¿Un descubrimiento? ¿Qué descubrimiento?

—¿Olvida la hoja arrancada del anotador? ¿El papel que usted perdió?

Brian no dijo nada.

—En ese papel había quedado marcada la dirección del *Night-club*, de puño y letra de Audrey Page —explicó pacientemente el doctor Fell—. Al otro día usted no pudo encontrarlo; Philip lo levantó del suelo en su casa. Además, también con la letra de Audrey, en trazos bien visibles con lápiz labial, en el espejo de su dormitorio, había un mensaje que empezaba, «Yo también te quiero...».

El doctor Fell hizo una pausa, pestañeando por encima de sus anteojos.

—¿Y por eso —preguntó Brian— fue corriendo a la Cueva de las Brujas?

—Oh, ah. No sin antes tomar un taxi y volver a la villa para procurarse una conveniente pistola automática y una no menos conveniente máscara que se pudiera poner en la oscuridad. Ese joven tan circunspecto estaba a punto de perder la cabeza; su magnífico plan estaba arruinado; había cometido un crimen brillante y brutal para nada; y alguien debía pagar las consecuencias. Estaba absolutamente decidido a que fuesen ustedes dos quienes pagaran. Por desgracia, el pesquisa que le seguía los pasos no advirtió nada anormal en la Cueva de las Brujas; como usted mismo dijo, nadie notó nada. Y cuando Aubertin y yo nos enteramos del atentado, al día siguiente, Aubertin ya estaba dispuesto a apretar el lazo. No se atrevía a correr el riesgo de seguir esperando.

—Y así llegamos a la escena final del último acto.

—Recibí instrucciones de (¡ejem!) discutir la evidencia en el estudio mientras Aubertin mantenía afuera a Philip de modo que oyese lo que nosotros decíamos. ¡Pero, truenos, yo insistí en que el padre no estuviera presenciando el arresto de su hijo! Siempre los subterfugios...

—¿Desmond Ferrier había vuelto a la villa?

—Sí. Bajo una lluvia de... improperios quedó detenido en otra habitación, desde

donde no podría ver ni oír. Aubertin siguió maldiciendo cuando apareció otro huésped inesperado. Tampoco Miss Page iba a recibir con agrado la noticia del arresto de Philip. Por desgracia, cuando fue al aeropuerto con el propósito nada siniestro de recoger su equipaje, uno de los pesquisas de Aubertin creyó que trataba de huir. Entonces la detuvo y la trajo en triunfo a la villa, donde hubo que ponerla a buen recaudo hasta que cayera el telón.

Hubo un largo silencio.

—Como última palabra, estimado señor —y el doctor Fell miró fijamente a Hathaway—, como última palabra, le daré un buen consejo para la próxima vez que se sienta tentado a colaborar en la solución de un enigma criminal.

—¿Sí?

—Desmond Ferrier, al llevarme a la villa antes de que pasara lo que pasó, esperaba que mi presencia pusiera coto a las maquinaciones de su hijo. Gritó al mundo mi presencia, como le dije a Innes. No causó absolutamente ningún efecto. Philip, aunque oficialmente no es actor, lleva en las venas más sangre teatral que su madrastra y tanta como su padre. Hágame caso, Sir Gerald; citando palabras del propio Philip, no es fácil tratar con la gente de teatro. Hathaway, sacándose el cigarro de la boca, volcó toda su ira en unas pocas palabras.

—Los crímenes han dejado de interesarme —dijo.

—¡Oh, ah! ¿Pero si llegan a...?

—¿Por qué le pone un límite, doctor Fell? ¿Por que lo confina a una noble profesión, como es el gremio de los artistas? No es fácil tratar con la gente: punto final. ¡Por Dios, en ese sentido aprendí la lección! No es fácil tratar con la *gente*.



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997). Fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] *Poisons and Poisoners*, por C. Y. S. Thompson, Miembro de la Orden del Imperio Británico (Londres: Harlod Shaylor. 1931) <<

[2] Actualmente la hay. (J. D. C.) <<